

INÉDITO

MONICA McCARTY

La Guardia de los Highlanders II

EL HALCÓN

EL HALCÓN

La Guardia de los Highlanders N°2

La leyenda de los guardianes de Escocia continúa...

Cuidadosamente elegidos por Robert de Bruce para ayudarlo en su cruzada por liberar Escocia de la soberanía inglesa, los guerreros de la Guardia Escocesa se enfrenta a sus días más aciagos. Cuando Bruce es obligado a huir, su lucha para conseguir la libertad recae en los hombros de un extraordinario guerrero.

Erik MacSorley es un brillante marino que nunca se ha encontrado con un viento que no pudiera doblegar ni una mujer a la que no pudiera conquistar... hasta que saca a una niñera medio desnuda de las aguas de las costas irlandesas. El extraordinario aspecto de Ellie desmiente la verdad: en realidad es lady Elyne de Burgh, la vivaz hija del noble más poderoso de Irlanda.

Lo peor es que tan irresistible mujer está empanada en mostrarse inmune a los encantos de Erik, un desafío al que este guerrero no puede resistirse.

Su captor tiene todo el aspecto de un curtido guerrero, pero Ellie jura que necesitará más que una perversa y sugerente caricia para impresionarla. Pero Erik irá acabando con la Resistencia de Ellie con un deseo que resuena en lo más profundo del corazón de la joven. Pese a todo, Erik es un hombre que se rige por la lealtad, y ella una mujer con secretos que podrían hacer peligrar la oportunidad de Bruce de reclamar su trono. Mientras la batalla por el rey y el país resuena en las costas, ¿basta con el amor de Ellie para doblegar al legendario guerrero conocido como el halcón?

Título Original: *Hawk*

Traductor: Lledó Rando, Sergio

Autor: McCarty, Monica

©2011, Cisne

Colección: Biblioteca Monica McCarthy, 8

ISBN: 9788499088587

Generado con: QualityEbook v0.60

Prefacio

AÑO de Nuestro Señor de mil trescientos seis

Tres meses después de su coronación en la abadía de Scone como rey de Escocia, la pugna desesperada de Robert Bruce por alcanzar la corona ha fracasado y su perecedera rebelión es aplastada por el rey Eduardo de Inglaterra, poderoso Martillo de los escoceses.

Excomulgado por el Papa al haber asesinado a su rival, perseguido sin piedad por el rey más poderoso de la cristiandad y abandonado por tres cuartas partes de sus conciudadanos, que se niegan a hacer ondear su bandera, Bruce no solo lucha por la corona. Lucha por su propia vida. Todo lo que dista entre él y la derrota son los diez guerreros de su secreta Guardia de los Highlanders.

Perdida en la noche de los tiempos, olvidada de todos salvo de unos cuantos, subyace la leyenda de una tropa secreta de guerreros de élite escogidos por el propio Bruce de entre los rincones más recónditos de las Highlands y las islas Occidentales, para formar la fuerza de combate más mortífera de todos los tiempos. Hermanados en ceremonia secreta, conforman una fuerza fantasma, solo identificable por sus extraordinarias cualidades, sus nombres de guerra y el león rampante tatuado en sus brazos.

Sin embargo, el reino de terror del rey Eduardo no está sino en sus comienzos. El temido estandarte del dragón se ha alzado, y con él, la promesa de mostrarse inmisericorde. En los oscuros días venideros, esta élite de guerreros afrontará la más dura de las pruebas, con nada menos que la libertad de su pueblo en el otro lado de la balanza.

Prólogo

AHORA que el rey Hood se congrega en el erial,
no muestra deseo de venir a la ciudad;
si los barones de Inglaterra lo pudieran atrapar,
a la fuerza le harían tocar
la gaita en inglés:
que sea siempre tenaz
aun cuando lo vayan a buscar
por la tierra y por el mar.

Canciones políticas de Inglaterra

*Isla de Rathlin,
a tres millas de la costa norte de Irlanda,
Idus de septiembre, 1306*

Robert Bruce quería que todo cesara, y cerró sus ojos no como un rey, sino como un cobarde. Pero aquellas imágenes seguían asaltándolo y aparecían ante sus ojos como las escenas de una pesadilla: espadas que revoloteaban y entrechocaban creando una ola de muerte perpetua, flechas que caían del cielo en una espesa lluvia con la que el día se tornaba noche, el fiero batir de cascos de los enormes caballos de batalla ingleses que aplastaban todo cuanto encontraban a su paso, el trémulo brillo plateado de las cotas de malla oscurecidas por la sangre y el barro, el horror y el miedo en las caras de sus leales compañeros de batalla enfrentándose a la muerte. Y el olor... esa odiosa mezcla de sangre, sudor y locura que penetraba en su nariz, en sus pulmones, en sus huesos.

Llevó sus manos a los oídos para tapárselos. Pero los gemidos y gritos de la muerte no podían eludirse. Por un momento se vio regresando al campo de batalla ensangrentado de Methven. Retornaba a aquel lugar en el que todo había salido tan horriblemente mal, el lugar en el que había faltado poco para que el código de caballería acabara con él.

Pero no se trataba simplemente de una pesadilla. Cuando Bruce abrió los ojos, no se encontró ante la ira de Eduardo de Inglaterra, sino ante la ira de Dios. Aquel sonido metálico no provenía de las espadas, sino de los truenos. Lo que caía desde el cielo no eran flechas, sino lluvia helada. Los horrendos alaridos no eran gritos de muerte, sino que provenían del viento. Y ese incesante batir no eran cascos de caballos, sino los golpes que daba el martillo del cómitre sobre el brocal del escudo para marcar el ritmo de los remeros. No obstante, el miedo... el miedo era exactamente el mismo. Podía verlo en los rostros de los hombres que lo acompañaban. Tenían plena conciencia de que estaban todos a punto de morir. Y no en un maldito campo de batalla, sino en medio de aquel mar sacudido por la tempestad, en un barco dejado de la mano de Dios, mientras huían de su propio reino como si fueran criminales.

«Rey Capucha», lo llamaban los ingleses. El rey proscrito. Más humillante aún resultaba pensar que aquello correspondía con la realidad. Poco menos de un centenar de hombres en un par de *birlinns*, eso era lo que restaba de las orgullosas fuerzas que en un tiempo pensó capaces de derrocar al

ejército más poderoso de la cristiandad. Y ahora miradlos. Menos de seis meses después de su coronación no eran más que una panda de forajidos desarrapados, apiñados en un barco a la deriva, algunos tan enfermos que tan solo les quedaba esperar la muerte, otros temblando y pálidos del miedo por mantener sus vidas a flote.

Todos salvo los highlanders. Bruce no creía que reconocieran el miedo ni aunque el mismo Lucifer les abriera las abrasadoras puertas del infierno para darles la bienvenida. Y entre ellos, ninguno era tan intrépido como el hombre encargado de salvaguardar sus vidas. Erguido sobre la popa, con la lluvia cayéndole sobre el rostro y vientos huracanados a su alrededor, luchando por afirmar los cabos de la vela, parecía que fuera algún tipo de divinidad marina pagana, dispuesto a presentar batalla ante lo que la naturaleza tuviera a bien arrojarle. Si había alguien que pudiera sacarlos de esa, se trataba de Erik MacSorley, o Halcón, como se le conocía desde que se uniera a la Guardia de los Highlanders, el grupo de élite secreto en el que Bruce había reunido a los guerreros mejor capacitados del lugar. Aquel descarado lobo de mar había sido elegido por sus cualidades como navegante y nadador, pero también había que admitir que los tenía muy bien puestos. Parecía deleitarse con cualquier desafío, por imposible que resultara. Esa misma mañana MacSorley los había sacado a hurtadillas del castillo de Dunaverty ante las mismísimas narices del ejército inglés. Ahora intentaba cruzar el estrecho canal de unos veinticinco kilómetros que separaba Kintyre, en Escocia, de la costa de Irlanda, en medio de la peor tormenta que Bruce había presenciado en su vida.

—Agarraos fuerte, compañeros —gritó el temible capitán por encima del rugido de la tormenta mientras sonreía como un demente—. Esta va a ser una de las buenas.

MacSorley, como la mayoría de los highlanders, tenía gran facilidad para subestimar el peligro.

Bruce aguantó la respiración en tanto que el viento, emprendiéndola contra la vela, levantaba el barco como si pesara menos que el juguete de un niño, los conducía a través de las empinadas y altísimas olas y arreciaba con fuerza contra ellos por estribor. Durante un instante agonizante, el barco quedó inclinado hacia uno de los costados de manera peligrosa, y Bruce pensó que allí acabaría todo, que aquel sería el momento en el que el barco zozobraría. Pero una vez más aquel marino desafió las leyes de la naturaleza con un rápido ajuste de los cabos, y el barco volvió a enderezarse. Aunque no por mucho tiempo.

La tormenta se abatió de nuevo sobre ellos con toda su fuerza. Las olas llegaban una tras otra, como abruptos acantilados que amenazaban con hacerlos naufragar a cada uno de sus impetuosos embates. Violentos vientos se arremolinaban entre las aguas y arreciaban contra las velas, al tiempo que unas pesadas cortinas de lluvia llenaban el casco de la nave sin darles tiempo para achicar. El corazón se le encogía a cada traqueteo y crujido de aquel proceloso mar que se ensañaba contra el barco de madera, haciendo que se preguntara si sería aquella la ola que los despedazaría y acabaría con su mísera existencia. «Jamás debí hacerlo. Nunca debí alzarme contra la fuerza de Inglaterra y su poderoso rey.» En el mundo real, David no vencía a Goliat. En el mundo real, David era masacrado. O daba con sus huesos en el fondo de un mar tempestuoso.

Pero el highlander no estaba dispuesto a darse por vencido. Permanecía al timón, tan implacable como la tormenta, sin dar señal alguna de que no podría sacarlos de esa. A pesar de ello, se trataba de un choque de fuerzas en el que no había esperanza alguna. El poder de la naturaleza era devastador, incluso para ese hombre mitad gaélico mitad nórdico, descendiente de los más grandes piratas que los tiempos hayan conocido: los vikingos.

Bruce oyó un crujido aterrador instantes antes de que la voz del navegante clamara: «¡Cuidado!». Pero ya era demasiado tarde. Alzó la vista justo a tiempo para ver cómo parte del mástil se precipitaba

sobre él.

Cuando abrió los ojos, Bruce se encontró en medio de la oscuridad. Por un momento pensó que estaba en el infierno. Todo cuanto alcanzaba a ver sobre su cabeza era una pared de piedra negra irregular que brillaba por la humedad. Un sonido a la izquierda reclamó su atención. Al volverse, le pareció que caía sobre su cabeza una lluvia de estrellas como chuzos de punta. En cuanto recobró la visión, advirtió el movimiento. Unos hombres, sus hombres, se adentraban a duras penas por la rocosa orilla y se desplomaban en la entrada arqueada de lo que aparentaba ser una cueva marina. No estaba muerto, después de todo. Pero no sabía si sentirse agradecido o no. Una muerte entre las aguas era preferible a la que le tendría preparada Eduardo en caso de que lo atrapara. En eso habían quedado sus propósitos. Su reino se veía reducido a la lóbrega y oscura entrada de una cueva marina.

Otro movimiento, este a pocos centímetros de su cara, le dijo que incluso ese desdichado reino en el que moraba podía serle impugnado: una enorme araña negra acechaba desde la pared que había sobre su cabeza. Parecía empeñada en un fútil esfuerzo por saltar de un saliente de la pared a otro, pero al no poder agarrarse a la escurridiza superficie, había resbalado y pendía de un solo hilo de seda, balanceándose impotente a merced del viento. Una y otra vez intentaba erigir su red sin resultados, condenada al fracaso.

Bruce conocía ese sentimiento.

Pensó que, después de dos derrotas devastadoras en el campo de batalla, de que capturaran a sus amigos y aliados, de que lo obligaran a separarse de su esposa y a abandonar su reino para mayor deshonra, ya nada peor podía ocurrir. Debería habérselo imaginado. La naturaleza había estado a punto de asestarle el golpe final allí donde el ejército inglés había fracasado. Pero una vez más escapaba de las garras del diablo, en esta ocasión gracias a las habilidades marinas de MacSorley. Al igual que la araña, aquellos highlanders no conocían la rendición. Pero él sí. Estaba acabado. Puede que el mar los hubiera perdonado por esta vez, pero su causa estaba perdida, y con ella, la oportunidad de que Escocia se librara del yugo de la tiranía inglesa.

Si en Methven hubiera seguido el consejo de la guardia, todo habría sido diferente. Pero ateniéndose obstinadamente a su código de caballería, Bruce había decidido ignorar sus consejos y aceptar la promesa de sir Aymer de Valence de esperar a la mañana siguiente para comenzar la batalla. Aquel bastardo inglés había roto su promesa, iniciando el ataque en medio de la noche. Sufrieron una derrota aplastante. Muchos de sus más leales partidarios y amigos perecieron o fueron capturados. La caballería significaba la muerte segura. Jamás volvería a olvidarlo. Había cometido un error cuando, al formar su guardia, se acogió solo a medias a las prácticas guerreras de la piratería que ejercían los highlanders. De haberse acogido a ellas por completo, ignorando así el código de caballería, la derrota de Methven no habría tenido lugar.

La araña volvía a intentarlo. En esta ocasión estuvo a punto de conseguir salvar el hueco que existía entre las rocas con su hilo de seda, pero la victoria le fue negada en última instancia por un golpe de viento. Bruce suspiró decepcionado, identificándose extrañamente con los vanos esfuerzos de la araña. Tal vez fuera porque le resultaban familiares. Incluso tras el desastre de Methven, Bruce mantuvo la esperanza. Después se encontró con los MacDougall en Dail Righ y sufrió otra derrota devastadora. En la persecución que siguió a esa derrota, se vio obligado a separarse de su esposa, hija, hermanas, y de la condesa de Buchan, la mujer que lo había coronado con valentía menos de seis meses atrás. Había mandado a su esposa al norte junto a su hermano pequeño, Nigel, bajo la protección de la mitad de su preciada guardia, con la esperanza de reunirse pronto con ellos. Pero se

había visto obligado a huir al sur junto con el resto de su ejército.

Se decía que las mujeres estaban a salvo, que Dios las protegería si Eduardo las atrapaba. El estandarte del dragón hacía que incluso las mujeres se convirtieran en proscritas, y daba a sus captores carta blanca para la violación. A los hombres los ejecutaban sin que mediara juicio alguno.

Después de Dail Righ, Bruce se escondió entre los cerros y los brezales y evitó que MacDougall lo capturase gracias a Gregor MacGregor, Flecha, otro de los integrantes de su Guardia de los Highlanders, que lo había conducido a través de los campos de Lennox hasta encontrar el resguardo de Kintyre y el castillo de Dunaverty. Pero aquello había sido un respiro temporal. Hacía tres días que el ejército inglés había llegado con la intención de sitiar el castillo, y MacSorley apenas había podido sacarlos de allí con vida. Habían sufrido muchos fracasos. Demasiados.

La araña volvía a ascender por su hilo y parecía dispuesta a acometer un nuevo intento. Bruce sintió un acceso de ira irracional y por un momento se vio tentado de machacarla con el puño. «¿Es que no te das cuenta de que es una batalla perdida?» Aquellos pensamientos que ocupaban su mente en la nave volvieron a invadirlo. Al creer que podría derrotar a Eduardo de Inglaterra, había sido tan estúpido como la araña. Nunca debió intentarlo. En ese mismo momento podría estar con su esposa y su hija en su casa de Carrick, encargándose de sus tierras, en lugar de huir para salvar la vida y ver cómo sus amigos y partidarios morían por él. Aquella era una vida de la que habría gozado con gusto de no ser por la firme creencia de que la corona le pertenecía. Él era el legítimo rey de Escocia. Pero ¿qué importancia tenía eso ahora? Había apostado todo lo que tenía, y había perdido. Ya no le quedaba nada. Estaba tan agotado... Deseaba cerrar los ojos, embarcarse en el sueño y alejarse de la pesadilla. Al mover la cabeza, vio a Halcón en la orilla consultando con el líder de la Guardia de los Highlanders, Tor MacLeod, conocido como el Jefe. Los dos formidables guerreros se dirigieron juntos hacia él. El sueño tendría que esperar.

La guardia secreta significaba el único punto positivo en los últimos meses. Aquel equipo de guerreros había sobrepasado sus propias expectativas. Pero ni tan siquiera ellos habían sido capaces de evitar las desastrosas repercusiones de su error en Methven. A medida que los guerreros se acercaban, Bruce vio signos de preocupación grabados en sus aguerridos rostros. Ya venía siendo hora. Al contrario que el resto, los highlanders no parecían desmoralizados por las derrotas que los habían echado de Escocia. Inmunes a la debilidad fruto de las emociones normales, nada parecía agitarlos. Y a pesar de que apreciara aquella determinación y resistencia, a veces hacían que su propia frustración se sintiera como debilidad.

—¿Cómo tenéis la cabeza? —preguntó MacSorley—. Recibisteis un buen golpe.

El mástil, recordó Bruce. Se acarició un lado de la cabeza y masajeó el gran chichón que allí había aparecido.

—Sobreviviré. —«Por ahora», dijo para sí—. ¿Dónde nos encontramos?

—Rathlin —dijo MacLeod—. En nuestro destino, salvos y relativamente sanos.

MacSorley enarcó una ceja.

—¿Lo dudabais?

Bruce meneó la cabeza, ya acostumbrado a las chanzas de los highlanders.

—¿Y el resto de los hombres? —preguntó.

—A salvo —respondió Tor—. Han encontrado refugio en una cueva cercana, porque esta tan solo puede albergar a una decena de hombres. Les he dado instrucciones a Asalto y Cazador para que se dirijan al castillo mañana y recojan provisiones. ¿Estáis seguros de que sir Hugh nos ayudará?

Bruce se encogió de hombros.

—El lord de Rathlin es súbdito leal de Eduardo, pero también es mi amigo.

La boca de Tor adoptó un gesto adusto.

—No podemos arriesgarnos a permanecer aquí mucho tiempo. En cuanto los ingleses se percaten de que ya no estamos en Dunaverty, pondrán en marcha toda su flota para buscarnos. Dados los lazos que os unen a Irlanda, este será uno de los primeros sitios en los que busquen.

La familia de Bruce contaba con tierras en Irlanda desde hacía años. Y su esposa, Isabel de Burgh, era la hija del conde más poderoso de Irlanda. Sin embargo, su suegro, el duque de Ulster, era partidario de Eduardo.

—Una vez que tengamos abastecimiento, no tardaremos más de uno o dos días en reparar los navíos —dijo Halcón.

Bruce asintió, consciente de que debía dar órdenes, pero incapaz de pasar por alto el sobrecogedor sentimiento de futilidad que lo embargaba. ¿Y qué más daba? Advirtió por el rabillo del ojo cómo la araña volvía a saltar una vez más desde el saliente de la roca.

—¿Veis esa araña? —dijo señalando la pared que tenía a su derecha. Los hombres asintieron impasibles. Bruce estaba seguro de que se estaban preguntando si no habría perdido el juicio—. No hago más que esperar a que desfallezca. Esta debe de ser la sexta vez que la veo intentar cruzar ese hueco para caer irremisiblemente a la nada. —Negó con la cabeza—. Me pregunto cuántas veces necesitará para percatarse de que no va a conseguirlo.

Halcón lo obsequió con una sonrisa.

—Apuesto, Majestad, a que esa araña es un highlander, así que seguirá intentándolo hasta que lo consiga. Los highlanders no creen en la rendición. Somos un hatajo de porfiados.

—¿Os referís a que sois tercos y cabezotas? —dijo Bruce con sarcasmo.

Halcón rió.

—Sí, eso también.

Bruce no podía sino admirar la afable habilidad que mostraba el navegante para encontrar humor incluso en las situaciones más complicadas. Por lo general, el buen talante de Halcón los hacía seguir mirando hacia delante, pero ni tan siquiera el gigante nórdico podía hacer que Bruce se deshiciera del estado de desesperanza en que se encontraba esa noche.

—Descansad un poco, mi señor —dijo Tor—. Ha sido un largo día para todos.

Bruce asintió, demasiado cansado para hacer algo más que mostrarse de acuerdo. La luz tiraba de sus párpados, y una amable calidez arropó sus mejillas como el abrazo de una madre cariñosa. Al abrir los ojos, se encontró con un rayo de luz que surcaba la cueva. El día había amanecido brillante y soleado, creando un fuerte contraste con las apocalípticas tormentas del día anterior. Tardó un momento en espabilarse y aclarar su vista para enfocar. Miró hacia las rocas que había sobre su cabeza y blasfemó.

«¡Vaya! ¡Que me aspen!»

Del hueco de unos cuarenta centímetros que había entre dos rocas colgaba la telaraña más espléndida que había visto en su vida. Sus intrincados hilos de seda resplandecían y brillaban a la luz del sol como una magnífica corona tejida con pequeños diamantes. Lo había conseguido. La arañita había construido su red. Bruce sonrió, disfrutando de su triunfo durante unos instantes.

Methven. Dal Righ. Las muertes y capturas de sus amigos. La separación de su esposa. La tormenta. Tal vez no fueran la ira de Dios después de todo, sino una prueba. Y aquella araña era la encargada de transmitir su mensaje.

Advirtió que el marino se desperezaba a poca distancia, y Bruce se dirigió hacia él.

—Teníais razón —dijo haciendo un gesto sobre su cabeza.

Halcón tardó un momento en percatarse de a qué se refería Bruce, pero al ver la telaraña esbozó su enorme sonrisa.

—Ah, lo ha conseguido. Una buena lección de perseverancia, ¿no creéis?

Bruce asintió con aire meditabundo.

—Sin lugar a dudas. Si no lo consigues a la primera, inténtalo una y otra, y otra vez. Algo a tener siempre presente.

Pero que él había olvidado.

No sabía muy bien si era por la araña o por la llegada del nuevo día, pero poco importaba. La negra desesperanza de la jornada anterior había quedado atrás, y se sentía con nuevas fuerzas para el combate que se avecinaba. Nada importaba cuántas veces lo derribara Eduardo; mientras quedara aliento en su cuerpo, Robert Bruce continuaría luchando. «Rey Capucha» o no, él era el rey legítimo de Escocia y recuperaría su corona.

—¿Tenéis un plan, mi señor? —preguntó Halcón, presintiendo su cambio de humor.

—Por supuesto que sí —dijo al tiempo que asentía. Hizo una pausa y obsequió al descarado navegante con el tipo de proclama audaz que él sabría apreciar—: Ganar.

Halcón sonrió de oreja a oreja.

—Ahora sí sonáis como un highlander.

Bruce permanecería al acecho. Desaparecería entre la niebla durante los siguientes meses y se perdería entre los cientos de islas de la costa occidental, rearmando sus ejércitos para intentarlo de nuevo una y otra vez. Hasta que lo consiguiera.

*RATHLIN Sound, al norte de la costa de Irlanda,
día de la Candelaria,
2 de febrero de 1307*

Erik MacSorley jamás podía resistirse a un desafío, aunque nadie lo provocara. Con tan solo echarle un vistazo al barco de pesca perseguido por el galeón inglés, se percató de que aquella noche nada cambiaría. Lo que debía hacer era ignorarlo y continuar con su misión, proseguir su camino sin ser detectado por la patrulla inglesa mientras se dirigía hacia el castillo de Dunluce para reunirse con los mercenarios irlandeses. Pero ¿qué tendría eso de divertido? Después de pasar cuatro meses escondidos y saltando de una isla a otra sin hacer más que alguna breve incursión en el continente para recoger las rentas de Bruce y cumplir la misión de reconocimiento pertinente, Erik y sus hombres se merecían un poco de acción.

En Lent tuvo un comportamiento digno de un monje, excepto por las chicas, pero Erik tenía la certeza de que no había hecho voto de castidad alguno al entrar en la Guardia de los Highlanders de Bruce. Desde el día de la tormenta y la huida de Dunaverty intentó evitar problemas y refrenar sus impulsos siempre que lo llamaban a la acción, pero con la Punta del Diablo prácticamente a tiro de piedra, marea alta y el fuerte viento que los empujaba, se trataba de una oportunidad demasiado tentadora para dejarla escapar.

Se le dibujó una diabólica sonrisa pensando que a sus veintinueve años todavía no había encontrado viento que no pudiera dominar, hombre que pudiera medírsele sobre el agua o dentro de ella, navío que no pudiera manejar, y tampoco mujer que fuera capaz de resistírsele. ¿Por qué había de ser diferente aquella noche? Las intensas brumas la hacían perfecta para una regata, sobre todo sabiendo que era capaz de navegar por esas traicioneras aguas de la costa de Antrim con los ojos cerrados. Acababan de rodear el cuerno noroeste de la isla de Rathlin, yendo rumbo sur hacia el castillo de Dunluce, en la costa norte de Irlanda, cuando avistaron el barco patrulla de los ingleses cerca de Ballentoy Head. Desde el mismo momento en que los ingleses tomaron el castillo de Dunluce, pocos días antes de aquel mismo mes, y se percataron de que Bruce había huido de Escocia, la flota enemiga incrementó el número de patrullas en el canal del Norte para dar caza al rey fugitivo. Pero a Erik no le hacía gracia ver un barco patrulla tan cerca de su destino. La mejor manera de asegurarse de que los ingleses no interferían en sus planes era colocarlos en algún lugar en el que no representaran problema alguno. Aparte de eso, daba la impresión de que a aquellos pescadores no les vendría mal algo de ayuda.

«Bellacos ingleses.» El traicionero asesinato del clan MacLeod seguía fresco en su memoria. Y se atrevían a llamarle pirata a él.

Dio la orden de izar la vela.

—¿Qué estáis haciendo? —balbuceó sir Thomas Randolph con un susurro—. Nos verán.

Erik suspiró y negó con la cabeza. Bruce le debía una. Hacer de niñera del pomposo sobrino del

rey no era para lo que se había enrolado. El rey tendría que añadir uno o dos castillos a las tierras de Kintyre que había prometido restituirle cuando Bruce reclamara su corona y devolviera a Eduardo Piernaslargas a puntapiés hasta Inglaterra. Randolph estaba tan metido en el código de caballería y en sus «obligaciones» como caballero, que hacía que Alex Seton, el único caballero y súbdito inglés entre la élite de la Guardia de los Highlanders, pareciera licencioso. Tras dos meses «adoctrinando» a Randolph, Erik profesaba un mayor respeto por el compañero de Seton, Robbie Boyd. Había tenido ya suficientes reglas y honor para toda la vida. Randolph estaba empezando a agriar incluso su visiblemente despreocupado talante.

Erik arqueó una ceja con cierta apatía exagerada.

—Tal vez sea lo mejor si lo que queremos es alejarlos.

—Pero, maldita sea, Halcón. ¿Y si nos atrapan? —dijo Randolph haciendo uso de su nombre de guerra.

Cuando se encontraban en una misión, los nombres de guerra se usaban para proteger las identidades de la Guardia de los Highlanders, pero, como navegante, Erik no tenía más opción que implicar a otros. Necesitaba hombres para gobernar los remos, y con los otros componentes de la guardia desperdigados, había tenido que recurrir a los miembros de su propio clan MacSorley. El puñado de hombres que acompañaba a Erik en su misión secreta estaba conformado por los parientes en los que más confiaba y por los miembros de su séquito personal. Estos protegerían su identidad hasta la muerte. Por el momento nadie había relacionado la aclamada y temida bandera del Halcón con los rumores del ejército fantasma de Bruce que se extendían a lo largo del país, pero él sabía que aquello podía cambiar en cualquier momento.

Los remeros que alcanzaron a oír a Randolph rieron abiertamente ante lo absurdo del caso.

—No pierdo una regata desde... —Erik se volvió para consultar a su segundo, Domnall, que se encogió de hombros.

—Que me lleve el diablo si lo sé, capitán.

—Ya veis —dijo Erik, esbozando una sonrisa de satisfacción—. No hay de qué preocuparse.

—Pero ¿qué pasará con los caudales? —adujo el joven caballero obstinadamente—. No podemos arriesgarnos a que los ingleses pongan sus garras sobre ellos.

La moneda que transportaban, valorada en cincuenta libras, era necesaria para asegurar el concurso de los mercenarios. La habían ido obteniendo de las rentas de Bruce en Escocia, a través de pequeñas expediciones durante los meses de invierno. Aquellas expediciones nocturnas no habían hecho sino agrandar la leyenda de la guardia fantasma de Bruce. MacSorley y algunos de los otros hombres de la guardia habían conseguido entrar y salir de Escocia sin ser detectados gracias a la información clave filtrada desde campo enemigo. Erik creía saber de dónde provenía.

Bruce tenía la esperanza de triplicar el número de sus fuerzas de ataque con mercenarios. Sin esos hombres adicionales, Bruce no tendría posibilidades de preparar el ataque a las guarniciones inglesas que ocupaban los castillos de Escocia y así recuperar su reino. El trabajo de Erik era llevarlos hasta allí. El ataque era inminente, y Bruce contaba con él para conseguir a los mercenarios y que burlaran a la flota inglesa, llegando hasta Arran a tiempo para el ataque programado el día quince, a menos de dos semanas en el calendario.

—Relajaos, pequeño Tommy —dijo Erik plenamente consciente de que aquel hombre de la nobleza que llevaba una espada metida en lo más hondo de su trasero se vería aún más contrariado con esta advertencia—. Parecéis una viejecita. La única cosa que podrán coger será nuestra estela.

Randolph frunció tanto la boca que sus labios se tornaron blancos, produciendo un fuerte contraste

con sus ruborizadas mejillas.

—Me llamo Thomas —gruñó—. Sir Thomas, como muy bien sabéis, demonios. Nuestras órdenes eran conseguir los mercenarios y conducirlos hasta mi tío sin alertar a las tropas inglesas de nuestra presencia.

No era tan sencillo como eso, pero solo unos pocos conocían el plan hasta sus últimas consecuencias y Randolph no era uno de ellos. No tenían que trasladar a los mercenarios al lugar en que se encontraba Bruce, tan solo concertarían el siguiente encuentro. Obrar de aquel modo era lo más seguro. Para que Bruce tuviera alguna posibilidad de éxito contra la formidable armada inglesa era indispensable que contaran con el factor sorpresa.

Tras años sirviendo como mercenario extranjero en Irlanda, Erik sabía que lo más aconsejable era ser cauto con la información. La moneda era el único señor al que servían la mayoría de los mercenarios, y los MacQuillan eran de naturaleza zafia, por decirlo con buenas palabras. El rey no les confiaría los detalles de su plan hasta que estuviera obligado a hacerlo, incluidos el lugar en el que se encontrarían y dónde y cuándo tenían planeado atacar. Erik se encontraría con los irlandeses dos noches antes del ataque, y después los conduciría personalmente hasta Rathlin para encontrarse con Bruce y reunir el ejército. A la noche siguiente Erik llevaría la flota al completo hasta la isla de Arran, desde donde Bruce tenía planeado atacar el norte del continente escocés el día quince de febrero. Llegar a tiempo era esencial. El rey había dividido sus fuerzas para llevar a cabo un ataque a dos bandas. Bruce atacaría Turnberry, en tanto que sus hermanos liderarían el segundo ataque ese mismo día al sur, en Galloway. Con un programa tan apretado, y dado que debían viajar siempre de noche, no había margen para el error.

—No quiero sorpresas, Tommy. De este modo nos aseguraremos de ello.

Nada se interpondría en su misión, pero eso no significaba que no pudieran disfrutar un poco de ella.

—Es una temeridad —protestó Randolph con furia.

Erik negó con la cabeza. Aquel chaval no tenía remedio.

—Mirad, Tommy, no vayáis por ahí hablando de lo que no conocéis. No reconoceríais una temeridad aunque se alzara sobre vos y os mordiera el culo. Sería temerario en caso de que hubiera alguna probabilidad de que nos alcanzaran, lo cual, tal y como acabáis de oír, no es el caso.

Sus hombres izaron la vela cuadrada. Las pesadas fibras de lana de aquel paño recubierto con grasa animal crujieron contra el viento al desplegarse, revelando el temible halcón marino negro con las bandas blancas y doradas como fondo. Por más veces que la izara, aquella visión siempre conseguía que le hirviera la sangre.

Momentos más tarde oyó un grito que llegaba desde el agua. Erik se volvió hacia su reticente compañero con una sonrisa impenitente.

—Al parecer, ya es demasiado tarde, muchacho. Nos han visto.

Tomó los dos cabos guía entre sus manos, se preparó para la racha de viento y gritó a sus hombres:

—Démosle a esos perros ingleses algo para perseguir que no sea su propio rabo. ¡Hacia Benbane, muchachos!

Sus hombres rieron la chanza. «Rabo» era un término despectivo para referirse a los ingleses, significaba «cobarde infame».

La vela se henchió con el viento y el *birlinn* se propulsó hacia el cielo, elevándose sobre las olas como si fuera un pájaro en pleno vuelo y haciendo valer los halcones que engalanaban la vela y el grabado de la proa del navío.

Cuanta más rapidez alcanzaban, con más velocidad fluía la sangre por sus venas. Sus músculos se tensaban ante la brutal energía que los espoleaba y colocaba la nave prácticamente en posición vertical sobre el agua. El viento atravesaba sus cabellos, rociaba su cara y llenaba sus pulmones como si de un elixir se tratara. Aquella ráfaga era algo excepcional, primitiva, la libertad en su forma más pura. Se sentía vivo y era consciente de haber nacido para eso.

En el transcurso de los siguientes minutos, sus hombres permanecieron en silencio mientras él maniobraba el bote para ponerlo en dirección al cabo de Benbane, la punta norte de Antrim. Los hombres de su clan lo conocían muy bien para no saber lo que tenía planeado. No era la primera vez que sacaba provecho de la marea alta y de unos escollos traicioneros.

Al mirar hacia atrás comprobó que su argucia estaba dando resultados. La patrulla inglesa se había olvidado de los pescadores y se disponía a darles caza.

—Apresuraos —gritó Randolph sobre el bramar del viento—. Nos están dando alcance.

Aquel muchacho ciertamente sabía aguarle la fiesta a cualquiera. Pero Erik debía admitir a regañadientes que el galeón inglés estaba más cerca de lo que esperaba. Su capitán tenía ciertas aptitudes, y suerte. El inglés había sacado partido de una racha de viento más fuerte de la que había aprovechado Erik, y estaba aumentando la velocidad haciendo uso de los remos. Los remeros de Erik permanecían a la espera. Los necesitaría más tarde.

Un poco de suerte inglesa no era algo que le preocupara sobremanera; incluso una ardilla ciega era capaz de encontrar una bellota de vez en cuando.

—Esa es la idea, Tommy. Quiero que se acerquen lo suficiente para conducirlos hasta los escollos.

La Punta del Diablo era un promontorio en forma de falange rocosa que sobresalía de la costa justo al oeste del cabo Benbane, en el punto más al norte de la costa de Irlanda. Con marea alta, aquel arrecife rocoso permanecería invisible hasta que la fatalidad fuera inevitable. La treta consistía en interponerse entre los ingleses y tierra firme, de modo que fuera su navío el que quedara destrozado por los riscos. En el último momento Erik dejaría que los alcanzaran para luego girar abruptamente hacia el oeste, manteniendo el rumbo hasta dejar atrás las rocas y conducir a los ingleses directos hacia el Diablo. Se trataba del tipo de diestra maniobra que era capaz de realizar con los ojos vendados.

—¿Escollos? —dijo Randolph con una voz que adoptó un matiz agónico—. Pero ¿cómo podéis ver nada con esta niebla?

Erik suspiró. Si aquel mozalbete no aprendía a relajarse, su corazón dejaría de funcionar antes de que pudiera cumplir los veintitrés años.

—Puedo ver todo cuanto necesito. Tened un poco de fe, intrépido caballerete.

Ante ellos aparecieron los fatales y altos acantilados del saliente. En los días despejados, aquellas majestuosas y oscuras paredes coronadas por laderas esmeraldas eran de una belleza sobrecogedora, pero esa noche sus inmensas sombras parecían una amenaza aterradora. Erik miró hacia atrás y alzó una ceja, dejando entrever un gesto de admiración en su rostro. Aquel perro inglés no era tan inepto. De hecho, era suficientemente bueno para echar al traste los cálculos de Erik. Seguir el curso paralelo de la costa no daría resultado. Tendría que dirigirlos hacia las rocas directamente y luego girar, con el viento de cara, en el último momento.

Puede que aquel capitán inglés fuera bueno... pero Erik era mejor.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Aquello sería más divertido de lo que en un primer momento esperaba. Ahora que su primo Lachlan MacRuairi, llamado Víbora, estaba en el norte con las mujeres, y Tor MacLeod, Jefe, permanecía en tierra como guardia personal del rey, hacía ya

tiempo que Erik no apreciaba el sabor de la verdadera competición. Y el último lugar en el que esperaba encontrarla era entre las filas inglesas.

Había demasiada oscuridad y niebla para ver con precisión dónde comenzaba la costa, pero Erik sabía que ya estaban cerca. Podía sentirlo. La sangre bullía con más fuerza por sus venas a medida que anticipaba los momentos de peligro que se avecinaban. Si algo fallaba o cometía algún error en sus cálculos, no serían los ingleses los únicos que tendrían que llegar a nado hasta la costa.

Se volvió hacia Domnall, que comandaba el timón fijado a la popa.

—¡Ahora! —gritó, ordenando la bordada de babor a estribor—. Bogad y mandad a esos ingleses bastardos hasta las mismas narices del Diablo.

Sus hombres respondieron con un paleteo entusiasta. Momentos después la vela ya ondeaba, y con la Punta del Diablo justo frente a ellos, su bajel viró todo hacia estribor. Erik oyó cómo la vela recibía el golpe de viento a su espalda, en tanto que los ingleses los seguían inmediatamente detrás, obrando la bordada con maestría. Los llevaban a rebufo, prácticamente a tiro de arco.

Casi había llegado el momento...

—¡Deteneos en nombre de Eduardo, rey de Inglaterra por la gracia de Dios! —gritó una voz en inglés desde atrás.

—No sirvo a más rey que a Bruce —respondió Erik en gaélico—: *Airson an Leomhann!* —vociferó con el grito de guerra de la Guardia de los Highlanders: «¡Por el león!»

La cacofonía de voces tras él confirmó que alguien había entendido su proclama.

—¡Traidores! —se alzó una voz.

Pero Erik no les prestó atención alguna. Concentraba todos sus esfuerzos en la angosta extensión de negras aguas que podía ver ante sí. La tensión podía respirarse en el interior de la nave. No quedaba mucho por avanzar: unos treinta metros. Visualizó los acantilados de la costa a su izquierda, intentando localizar el abrojo que marcaba su punto de referencia, pero aquella niebla cegadora hacía imposible el avistamiento.

«Con los ojos vendados», se recordó.

Sus hombres se retorcían en sus asientos con cierta ansiedad, con las manos preparadas sobre los remos, anticipándose a sus órdenes.

—¿Qué está pasando? —preguntó Randolph con voz chillona al sentir la tensión.

—Listos, muchachos —dijo Erik ignorando al caballero—. Solo un poco más...

El corazón de Erik palpitaba en su pecho con fuerza y a un ritmo de manera constante. Ahora llegaba la verdadera prueba de fuego para sus nervios. ¡Dios santo, le encantaba aquello! Sus instintos se avivaban ante el peligro venidero, pidiéndole a gritos que girara, pero Erik no pestañeaba. «Todavía no.» Unas cuantas brazas más asegurarían que el capitán inglés, fuera diestro o no, sucumbiera ante el lecho de rocas que Erik le tenía preparado.

Estaba a punto de dar la orden cuando sobrevino el desastre. Una ola bravucona se alzó desde la oscuridad como las fauces de una serpiente y chocó contra el costado estribor del *birlinn*, empujándolos hacia la orilla y añadiendo unas cinco brazas a su ajustada maniobra para rodear la punta.

Erik blasfemó y jaló con fuerza los cabos de las velas. Las rocas estaban demasiado cerca. Podía ver las delatoras brumas blancas del agua rompiendo alrededor de las mismas puntas de los picos sumergidos. No disponía de espacio para realizar ese ágil viraje que había planteado. La única opción que tenía de rodearlos era abatir en una arriesgada maniobra en dirección al viento.

Ahora sí que se ponía interesante la cosa. Su pulso bullía de la emoción. Era para momentos como ese, verdaderas pruebas de maestría y nervio, para los que realmente vivía.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Tirad fuerte, muchachos!

Domnall hizo los ajustes del timón, y sus hombres hundieron los remos en el agua en ángulo agudo para girar, mientras Erik luchaba por conseguir que la vela acuartelara tanto como fuera posible para ayudarlos a salir del peligro.

Oyó voces que se alzaban en el barco que tenía tras de sí, pero estaba demasiado concentrado en su casi irrealizable tarea. El mar y la inercia luchaban por llevarlos hasta las rocas, que no estaban a más de tres metros del costado de babor. Sus hombres remaron con más fuerza, haciendo uso de toda la energía que les restaba, una energía que los remeros ingleses no tenían. La proa del barco cabeceó justo al pasar el borde de la zona de escollos.

Tan solo unas brazas más...

Pero las rocas de babor seguían acercándose y haciéndose más grandes, en tanto que el *birlinn* se aconchaba al desastre. Erik oyó que Randolph blasfemaba y rezaba alternamente, pero no perdió nunca la concentración en su objetivo.

—¡Más fuerte! —gritó a sus hombres, con los brazos flexionados y el cuerpo ardiendo del esfuerzo de aguantar los cabos—. Casi hemos virado...

Mantuvo la respiración en tanto que el bote bordeaba la punta del pico, con todos sus sentidos concentrados en los ruidos que se producían bajo la línea de flotación. Y entonces oyó el suave crujido de la madera. Ese inconfundible sonido de roca arañando el roble aterrorizaría a cualquier marino, pero Erik permaneció impasible. El ruido continuó durante unos segundos, pero no pasó a mayores. Lo habían conseguido.

Una enorme sonrisa se extendió sobre su rostro. ¡Ah, eso sí había merecido la pena! No había hecho nada tan emocionante desde aquella tormenta que aborreció su huida del castillo de Dunaverty.

—¡Lo hemos conseguido, muchachos!

La algaraza se apoderó del navío, una algaraza que se incrementó cuando oyeron el estrépito del galeón inglés que se estrellaba contra las rocas.

Erik dio las dos jarcias a uno de sus hombres y saltó sobre un arcón de madera que hacía las veces de banco, para recompensarse con una clara visión de los marineros ingleses peleándose por encontrar refugio en las mismas rocas que habían despedazado su propia nave. Sus imprecaciones viajaron a través del viento hasta llegar a sus oídos.

—¡Mandad mis recuerdos a Eduardo, muchachos! —dijo postrándose y haciendo una reverencia cómica adornada con un gesto de la mano.

La ola renovada de insultos que le dirigieron en respuesta no hizo sino provocar más carcajadas de su parte. Volvió a bajar de un salto y propinó una palmada a Randolph en la espalda. El pobre muchacho no tenía muy buen aspecto.

—Eso sí que ha sido arriesgado.

El joven caballero lo miró con una mezcla de admiración e incredulidad.

—Tenéis la suerte del mismo demonio, Halcón. Pero algún día la perderéis.

—Sí, puede que tengáis razón —repuso Erik ofreciéndole un guiño de complicidad—. Pero no esta noche.

Al menos eso creía.

—¿Por los huesos de santa Columba, Ellie! ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste? Cualquiera diría que has cogido el muermo —dijo dando énfasis a esta última palabra con el exagerado drama que solo podría otorgar una damisela de dieciocho años, haciendo que sonara como si realmente Ellie se hubiera contagiado de aquella enfermedad tan propia de las caballerías.

Ellie no apartó la vista de las telas que tenía esparcidas sobre la cama y contestó a su hermana pequeña de manera automática.

—No tengo el muermo, y no blasfemes. —Se arrimó al pecho una seda azul celeste— ¿Qué te parece esta?

—¿Ves? —dijo Matty alzando las manos con desesperación—. A eso es exactamente a lo que me refiero. Apenas has cumplido unos años más que yo y ya actúas como si fueras mi niñera. Pero incluso la vieja Betha «Caradepasa» era más divertida que tú. Además Thomas dice «por los huesos de santa Columba» todo el tiempo y nadie lo riñe.

—Soy seis años mayor que tú y Thomas no es una dama.

Ellie arrugó la nariz al verse en el espejo y descartó el azul poniéndolo en el montón de colores poco favorecedores. Los colores pasteles que tan en boga estaban en el momento no resaltaban en absoluto su pelo y ojos oscuros.

Matty, a quien los colores pasteles sentaban de maravilla, entrecerró sus grandes ojos azules. No había nada que enojara más a Mathilda de Burgh que le recordaran la libertad de la que gozaba su hermano gemelo. Su adorable barbilla adoptó un cariz de rebeldía que hacía que pareciera un gatito obstinado.

—Esa razón es ridícula, y tú lo sabes.

Ellie se encogió de hombros sin llegar a contrariar ni apoyar lo que acababa de decir su hermana.

—Así es como son las cosas.

—No tienen por qué ser así.

Matty la agarró de la mano y la miró de manera suplicante. Con aquel pelo rubio sedoso, su piel de porcelana, esa boca en forma de corazón y enormes ojos azules, era difícil resistirse. Pero Ellie tenía la mayor de las experiencias enfrentándose a tácticas como aquella. De sus nueve hermanos, ocho eran criaturas ridículamente bellas de pelo rubio y ojos claros. Los únicos que poseían las facciones oscuras normandas de su padre eran ella y su hermano Walter. Al pensar en eso, la invadió una ola de tristeza. Ahora era ella la única que quedaba de los dos.

—Por eso esta noche va a ser tan divertida —insistió Matty sin darse por vencida—. Es la única noche en la que se nos permite nadar con hombres. Esta es tu última oportunidad. El año próximo te habrás marchado a Inglaterra con tu nuevo esposo —dijo suspirando con aire soñador.

Ellie sintió que se le revolvía el estómago, como siempre le ocurría cuando se mencionaban sus inminentes nupcias, pero apartó de sí aquella repentina descompostura.

—El Baño de las Doncellas no es para mujeres de nuestra posición.

Tuvo que morderse el labio al sentirse aburrida incluso de sus propias palabras. Al igual que las fiestas paganas de Yule habían dado paso a la Navidad, la ancestral celebración nórdica del Baño de las Vírgenes (rebautizada como Baño de las Doncellas para no ofender a la Iglesia en lo venidero), en la que los paganos sacrificaban a jóvenes doncellas en honor de Aegir, dios de los mares, se había convertido en el día de la Candelaria, la fecha que marcaba el final de la temporada de Navidad. La Iglesia no veía con buenos ojos las celebraciones paganas, pero tampoco intentaba prohibirlas. Tal vez fuera porque era consciente de que cualquier intento de prohibición fracasaría.

Cada dos de febrero, a medianoche, las chicas de la localidad saltaban sobre las heladas aguas y

nadaban a toda prisa de nuevo hacia la orilla para calentarse en enormes fogatas, en lugar de en las saunas que usaban originalmente los nórdicos. La chica que aguantara más tiempo en las frías aguas sería coronada princesa del hielo. Ellie había ganado la corona las tres últimas veces que había concursado. Walter solía bromear con que debía tener algo de foca, ya que el agua fría no parecía incomodarla.

—Antes no pensabas lo mismo —dijo Matty negando con la cabeza y mirándola como si fuera una persona extraña para ella—. No lo entiendo, antes te encantaba nadar y te entusiasmaba el Baño de las Doncellas.

—Eso era antes...—replicó Ellie para después parar en seco y tragar saliva al sentir una opresión en la garganta—. Entonces era una niña. Ahora tengo responsabilidades.

Matty permaneció en silencio un instante mientras Ellie se daba la vuelta y miraba las telas que yacían sobre la cama. Aquellas telas se convertirían en los vestidos que llevaría en su nueva vida en Inglaterra, en la corte del rey Eduardo, como esposa del otrora yerno de este, Ralph de Monthermer.

—Eso no es justo —dijo Matty en voz queda—. Tú no eres la única que los echa de menos. Yo también lo hago. Pero ni madre ni Walter habrían querido que guardaras luto para siempre.

La fiebre que había barrido los pasillos del castillo de Dunluce hacía dos años se llevó consigo no solo a su hermano de diecinueve años, sino también a su madre, Margaret, condesa de Ulster. Para Ellie, que en aquel momento contaba veintidós años, la fiebre se había llevado algo más: aquella vivaracha chica ávida de aventuras. Como hija mayor sin desposar, Ellie había adquirido la mayoría de las obligaciones de su madre como condesa, entre ellas la de cuidar de sus hermanos y hermanas menores. ¿Qué clase de ejemplo daría si andara tonteando medio desnuda en el mar?

Era la primera vez que regresaban al castillo de Dunluce desde que habían muerto su madre y su hermano, el heredero del condado. Habían acordado un encuentro con su prometido en Carrickfergus, el principal bastión del condado de Ulster, pero el rey Eduardo dio orden de que permanecieran allí. Aunque Ellie no contaba con la confianza de su padre, suponía que tendría algo que ver con la incesante búsqueda de Robert Bruce.

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas y Ellie la acogió en sus brazos de manera instintiva.

—Ya sé que tú también los echas de menos —dijo Ellie con un suspiro—. Y tienes razón. No les gustaría que guardáramos luto para siempre.

Matty se echó hacia atrás mostrando una amplia sonrisa en su rostro.

—Entonces ¿significa eso que vendrás? —Ellie entornó los ojos con recelo. «Malandrina.» Era tan implacable como su padrino, el rey Eduardo—. Di al menos que pensarás en ello —interpuso Matty antes de que Ellie pudiera objetar algo.

Ellie no tenía intención alguna de pensar en ello, pero Matty no era la única que sabía cómo conseguir lo que quería. Con cinco expertos manipuladores todavía a su cargo, a los cuales no les gustaba oír un «no» por respuesta, tenía que adaptarse para sobrevivir.

—De acuerdo, pensaré en ello.

Los ojos de Matty se avivaron.

—¿Lo harás? —dijo dando palmadas de alegría—. Lo pasaremos la mar de bien.

—Pensaré en ello —puntualizó Ellie— si me ayudas a escoger cuáles de estas telas debo usar para hacer vestiduras.

No conseguía reunir el entusiasmo necesario para esa tarea. Matty tenía un ojo para los colores del que Ellie, sin duda, carecía. Pero había algo más y era consciente de ello. Algo no andaba bien en ella.

¿Cómo si no explicar esa sensación nauseabunda que la embargaba cada vez que pensaba en su matrimonio? Un matrimonio por el que debía sentirse agradecida en cualquier circunstancia objetiva que se considerara. A pesar de unos comienzos poco alentadores, su prometido era uno de los ilustres más apreciados por Eduardo, además de su anterior yerno. Enamorado de la hija de Eduardo, Juana de Acre, se había casado con ella en la clandestinidad, pero cuando el rey descubrió el matrimonio, confinó a Ralph, entonces un simple caballero, en la torre, y gracias a la intercesión del obispo de Durham no fue ejecutado. Al final Ralph y su virulento suegro acabaron reconciliándose, e incluso recibió los títulos de conde de Gloucester y Hereford en vida de la propia Juana. Ahora que Bruce había escapado, Eduardo quería asegurarse el apoyo del padre de Ellie, así que había propuesto esa alianza con su otrora yerno como muestra de gratitud.

Ralph, además de ser considerado un caballero excelente, era un hombre amable y apuesto, con una imponente complexión: alto y ancho de espaldas. Era un hombre que despertaba admiración. Entonces ¿por qué se le revolvía el estómago, le daba un vuelco el corazón y su piel se empapaba de un sudor frío cada vez que se encontraba con él en la misma habitación? ¿Y por qué sentía esa extraña inquietud creciendo en su interior a medida que pasaban los días y se acercaba la boda? Era una inquietud que la impulsaba a hacer locuras, como correr descalza por la arena o quitarse el velo y la cofia para sentir el aire fresco sobre su cara. O sumergirse en el agua helada. Pero aquellos sentimientos irracionales poco importaban. Se casaría con el hombre que su padre había elegido para ella, al igual que haría Matty cuando llegara el día. Eran las hijas de Ulster: la elección no figuraba en sus decisiones matrimoniales.

Durante los siguientes minutos Matty descartó sin piedad retales de entre la inmensa montaña de lujosas lanas, damascos y terciopelos, aceptando alguno de ellos en ocasiones. Al finalizar quedó un montoncito mucho más reducido de marrones oscuros, verdes, dorados y granates. Ninguno de aquellos colores era vívido ni pastel. Ellie suspiró y miró con anhelo el montón de colores rosados, azules, amarillos y rojos.

—Seré la dama más sombría de toda la corte —dijo con desconsuelo.

Matty frunció el ceño.

—Estarás preciosa. Esos tonos otoñales resaltarán los matices dorados de tu piel y las vetas verdes de tus ojos.

Ellie hizo una mueca levantando el labio superior.

—¿Vetas verdes? Mis ojos son castaños.

Matty retorció la boca rebelándose contra eso.

—Tus ojos son de un vibrante y precioso color miel.

«Castaños», pensó Ellie, y así estaban perfectamente. Pero sabía muy bien que no valía la pena discutir. Sus hermanos siempre intentaban hacer que se sintiera especial, y se lo tomaban como algo personal cuando alguien aludía a la ausencia en ella de esos espectaculares y bellos rasgos de la familia. En una familia normal se la habría considerado aceptablemente bonita, pero la suya no lo era. Nunca dejaba de sorprenderle, y, al parecer, a los demás tampoco, cómo dos personas de apariencia tan extraordinaria como su padre y su madre habían podido dar a luz a una hija de apariencia tan ordinaria como ella.

Pero aquel semblante corriente y moliente preocupaba más a sus hermanos que a ella misma. Pronto había aprendido que la belleza no otorgaba la felicidad. Su madre era un ejemplo de ello. Ellie se contentaba con ser normal y corriente, pero su familia se negaba a verla como alguien que no fuera especial.

Matty la observaba como si pudiera adivinar lo que estaba pensando.

—Me encantaría que pudieras verte del mismo modo en que lo hago yo. Eres mucho más bella que todos nosotros juntos. Irradias belleza desde el interior. —El peor de los eufemismos para alguien poco agraciado, pensó Ellie—. Eres amable, generosa, dulce...

—Y aburrida —interpuso Ellie, sintiéndose incómoda con los cumplidos de su hermana. Matty sonrió.

—Y aburrida. Pero no por mucho tiempo. Recuerda que prometiste pensar en ello. Di que vendrás. Será divertido, ya verás. —Su sonrisa se tornó picarona—. Tal vez ese prometido tuyo tan guapo ronde por allí.

Ellie palideció. Ciertamente esperaba que no fuera así. Apenas podía pronunciar un par de palabras sin verse envuelta en ese sudor frío.

Matty la miró con ojos de extrañeza.

—No sé qué te ocurre, Ellie. Te comportas como si no quisieras contraer matrimonio con él. Ralph es joven y además apuesto —dijo adoptando un aire soñador—. Con esos ojos verdes y su pelo moreno... —continuó con una voz que acabó por extinguirse. ¿Ralph tenía los ojos verdes? Ellie no se había dado cuenta—. Eres muy afortunada. Si estuviera en tu lugar, me apoderaría de él en un abrir y cerrar de ojos. Lo más probable es que acabe casada con un hombre mayor que padre, uno que tenga mal aliento, las manos fofas y gota. —La miró llena de curiosidad—. ¿Es que no te gusta?

—Por supuesto que me gusta —respondió Ellie de manera automática, aunque el pulso se le aceleró por el pánico que sentía. ¿Y qué significaba eso de no gustar?— Estoy seguro de que será un esposo estupendo.

—Y también padre —dijo Matty inclinando un poco la cabeza—. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Cuántos hijos tiene él, diez?

—Ocho. —Eran cinco chicas, el joven conde y dos chicos más, todos ellos menores de doce años. Nada a lo que no estuviera acostumbrada. Negó con la cabeza—. No, me gustan los niños.

Matty se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Y serán tan afortunados como nosotros de tenerte a su lado. —Hizo una mueca traviesa con sus arqueadas cejas para añadir—: Pero eso no significa que no puedas divertirte un poco antes.

Ellie alzó los ojos al cielo y echó a su hermana de la pequeña cámara.

—¡Fuera de aquí! Tengo que ver cómo están la pequeña Juana y Edmundo antes de que llegue la cena.

—Te veré esta noche —dijo Matty con una mirada aviesa.

Si había algo que caracterizaba a su hermana era la persistencia. Conseguía que pareciera que Ellie no hacía más que comer, rezar y estar al cuidado de los niños pequeños. Se mordió el labio al percatarse de que aquello se acercaba bastante a la verdad. ¿Se habría vuelto demasiado seria? ¿Era su vida un aburrimiento?, pensó tragando saliva ante aquella idea. ¿Qué había sucedido con aquella pilluela loca que nadaba y vagaba por la campiña? ¿Esa a la que le encantaban los desafíos? ¿La que soñaba con aventuras? ¿La que pensaba que no habría nada mejor que visitar cada una de las islas desde Irlanda hasta Noruega?

Aquellos tiempos parecían remotos. Tal vez demasiado. Los sueños cambiaban. Las personas cambiaban. Contaba veinticuatro años, estaba prometida con un importante caballero inglés y era la virtual condesa del noble más importante de Irlanda. Difícilmente podía plantearse vagabundear por la campiña como si fuera una sierva de la gleba. Por más divertido que pudiera parecerle.

EL buen humor del que Erik había gozado tras conducir a los ingleses hasta las rocas no duró mucho. A medida que sus hombres y él se acercaban al castillo, supo que algo no iba bien. Era ya pasada la medianoche, pero los alrededores de Dunluce refulgían de luz. En la playa que quedaba al norte rugían dos inmensas fogatas cuales piras de iniciación de los guerreros del camino de Valhalla.

—¿Y esos fuegos? —preguntó Randolph percatándose del asunto.

Erik negó con la cabeza y entornó los ojos hacia la oscuridad. Estaban demasiado lejos para distinguirlo claramente, pero juraría que había gente bañándose en la playa.

—Parecen villanos —dijo Domnall.

Erik se animó súbitamente al recordar la fecha.

—Y son villanos —dijo—. Bueno, más bien villanas.

Randolph se quedó mirándolo con rostro inquisitivo.

—El Baño de las Vírgenes —explicó.

Randolph frunció el ceño.

—¿Esa práctica pagana? No sabía que los irlandeses continuaran celebrando festivales impíos.

—Aún se conservan en la mayoría de las islas. Es algo así como un rito de iniciación. Pero más que eso es una excusa para que los mancebos se diviertan. No hay nada malo en ello.

El joven caballero seguía mirándolo con ojos reprobatorios.

—Es indecente.

Erik rió.

—Exacto. Por eso es por lo que resulta divertido. Y si no sois capaz de apreciar los efectos del agua helada en el camión de una muchacha, entonces me temo que no hay nada que pueda hacer por vos.

Randolph alzó un tanto el labio inferior.

—Tal vez pueda ver cierto atractivo en ello.

Erik rió y le dio una palmada en la espalda.

—Eso ya me gusta más. Tal vez haya aún esperanza para vos, sir Tommy.

Habían arriado la vela de nuevo para procurar ser menos visibles, y Erik mantuvo el barco lo más alejado de la costa que pudo al pasar junto al castillo. Dunluce estaba situado en lo más alto de un intransitable y enorme risco de forma triangular, con acantilados de treinta metros que caían en picado hacia el mar. Un profundo abismo recorría la parte de atrás del castillo, al que solo podía accederse a través de un estrecho puente de madera. Bajo él había una cueva marina conocida por los locales como la cueva de la Sirena. Esta, a la que se podía acceder por mar desde el sur y por tierra desde el norte, a través de una escabrosa rampa, horadaba la roca a lo largo de unos cien metros. Sus techos, que se elevaban hasta una altura de quince metros, hacían de ella un auténtico palacio subterráneo, y su fácil acceso a través del mar la convertía en el lugar perfecto para un encuentro con los MacQuillan, aquel clan de escoceses que llegaron a Irlanda en calidad de mercenarios y decidieron quedarse como

guardianes de Dunluce para el conde de Ulster. No obstante, aquellos fieros guerreros seguían contratando a sus hombres... por un módico precio.

Erik condujo el *birlinn* alrededor de los salientes rocosos que protegían la boca de la cueva. «¡Ojo avizor, muchachos!», dijo con un susurro. El Baño de las Vírgenes explicaba la inusual actividad nocturna, pero había algo que le seguía erizando los pelos del cogote.

Mientras el bote se deslizaba por la fragosa entrada, Erik mantenía un ojo en el castillo que pendía sobre él en las alturas y el otro en la parte de atrás de la alargada caverna. Sabía que desde arriba nadie podía verlos, y aunque no podrían acusarlo jamás de mostrar excesivo celo, su desarrollado sentido del peligro le había salvado el cuello en más de una ocasión. Por un instante quedaron a merced de la oscuridad. Pero después, como saliendo de la nada de aquel negro abismo, vio aparecer tres segmentos naranjas que parpadeaban al otro lado de la caverna. Tres haces largos. Una pausa. Dos cortos. Tras esto, se repitió la secuencia. Se trataba de la señal convenida, pero Erik solo se relajó cuando los hombres se acercaron lo suficiente y pudo reconocer las facciones del esbirro del jefe MacQuillan, Fergal. Su ceño adoptó una expresión peculiar. Fergal no era la persona que esperaba y aquella sustitución no le agradaba.

Fergal MacQuillan no solo era un sanguinario atroz que vendería a su madre por unas monedas, sino que, además de eso, disfrutaría haciéndolo. Erik había luchado a su lado hacía años y, por más que pudiera apreciar el entusiasmo y frenesí en combate, sabía que la avidez de sangre de Fergal no acababa en la batalla. Sin embargo, tampoco tenía por qué apreciarlo. Fergal podía ser una escoria, pero sabía cómo blandir una espada, y en esos momentos necesitaban tantos guerreros como pudieran conseguir. Jefe, Tor MacLeod, le dijo a Bruce en una ocasión que tendría que ensuciarse si quería ganar. Y tenía toda la razón.

En tanto que los MacQuillan mantuvieran su palabra, no habría problemas. Cuando estuvo casi al borde de la orilla, Erik saltó por la borda y caminó hacia la pedregosa margen con el agua a la altura de las rodillas. Saludó al guerrero MacQuillan con un fuerte apretón en los antebrazos. Tras hacer lo propio con el resto de los semejantes que conocía de nombre, aparecieron Randolph y Domnall, y formalizó las necesarias presentaciones. MacQuillan parecía estar inquieto por algo, algo que Erik sospechaba no sería de su agrado.

—Pensaba que me encontraría con tu jefe —dijo Erik sin alterar la voz y forzando una sonrisa que no llegó a alcanzar sus ojos.

Fergal negó con su cabeza calva. Esta tenía una extraña forma cónica que sobresalía de modo peculiar debido a unos rasgos planos, al grueso cuello y a una descuidada barba pelirroja.

—Cambio de planes —dijo el guerrero—. No pudo salir. Ulster ha llegado y el castillo está infestado de ingleses. Habrían notado su ausencia.

Los ojos de Erik se entornaron un tanto. No le había fallado el instinto. En su cabotaje habían pasado por la mismísima boca del lobo. Si se trataba de una trampa, la deformada cabeza de Fergal no formaría parte de su cuerpo por mucho tiempo. Dos segundos, eso es lo que tardaría en enarbolar el mango de su hacha de guerra y blandirlo. Había buena parte de su ser que no hacía ascos a la excusa.

Erik echó un vistazo por detrás de Fergal, casi esperando encontrarse con las tropas inglesas bajando por la rampa, y miró con frialdad al guerrero.

—Creo recordar que tu jefe dijo que Ulster estaba en Carrickfergus.

—Eso nos habían dicho, pero ha aparecido inesperadamente a instancias de Eduardo —dijo Fergal escupiendo por reflejo al mencionar el nombre del rey—. De Monthermer, o el conde de Atholl, como se hace llamar ahora, también está con ellos.

Bueno, bueno. Eso sí que era interesante. Aquello explicaba la presencia de la patrulla inglesa en las inmediaciones del castillo. De Monthermer estaba a las órdenes de la flota de galeones más grande y avezada de la marina de Eduardo. A pesar de que el capitán inglés hubiera ayudado a Bruce en otra ocasión, Erik no podría contar con él para hacerlo de nuevo. Pero ¿qué demonios hacía allí De Monthermer? Antes de que tuviera tiempo de preguntarlo, el propio Fergal se lo explicó:

—Una alianza con una de las hijas de Ulster.

Erik asintió con pesar. La desinformación en la guerra era más común que no tener información alguna, pero ese tipo de errores podían hacer que lo mataran a él y a sus hombres. Un movimiento en falso y verían sus cabezas adornando las picas de los castillos escoceses. Y a pesar de que pudieran suponer un adorno de aspecto inmejorable, lo cierto era que Erik le tenía bastante aprecio a la suya.

—Tenéis que salir de aquí cuanto antes —apremió Fergal, claramente al borde de un ataque de pánico—. Las patrullas inglesas están por todas partes.

—Lo sabemos —dijo Erik con calma—. Acabamos de toparnos con una, metafóricamente hablando, a pocas millas de aquí.

—Dadme el oro y podremos marcharnos.

Randolph, que obviamente deseaba irse de allí cuanto antes, metió la mano bajo su armadura para alcanzar la bolsa que llevaba atada a la cintura, pero Erik antepuso su brazo para detenerlo.

—Aún no. ¿Por qué no nos relajamos todos un poco? Saldremos de aquí, pero creo que aún tenemos que discutir ciertos detalles.

—Pero no hay tiempo, los ingleses... —balbuceó Fergal.

—Son un maldito grano en el culo —finalizó Erik dedicándole un guiño de complicidad—. Ya lo sé. —Estuvieran en la boca de lobo o no, tenía una misión que cumplir y, hasta que no viera a la guardia correr rampa abajo, no estaba dispuesto a apresurarse—. No queremos que haya ningún malentendido. ¿No es cierto, Fergal?

Este negó con la cabeza.

Erik tomó la bolsa de manos de Randolph y la sopesó. Fergal lo observaba con ojos hambrientos.

—La mitad ahora, como acordamos, y el resto cuando llevéis los trescientos hombres a Bruce.

—Lo único que necesitamos saber es cuándo y dónde.

—Hay una playa cerca de Fair Head. ¿La conocéis?

Fergal asintió mirándolo con cara de asombro.

—Sí.

—Estad allí en la noche del día trece con vuestros hombres.

La inexpresiva cara del irlandés adoptó un matiz de escepticismo.

—¿Tiene Bruce intención de lanzar el ataque desde Irlanda?

Erik negó con la cabeza.

—No. Yo mismo os llevaré junto al rey.

Fair Head era el enclave del continente irlandés que distaba menos de Rathlin, punto de encuentro programado por Bruce. La expresión de Fergal se endureció al percatarse de que Erik no tenía intención de revelar el plan. Pero si Erik se veía poco inclinado a confiar en el jefe de los MacQuillan, menos aún en Fergal.

—Eso no es lo que acordamos —dijo el irlandés con rabia.

Erik dio un paso al frente. A pesar de que Fergal era ancho y robusto como un verraco, y probablemente igual de agresivo, Erik le sacaba una cabeza de altura. Y en cuanto a quién era mejor

guerrero de los dos..., ambos sabían que no había discusión. Podía contar con los dedos de la mano a los hombres que tenían alguna posibilidad de derrotar a Erik con la espada o el hacha de guerra, y Fergal no era uno de ellos.

Erik, a pesar de la amenaza que implicaban sus movimientos, esbozó una sonrisa.

—Bueno, Fergal —dijo en tono complaciente—, recuerdo perfectamente la conversación que tuve con tu jefe hace unas semanas aquí en esta misma cueva, y eso es exactamente lo que habíamos acordado. La mitad ahora y la otra mitad cuando nos encontremos con Bruce. ¿Para qué quieres tener más información?

Fergal dirigió sus ojos hacia la antorcha comprendiendo lo que significaba la pregunta de Erik.

—Me gusta saber hacia dónde voy.

—Lo sabrás, cuando llegue el momento. Estas son las condiciones. Lo tomas o lo dejas —dijo Erik encogiéndose de hombros mientras sostenía la bolsa.

El irlandés la agarró y la escondió bajo su *cotun*.

—Sí, en la playa junto a Fair Head el día trece. Allí estaremos —asintió con todo el entusiasmo que se le supone a un perro acorralado en una esquina—. Asegúrate de que vosotros también estéis.

Un sonoro chapoteo en el agua cortó en seco la respuesta de Erik, quien por instinto giró sobre sí mismo con el hacha de guerra ya dispuesta en la mano. El resto de los hombres también habían desenvainado sus armas.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Fergal, sosteniendo en alto la antorcha.

Erik intentó ver entre la penumbra.

—No lo sé.

El irlandés se dirigió a dos de sus hombres:

—Averiguadlo.

Aquello no podía ser bueno. Nada bueno.

Ellie supo que se había metido en problemas en cuanto empezó a salir del agua y oyó cómo los hombres bajaban por la rampa de la cueva con sus antorchas. En principio su intención era nadar de nuevo hacia la playa, pero el agua estaba más fría de lo que recordaba. Eso o se estaba haciendo mayor. De modo que decidió volver caminando a la playa desde la cueva.

Y pensar que hasta ese momento Ellie se lo había pasado bastante bien... Matty se entusiasmó al verla. Solo por ver su cara de sorpresa ya había merecido la pena. Pero cuando se quitó el abrigo y saltó al agua, Ellie se acordó de cuánto echaba de menos nadar. Incluso en aquel agua helada la sensación de libertad era excitante. Tal vez habría podido ignorar a aquellos hombres y continuar la ascensión de la rampa para volver junto al grupo y reclamar su corona. Pero si seguía caminando con el camisón empapado y sin una capa con la que cubrirse, corría el riesgo de encontrarse con un grupo de guerreros de ruda apariencia en medio de la noche. Así que volvió al agua con la idea de regresar por donde había venido, sin importar el frío que hiciera, cuando vio su vía de escape obstruida por la llegada del barco.

Una sola mirada a los hombres del *birlinn* bastó para que se le encogiera el corazón. Estaba oscuro, pero fue capaz de percibir lo suficiente.

«Por Dios bendito, ¡Vienen los vikingos!»

Enormes guerreros con cascos de acero con nasal bajo los que se entreveían largos cabellos rubios, mantos de piel, armados hasta los dientes, y... ¿había dicho ya que eran enormes? No había forma

posible de que pasara entre ellos. Estaba realmente atrapada. Se refugió en un costado oscuro de la cueva y consiguió trepar hasta una pequeña roca escarpada para evitar morir de frío, aunque el aire nocturno tampoco mejoró mucho su perspectiva. Tenía todo el cuerpo sumido en escalofríos. Los dientes le castañeteaban y su pelo mojado se congelaba sobre los hombros formando témpanos de hielo. Escondió los pies bajo el cuerpo lo mejor que pudo en esa superficie inclinada y rugosa y se acurrucó sobre sus rodillas haciéndose una bola, procurando darse calor. Pero sabía que aquello no podía durar mucho tiempo. Rezó por que los hombres acabaran con sus asuntos cuanto antes. Aunque oía sus voces, no era capaz de entender de qué estaban hablando. A pesar de ello, no necesitaba saber lo que decían para comprender que se encontraba en el sitio equivocado.

¿Qué podía ser peor, morir de frío o que la encontraran? Ninguna de esas opciones sonaba muy prometedora en aquel momento. Nunca debió dejarse convencer para aquello. Ni debió nadar sola y alejarse tanto del grupo. ¿Acaso no prevenía siempre a sus hermanos menores contra eso mismo? Pero quería ganar y le encantaba aquella cueva. ¿Por qué había permitido que Matty la persuadiera? Ser aburrida no era tan malo... Ser aburrida era seguro. Siendo aburrida, se estaba caliente. En ese momento podría estar durmiendo en su cómoda y linda cama entre un montón de pieles, en lugar de estar aferrada a una roca con las puntas de sus dedos insensibilizadas, en un cueva oscura repleta de terroríficos vikingos que hacían Dios sabía qué.

Tenía demasiado miedo y demasiado frío para sentir curiosidad. Ni tan siquiera se atrevía a alzar la cabeza por detrás de su intrincado escondrijo para intentar avistar la orilla, por miedo a que la vieran. Si al menos se apresuraran. El castañeteo de sus dientes era tal que temía que pronto la oyeran, y tampoco sabía por cuánto tiempo podría seguir encaramada a la roca, cuando ni tan siquiera sentía sus... ¡Oh, oh!

Sus pies resbalaron bajo el cuerpo. Se balanceó en un intento por sujetarse, pero ya era demasiado tarde. En su caída batió sobre el agua de manera determinante. El golpe de frío y la inminencia del pánico hicieron que su corazón latiera a un ritmo frenético. Resistió la tendencia natural a volver a la orilla y alzó la cabeza con cautela.

¿Era posible que no lo hubieran oído? Una sola mirada hacia la orilla le dijo que no tendría tanta suerte. Dos hombres saltaron al agua y empezaron a nadar en su dirección. Volvió a sumergirse y nadó con todas sus fuerzas. Pero no eran suficientes.

Tenía frío, estaba cansada de su ejercicio anterior y además ellos contaban con la ventaja del impulso. Uno de los hombres la agarró por el tobillo. Intentó alejarse de él proyectando sus piernas, pero el hombre tiró de ella como quien saca fácilmente un pez enrollando el sedal. Le dio la impresión de que a partir de ese momento miraría con otros ojos cuando viera un arenque en su plato. Un brazo rodeó su cintura como una serpiente. Aquel guerrero salvaje la atrajo hacia sí de una manera poco amable, devolviéndola a la superficie. El rufián hizo un tosco pronunciamiento:

—¡Es una manceba! —gritó a sus compañeros.

Ellie atendió a la pausa de sorpresa que precedió a la ruda voz que dijo:

—¡Traedla!

—¡Maldita sea, qué frío hace aquí! —blasfemó el hombre a su oído. Estaba claro que la culpaba a ella por tener que mojarse.

—¡Quitadme las manos de encima! —gritó—. ¿Acaso no sabéis quién soy? Mi padre...

Sin embargo, el nombre de su padre fue silenciado por una callosa mano que presionó con fuerza sobre su boca.

—Silencio —advirtió—. Haréis que caiga sobre nosotros toda la guardia, y ya os veis en suficiente

aprieto por el momento.

Se quedó quieta al percatarse de la seriedad de sus palabras. El soldado la arrastró hasta la rocosa orilla y la arrojó sin ceremonia alguna a los pies de un hombre calvo que, para su alegría, tenía un rostro que le resultaba familiar. Intentó rebuscar en su helada cabeza pero no funcionaba con mucha diligencia. ¿Era uno de los hombres de su padre? ¿Uno de los soldados del castillo? Probablemente la ayudaría. Ciertamente había de encontrar más comprensión en un rostro familiar que en una barcada de nórdicos, pensó estremeciéndose ante la sola idea. ¿No era cierto? Estaba a punto de exponer su caso cuando miró a los ojos del soldado calvo. Las palabras se escarcharon en su lengua. Sabía sin necesidad de preguntar que aquel hombre no sería de ayuda. Era un hombre con un rostro impasible. Tenía los mismos ojos inexpresivos de un reptil.

—¿Qué es lo que habéis oído? ¿Por qué nos estabais espiando? —preguntó con dureza.

—No... no... nada. No estaba espiando. —Aún le castañeteaban los dientes—. Yo... juro... nada... nadaba.

—Debe de venir del grupo de verbena de la playa —dijo una profunda voz tras ella.

Hablaba en gaélico, como el resto de ellos, pero había algo acompasado en su ronca voz que sonaba cálido.

Asintió de manera enérgica, ya que sus dientes no parecían acompañarla y aventuró una mirada en su dirección. A pesar de las circunstancias quedó boquiabierta: ¡por todos los santos! Parpadeó, pero aquel hombre era real. La impresionante belleza del nórdico podría rivalizar con la de sus hermanos y hermanas. Tenía el pelo rubio, recortado de tal modo que le llegaba justo sobre las orejas, salvo un mechón largo que caía por su frente. Al contrario que el resto de los hombres, no tenía barba, lo que revelaba las claras y duras líneas de su perfectamente esculpido rostro. Unas cejas tenues, rasgos afilados en sus mejillas, mandíbula prominente y una nariz con carácter que para su sorpresa, dada su profesión, se mostraba bastante recta. Estaba muy oscuro para distinguir el color de sus ojos, pero ella sabía que eran azules. De un azul vibrante. Azul océano. De un azul descorazonador. Apartó la vista de inmediato para evitar darle tiempo a que advirtiera su mirada. ¡Válgame Dios! Ella pensaba que hombres como ese solo existían en los mitos.

Puede que fuera hermosísimo, pero también era indudablemente un pirata, y ya que lo mencionaba, uno alto y con una musculatura increíble. Un hombre forjado para el pillaje, la conquista y aquello que Dios quisiera que hiciesen esos vikingos, dejando un rastro de destrucción a su terrorífico paso. Podría aplastarla con uno solo de sus puños de acero.

El hombre reptil volvió a pronunciarse:

—No podemos arriesgarnos a que nos traicione a Ulster.

Su corazón se detuvo al oír el nombre de su padre. Fuera lo que fuese aquello que tramaban, no querían que su padre estuviera al tanto de ello. Estaba claro que revelarles su identidad no resolvería el problema. De hecho, probablemente lo empeoraría. Y ¿entonces qué haría? Bajo su camisón mojado, sus manos se retorcían. Le darían el premio por estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. Tenía que explicarse, pero el frío había paralizado su cerebro.

Tras obligar a sus dientes a dejar de castañetear, dijo:

—Por favor, todo esto es un error. Estaba nadando y tropecé por error con vuestas mercedes. — Consiguió ponerse en pie y mantener la calma, parecer racional, segura de sí. No muerta de miedo. «Piensa. Actúa como si supieras lo que haces. Habla con autoridad.»—. Mis amigos se estarán preguntando dónde estoy. Estarán buscándome... —Comenzó a aventurarse hacia la salida con paso firme, pero un muro de irlandeses rudos le cerró el paso. A pesar de que se le borró la sonrisa, se

esforzó por que su voz sonara enérgica y confiada—. Dejadme pasar y podréis terminar con vuestros asuntos.

El hombre calvo la ignoró y habló con el nórdico.

—Habrá que eliminarla.

Si alguna gota quedaba corriendo por sus venas, se escurrió hasta sus pies de inmediato. Súbitamente quedó sin aliento. Intentó convencerse de que no podía hablar en serio, pero con solo mirar a la cruel faz del soldado supo que no era así.

Erik blasfemó. Aquello no saldría bien. Su sencilla misión acababa de dar un giro sombrío. Esperaba que la muchacha no se desmayara, pero la pobrecilla parecía aterrada. No podía culparla por ello. ¿Qué hacía en la cueva? ¿Sería cierto que había llegado nadando desde la playa? En esa época del año era algo difícil de creer, pero daba la impresión de ser sincera.

Desafortunadamente Fergal estaba en lo cierto. De haber oído algo, pondría su misión en peligro. Nada ni nadie podía interferir en la obtención de aquellos mercenarios. No podían dejarla marchar como si nada. Pero ¿asesinarla? Cada uno de sus huesos se revelaba ante la sola idea de hacer daño a una muchacha.

Erik amaba a las mujeres. A todas las mujeres. Le encantaba cómo olían, la suavidad de su piel, la manera en la que sus largos y sedosos cabellos se esparcían sobre su pecho cuando se acurrucaban junto a él, o encima de él. Le encantaban sus risas melodiosas, sus coqueterías, atender a todas ellas. Todo cuanto había en las mujeres le encantaba, pero por encima de todo amaba su lozana feminidad. Pechos grandes y suculentos que sostener con sus manos y entre los que enterrar su cara, caderas curvas y traseros redondos que aferrar bajo él y suaves muslos que rodearan su cintura mientras él se deslizaba lentamente en el interior de la más femenina de sus partes. Suspiró. Sí, las muchachas eran criaturas hermosas. Cada una de ellas. Tan solo había que mirar con la suficiente atención.

Y sin embargo, había de admitir que, incluso con la ventaja añadida que proveía la tela mojada, la que se mostraba ante sí no era gran cosa. Apenas tenía donde agarrar. Era de altura normal, pero escuálida como una raspa de pescado. Como mucho pesaría cuarenta y cinco kilos, empapada y todo. No era en absoluto su tipo. *Erik* prefería mujeres con algo más de carne sobre los huesos. Exuberantes y con curvas, con algo que se pudiera agarrar, y no más flacuchas que un junco. Después de todo, él era un hombre grande. No quería tener que preocuparse por aplastar a nadie.

Había echado un rápido vistazo a su cara sin que nada de ella lo atrajera. No se trataba de ninguna *Venus* saliendo del agua, eso estaba claro. Con ese pelo más bien aplastado contra la cara, parecía un gato medio ahogado, desaliñado, miserable y aterido. Pero tenía nervio, eso había que reconocerlo. Era admirable la manera en la que había intentado salir de allí con paso decidido, tan descarada como fuera preciso. A pesar de su juventud, había en ella cierto aire autoritario. Tenía la sospecha de que se tratara de quien se tratase, era el tipo de mujer que estaba acostumbrada a ser escuchada. Como esa vieja niñera que solía reñirlo por todo cuando él era niño.

Aquel recuerdo le hizo fruncir el ceño. *Ada* se había revelado como imposible de seducir. Representaba su único fracaso en un expediente immaculado a excepción de ella.

De todas las cosas que podían amenazar el plan, jamás *Erik* habría imaginado a una muchacha entrometiéndose en su reunión. Sabía que tendría que hacer algo al respecto y que no le gustaría hacerlo. ¡Qué desastre! Se pasó los dedos entre sus recién cortados cabellos. Muchos de sus hombres se habían cortado el pelo para prevenir la plaga de piojos que asolaba el campamento. A resultas de la comodidad, él había decidido mantenerlo así.

La muchacha finalmente consiguió dominar su lengua tras el funesto pronunciamiento de Fergal. Haciendo gala de un buen juicio, no se molestó en suplicarle al irlandés, sino que dirigió su fino y pálido semblante hacia él.

—Por favor, no podéis hacer eso. Yo no he hecho nada. No he oído nada. Juro que no diré nada de lo sucedido a nadie. Permitidme partir.

Le habría gustado crearla, pero desafortunadamente aquello no cambiaría las cosas. No podía correr ese riesgo. No era tan solo su misión lo que estaba en juego. Lo último que deseaba Erik era contrariar a Ulster.

La relación de Bruce con su suegro era de naturaleza complicada. Por una parte, la lealtad de Ulster hacia Eduardo era incuestionable. Sin embargo, Bruce sospechaba que una de las razones de que hubieran conseguido evitar que los capturasen durante los últimos meses era que Ulster había hecho la vista gorda ante cualquier evidencia de su presencia en sus tierras. Pero algo que el conde no ignoraría sería la movilización de soldados ante sus propias narices, especialmente con los malditos ingleses revoloteando alrededor.

Randolph dio un paso hacia delante.

—Por supuesto que no...

—Tiene razón —dijo Erik parándole los pies a Randolph con una mirada de advertencia severa. Aquel galante jovencuelo chiflado lo arruinaría todo. Erik se dirigió a Fergal, ignorando a la chica—. No podemos arriesgarnos a dejarla marchar.

La sonrisa que recorrió el rostro de Fergal le heló la sangre. Estaba claro que deseaba deshacerse del problema cuanto antes. Erik suspiró, recordando que necesitaba a aquel sanguinario, y se conminó a no mostrar su repulsa arrancándole la cabeza. No obstante la idea era tentadora.

La muchacha emitió un sonido mitad grito, mitad quejido horrorizado y comenzó a alejarse de ambos hombres. Pero Erik la agarró por la muñeca antes de que pudiera alcanzarla alguno de los hombres de Fergal. Ella intentó escapar, pero él la asió con firmeza, deseando con todas sus fuerzas no romperle ningún hueso. Había atrapado mariposas con más enjundia.

—Yo me ocuparé de ella —dijo. Antes de que Fergal pudiera interrumpirlo, Erik le dirigió una mirada de complicidad y añadió—: Después de que mis hombres y yo nos hayamos divertido un poquito.

Fergal entornó sus pequeños y brillantes ojos de cuervo negro.

—Pero la encontraron mis hombres —dijo mirando a la trémula muchacha de arriba abajo—. No parece que se le pueda sacar mucho provecho.

Erik le ofreció la muchacha a Domnall y se encaró con Fergal.

—Mis hombres llevan bastante tiempo en la mar —mintió Erik—. Cualquier cosa les parecería bien. Además, así os aseguraréis de que esto no se vuelva contra vosotros. Pensad en el desastre que esto supondría. La tiraremos al mar, donde nadie jamás tendrá conocimiento de ello. —Erik se volvió hacia Domnall y advirtió la lividez del rostro de la chica—. Mejor será que le demos una manta —dijo forzando una risa—. Asegurémonos antes de que viva lo suficiente para que sirva de algo.

Fergal se mesó su desaliñada barba entrecana como queriendo protestar. Lo último que le apetecía a Erik era tener una discusión por una condenada chica con el hombre que iba a reclutar para luchar con ellos. De repente oyeron el sonido ahogado de la voz de una mujer que provenía de la entrada de la caverna: «¡Ellie!».

La muchacha hizo un intento de gritar, pero Domnall consiguió taponarle la boca a tiempo.

—Alguien la está buscando —dijo Erik—. Será mejor que salgáis de aquí antes de que os vean.

Fergall no parecía contento con la idea, pero sabía que no tenía otra alternativa. El tiempo para las discusiones se había terminado. Erik volvió al agua y caminó hasta subir al barco saltando por la borda.

—El día trece —le recordó—. No me defraudéis.

Pronunció aquella amenaza en un tono indiferente, pero sus ojos mostraban una mirada acerada que prometía represalias. Fergal se calmó un tanto y perdió algo de su beligerancia. Conocía lo suficiente a Erik para saber de lo que era capaz. Si lo traicionaba, no habría sitio seguro en el que ocultarse sobre la faz de la tierra. El irlandés asintió y desapareció en la oscuridad. Erik y sus hombres hicieron lo propio y salieron de la caverna tan silenciosos como habían llegado a ella, aunque desafortunadamente con un pasajero de más. Pero no por mucho tiempo. Se libraría de ella tan pronto como pudiera.

Oír la voz de su hermana hizo que corrieran por sus mejillas aquellas lágrimas que había conseguido mantener bajo control mientras los rufianes discutían alegremente sobre su violación y asesinato. Intentó gritar: «¡Matty!», pero lo único que consiguió fue que su captor la apresara con más fuerza y tapara su boca con una mano fornida, que con certeza no estaría muy limpia. Intentó zafarse como pudo, pero era inútil. Aquella bestia humana era tan inamovible como el demoníaco capitán vikingo que la había agarrado de la muñeca anteriormente. Sería más fácil doblar el acero o reventar un muro de granito.

—Chist... —le susurró el hombre al oído—. No os haremos daño, pero es preciso que calléis.

Del mismo modo que aquello cuanto pudo ver de él antes de que la agarrara le sugería una figura jovial y de aspecto paternal, también su voz resultaba amable y tranquilizadora, pero ¿acaso esperaba realmente que confiara en él tras oír cómo su capitán hablaba con tal frialdad de violarla y arrojar su cuerpo al océano? Lo dudaba mucho. Mordió su mano con fuerza y obtuvo un gruñido de asombro como recompensa. Sin embargo, el hombre no aflojó su mano en absoluto, sino que aquella rebeldía solo consiguió que la apretara con más fuerza y de manera que sus dientes no pudieran morder. Gracias a la enorme manta y a los brazos que la agarraban con firmeza, Ellie ya no sentía un frío de muerte. Una pequeña consolación ante un momento como ese. El terror y la desesperación acongojaban su corazón. Aquello no podía estar sucediendo. Como en una horrible pesadilla, había sido secuestrada por piratas, los más temibles de todos ellos: los vikingos.

Con frío, molestias, y desamparada como nunca antes se había sentido, gimoteó en silencio. Su rescate estaba a la distancia de un grito y, aun así, no podía más que observar cómo el bote se echaba al mar mientras la oscura y brumosa noche se apoderaba de su hermana, su familia y su hogar. ¿Cuándo volvería a verlos? ¿O acaso volvería a verlos algún día? Se juró a sí misma que si salía con vida de aquello, jamás pondría un solo dedo de sus pies en el agua. Se casaría con Randolph con una sonrisa en el rostro, dejaría atrás los ridículos reparos ante su matrimonio y llevaría una vida ejemplar como dama y madre de sus hijos, los ocho en total, sin importar lo aburrido o serio que todo aquello pudiera parecerle.

Tal vez su familia no se percatara de que la habían secuestrado, y simplemente pensara que se había ahogado. Con el repentino brote de energía proporcionado por esa funesta perspectiva, renovó su lucha contra el hombre que la tenía agarrada, consiguiendo esta vez que aflojara un brazo lo justo para propinarle un fuerte codazo en el estómago. El hombre profirió un áspero sonido gutural y la soltó el tiempo suficiente para que ella le triturara la mano, se zafara de él y se pusiera en pie con un impulso. Se encaminó hacia la borda con la intención de saltar por ella y nadar en dirección a las luces del castillo, que se veían en la distancia. Pero su salida fue abortada abruptamente y su impulso hacia delante parado en seco. Un largo y musculoso brazo la agarró por la cintura y tiró de ella con brusquedad para llevarla hacia un ancho y más que sólido pecho. Sus pies quedaron colgando en el aire.

A Ellie se le cortó la respiración por la sorpresa y por algo más... la cercanía. Durante un instante

se quedó completamente quieta, intentando comprender aquella sobrecogedora sensación de impotencia que la embargaba. Sabía quién era sin necesidad de verlo. También sabía que jamás podría liberarse de la prisión de hierro que la atenazaba. Sus músculos eran como rocas. Y parecían cubrir cada centímetro de su piel. Podía sentir las aristas y contornos de su cuerpo adhiriéndose contra el de ella como un mapa en relieve. Jamás antes había estado tan cerca de un hombre, de modo que la intimidad resultaba turbadora. Y cálida. El cuerpo de aquel hombre parecía irradiar calor. Dejó de temblar. El vikingo rió junto a su oreja, y aquel cálido y ronco sonido reverberó contra su espalda, provocando un cosquilleo que le recorrió la columna. El olor penetrante del mar llegó hasta ella salpicado por una bruma especiada.

—Yo diría que ya habéis nadado lo suficiente esta noche —murmuró en un tono provocador justo antes de volverse hacia el hombre que la tenía agarrada—. Al parecer, la muchachita te ha dado algún problemilla, ¿eh, Domnall?

¡Por Dios santo, qué voz! Ronca y profunda, aderezada con ese tono de socarronería. Era ese tipo de voz que te envolvía y ya no te dejaba marchar, el tipo de voz nacida para contar historias alrededor del fuego, recitar versos o, aún mejor, si iban acompañadas de ese rostro, hacer que las mujeres sucumbieran a la tentación. Una voz nacida para atraer, seducir y obligar a que la más sensata de las mujeres perdiera la cabeza. Y apostaría todo lo que tenía, que en ese momento consistía en un camisón helado y una manta de tartán prestada, a que habría una sonrisa devastadora acompañando todo aquello. Afortunadamente ella era inmune a tales sandeces. El brillo de su masculinidad se difuminaría, siempre ocurría de ese modo. Sin duda, estar rodeada todo el tiempo por un grupo de criaturas de una belleza sobrecogedora tenía ciertos beneficios.

Cuando aquel hombre acabó por soltarla en el suelo y la obligó a que se girara para tenerla de frente, no se sintió defraudada. Su sonrisa era exactamente tan irresistible como había anticipado. Incluso su corazón, endurecido hacía años contra esas impresiones, se aceleró un tanto. Pero aquellos cabellos rubios, ojos azules y aspecto de divinidad dorada no la engañaban en absoluto. Por más que sonriera, cada uno de los centímetros de su alto e indeciblemente musculado físico de guerrero llevaba escrito sobre él las palabras *bárbaro despiadado*. Ahora, sin su protector abrazo, sentía nuevamente cómo el viento frío atravesaba el tartán, y se lo ajustó sobre la cabeza para cubrirse el cuello con él.

—Esa pequeña furia tiene los huesos afilados —se quejó el guerrero mayor, pasando una mano por su barriga—, y también los dientes.

La sonrisa del capitán se ensanchó más si cabe, revelando unos profundos cráteres a cada lado de la boca, el resplandor de sus dientes perfectamente alineados y de blancura impoluta y un brillo centelleante en los ojos. Era algo deslumbrante, y, dadas las circunstancias, completamente absurdo. ¿Qué tipo de monstruo atroz podía burlarse de ella y sonreír después de lo que había planeado?

—Mi más sincera enhorabuena —dijo ofreciéndole una reverencia exagerada—. No sucede con frecuencia que uno de mis hombres se vea superado por tal... —su mirada se paseó por su cuerpo intentando contener la risa— delicioso adversario.

Aquello era una locura. ¿Qué pretendía, matarla con su seducción? ¿A qué tipo de crueldad jugaba? ¿Al violador jugueteón? ¿Al asesino magnánimo? No pudo aguantarlo por más tiempo. El miedo se apoderó de ella y las lágrimas comenzaron a surcar su rostro.

—No lo hagáis —suplicó—. Juro que no oí nada. —Alzó la vista para mirarlo con lágrimas en los ojos mientras el helado viento salpicaba su cara—. No me hagáis daño, os lo ruego.

Cualquier señal de ligereza se borró del rostro de Erik. A Ellie le dio la sensación de que no se

mostraba serio en muchas ocasiones, pero que esta vez sí lo era. Sus ojos se cruzaron con los de ella. «Tienen que ser azules», pensó absurdamente.

—No tenéis nada que temer de mí ni de mis hombres. No os haremos daño.

Su voz era amable y sincera, pero las lágrimas no hicieron sino brotar con más fuerza, irritando su garganta y penetrando en su nariz. Estaba desesperada por creer lo que le decía, por agarrarse a cualquier atisbo de esperanza, por mínimo que fuera.

—Pero oí lo que dijisteis —farfulló.

El gesto de la boca de él se torció. Como el resto de su persona, estaba excesivamente bien formada, ancha y suave, con un delicioso destello de travesura en ella.

—Era algo necesario. Las inclinaciones de mi acompañante no eran tan compasivas. Si no hubiera dicho aquello, no habrían permitido que partierais con nosotros.

Ellie no se atrevía a creer aquello. ¿Era posible que dijera la verdad?

—Entonces ¿me llevaréis de regreso? —preguntó sin poder evitar el tono de esperanza en la voz.

—Me temo que no puedo hacer eso. Al menos, por ahora no.

La alegría se desvaneció de su pecho.

—Pero ¿por qué no? —Entonces le asaltaron las razones. Al igual que el otro hombre, tampoco él quería correr el riesgo de que hubiera oído algo—. ¡Juro que no oí nada! No sé nada acerca de vuestros negocios. —A pesar de que a su cabeza acudían cosas como la piratería y el contrabando—. ¡No diré nada a nadie! Os lo ruego, devolvedme junto a mi familia. —Comenzó a temblar de nuevo—. Estarán muy preocupados por mí.

Examinó su rostro a la luz de la brumosa luna en busca de algún signo de permeabilidad, pero su resolución era tan rígida e inquebrantable como el resto de su cuerpo. Erik permaneció de pie frente a ella con el cuerpo en tensión, como si sus ruegos lo incomodaran.

—Creedme, muchacha, no deseo más que vos que permanezcáis aquí. Pero por ahora me temo que tendremos que aguantarnos con esta situación. Tenéis mi palabra de que os devolveré junto a vuestra familia tan pronto como sea seguro hacerlo.

Le dirigió otra de esas sonrisas que tenían como claro cometido encandilar, pero apenas hizo mella en ella. La frustración bullía en su interior. Aquello no era justo. No sabía nada de sus asuntos. ¿Por qué no la creía?

—¿Y se supone que tengo que creer en la palabra de un pirata nórdico?

Erik enarcó una ceja sorprendido por la acusación y, tras ello, sonrió como si hubiera dicho algo que lo divirtiera.

—Nórdico solo en parte.

Un hombre de las islas. Debería haberse percatado al oírlo hablar. Era *gall-gaedhil*, tenía parte nórdica y parte de isleño gaélico. Pero todo en él era pirata. Los hombres de las islas eran tan famosos como sus ancestros nórdicos en cuanto a la piratería. Ellie advirtió que no se mostraba en desacuerdo con ella en cuanto a su ocupación.

—Y como mía es la única palabra que podéis obtener, me temo que tendréis que aceptarla.

Por dentro estaba que trinaba, pero guardó silencio consciente de que tenía razón.

—¿Cómo os apodáis, muchacha? ¿Tenéis un marido esperándoos en casa?

La pregunta la sobresaltó. Lo miró con cautela, preguntándose la razón de la cuestión. ¿Qué pretendía? ¿Saber si podía pedir un rescate por ella? ¿O —Dios no lo quisiera— obligarla a desposarse?

—Ellie —respondió con reserva. Seguramente habría oído cómo Matty la llamaba—. No estoy casada. Como dije, estaba con el grupo de la playa para el Baño de las Doncellas.

Su mirada cambió súbitamente y Ellie se preguntó si no habría pretendido engañarla.

—Entonces ¿sois de la villa?

La sangre del noble más poderoso de Irlanda corría por sus venas, así que casi era un acto reflejo alzar la barbilla y ofrecerle un desdeñoso «por supuesto que no». Pero sabía que debía andarse con ojo. No quería revelar su identidad, pero también sabía que su rango le permitía cierta protección, ya que animaba a los rufianes a mantenerse a distancia. La respuesta vino a ella de manera repentina.

—Soy la niñera de los hijos del conde.

Se trataba de una posición de respeto, y más o menos se atenía a la verdad, pensó Ellie con sarcasmo. ¿Acaso no era cierto que todos los hombres querían a su niñera?

Una extraña sonrisa recorrió el semblante de Erik al tiempo que asentía, aceptando su explicación con una facilidad que resultaba poco consoladora. Pero lo cierto era que, enrollada en esa tela de tartán y arropada con un simple camisón, desprovista de sus costosas vestiduras y joyería fina, su aspecto no resultaba más noble que el de un... pirata. Sabía que era como para echarse a reír, pero le daba la impresión de que aquel hombre tenía cierto aire de nobleza. Había algo en la posición de sus hombros, su aureola de autoridad y el arrogante brillo de sus ojos. Intentó quitarse aquella idea de la cabeza. No podía haber pensamiento más ridículo respecto al salvaje que la había secuestrado. Estaba claro que la noche había sido larga.

El pirata se desabotonó el broche que llevaba al cuello y se desprendió del pesado ropón forrado de piel que cubría sus hombros.

—Tomad —dijo—. Debéis estar congelada.

Lo estaba, pero le sorprendió que tuviera tanta consideración. Al parecer, había sido secuestrada por un pirata seductor y galante. Ellie era orgullosa, pero no había perdido la cabeza. Aceptó el ropón asintiendo levemente y se arrebujó entre sus profundos pliegues. Se sintió en la gloria. A pesar de que todavía estaba mojada, aquella pieza era de una calidez sorprendente. Pero se negó a darle la satisfacción de emitir un suspiro de alivio.

—¿Puedo confiar en vos para que os quedéis quieta, o tendré que hacer que Domnall os ate?

Aquel perverso resplandor de sus ojos le decía que el preferiría lo segundo. Ellie enmascaró el ultraje que sentía y se enfrentó a su pícara sonrisa usando la mirada de tedio que ponía cuando sus hermanos intentaban hacerle perder los estribos. Lo miró por encima del hombro, devolviéndole el desafío.

—¿Puedo confiar yo en vos?

Una parte de la boca de él se torció para mostrar una sonrisa bravucona.

—Ya lo veremos. —Hizo una reverencia de burla y añadió—: Milady. —Dicho lo cual, volvió a su puesto en la popa del barco. Incluso caminando se pavoneaba.

Ellie volvió a ser arrastrada hasta el incómodo arcón junto al hombre mayor al que había llamado Domnall. Sin sentirse ya abocada a convertirse en un carámbano humano, caliente por vez primera en lo que habían parecido horas, quedó con la mirada fija en la densa bruma de la noche, observando cómo a cada palada de los remos el navío se alejaba más y más de su hogar. El terror se había difuminado un tanto, pero no la desesperanza. ¿Podía creer en su palabra? ¿Sería cierto que no le haría daño? Parecía hablar con honestidad, y Ellie quería creer en él con todas sus fuerzas. Lo miraba furtivamente bajo el velo de sus pestañas. Parecía discutir con un joven guerrero de pelo negro que, según le había parecido a ella, había intentado salir a su rescate en la cueva. Había algo en ese joven

guerrero diferente de todos los demás. No era solo porque fuera moreno. Era el único que portaba cota de malla en lugar del *cotun* de guerra más liviano que solían llevar los gaélicos. A cada tanto la mirada del joven se dirigía hacia ella, dejándole claro que la discusión la tenía como objeto, lo cual no podía ser bueno. ¿Quién sabía el maligno plan que el capitán reservaba para ella? Irguió su cuerpo, espoleada por una determinación que enderezaba su espalda. Una cara bonita y un encanto endiablado no podrían engañarla. Su captor era un pirata y, obviamente, estaba involucrado en alguna felonía. Por supuesto que no podía confiar en él. Ellie volvió la vista hacia el negro horizonte que se extendía ante ella, observando y esperando una señal. Cuando llegara la oportunidad de escapar, estaría preparada para ello.

Aquella conversación con la muchacha perturbaba a Erik más de lo que quería hacer ver. No era porque ella lo creyera un pirata. Lo habían llamado cosas peores y, sin duda, había algo de cierto en su caracterización. De hecho, que lo creyera así probablemente sería de ayuda. Si pensaba que era un pirata, no lo relacionaría con Bruce. Y tampoco era por el miedo inicial que le había profesado, el cual comprendía y daba por sentado bajo aquellas circunstancias. No, lo que le molestaba era cómo había reaccionado o, tal vez debería decir, que no hubiera reaccionado, a sus encantos. La muchacha era absurdamente inmune a sus intentos de hacerla sentir cómoda. Y eso que había hecho lo que llevaba practicando desde que estuviera sobre el regazo de su madre, cuando sus sonrisas y mohínes provocaban los satisfechos arrullos de su idolatradora madre y de sus cinco hermanas mayores.

Había tres cosas que Erik hacía a la perfección: dirigir un bote, pelear y complacer a las muchachas. Era algo que daba por descontado, como los peces en el mar y los pájaros en el cielo. Las mujeres lo adoraban tanto como él a ellas. Así era de sencillo y simple. De modo que había sonreído con la intención de doblegar cualquier oposición, le había hablado con amabilidad y respondido pacientemente a sus preguntas. Y a pesar de todo, ella apenas parecía apreciar sus esfuerzos en lo que debería haber sido, como de hecho solía ser, algo natural. Se quedó circunspecto. No solía llegar tan lejos para seducir a una muchacha, y fracasar en ello de manera tan miserable resultaba un tanto inquietante. Tal vez fuera una extraña dolencia congénita en las niñas. No le sorprendía en absoluto que aquella fuera su profesión. Casaba a la perfección con esa eficiente y práctica confianza en sí misma que había advertido anteriormente. Y cuando lo miró por encima del hombro y le obsequió con esa sonrisa condescendiente, había traído a su memoria imágenes que evocaban a Ada, aquella vieja imperiosa. Había algo en esa muchacha que lo incomodaba, y no veía el momento de librarse de ella. Esto era lo que había intentado dejarle claro a Randolph.

—La llevaré de vuelta cuando sea seguro —repitió Erik en voz baja. Puede que se hubieran alejado de Dunluce, pero aquello no significaba que estuvieran fuera de peligro. Los hombres de Ralph de Monthermer podrían merodear por todas partes—. Y ahora no lo es —añadió señalando algo que a todas luces era obvio.

Ralph insistía en mostrarse contrariado.

—No es lo correcto. No fue para secuestrar a muchachas inocentes por lo que me uní a mi tío. Esto nos hace parecer piratas bárbaros, como nos llaman los ingleses.

Erik lo atravesó con la mirada.

—¿Preferíais que la dejara a merced de los hombres de MacQuillan?

El joven caballero se puso a la defensiva.

—Por supuesto que no. Yo habría insistido...

Erik rió ante su simpleza.

—Podrías haber insistido todo lo que gustarais, pero a la muchacha le habrían cortado el cuello en cuanto saliéramos de la cueva. La saqué de allí de la única forma que podía.

Randolph se ruborizó.

—Si no podemos llevarla de vuelta, ¿por qué no la liberamos en cualquier punto de la costa y que ella se encargue de encontrar el camino hasta su casa?

—Creedme, si pudiera hacer eso, no lo dudaría. No tengo más interés que vos en arrastrar a una muchacha con nosotros. Pero no estoy dispuesto a poner en peligro nuestra misión y la oportunidad de vuestro tío de reclamar lo que le han robado por culpa de una muchacha. ¿Y vos?

—Ella dijo que no oyó nada.

—Ya sé lo que dijo, pero ¿qué pasará si nos miente? —Erik dejó en suspenso la pregunta y negó con la cabeza—. No pienso arriesgarme.

—¿Y qué pensáis hacer con ella?

No tenía la más remota idea. Sus planes eran reunirse con Bruce y el resto en Finlaggan, el castillo que su primo tenía en Islay, informar acerca de su encuentro y comenzar los preparativos para el ataque. Pero si por el momento la muchacha realmente ignoraba su plan, la cosa cambiaría en cuanto viera a Bruce. Por otro lado, si la llevaba ante el rey, podría deshacerse de ella con mayor celeridad, algo que en aquel momento sonaba bastante apetecible.

Examinó el paisaje que tenía frente a sí sin ver nada salvo niebla y oscuridad. Todo estaba calmo. Casi demasiado calmo. Los navíos ingleses se encontraban allí fuera, por alguna parte.

—En estos momentos, en lo único que pienso es en mantenernos fuera del alcance de las patrullas inglesas. Después me preocuparé por la muchacha.

—No me gusta —dijo Randolph obstinadamente.

Erik miró hacia su inesperada acompañante, cuya esbelta figura quedaba completamente envuelta en el ropón de piel que le había ofrecido. Su apariencia no había mejorado gran cosa tras sucesivas prospecciones. No era fea, pero tampoco hermosa, sino que se hallaba en algún punto intermedio. Desde luego, no era el tipo de mujer que lo volvía loco. Aquello con lo que contaba, hubo de suponer, no era más que algo natural en un cuerpo medio desnudo presionado contra el suyo. Para ser tan flacucha, tenía un cuerpo sorprendentemente suave. Al mirarla, sintió un hormigueo en la piel y un extraño cosquilleo que le bajaba por la espalda. Se quedó sorprendido al percatarse de que aquello mismo le había pasado al apretarla contra su cuerpo. Y tal vez esa fuera la reacción que le molestaba más de todas. Aquello no le gustaba. Por una vez tuvo que estar de acuerdo con el joven sobrino de Bruce.

—Ni a mí tampoco, muchacho, ni a mí tampoco.

Y menos aún le gustó momentos después.

Erik acababa de dar la orden de virar al este en dirección a Islay, tras decidir venderle los ojos a la muchacha y dejarla en el *birlinn* para evitar que pudiera delatar a Bruce, cuando advirtió la presencia de una vela detrás de ellos. Pero aquello no le preocupaba. Con la vela arriada, su bote era prácticamente invisible ante aquel pesado manto de oscuridad y brumas. Si al final el otro navío conseguía descubrirlos, siempre podría izar la vela y conseguir ir más rápido que ellos.

No, una sola vela persiguiéndolo no le preocupaba lo más mínimo. Pero aquellos tres puntos blancos situados frente a ellos, que habían surgido en medio de la noche y corrían paralelos a la costa, avanzando a toda vela en su dirección eran algo que difícilmente podía obviar. Rezongó. Aquella larga noche tenía visos de prolongarse más aún. ¿Acaso aquella maldita flota inglesa no dormía nunca? En

la dichosa boca del lobo, se dijo una vez más. A pesar de los prometedores comienzos, ese viaje a Dunluce se estaba convirtiendo en un auténtico quebradero de cabeza.

Con aquellas tres naves frente a él, la que llevaba en la cola y la costa irlandesa a la derecha, no le quedaba más alternativa para burlarlos que poner rumbo al norte con el mar a barlovento. Advirtió que las velas quedaban apenas a distancia de visibilidad. Aún había tiempo. En tanto que permanecieran en silencio, podrían escapar.

«En silencio. ¡Diantres!». Dirigió su mirada hacia la muchacha un segundo tarde. Oyó la imprecación sorprendida de Domnall seguida de la batida sobre el agua. Erik actuó sin pensárselo y se tiró tras ella completamente vestido y armado. No luchó contra la corriente que lo llevaba hacia abajo a medida que el agua entraba por su peto, sino que esperó unos segundos hasta que el peso se equilibró. Apenas percibió aquel golpe de agua fría que lo atravesaba como agujones de hielo, calándole hasta los huesos. Solo podía pensar en alcanzarla antes de que pudiera gritar y advertir a los ingleses de su presencia. Siguió el cauce de agua por el que ella se había zambullido y, al no encontrarla de inmediato, volvió a la superficie. Las olas cabeceaban arriba y abajo, pero no había ni rastro de ella. ¿Dónde demonios se había metido? La problemática muchacha hizo que se arrepintiese al momento de aquel ilegítimo acto de galantería que había cometido por salvar su enjuto cuello. Lo que haría sería retorcerlo con sus propias manos en cuanto la atrapara. Vio cómo sus hombres se asomaban por la borda y miraban hacia la oscuridad en un intento de encontrarla. «¿Veis algo?», les susurró. Negaron con sus cabezas. Erik maldijo y volvió a zambullirse bajo el agua. La estúpida muchachita acabaría ahogándose ella sola. ¿Por qué no había atendido a sus palabras?

«Porque tiene miedo. De mí».

Percatarse de aquello le molestó. Que una muchacha huyera de él no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Alargó los brazos hacia la oscuridad de las aguas con la esperanza de encontrar una pierna, un brazo, un espeso mechón de pelos. Nada. Volvió a ascender, consciente de que no era posible que ella aguantara la respiración tanto tiempo.

Y no lo había hecho. Un grito de sorprendente volumen atravesó el aire oscuro de la noche: «¡Auxilio!», gritó en inglés con toda la fuerza de sus pulmones. «¡Por aquí, por favor, ayúdenme! ¡Me han secuestrado los piratas!»

En absoluto era una estúpida. La había minusvalorado. En lugar de bucear hacia delante como habría hecho cualquier otra persona, se había sumergido bajo el bote para salir por estribor, hacia donde no miraba nadie. Además, era una buena nadadora, ya que había recorrido al menos cuarenta brazas antes de dar la voz de alarma. Habría admirado aquel esfuerzo si no fuera a causarle un verdadero cúmulo de problemas.

¿La habrían oído ya? La muchacha emitió otro grito desgarrador que lo hizo estremecer. Pardiez, media Irlanda la habría oído para entonces. Pero por el momento los galeones ingleses aún no habían variado su rumbo. Se sumergió de nuevo y nadó tan rápido como pudo. Si no la habían oído todavía, tardarían muy poco en hacerlo. La muchacha ya había tenido suficiente diversión por aquella noche, y Erik estaba a punto de ponerle fin a ello.

Desafortunadamente, no se demostró tarea fácil. Su *cotum* empapado y sus armas se interponían contra la fuerte corriente, de manera que llegar hasta ella fue más costoso de lo esperado. Para entonces ya era demasiado tarde. Cuando Erik ascendió a la superficie, llegaron hasta él gritos desde la borda de las embarcaciones situadas al este. Las tres habían puesto rumbo hacia ellos y recortaban la distancia con rapidez. Los habían descubierto. El tiempo de la diversión se había acabado. Tenía que prender a la muchacha y llevarla al barco tan pronto como pudiera. La problemática niñera estaba

aún a varios pies de su alcance y nadaba con fuerza al tiempo que gritaba. Pero las fuerzas comenzaban a fallarle, algo que no era sorprendente. El frío mermaba incluso sus propias facultades, y él había recibido un intenso y prolongado entrenamiento. Estaba a punto de alcanzarla cuando oyó que Domnall le gritaba: «¡A vuestra espalda, capitán!». Al mirar en derredor, vio una cabeza que se balanceaba arriba y abajo chapoteando de manera frenética a unos veinte pies de distancia.

¡Por las llagas de Cristo!, ¿acaso esa aventura nocturna no tocaría a su fin? Randolph, el maldito idiota, al parecer, había decidido jugar al caballero andante y rescatar a la muchacha por sí mismo, pero se había olvidado de factores como la corriente y su pesada cota de malla. Una ola rompió sobre él y ya no se le vio más. Domnall había invertido el rumbo de la nave para dirigirse en su busca, pero Erik estaba más cerca. Inspeccionó los movimientos de la muchacha rápidamente. Había parado de nadar y gritar y parecía intentar conservar sus energías. Sus miradas se cruzaron en la oscuridad. El pulso de Erik se aceleró de un modo extraño. Habría jurado que podía leer en sus ojos la silenciosa súplica de ayuda que aquella empecinada boca se negaba a pronunciar. Sus instintos clamaban por responder a esa plegaria silenciosa, pero se forzó a pensar de manera racional. Ella contaba con un tiempo del que el sobrino del rey carecía.

Nadó con tanta fuerza como nunca lo había hecho en su vida, sumergiéndose en las profundidades hasta que pensó que sus pulmones explotarían por la presión. Randolph, arrastrado por su propia cota de malla, se hundía como una piedra. Erik apenas pudo cogerlo a tiempo. Y cuando lo hizo, empleó cada gramo de fuerza que le restaba para poder llevarlo hasta la superficie. El caballere te parecía haber tomado el peso de tres guerreros highlanders. Afortunadamente, para el momento en que emergieron de aquella tumba marina, Domnall ya había acercado el bote y estaba preparado para sacar el inanimado cuerpo de Randolph del agua. Sus hombres se ocuparían de extraer el agua de su cuerpo a golpes, y tal vez de paso consiguieran poner algo de sensatez en él.

La mirada de Erik inspeccionó de inmediato los oscuros y turbulentos mares para localizar a la muchacha. Podía ver de reojo cómo se aproximaban peligrosamente las velas de los barcos ingleses.

—¿Dónde está? —consiguió decir entre una bocanada y otra de aire.

—La he perdido —dijo Domnall negando con la cabeza.

Erik no podía creérselo. La ira y la frustración se apoderaban de él a medida que escudriñaba la oscuridad de manera frenética. No solo les había echado a los ingleses encima, sino que aquella maldita muchacha había escapado y conseguido acabar con su vida en el proceso.

EL momento triunfal de Ellie tocaba a su fin. La ola de satisfacción que había sentido al escapar de sus captores y alertar a los navíos de la patrulla inglesa de su presencia pronto se desvaneció en el helado abrazo de aquel turbulento mar. Resultaba irónico, pues no era el frío o el cansancio, ni las fuertes corrientes, lo que anunciaba su derrota, sino algo mucho más inoportuno. Aquel pequeño calambre comenzó por el costado para después expandirse por el resto de su cuerpo como si se tratara de un cuchillo que cercenaba el control de sus músculos de una atroz tajada. Un momento antes se veía avanzando por el agua y al siguiente ya no podía moverse. Por un instante pensó que todo saldría bien. El capitán de los piratas iba nadando tras ella a un ritmo que parecía imposible de mantener. Ellie se percató de algo cuando sus ojos se encontraron. Fuera pirata o no, estaba segura de que no la dejaría morir. Pero entonces advirtió al otro. Un segundo hombre se había lanzado a por ella y sacudía los brazos tras él. Cuando el capitán volvió a mirar en su dirección, Ellie comprendió lo que haría: tenía que decidirse entre su hombre o ella. Y ganó su hombre. No podía culparlo por la elección. Era ella quien había provocado aquella situación. «Mantente a flote. Vendrá a rescatarte.» Pero su tiempo había expirado.

Momentos después de que el hombre desapareciera bajo el agua, se le retorció el estómago, y la tensión de los músculos de su cuerpo era tal que parecía víctima del impacto de un rayo. Incapaz de luchar contra ello, el agua la arrastró hacia las profundidades. Esperó a que apareciera ante ella el haz de luz que había de conducirla hasta el cielo, a que la asaltaran los recuerdos felices, a dejarse llevar por una sensación de paz. Pero a medida que sentía la quemazón del agua en el interior de sus pulmones, que el pánico se apoderaba de ella y sus ojos contemplaban impotentes el negro fondo del mar, tan solo podía pensar en que aquella era una manera horrible de morir. Especialmente porque apenas había tenido tiempo para experimentar la vida.

Erik se negaba a darse por vencido tan fácilmente y mantenía los ojos fijos en las agitadas olas. Era imposible que la muchacha hubiera aguantado tanto tiempo bajo el agua. Domnall le ofreció su mano para ayudarlo a subir al *birlinn*, pero Erik la rechazó.

—Dame un minuto —dijo, para justo después advertir de reojo algo pálido que resplandecía en la oscuridad. ¿Podía ser una mano?—. ¡Allí! —gritó—. ¿Lo has visto?

—No hay tiempo, capitán —dijo Domnall señalando al frente—. Tenemos que salir de aquí. Están casi encima.

Sabía que Domnall tenía razón, pero no podía abandonarla, por más que se lo mereciera por avisar a los ingleses de su presencia. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de aquellos ojos al cruzar sus miradas. Sabía que si no la encontraba, aquella mirada, esa súplica silenciosa, lo perseguiría de por vida.

—Izad la bandera —dijo Erik a Domnall—. Y permaneced en vuestros puestos.

Aquella interesante noche estaba a punto de mejorar aún más si cabe. Se dirigió hacia el lugar en el que había detectado el movimiento, sintiendo una repentina descarga de energía que renovó las

fuerzas de sus decaídos miembros. Buceó bajo las olas intentando pescar algo con sus manos en las profundidades, hasta que su persistencia recibió el premio de ver sus dedos enmarañados en una mata de largos cabellos mojados. Momentos después, sus brazos rodeaban la cintura de la chica y volvía con ella a la superficie. Su cabeza miraba hacia el otro lado, pero podía oír el dulce borboteo del agua al salir de sus pulmones en su intento por recobrar el aliento. Había llegado a tiempo. Al tenerla tan cerca, percibía con claridad el alocado ritmo de sus pulsaciones, el delicado peso de aquellos pequeños pechos que caían sobre su brazo y se bamboleaban al ritmo que dictaban sus esfuerzos por conseguir aspirar todo el aire que pudiera.

—Tranquila —dijo rozándole la oreja con su boca para serenarla—. Estáis a salvo, *tè bheag*.

«Pequeña.» Aquellas cariñosas palabras se escaparon de su boca sin que él se percatara de ello. La muchacha se había acurrucado en sus brazos como un bebé, de modo que cuando accedió a dejarla en manos de sus hombres, lo hizo no sin cierta reserva. En cuanto Domnall alargó los brazos para subir a la muchacha al barco, Erik puso sus ojos sobre los galeones que se acercaban. Los ingleses estaban ya prácticamente sobre ellos. Tenía un minuto, tal vez segundos, antes de quedar a tiro de arco. Pocos minutos después las naves los rodearían.

Navegar al norte a barlovento había dejado de ser una opción. Aquellas embarcaciones tenían muchos remeros, y Erik no contaba con espacio suficiente para intentar moverse entre el viento haciendo eses de un lado a otro. Tampoco les daría tiempo a dar media vuelta por donde habían venido e intentar superarlos. Hacia el sur quedaba Irlanda y su rocosa costa. Su única opción era anticiparse a lo que ellos pensarán, ya que los barcos ingleses habían avanzado hasta quedar a una distancia desde donde llegarían los proyectiles de sus arqueros. Si intentaba que su *birlinn* navegara entre ellos, recibiría una lluvia de flechas desde ambos lados.

El galeón de estribor había variado su rumbo ligeramente hacia la costa, dispuesto a cortar cualquier intento de rodearlo. Las opciones de Erik se reducían drásticamente. Los galeones ingleses convergían a su alrededor, con el barco central en la retaguardia para permitir que los otros dos se adelantaran y, entre todos, formar un círculo que los rodeara como una soga. Pero Erik no tenía intención de permanecer allí para ser parte del ahorcamiento.

Tomó la mano de uno de sus hombres y se alzó sobre la madera de la borda. Casi antes de poner los pies en el suelo ya estaba dando órdenes y tomando el control de las jarcias. Le echaron un manto de piel sobre los hombros, pero el frío era lo que menos le preocupaba en esos momentos. Sintió cómo chasqueaba sobre su nave la energía desprendida por la excitación de sus hombres cuando se percataron de lo que se disponía a hacer. Era algo osado y audaz. Incluso para él.

«Nada como un ataque sorpresa directo», pensó Erik con una sonrisa de anticipación. La manera más rápida para salir de aquello era dirigirse al mismísimo corazón de la trampa que creían haberle tendido. Solo tenía que llegar hasta allí antes de que los dos barcos que navegaban a ambos lados pudieran ajustar su rumbo y cortarles el paso. Sería arriesgado, pero el riesgo era algo por lo que merecía la pena vivir. Sintió la afilada racha de viento en su espalda y sonrió, consciente de que los dioses estaban de su lado.

¡Menuda noche! Y todavía no había terminado. La sangre corría con fuerza por sus venas al pensar en los momentos que quedaban por venir. Sus sentidos estaban concentrados en la tarea que tenía ante sí. Reafirmó sus manos para agarrar con fuerza las recias cuerdas de cáñamo y dejó ir la vela un tanto. Los cabos tiraron de él con fuerza a medida que la vela se henchía con el viento, y tuvo que afianzar los pies cuando el *birlinn* salió disparado como una saeta hacia el barco del centro. Al dirigirse hacia este último, salían de la distancia de tiro de los otros dos galeones, pero aún tendrían que lidiar con las

del navío que se hallaba frente a ellos.

Randolph alzó la cabeza sobre su pecho lo justo para mirar a su alrededor y ver qué estaba sucediendo. Tiritaba por el frío y, al haber estado tan cerca de ahogarse, tenía una voz débil y rota.

—¿Qué está haciendo?

Erik advirtió el alivio que le procuraba oír que la muchacha se había recobrado lo suficiente para poder responder.

—A menos que me equivoque —dijo—, creo que tiene intención de abordar a tres galeones ingleses.

—No, seguro que no os equivocáis —respondió Randolph negando con la cabeza—. Suena exactamente como el tipo de cosa que él haría.

El anegado caballero volvió a ocultar su cabeza entre las rodillas, como si aquello le importara tres pimientos. Erik pensó que si eso significaba que no tendría que oír las incesantes quejas del caballerete toda la noche, tal vez habría merecido la pena. Sintió sobre él todo el peso de la mirada de la muchacha.

—¿Qué pretendéis, matarnos?

Erik retiró sus ojos del objetivo inglés por un segundo para ofrecerle su descarada sonrisa.

—No, si pestañean primero.

¿A qué se refería con «si pestañean primero»? La sorpresa se apoderó del rostro de Ellie en cuanto alcanzó a comprenderlo. No, no podía estar hablando en serio. Ah, pero sí, hablaba en serio. Con solo mirar esa diabólica sonrisa, supo exactamente lo que pretendía. En lugar de rendirse, como haría cualquier persona en su sano juicio al verse acorralada, el capitán pirata tenía intención de librar un ataque directo yendo hacia el galeón inglés y obligándolos a que fueran ellos los que hubieran de girar para esquivarlo a él. Se trataba de una machada en forma de justa a vida o muerte para comprobar quién tenía los nervios más templados.

—No, no, no lo decís en serio —balbuceó.

Erik simplemente sonrió, lo cual indicaba que hablaba completamente en serio.

—¿Y qué pasará si no vira a tiempo? —preguntó la muchacha—. Acabaremos todos en el mar.

Erik se encogió de hombros.

—No será peor que lo que planean hacer con nosotros. Además —añadió guiñándole un ojo—, mis hombres saben nadar.

Algo que probablemente no se podría decir de los ingleses. Una de las incongruencias de la navegación era que la mayoría de los marineros no sabían nadar.

Pensaba llevarlo a cabo. Era imprudente. Era temerario. Era agresivo y audaz. Ellie sospechaba que este era su modo de comportamiento habitual. Permaneció mirándolo con una mezcla de incredulidad y de admiración involuntaria. ¿Quién era ese hombre? O bien no estaba en sus cabales o era un insensato. Probablemente las dos cosas. Solo había que mirarlo, sonriendo como si en lugar de estar al borde de la muerte o de ser capturado estuviera pasando el mejor momento de su vida. Se le veía como pez en el agua, controlándolo todo, con los pies separados y el cuerpo en tensión para aprovechar el poder del viento, como si aquello no fuera más que un viaje de placer alrededor de las islas durante una apacible tarde de verano. Al observarlo, supo, sin ningún género de dudas, que aquel hombre jamás cedería. Cada uno de los musculados y gigantescos centímetros de sus dos metros de altura rezumaban confianza y autoridad. Preferiría caer luchando cubierto de gloria antes que rendirse.

Solo le quedaba rezar por que el capitán inglés mostrara menos fortaleza.

La acción sucedía a toda velocidad y, a pesar de ello, cada segundo pasaba con una lentitud angustiante. No podía hacer más que observar en un silencio aterrador desde su posición junto a la proa, mientras el navío inglés se acercaba más y más. Al tomar Domnall el timón, la habían colocado sobre la cubierta del bote, acoplada entre dos remeros, recibiendo órdenes de permanecer con el cuerpo a tierra. El hombre que casi se había ahogado antes en su intento por salvarla, el mismo que se había posicionado a su favor anteriormente, estaba frente a ella, acurrucado sobre el suelo. Ellie se mordió el labio sintiendo remordimientos. Incluso ante la nebulosa luz de la luna podía distinguir que no se encontraba bien. Su rostro estaba del color de la cera y no cesaba de tiritar. Sus compañeros le echaron unas mantas por encima, pero no tuvieron tiempo para mucho más. Al igual que ella, todos los ocupantes del navío estaban pendientes del drama que acontecía en el mar. Pero al contrario que ella, el resto de los hombres parecía disfrutar hasta la extenuación. Estaba claro que confiaban ciegamente en su capitán, aunque tuviera intención de ponerlos en brazos de la muerte. Jamás llegaría a comprender a los hombres. ¿Cómo podían bromear y jugar así con su vida? Eran capaces de morir ahogados en el fondo del mar y hacer un concurso para ver quién llegaba el primero. Sus dedos se aferraron a los bordes del tartán y la piel que le habían vuelto a echar sobre los hombros de manera apresurada tras volver a sacarla de las garras del mar. Aunque no por mucho tiempo...

Los barcos se acercaban el uno al otro a una velocidad alarmante. Y entonces, con demasiada claridad, oyó una voz de hombre gritar en inglés: «¡Preparados!». Y tras una pausa, la orden: «¡Disparen!».

El capitán pirata estaba sobre aviso: «¡Cubríos, muchachos!». A su alrededor todos los hombres alzaron los escudos sobre sus cabezas, formando un palio de madera y piel que los protegía contra la lluvia de flechas inglesas. Un aterrador golpe sordo y seco la sacudió, pero se sintió aliviada al comprobar que se trataba de una flecha que había acertado sobre la madera y no sobre un hueso.

A pesar de la avalancha de flechas, el barco no aminoró su marcha, sino que aumentó la velocidad. Más rápido, más cerca; su pulso al compás de la marcha. ¿Se habían percatado los ingleses de que eran ellos los que estaban siendo atacados? Ellie no lo creía. Aquella misma voz inglesa bramó surcando las olas, esta vez con más fuerza:

—¡Deteneos! ¡Estáis bajo arresto!

El sonido ronco y profundo de la risa del capitán de los piratas la hizo estremecer de arriba abajo.

—Y vos estáis en mi camino.

—¡Apartaos! —exigió el capitán inglés, pero en su voz ya no había tanta convicción.

Aunque las flechas siguieron volando en su dirección, el capitán pirata no cedió ni un centímetro. Mantenía un rumbo estable y fijo, incluso cuando tenía que guarecerse para evitar las flechas que apuntaban a su cabeza.

—¡Venid a por mí, muchachos! ¡Mi hermana tiene mejor puntería!

¡Su voz era tan sosegada! Ellie, en cambio, estaba tan aterrorizada que había olvidado incluso el frío y todas las molestias que sentía.

Segundos más tarde volvía a sonar la voz del capitán del navío inglés.

—¡Apartaos, os repito! ¡Apartaos! —Y tras esto, el sonido del pánico creciente, los insultos, la rabia—. ¡Apartaos de una vez!

El corazón de Ellie había parado de latir. La tensión era tan densa y pesada como la niebla que la envolvía. Los atacantes estaban a menos de veinte metros y se acercaban con rapidez. Ya podía ver con excesiva claridad la proa del galeón inglés, que iba a incrustarse directamente sobre ellos. Apenas

quedaban unos metros. La nave inglesa contaba con escasos segundos para virar. «¡Virad, loco inglés! ¡Virad!» Ellie no podía mirar. Pero tampoco podía no hacerlo. Tenía un ojo en la fatal colisión inminente y el otro en el hombre que estaba al mando del barco. El inmenso vikingo jamás mostró un atisbo de miedo. Jamás perdió la sonrisa. Y jamás parpadeó.

Pero los ingleses sí.

Justo cuando ya pensaba que no sería capaz de soportarlo ni un segundo más, cuando la tensión había conseguido arrancarle el mismo aliento, Ellie oyó el grito que les ordenaba apartarse y vio cómo la proa del galeón inglés se movía hacia la derecha. Los piratas gritaron de júbilo mientras el *birlinn* pasaba a toda vela junto a la embarcación y a los sorprendidos marinos ingleses.

¡Lo habían conseguido! Ellie sintió tal explosión de alegría que por un momento le entraron ganas de ponerse a alborotar de júbilo junto a ellos. Hasta que recordó que los ingleses habían venido a rescatarla y que había sido ella quien los había alertado en un primer momento. Pero aquello aún no había acabado. Durante los minutos siguientes, la tensión librada tan solo se rebajó levemente, en tanto que los ingleses viraban para iniciar la persecución. El capitán del barco central, el que había perdido la justa, consiguió hacerlo sin zozobrar en el intento, para decepción de algunos de los piratas. Sería un serio varapalo para el orgullo de la marina inglesa si supieran la baja estima en que tenían estos «bárbaros» de las islas sus cualidades como navegantes.

Según los cálculos de Ellie, aquello significaba que llevaban cuatro barcos tras su estela. El único bote que los seguía en un principio logró replegarse a tiempo para observar el conato de colisión, pero no para ser de ninguna ayuda. No obstante, al ir en la dirección adecuada, llevaba cierta ventaja sobre los otros y se mostró como el más difícil de burlar. El galeón inglés era más grande. Cuando menos, tenía el doble de remeros. Pero el pirata llevaba el viento a favor. Y a Ellie le dio la sensación de que él pensaba aprovechar al máximo aquella ventaja. Observó con asombro cómo afianzaba las cuerdas, tensándolas hasta la extenuación contra el viento, haciendo que el barco fuera viento en popa sobre las olas y a mayor velocidad. No tenía ni idea de cómo podía navegar a semejante velocidad en la oscuridad, con la brumosa luz de la luna como única guía, pero parecía saber con exactitud hacia dónde se dirigía. Ellie volvió la vista y percibió que la imagen de los galeones temblaba tras ellos en la distancia, pero aún seguían su estela. Tras esto, como acudiendo a su llamada, el viento se levantó con más fuerza aún. El capitán se echó hacia atrás y flexionó cada uno de los formidables músculos de su cuerpo, de los cuales había un número impresionante, contra aquella fuerza añadida. Ellie sentía como si viera a un hombre con un solo brazo que practicaba lucha libre con la naturaleza y ganaba la partida. Su inmensa vela cuadrada estaba tan tirante y se llenaba tanto de aire que Ellie pensó que se rompería en mil pedazos. No le era posible imaginar qué tipo de fuerza se precisaba para acometer tal proeza. Sus hombros eran... increíbles. Sintió un insólito revoloteo en la parte baja del vientre y tuvo la más extraña necesidad de rodear aquella masa con sus manos y hacer presión sobre ella para comprobar si era de la dureza granítica que aparentaba. Ese impulso la horrorizó. Resultaba aterrador. Inquietante.

Aquello era lo más excitante que jamás había hecho en su vida. Nunca antes había sentido nada parecido. El fluir de la euforia, la excitación que exaltaba su corazón, ese loco, salvaje vuelo a través de las olas a una velocidad mareante. Le entraron ganas de gritar, pero todo cuanto pudo hacer fue sonreír mientras sentía el viento pasar entre sus cabellos y arremeter contra su cara rociándola con el agua del mar, extrayendo lágrimas de sus ojos y llenando sus pulmones de aire. De nuevo tenía frío, pero súbitamente parecía no importar. En medio de aquella locura, y por primera vez en semanas, meses, años... Ellie podía respirar.

De repente el *birlinn* empezó a abordar a estribor. Tuvo que agarrarse a la borda para no resbalar por la superficie de la cubierta.

—¡A puerto! —gritó el capitán hacia el viento.

Los hombres se inclinaron hacia puerto, pero incluso con esta carga añadida sobre estribor, Ellie percibió que el barco tomaba más altura. El hombre de pelo oscuro que había intentado ayudarla parecía estar sufriendo por mantener la posición, así que algunos de los remeros acudieron en su ayuda, la cual aceptó a regañadientes. Al percatarse de que ella lo observaba, los jaleó para que lo dejaran, así que Ellie miró hacia otro sitio intentando no incomodarlo más.

Una gran ola encimó el barco y lo devolvió al agua con tanta fuerza que él sacudió el aire de sus pulmones. Por Dios santo, ¿durante cuánto tiempo podía seguir aguantando las cuerdas contra una fuerza como esa? Sus brazos habían de estar ardiendo ya. Se aventuró a mirarlo, pero el hombre permanecía como si nada, al parecer inmune al cansancio. El corazón le latía a toda velocidad. Daba la impresión de que navegaran en dirección perpendicular al océano. Las negras olas estaban justo bajo ella. Si hubiera podido dejar de agarrarse a la borda con todas sus fuerzas, habría sido capaz de alcanzar el agua y tocarla con los dedos. No pensaba que su corazón pudiera aguantar por mucho más tiempo.

—¡Aminorad! ¡Vamos muy aprisa! —ordenó Ellie—. ¡Haréis que volquemos!

No podía estar segura, pero le dio la impresión de que la mirada del pirata brilló en la oscuridad. El blanco resplandor de sus dientes, no obstante, resultaba inconfundible. Ellie reconoció su error con un miedo que la sobrecogió. «Nunca desafíes al diablo.» Había tomado sus palabras como una provocación personal.

—¡Agarraos fuerte! —dijo en un tono de diversión evidente en su voz.

El caballero de pelo moreno la fulminó con la mirada y agitó la cabeza como diciendo: «¿En qué estabais pensando?».

El capitán jaló de los cabos más si cabe. El corazón de Ellie dio un brinco. Juraría que aquel barco se elevaba por encima de las olas y que estaban volando. Planeaban sobre el mar como un pájaro en pleno vuelo. Era la cosa más impresionante que jamás hubiera vivido, algo aterrador y emocionante al mismo tiempo. Cuando ya pensaba que estaban a punto de chocar contra la costa de Escocia, el capitán acabó por aminorar la marcha y ordenó a Domnall que viraran hacia el norte. Con un diestro golpe de los cabos, el capitán amainó y devolvió el bote a la superficie del agua, con lo que sus hombres pudieron volver a los remos.

—Parece que los hemos perdido, capitán —dijo un muchacho de no más de dieciséis años que debía de servir como cómitre.

—Bien.

Ellie advirtió que con toda aquella emoción se había olvidado por completo de los barcos que seguían su estela. Pero, al parecer, el muchacho estaba en lo cierto: el pirata había eludido cuatro galeones ingleses con una combinación de velocidad y habilidad en unas maniobras jamás vistas. Su mirada volvió a recaer sobre el capitán pirata, que ayudaba a sus hombres a arriar la vela para que el *birlinn* volviera a desaparecer entre la noche y a convertirse de nuevo en un barco fantasma. No quería saberse impresionada, pero lo estaba. Aquel pirata fanfarrón, con su sonrisa de gallito y esa inalterable seguridad en sí mismo, debía ser uno de los mejores marinos del reino de navegantes de las tierras de West Highland. Toda una pena que las islas y los hombres que las habitaban fueran tan indómitos. Su cuñado podía hacer uso de hombres como este pirata en caso de que algún día esperara reclamarle a Eduardo la corona de Escocia. Pero la causa de Robert parecía perdida a todas luces. Hacía meses que

Ellie no tenía noticias de su hermana. Rezaba por que Isabel estuviera a salvo.

Los cabellos del cogote le picaban como si alguien la estuviera observando. Al apartar su mirada del capitán, se encontró con que la miraba el joven pirata de pelo moreno. Dio gracias a que la oscuridad ocultara el rubor causado por ser descubierta mirando al capitán. Pero sus pensamientos debían de ser más transparentes de lo que ella pensaba.

—No es solo habilidad, sino suerte —dijo secamente en un perfecto francés de aristócrata—. Jamás vi nada igual. Podría caer en las porquerizas y salir de ellas oliendo a rosas.

Algo en aquella voz llamó su atención.

—¿No os agrada su persona? —dijo Ellie intentando hablar en voz baja ante el bullicioso estruendo que los hombres, todavía celebrando la victoria, hacían a su alrededor.

El muchacho la miró como si fuera boba.

—Por supuesto que me agrada. A todos les agrada. Es imposible lo contrario.

Ellie ladeó la cabeza sorprendida por su respuesta, hasta que cayó en la cuenta: estaba celoso. Supuso que era algo comprensible. Aunque el pirata del pelo moreno fuera alto, esbelto y guapo a su manera, no era más que un muchacho, y probablemente no podía aspirar a competir con aquel guerrero marino robusto, de bronceado divino, que estaba en la cumbre de su madurez. El capitán pirata, imponente, con una belleza que invitaba al pecado, con un desparpajo y carisma tan arrebatadores que sus hombres lo seguirían hasta la muerte, emanaba pasión y energía. Se trataba de una combinación magnética que atraía a las personas como una llama a las polillas, como si simplemente estando cerca de él, ese dorado resplandor pudiera salpicar a los que lo rodeaban.

¿Qué se sentiría al besarlo? «Por la Santísima Virgen, ¿de dónde provenía aquello?» Había salido de la nada. Ni tan siquiera podía recordar haber pensado nunca en algo parecido. La única vez que Ralph intentó besarla, a punto estuvo de caer enferma. Desconcertada por la dirección que tomaban sus pensamientos, decidió cambiar de tema.

—¿Os sentís mejor?

—Sí. Helado, húmedo y con molestias, pero sospecho que vos os sentís igual.

Se veía cierta mejoría en él, aunque dudaba que lo admitiera de no ser este el caso. Su piel seguía teniendo un brillo enfermizo, pero al menos daba la impresión de haber dejado de temblar. Estaba sentado sobre la cubierta del barco, bajo la borda, ayudando a amainar el viento.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Ellie.

Puso cara de inquietud y dudó antes de contestarle.

—Thomas.

—Si no os importa que lo diga, Thomas, no tenéis aspecto ni tampoco sonáis demasiado como un pirata.

Él abrió la boca para decir algo y al momento la cerró. Sus ojos se clavaron en el capitán antes de erguirse y responder.

—No soy de las islas, pero estoy con ellos.

Se quedó circunspecta, pensando en lo raro que era que un joven, obviamente de noble cuna, algo que no delataba solo su manera de hablar, sino también su cara y fina armadura, se uniera a una banda de piratas *gall-gaedhil*. Pero al percatarse de que no hablaría más acerca de aquel asunto, dijo:

—Gracias por lo que hicisteis en la cueva, y por saltar al agua para buscarme.

Thomas hizo un gesto nervioso, como si su gratitud lo avergonzara.

—La próxima vez que intente salvar a una muchacha de ahogarse me aseguraré de quitarme la

armadura antes. No advertí lo pesada que podía ser, ni lo fría que estaría el agua —dijo con una media sonrisa.

Agitó sus morenos cabellos, que, como los de ella, se habían convertido en témpanos de hielo. Quería agregar algo más, pero se vio interrumpido por una fuerte tos que empeoraba por momentos, hasta desgarrarle tanto que parecía que aún intentara purgar el agua de sus pulmones. Al ver que no cesaba, Ellie se alarmó y se acercó hasta él para ponerle una mano sobre su espalda guarnecida por la malla. No era necesario ser sanadora para darse cuenta de que aquella tos no sonaba bien. Ese muchacho necesitaba llegar a la costa, secarse y mantener su cuerpo caliente, algo que ella también agradecería. Aquellas pieles eran calientes, pero tal y como él había dicho, ella también tenía frío, sus ropas estaban húmedas y sentía molestias.

Cuando por fin paró de toser, Ellie retiró su mano sintiéndose cohibida.

—Lo siento —dijo—. No quería causarle daño a nadie —añadió con una voz quebrada por el recuerdo de la terrible noche—. Solo quería intentar regresar a casa.

—Habéis de saber que no os hará daño —respondió él mirándola con compasión—. Sus palabras eran honestas. Os devolverá a vuestro hogar cuando sea seguro hacerlo.

Le sorprendió percatarse de que en realidad creía lo que le decía. Aunque no tuviera sentido, aquel capitán pirata la había salvado de la muerte. Los piratas no arriesgaban su propia vida por un prisionero sin importancia. Y a pesar de ello, él había salvado su vida; dos veces, si uno daba crédito a lo que habría pasado en caso de dejarla en la cueva.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé —admitió Thomas.

No era suficiente. Tenía que regresar a casa. Tenía que hacerle saber a su familia que estaba a salvo. No podía navegar por los mares por tiempo indefinido. ¡Por el amor de Dios, se suponía que tenía que casarse! En su frustración, olvidaba que no esperaba ese casamiento precisamente con ansiedad.

Se volvió hacia el capitán pirata para pedirle explicaciones acerca de lo que pensaba hacer con ella cuando de pronto, reconsiderándolo, detuvo sus pasos. Estaba cariacontecido y había algo en su expresión que la inquietó. Embargada por la excitación de la persecución, había olvidado momentáneamente la precariedad de su situación. Se mordió el labio al percatarse de que lo más probable era que estuviera furioso con ella por los problemas que le había causado al intentar escapar. Tal vez sus demandas pudieran esperar. Pero antes de que pudiera volver sobre sus pasos, el pirata le hizo señas para que se acercara, con un ligero movimiento de dedo del cual sospechaba hacía uso a menudo. Su espalda se puso en tensión. Había algo en aquel gesto que le ponía la carne de gallina. A su cabeza acudió la imagen de un sultán sarraceno recostado en su tienda y eligiendo a su próxima concubina. Por más que ella fuera una cautiva que estaba retenida contra su voluntad de manera temporal, no era su esclava. Incluso Edmond, el menor de sus hermanos, tenía mejores modales. Con sus seis años de edad, era mucho más adorable que ese vikingo arrogante y gigantón, demasiado guapo hasta para sí mismo. Bueno, medio vikingo, corrigió.

Ellie volvió la cara de manera arrogante y se apartó de él. Solo cuando miró de reojo y lo vio caminar hacia ella pudo reconocer su error. Una sola mirada a su rostro bastó para helarle la sangre. Su insensato acto de desafío había hecho que montara en cólera, y aquella transmutación de simpático pillo en vikingo sin escrúpulos no podía ser más terrorífica. Con aquel pelo rubio y sus helados rasgos nórdicos tenía todo el aspecto de un frío y desalmado bárbaro. Sintió una necesidad apremiante de santiguarse. El miedo le recorría la espalda. ¿Qué sería capaz de hacer con ella? Advirtió su presencia

tras su espalda y se percató de que estaba a punto de descubrirlo. Lo quisiera o no, la hora de la verdad había llegado.

ERIK se regodeaba rememorando las aventuras de la noche junto a sus hombres cuando advirtió que la muchacha hablaba con Randolph. Su buen humor se evaporó como agua rociada sobre las rocas de una sauna. Esperaba con todas sus fuerzas que Randolph mantuviera la cordura y no se le escapara nada acerca de Bruce. Cuanto menos supiera la muchacha, mejor. Ya le había dado suficientes problemas. Lo cual le recordaba, pensó con un brillo diabólico en los ojos, que tenían ciertas cuentas que ajustar con la niñera Ellie. En cuanto esta se volvió hacia él y sus miradas se cruzaron, Erik le hizo un gesto para que acudiera. Su sorpresa no pudo ser mayor al advertir que lo miraba a los ojos y volvía la cara. Aquello del dedo era un capricho que, según su amplia experiencia, amaban todas las mujeres, así que le pareció algo tan fuera de este mundo, ya no solo que ignorara su gesto, sino que además lo rechazara, que si no hubiera sido por el movimiento de cabeza con el que lo acompañó habría pensado que no lo había visto. Y eso a pesar de estar mirándolo directamente a los ojos.

Su carácter se inflamó como un fuego avivado con leña seca. Aunque normalmente era necesaria una acción propia de una divinidad para provocar la ira de Erik, aquella pequeña niñera lo había conseguido con un simple movimiento de cabeza. Ahora bien, había que admitir que, en cuanto a movimientos de cabeza altivos se refería, aquel era de una calidad extraordinaria. Había alzado esa pequeña y puntiaguda barbilla para mirar con desdén bajo su delgada nariz y después mover su helada melena de ondulados cabellos morenos como si fuera la mismísima reina de la abominable Inglaterra.

No estaba acostumbrado a que lo rechazara mujer alguna, ni a que desobedecieran sus órdenes, y ninguna de estas cosas le sentaban bien. ¿Quién demonios se creía esa insulsa niñerilla? Estuviera allí como pasajera contra su voluntad o no, el capitán del barco era él. Y más le convendría aprender la cadena de mando al uso. No pensaba permitir que ninguna niñerilla imperiosa creara el caos en su barco. Ya le había causado suficientes problemas por una noche. No habían salido totalmente ilesos de su escaramuza con los ingleses. Uno de sus parientes había sido alcanzado por una flecha en el brazo. Nada serio, pero tendría que ser atendido, y en cuanto a Randolph, este parecía sufrir los estragos de aquella zambullida que tornó en intentona de ahogo.

Para evitar la posibilidad de llevar a los ingleses hasta el campamento de Bruce en Islay, Erik había decidido amarrar en una de las numerosas islas que la costa escocesa tenía entre Kintyre y el condado de Ayrshire. Así podría esperar junto a sus hombres a que los ingleses se cansaran de buscarlos, y después ir a reunirse con Bruce y el resto de las tropas.

Domnall podría haber llevado a la muchacha ante él, pero su enojo era tal que fue él mismo quien acudió a por ella como un vendaval. Erik esperaba a que se diera la vuelta, mientras la muchacha permanecía allí, como si no se percatara de su presencia. Pero sabía perfectamente que Erik estaba detrás de ella. Podía percibirlo por la rigidez de su espalda y la respiración entrecortada, algo que le pareció extrañamente erótico. Súbitamente incomodado, decidió aclararse la garganta. Ella lo obsequió con tal majestuoso giro de cabeza que a Erik los músculos del cuello y hombros se le agarrotaron hasta sentirlos arder.

—Os he pedido que vengáis —dijo.

Ella hizo un leve movimiento de cabeza para mirarlo.

—¿Ah, sí...? Mmm. No me había percatado.

Erik apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes. Había algo en esa muchacha que crispaba su inquebrantable buen humor. Dio un paso amenazante en su dirección y plantó aquella imponente figura ante ella.

—La próxima vez que os llame, por vuestro bien que atenderéis —dijo en voz baja—. ¿Me he explicado con claridad?

Los ojos de Ellie se abrieron mostrando inquietud, al tiempo que asentía con la cabeza. Erik se dio cuenta de dos cosas al unísono: una, que la muchacha no tenía tanta confianza en sí misma como aparentaba, y dos, que la estaba asustando. Perjuró para sí y dio un paso atrás, preguntándose qué demonios le pasaba. No era capaz de recordar una sola vez en que hubiera usado su tamaño para intimidar a una mujer. Su cólera se atemperó tan rápido como había brotado. Eso de intimidar a las mujeres no era su estilo; no necesitaba hacerlo. Al percatarse de que habían empezado con mal pie, le dirigió una sonrisa y se sentó en el arcón que quedaba frente a ella.

—Podéis dejar de mirarme así. No pienso comeros.

Ellie lo miró con recelo al tiempo que torcía el gesto.

—Había pensado más bien en algún tipo de sacrificio pagano.

Tuvo que reír. La muchacha estaba obviamente obsesionada con eso de su sangre nórdica.

—Os aseguro que estoy completamente domesticado. —Ellie lo obsequió con una mirada que indicaba que no creía una sola palabra, y Erik volvió a sonreír. Chica lista—. Si me creéis malvado, deberíais ver a mis primos.

Los MacRuairi hacían que incluso sus ancestros vikingos parecieran civilizados. Erik se había mostrado tan sorprendido como cualquiera cuando su primo Lachlan había decidido unirse a la Guardia de los Highlanders. Víbora, su nombre de guerra le iba al pelo. Lachlan tenía el corazón y los principios morales de una serpiente, o dicho con otras palabras: carecía de ellos. Se preguntaba cómo le iría por el norte. Le había extrañado que su primo bastardo se presentara voluntario a acompañar a las damas cuando se vieron obligados a separarse. Como él, Lachlan, había nacido en el mar. Permanecer en tierra durante tanto tiempo haría que su primo se volviera medio loco, si es que Bella MacDuff no lo hacía antes. La desafiante condesa de Buchan, que había arriesgado todo para coronar a Bruce, no podía haber hecho más patente su desdén por MacRuairi.

—Gracias por la oferta, pero creo que preferiré no hacerlo —dijo la muchacha sintiendo un escalofrío.

Erik esperó a que lo mirara.

—No tenéis nada que temer. Decía verdad cuando os afirmé que estaríais a salvo.

Sus ojos se cruzaron por un momento y a Ellie le dio la sensación de que era sincero. Bajó la mirada y jugueteó nerviosamente entre sus pies con las pieles.

—Creí que estaríais furioso por cuanto ha pasado. —Lo miró tímidamente con la cabeza gacha para añadir—: Gracias por rescatarme. Me ha dado un calambre y no podía moverme.

Ah, había estado preguntándose cuál pudo haber sido la causa.

—Lo que habéis hecho ha sido muy arriesgado. Los barcos ingleses no os habrían alcanzado a tiempo. Si hubiera llegado unos minutos más tarde, os habríais ahogado.

Ellie arqueó una ceja con delicadeza.

—¿Y vos me sermoneáis a mí sobre el riesgo?

Erik sonrió de manera impenitente.

—No hay riesgo si se sabe cuál será el resultado de antemano. Navego con el viento a favor. Siempre.

Ellie despreció aquella fanfarronada alzando la vista al cielo de un modo poco discreto.

—¿Cómo podíais estar tan seguro de que el capitán inglés aceptaría el desafío en lugar de esperar con sus arqueros dispuestos para el ataque?

Su mirada se tornó admiración. Si aquella muchacha hubiera capitaneado el galeón, posiblemente los ingleses habrían corrido mejor suerte. Esperar era exactamente lo que deberían haber hecho. No solo habrían ganado tiempo para que llegara la ayuda de los otros barcos, sino que arremeter colocando a todos sus arqueros sobre ellos habría dado como resultado un número mucho mayor de heridos en el bando de Erik.

—El sentimiento de superioridad de los ingleses —dijo con una sonrisa—. Es lo que siempre los pierde.

—¿Y qué hay del sentimiento de superioridad de los piratas? —preguntó Ellie con malicia.

Erik dejó escapar una risotada.

—Ese también podéis darlo por descontado.

Aquella muchachita empezaba a demostrarse una compañía de lo más entretenida. No estaba acostumbrado a ser retado por mujeres. Por lo general simplemente se complacían en dejarlo hacer. Se quedó observando aquella pálida cara, como si esperara que algo hubiera cambiado en ella, pero su mirada se encontró con los mismos rasgos anodinos. No obstante, le alegró comprobar que el miedo había desaparecido de sus ojos. No pudo resistir la tentación de volver a retarla con sus palabras.

—Sabed que no me engaños en absoluto.

—¿Ah, no? —dijo Ellie mirándolo socarronamente.

—No —respondió él negando con la cabeza. Había visto la cara que tenía cuando volaban sobre las olas. Por vez primera su semblante no adoptaba la expresión de quien lleva el corsé demasiado apretado. Erik balanceó los pies y cruzó los brazos sobre el pecho—. Lo estabais pasando bien.

Incluso con aquella oscuridad advirtió que ella se ruborizaba.

—Estaba muerta de miedo —protestó. Sin embargo, le mantuvo la mirada y acabó concediendo una sonrisa—. Pero ha sido emocionante. Jamás antes había navegado a tal velocidad. Ni tan siquiera durante el día; así que mucho menos por la noche. —La muchacha permanecía mirándolo y a Erik le dio la extraña sensación de que podía leer su mente. Tuvo que obligarse a no dar muestras de nerviosismo—. ¿Quién sois? —preguntó Ellie con aire pensativo.

Se detuvo un momento a considerar lo que debía decirle.

—Mis hombres me llaman Halcón.

—Eso explica el dibujo en la vela.

—Sí, y en el mascarón de proa —dijo señalando el grabado, aunque era difícil de distinguir en la oscuridad.

—Justo como los barcos dragón —replicó Ellie estremeciéndose.

Erik sonrió; de nuevo volvía a lo de los vikingos.

—Se supone que sirve para ahuyentar a los monstruos marinos y otras bestias terroríficas.

—¿Y qué os ahuyenta a vos? —Erik volvió a reír a carcajadas. Aquella muchacha era realmente divertida. Ellie ladeó la cabeza y, al hacerlo, la brumosa luz de la luna dio a sus rasgos un brillo espectral—. Me sorprende no haber oído hablar de vos.

—¿Y por qué debierais? No soy más que un pirata de los de siempre que trata de ganarse el pan de la única manera que sabe.

Por el ruido que hizo la muchacha, Erik adivinó que aquella pretensión de modestia no la engañaba en absoluto.

—Vuestros talentos están desaprovechados en la piratería. ¿Nunca habéis pensado darles un uso honrado a esas habilidades?

—¿Para quién? —preguntó observándola con cautela mientras se preguntaba si habría llegado algo a sus oídos—. ¿Para el rey Eduardo?

—Entre otros —respondió encogiéndose de hombros—. Mi hermano... —Ellie frenó en seco sus palabras y él se quedó pensando en qué sería lo que estaba a punto de decir—. Mucha gente pagaría bien por un hombre de vuestras habilidades.

Aquella muchacha ocultaba algo, apostarí a su barco en aquella apuesta. Pero al fin y al cabo también él lo hacía.

—Aprecio vuestro consejo —dijo entre risas—. Pero prefiero la libertad de no tener ataduras con nadie salvo con mi propia persona.

—Entonces ¿no estáis casado?

Venció las ganas que le entraron de responder con un definitivo «Ni hablar» y, en lugar de esto, le ofreció un guiño seductor.

—Aún no, pero os diré que ando siempre buscando, por si queréis optar a la vacante. —Los ojos de Ellie se llenaron de sorpresa, y antes de que pudiera replicar, él añadió—: Pero debo advertiros de que hay bastante competencia por el puesto.

Erik quedó decepcionado al ver que ni tan siquiera pestañeaba. En lugar de eso, los ojos de la muchacha se pasearon por su rostro de una manera que casi lo hizo sentirse incómodo.

—Apuesto a que sí —dijo ella dirigiéndole una de esas sonrisas condescendientes de niñera—. Los encantos superficiales pueden ser entretenidos... por un tiempo.

Erik frunció el ceño. ¿Superficiales? ¿Qué quería decir con eso de superficiales? Por más que intentara que se rindiera a sus encantos, lo único que conseguía era ponerlo a la defensiva. No estaba acostumbrado a verse en aquella situación y enseguida se percató de que no le gustaba en absoluto. La muchacha en ningún modo actuaba de la manera en que debía.

Ellie se aprovechó del silencio que había provocado su asombro y dijo:

—Os lo ruego, parecéis lo suficiente razonable. Si no podéis devolverme a mi casa, ¿no me permitiríais marchar, al menos? Podré encontrar el camino de vuelta...

—Me temo que no puedo hacerlo —dijo Erik cortando de pleno su súplica.

—Pero ¿por qué? —protestó—. Os juro que no oí nada de lo que hablabais con aquel hombre. ¿Por qué no me creéis?

Erik no se mostraba tan inmune a sus ruegos como le habría gustado. Detestaba tener que negarle algo a una mujer. Endureció su mirada para intentar asegurarse de que cesaría en sus demandas.

—Vuestros esfuerzos son vanos. No cambiaré de opinión. Os devolveré tan pronto como sea seguro hacerlo, ni un minuto antes.

La impotencia hizo que Ellie apretase los labios con fuerza al tiempo que sus ojos brillaron enfurecidos en la oscuridad.

—Esto es una locura. Estáis siendo ridículo. ¿Acaso sabéis hacia dónde os dirigís?

—Por supuesto que sé hacia dónde voy, diantres. —Ni que se hubiera perdido en alguna ocasión.

Ellie lo observaba como si no creyera sus palabras.

—No podéis navegar a la deriva durante toda la noche. Tenéis que varar en algún lugar. Está a punto de amanecer y los ingleses os seguirán buscando. Además —añadió señalando a Randolph—, vuestro hombre necesita cuidados.

«Tenéis que.» A Erik nunca le había entusiasmado que le dijeran lo que tenía que hacer, y mucho menos una muchacha a la que podía levantar sobre su cabeza con una sola mano. La niñera Ellie tendría que comenzar a aprender que ella no era quien estaba al mando. Pero a pesar de aquel tono mandón que le hacía apretar los dientes, Erik sonrió.

—Os agradezco el recordatorio.

Sospechaba que tendría que llevar a cabo aquello que tantas ganas había tenido de hacer antes, pero multiplicado por diez, algo que la sacaría por fin de sus casillas. Podía intentarlo cuanto quisiera, pero jamás llegaría a manejarlo. Aun así, sería divertido observar cómo lo intentaba.

—¿Qué recordatorio? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Teníamos un trato —dijo negando con la cabeza y fingiendo desilusión—. Normalmente no me gusta hacer esto hasta que no conozco algo mejor a la chica. Pero con vos haré una excepción. —Erik se levantó e hizo una señal a Domnall—. Átala.

Aquel grito sofocado que había provocado el agravio era lo único que Erik necesitaba para asegurarse a sí mismo de que ya no era él quien estaba a la defensiva. Sí. El mundo volvía a ser plano una vez más.

Gigantón...

Arrogante...

¡Pirata!

Jamás en su vida habían tratado a Ellie de una forma tan innoble. ¡Atada y amordazada como si fuera una vulgar prisionera! No sabía qué era mayor, si el ultraje o la humillación. Nada importaba que sus ligaduras de tela no estuvieran atadas con fuerza, ni que su castigo fuera totalmente merecido. No era necesario que aquel condenado pirata disfrutara tanto de ello. Y por la forma en que se ensanchaba su sonrisa y la manera en que se arrugaba la expresión de sus ojos cada vez que la miraba, sabía que disfrutaba más a cada segundo. Galante, ¡Ja! Se trataba de un abominable pendenciero y haría bien en no olvidarlo.

Ellie pasó casi la totalidad de la siguiente hora maldiciendo todo su ser, envuelta en el impresionante repertorio de insultos del que había hecho acopio a lo largo de toda una vida rodeada de hermanos varones, hasta que al final el sueño acabó por tragarse su rabia. Al despertar, se encontró con el suave bamboleo de los brazos de su madre. Suspirando de satisfacción, frotó su mejilla contra la mullida manta escocesa, inhaló el suave aroma de mirtos y se arrebujó aún más contra su duro pecho.

Sus ojos se abrieron de golpe. Ya no era ninguna niña. Su madre estaba muerta. Olía a rosas, no a mirto, y desde luego su pecho no era duro. Ellie se asustó. Su primer impulso fue liberarse, pero no podía separarse de aquel abrazo que la atenazaba.

—A menos que queráis volver a daros un remojón, os sugiero que os quedéis quieta y no me deis una razón para arrojaros al mar —dijo una sosegada y profunda voz.

El pirata. ¿Quién si no? ¿Quién más habría podido agarrarla como si tuviera todo el derecho del mundo a tocarla de manera tan atrevida? Tenía un brazo bajo sus piernas y el otro agarrándola por la espalda y mecía su cabeza hacia el pecho de él como si acunara a un bebé. Pero esa manera en que le

agarraba el brazo... Aquellos dedos se acercaban peligrosamente a la curva de su pecho. Y para mayor vergüenza, el cuerpo de Ellie parecía reaccionar a su proximidad. Bajo la fina tela de su camisa, sus pezones se ponían erectos y ella sabía a la perfección que no era por el frío. Pero aún peor que la cercanía de la mano era que su trasero rozaba el significativo bulto que yacía bajo el estómago de aquel hombre. Ellie intentó no pensar en ello, pero, cada vez que él se inclinaba hacia delante, su cuerpo chocaba contra el de ella de la manera más íntima. Aquello estaba... más duro de lo que ella esperaba. Y aun así, el contacto era tan breve que sentía una extrañísima necesidad de intensificar la fricción y acurrucarse contra él.

Sus mejillas se abochornaron ante la traición perpetrada por su cuerpo. A pesar de que apenas había luz, Ellie permaneció con la cara pegada al pecho sin atreverse a mirarlo por miedo a que descubriera su reacción. Ser consciente de aquello resultaba tanto más humillante por cuanto él probablemente tan siquiera se percataba de la manera en que sus cuerpos se estaban tocando. No cabía duda de que tenía a cada momento a mujeres en esa posición, y en muchas otras diferentes posiciones, mientras que ella jamás había estado tan cerca de un hombre en toda su vida.

Se sentía como una doncella tonta y ruborizada, lo cual se ajustaba exactamente a la realidad. Pero al no haberse sentido así nunca antes, aquello significaba un mazazo para su orgullo femenino. Se creía inmune a tales comportamientos de chiquilla. Y, sin duda alguna, tenía muy claro que no debía ceder a los encantos de un granuja incorregible como aquel. Pero no podía negar el atractivo del pirata. Thomas estaba en lo cierto: era difícil que no te agradara su persona. Se trataba de alguien atractivo, ingenioso, y ciertamente resultaba emocionante estar junto a él. Pero llevaba tanto tiempo confiando en aquella deslumbrante sonrisa suya que Ellie dudaba que se tomara la molestia de conocer a nadie, ni de permitir que alguien se acercara lo suficiente para conocerlo a él. La vida era un juego para él. No se tomaba nada en serio. Podía prestarse al juego de la seducción y hacerlo, sin duda, de manera brillante, pero jamás habría nada más que eso. A pesar de ser consciente de esto, su cuerpo no parecía entenderlo tan bien como lo hacía su cerebro. Aquello carecía por completo de sentido. No cabía duda de que se sentía atraída por su bello rostro. Pero muchos hombres eran guapos, incluido Ralph, y jamás se había visto en semejante circunstancia. No ser capaz de manejar las reacciones de su cuerpo la desconcertaba. No obstante, por fortuna, la costa estaba ya lo bastante cerca.

Al tener un casco tan bajo, el *birlinn* podía ser acostado con mucha facilidad y, en caso de ser necesario, también era posible acarrearlo por extensiones estrechas de tierra. Como el prototipo de barco vikingo alargado del que provenía, el *birlinn* de las tierras de West Highland fue concebido para entrar y salir con rapidez de aguas poco profundas, lo que lo convertía en la embarcación perfecta para ataques e incursiones expeditivas. Así como para los piratas.

Ellie se sintió aliviada cuando Erik la posó con suavidad sobre los guijarros de la playa.

—Milady —dijo provocadoramente, acompañando sus palabras con una reverencia exagerada.

A pesar de que ese hombre nada tenía de caballero galante y de que estuviera enfadada con él, a punto estuvo de sonreír por la parodia. Súbitamente, se llevó las manos a las muñecas.

—Me habéis quitado las ataduras —dijo con sorpresa al percatarse de ello.

—¿Deseáis que os las vuelva a poner tan pronto? Pensaba que esperaríamos hasta que estuviéramos en privado. Pero si insistís...

La piel se le erizó ante aquella evidente implicación sensual. La única explicación que pudo encontrar a tal extraña reacción era que aún sufría las secuelas de haber estado tan pegada a él. Dio instrucciones a sus propios rasgos para que recuperaran la perfecta normalidad, pretendiendo no darse por enterada del sugerente tono de su voz.

—¿Dónde estamos?

Aquella sonrisa picarona desapareció de su rostro en cuanto vio que ella no respondía a sus juegos de seducción. Casi parecía tener mala cara.

—En un lugar en el que los ingleses no os oirán en caso de que volváis a gritar como una furia.

—Yo no... —dijo interrumpiéndose al ver que solo pretendía provocarla.

Ellie le indicó con una pequeña sonrisa que tendría que esforzarse más si quería obtener alguna reacción de ella; luego echó un vistazo a su alrededor y vio una bahía en forma de media luna cuya espalda tocaba con unos rocosos acantilados. Su visión estaba velada por la oscuridad, así que no podía hacerse demasiada idea de los alrededores, pero un terreno como aquel podía ser característico de la mayor parte del litoral occidental. Ojalá no se hubiera quedado dormida, tal vez así habría tenido una mejor idea acerca del lugar en el que se hallaban. Todo cuanto podía imaginar era que se encontraban en una de las pequeñas islas de la costa escocesa.

Ellie alzó la barbilla para enfrentarse a su mirada.

—¿Me habéis traído a vuestra guarida pirata secreta?

—Algo así —repuso sonriendo ante la ocurrencia—. Las gentes de por aquí me profesan su lealtad, así que no penséis siquiera en intentar apelar a ellas acerca de vuestro..., ejem, trance.

—Os referís a mi secuestro.

—Llamadlo como gustéis, pero no oséis desafiarme en esto. —La dura expresión de sus facciones parecía algo incongruente a la vista de sus provocaciones anteriores—. No os entrometáis y haced lo que os digan en todo momento y no tendremos ningún problema.

—Suenan realmente interesantes —dijo Ellie secamente.

A Erik no pareció gustarle nada ese tono.

—No confundáis mi transigencia con debilidad. He sido amable con vos atendiendo a las circunstancias. Comprendo que estéis asustada, pero si intentáis de nuevo algo como aquello lo lamentaréis. La comodidad de la que queráis gozar durante el resto de vuestra estancia está en vuestras propias manos.

Ellie no puso en duda sus palabras ni por un momento. Bajo aquella fachada amable, percibía su fría y rígida coraza de acero. Tenía la sensación de que, dada su arrogancia, no era el hombre adecuado al que desafiar, y no tenía ningunas ganas de que la ataran de nuevo.

Erik señaló hacia los hombres que ayudaban al guerrero de cabellos morenos a pocos metros de la orilla, y añadió:

—Ya habéis causado suficientes problemas.

Ellie se mordió el labio sintiendo un arrepentimiento inmediato.

—¿Adónde lo llevaréis? —preguntó ella.

Erik señaló hacia las rocas.

—Ahí hay una cueva en la que podrá descansar. Mandaré a alguien para que...

—¡No podéis hacer eso!

La tensión hizo que su máscara de amabilidad desapareciera una vez más de su rostro. Su mandíbula se estiró hacia abajo torciéndole el gesto de tal manera que el corazón de Ellie dio un vuelco.

—No soy uno de vuestros pupilos, niñera Ellie. No me diréis lo que tengo y lo que no tengo que hacer. Solo hay un capitán a bordo de este barco. Cuanto antes os enteréis, mejor nos llevaremos.

Ellie se apresuró a aplacar su orgullo. Los hombres eran terriblemente tiernos acerca de ciertas

cosas.

—No pretendía herir vuestra hombría...

Creyó oír un gruñido antes de que la cortara en seco.

—No habéis herido nada, y mucho menos mi hombría. Simplemente quiero que sepáis cómo van a ser las cosas.

Ellie se quedó observándolo de medio lado.

—¿Sabéis? Una vez tuve un perro como vos.

Erik sacudió la cabeza como si no hubiera entendido bien.

—¿Qué?

—Siempre intentaba demostrar que él era quien estaba al mando. Desafiaba a cualquier perro que se le acercara.

Le mantuvo la mirada durante un momento y luego prorrumpió en carcajadas.

—Ay, muchacha, sí que sois divertida. —Ella frunció el ceño; no pretendía ser graciosa—. Pero comprobaréis que hay una importante diferencia.

—¿Cuál?

Le dirigió una de aquellas miradas que Ellie sospechaba habrían hecho caer a más de una a sus pies, mientras se acercaba a ella mucho más de lo necesario. Lo suficiente cerca para que pudiera aspirar algo del aroma de su cálida masculinidad.

—Yo no necesito demostrar nada.

Ellie se quedó sin aliento ante la fuerza de aquella poderosa mirada. Su aterciopelada voz reverberaba como una oscura caricia que la desafiaba a contradecirlo. No podía. Lo que decía era cierto. No necesitaba probar nada. El poder y la autoridad brotaban de él tan alto y claro como el sonido de un tambor. ¿O tal vez fuera aquello el latir de su propio corazón? Al percatarse de que la falta de sueño seguramente había debilitado su buen juicio, Ellie volvió a su punto de partida, con la esperanza de sonar mucho menos aturullada de lo que se sentía.

—Lo único que intentaba sugerir —dijo poniendo énfasis en esta palabra— es que una cueva no bastará. Thomas necesita algún lugar caliente y seco. ¿Es que no hay ninguna casa o cabaña cerca a la que podáis llevarlo?

—¿Qué sois, sanadora?

Pensó en su hermano y sintió una punzada que le atravesó el pecho. Había deseado tanto serlo... Todas las horas que había pasado junto a su lecho no habían servido de nada. Negó con la cabeza esperando que la oscuridad enmascarase la humedad de sus ojos.

—No, pero he visto suficientes hombres morir por las fiebres como para reconocer los síntomas. Cuanto antes se le trate, mejor.

Su hermano se había negado tozudamente a reconocer los signos. Para cuando lo llevaron al lecho, ya ardía de fiebre. Ellie y su madre habían cuidado de él día y noche, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—Os lo ruego —dijo asiéndole del brazo. ¡Por Dios bendito, pero si era pura roca! Sus sólidos músculos se destensaron al contacto de sus dedos—. ¿No hay algún lugar donde podáis llevarlo?

Erik era plenamente consciente de la mano que había puesto sobre su brazo. La suave presión de sus dedos ardía a través de la piel de su *cotun* de cuero. Algo se inquietaba en su corazón incómodamente al mirarla. La muchacha parecía estar realmente preocupada. De hecho, parecía a

punto de romper a llorar.

Había un buen número de sitios a los que podría llevar a Randolph. Conocía bien aquella isla. Al igual que anteriormente hiciera William Wallace, Robert Bruce y sus seguidores habían visto la utilidad de la situación estratégica de la isla de Spoon en el canal del Norte, no solo como lugar de refugio, sino también por su valiosa posición. El propio Eduardo Bruce estuvo allí estacionado el pasado septiembre, ya que quedaba a una distancia desde la que se veía fácilmente la costa de Kintyre y podía montar guardia en tanto que Erik sacaba a Bruce del castillo de Dunaverty.

Aunque Erik podía contar con la ayuda de la población, quería esperar hasta que amaneciera para informar a la gente de la villa, conformada en su mayoría por pescadores y sus familias, de su llegada y especiales circunstancias. Pero suponía que habría algún lugar cercano al que podía llevarlos.

Se quedó circunspecto. Con la predisposición que la muchacha mostraba a ser marimandona, era consciente de que sentaría un mal precedente si cedía a su petición. Pero tenía que admitir que estaba en lo cierto: Randolph no tenía buen aspecto. Y ella misma también sacaría provecho de secarse bien. Es más, sospechaba que él y sus hombres tendrían un sueño mucho más placentero junto al fuego si la muchacha no se encontraba durmiendo a pocos pasos. Aún notaba su cuerpo increíblemente perturbado.

Llevarla desde el barco había sido una mala idea. No le había gustado en absoluto la sensación de tenerla entre sus brazos. Diantres, no se había incomodado tanto por tocar a una mujer desde aquella ocasión en que, con trece años, una de las muchachas de la villa se había ofrecido a mostrarle los placeres de la carne. Y que una mujer tan poca cosa y tan normalucha como aquella pudiera excitarlo, algo que debía admitir que no ocurría últimamente con demasiada frecuencia, era un tanto desconcertante. Especialmente cuando aquellos penetrantes ojos que tenía lo miraban con algo cercano a la condescendencia. Aquello era contra natura. Eso es lo que era. Contra natura. Siempre le habían gustado las mujeres. ¿Qué diantres le estaba pasando?

Intentó desprenderse de aquellos inquietantes pensamientos y dijo:

—Hay un puesto cercano, pero...

—¡Oh, os lo agradezco tanto! —dijo antes de dejarlo terminar, mirándolo con una brillante sonrisa en el rostro.

Aquello lo conmovió. Por un momento pareció, si no muy hermosa, al menos a muy poca distancia de ello. Debería sonreír más a menudo. Se ajustó el *cotun* sintiendo un raro hormigueo en el pecho.

—Pero me daréis vuestra palabra de que no intentaréis escapar ni aprovecharos de la naturaleza bondadosa de Meg para buscar ayuda. No diréis nada de cómo llegasteis a uniros a nosotros.

—¿Meg? —Ellie apartó la mano de su brazo y, por un momento, Erik quiso que volviera a ponerla allí—. ¿Es que deseáis que también yo los acompañe?

—Necesitáis dormir. Allí estaréis más cómoda. Pero si preferís dormir en la cueva junto a mí...

Normalmente habría dado una entonación sugerente a esas palabras, pero sabiendo que caerían en oídos sordos no se tomó la molestia de hacerlo.

—No —se apresuró ella a decir. Se apresuró demasiado, según le pareció a Erik.

No se le escapaba que había evitado responderle formulando a su vez una pregunta. Había fracasado en su anterior intento por asegurarse de conseguir su palabra de honor, pero en esta ocasión no se mostraría tan descuidado.

—Me daréis vuestra palabra, Ellie.

Ella asintió a regañadientes.

—Os doy mi palabra. No haré nada esta noche.

Erik la reprendió con la mirada.

—Ni cuando llegue la mañana. Ni durante todo el tiempo que os quedéis aquí.

Ellie arrugó la nariz, indudablemente enojada al ver que captaba sus reservas.

—De acuerdo. Tenéis mi palabra.

Los ojos de Erik atravesaron la oscuridad y se posaron en los de ella por un instante.

—No hagáis que me arrepienta de confiar en vuestra palabra.

Ellie asintió algo sorprendida, al parecer, consciente del tono de amenaza de su voz.

Erik se volvió para dar órdenes a sus hombres. Aparte de Ellie, Randolph, los dos hombres que prácticamente lo llevaban en brazos y su pariente Duncan, al que habían herido con una flecha, trajo a otro hombre consigo. A pesar de que quisiera confiar en ella, la muchacha se había mostrado demasiado astuta por el momento. El hombre que estaba apostado en el exterior de la casa ayudaría a asegurar que mantenía su palabra. Si intentaba escapar, no llegaría muy lejos, pero no estaba dispuesto a asumir más riesgos. Bruce y sus compañeros de la guardia contaban con él, y eso era algo que él se tomaba muy en serio.

Erik originalmente se había unido a Bruce a petición de su primo, Angus Og MacDonald, lord de Islay, con la intención de reclamar sus tierras usurpadas por los MacDougall. Pero había acabado admirando a ese rey batallador. Si había alguien que pudiera desafiar a Eduardo, era Bruce. Aquella lealtad que en su momento debía a su primo, se había transferido ahora a Bruce y a sus camaradas de la Guardia de los Highlanders. El fracaso era impensable. Nada se interpondría en su misión. Y mucho menos una niñera flacucha de belleza pasable, aficionada a instaurar el caos.

MATHILDA de Burgh jamás tuvo un aspecto más desdichado. Sus angelicales tirabuzones rubios, aún lacios y enredados por el agua del mar, eran un auténtico estropicio; sus grandes ojos de color celeste estaban rojos y tan hinchados tras horas de llanto que casi no podía abrirlos; y aquella pequeña naricita respingona no dejaba de moquear.

Pero ¿qué hora era? Debían de estar ya cerca del amanecer. Habían transcurrido horas desde que Ellie había desaparecido y aún no se sabía nada de ella. Matty no podía soportar la idea de que hubiera perdido a su hermana. Ahogada en un estúpido juego de niñas. Su juego.

«Todo es culpa mía.» ¿Por qué la había presionado? Después de todo lo que Ellie había hecho durante esos años por ellos. ¿Cómo podía haber sido tan cruel? ¿Qué había de malo en que Ellie se hubiera hecho mayor y un poco aburrida de la noche a la mañana? Era la hermana más amable y generosa que uno pudiera imaginar. Había sido ella quien se había encargado de mantener unida a la familia tras esa devastadora fiebre que había assolado sus infancias.

Matty estaba sentada en el solar del duque, todavía envuelta en la misma bata de pieles con la que se había vestido tras zambullirse en el mar, con su padre y con dos de los tres hermanos que le quedaban: John y su gemelo Thomas. Los pequeños aún dormían, cómodos y calentitos en sus camas, sin idea alguna de la pesadilla que les aguardaba cuando despertaran. Solo los sonidos del crepitar del fuego, el viento golpeando contra los postigos y sus ocasionales gimoteos rompían aquel horrible silencio. No se los veía tan abatidos desde las muertes de su madre y su hermano. Su padre apenas podía mirarla a la cara. La culpaba a ella. Todos lo hacían. Y era lógico. Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos. Tan solo quería ver a Ellie reír de nuevo. Nunca había querido...

—Lo siento —dijo incapaz de soportar aquel silencio por más tiempo.

Durante unos instantes nadie dijo palabra. Al final John se apiadó de ella.

—No ha sido culpa tuya, Matty. Ha sido un accidente.

Richard de Burgh, duque de Ulster y el noble más poderoso de toda Irlanda, volvió sus vidriosos ojos de color negro hacia ella. A sus cuarenta y ocho años todavía era un hombre apuesto, pero su rostro mostraba signos de la tensión sufrida durante la tarde. Su padre no era un hombre al que pusieran a prueba a menudo. Desde la cuna, había sido imbuido con la sensación de tener derecho a todo y se había acostumbrado a que las cosas salieran como él quería. Cuando aquello no sucedía, como había ocurrido con la muerte de la madre de Matty o cuando su cuñado Bruce se había rebelado contra su rey, su comportamiento era impredecible. Incluso caprichoso. Matty debería haber sabido que no tenía que atraer su atención. Así, había dado a su frustración una dirección hacia la que encauzarse.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¿Cómo has podido ser tan irresponsable? ¿Es que no tienes respeto por tu deber y tu posición? Revolotear por la campiña como si fueras una... sierva. Y provocar a tu hermana para...

—Yo solo quería ayudarla. Estaba tan triste últimamente... Creía que con la perspectiva de la boda mejoraría, pero, al parecer, solo fue a peor.

Su padre arrugó el gesto de un modo terrible.

—Ellie estaba perfectamente.

Matty sintió un arrebató de furia ante la obstinada ceguera del padre.

—¡No estaba perfectamente! Pero tú no querías verlo, porque ella se ocupaba de todo y te libraba de esa carga.

Su padre se estremeció.

—Basta, Mathilda —dijo con rabia—. Creo que ya has dicho y hecho suficiente en un solo día.

Matty se mordió el labio y asintió, consciente de que había ido demasiado lejos. Ellie era la única de quien su padre aceptaría una crítica, y esto solo ocurría porque lo hacía con tal maestría que normalmente no se percataba de que lo estaba criticando.

Todos miraron a la puerta cuando Ralph entró como una exhalación. El pulso de Matty se alteró un tanto, como siempre lo había hecho desde la primera vez que puso los ojos sobre él. ¿Cómo era posible que Ellie no lo quisiera por esposo? Si Matty hubiera soñado con el perfecto caballero inglés, tendría exactamente el mismo aspecto que Ralph de Monthermer. Alto y esbelto, con un tupido pelo moreno y ojos de color verde claro; un hombre guapo, fuerte y honorable hasta la médula. El hecho de que en su momento lo arriesgara todo por amor y se casara con la hija del rey no hacía más que engrandecer la romántica figura que Matty veía en él.

Sus miradas se cruzaron por un momento y luego ambos miraron hacia otro lado.

—Tengo noticias —dijo. A Matty se le heló el corazón. La pausa duró solo un momento, pero a ella, que esperaba con ansiedad saber si se trataba de noticias buenas o malas, le pareció una eternidad—. Mis hombres vieron a una mujer no muy lejos de aquí. Al parecer, saltó al agua y pidió ayuda, pero volvieron a capturarla antes de que mis hombres llegaran hasta ella.

—¿Era Ellie? —preguntó Matty sin atreverse apenas a creerlo.

Ralph la miró de nuevo y aguantó su mirada solo un instante, pero lo suficiente para que ella pudiera detectar compasión en ellos.

—Ha de ser ella. Tanto la hora como la descripción encajan.

Matty cerró los ojos y pronunció palabras de agradecimiento. También oyó que su padre musitaba «Gracias a Dios». Aquel alivio tan sincero en su voz la sorprendió. A pesar de que al conde le importaran todos sus hijos, no era un hombre excesivamente sentimental. ¿Era posible que las muertes de su madre y de su hermano lo hubieran afectado más de lo que ella creía? Tal vez fuera solo por Ellie, ya que era el sostén de todos ellos. Pero aquel alivio pronto fue sustituido por la ira.

—¿Volvieron a capturarla? ¿A qué te refieres con que volvieron a capturarla? —exclamó—. ¿Quiénes?

La cara de Ralph adoptó una expresión de descontento.

—No lo sé. Pero según contaron, la vela portaba la imagen de un halcón en ella.

Ambos hombres se miraron con complicidad, y Matty comprendió que aquello era algo significativo.

—¿El hombre acerca del que hemos oído esos rumores? —preguntó su padre. Ralph asintió—. A Eduardo le gustará saberlo. Lleva buscándolo desde la huida de Dunaverty.

Matty puso ojos de sorpresa. Incluso a John y a Thomas les asombró aquello que sugería que su hermano político estuviera relacionado con los hombres que se habían llevado a Ellie.

—Robert no haría tal cosa —dijo Matty con vehemencia—. Jamás le haría daño a Ellie.

Ni uno ni otro se dieron por enterados de su arrebató. Si estaban de acuerdo con aquel comentario

o no, era algo que carecía de importancia. Ralph había sido amigo íntimo de Bruce. Los sentimientos de su padre hacia su hermano político ya eran más difíciles de cuantificar. Aunque no ayudaría a su yerno abiertamente, a veces Matty se preguntaba si no querría verlo triunfar. Pero ambos eran leales a Eduardo. Cumplirían con su obligación a pesar de sus sentimientos personales. Y si Robert tenía algo que ver con esto... Matty se estremeció. La ira de su padre podría rivalizar con la de Eduardo.

—¿Cómo consiguieron escapar? —preguntó John.

La expresión de Ralph tornó a agriarse y sus labios emblanquecieron de rabia. Describió la confrontación en el mar y la posterior persecución por parte de sus hombres con una voz crispada y entrecortada.

—¿El barco halcón estaba rodeado por cuatro galeones y consiguió escapar? —preguntó Thomas con incredulidad.

Matty le hizo una seria advertencia con la mirada, pero ya era demasiado tarde.

El gesto de Ralph se tensó más aún.

—Eso parece.

Matty podía ver que su orgullo había recibido un tremendo golpe. Ralph ponía el listón muy alto para la flota de galeones que tenía bajo su mando, y se tomaba personalmente el fracaso de sus hombres. Se encaminó hacia él, pero detuvo sus pasos a tiempo. No era a ella a quien correspondía consolarlo.

—No me importa lo que cueste —dijo su padre con una voz despiadada que se correspondía con la del conde más poderoso de Irlanda—. Encontradlo.

*E*FFECTIVAMENTE, eran azules. De un azul cegador, como el océano en un día de sol. Ellie ya estaba preparada para eso. Lo que no había previsto eran los hoyuelos. Y además tenía dos. Dos profundos cráteres perfectamente alineados a cada lado de esa incorregible sonrisa. Combinados con ese tupido cabello dorado por el sol y un bronceado que, atendiendo a toda lógica, ya debía haber desaparecido...

Frunció los labios con enfado. Aquello era ridículo. Ningún hombre tenía derecho a ser tan guapo, especialmente cuando ya contaba con una personalidad de tanto magnetismo... Parecía algo injusto que un hombre tuviera que administrar tanta dádiva. Y sin embargo, lo hacía con total soltura. Obviamente no era Ellie la única que se percataba de ello. Desde el momento en que llamaron a la puerta de aquella vieja casa en forma de nave, Halcón, como Meg había vociferado, recibéndolo de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre el tipo de relación que mantenían, había sido el centro de atención. Toda esa emoción se tornó calma durante la noche, pero fue reavivada en cuanto reapareció por la puerta con su aire despreocupado a la mañana siguiente. ¿Acaso no tenía nada que hacer? ¿Apoderarse de botines de oro? ¿Conquistar pequeños países? ¿Secuestrar a más doncellas inocentes? Al parecer no. Daba la sensación de que tenía todo el tiempo del mundo para su multitud de admiradoras. La pequeña estancia se había llenado hasta los topes de visitantes femeninas. Las mujeres de la isla no habían tardado mucho en enterarse de su llegada y no pararon de llamar a la puerta de Meg desde entonces.

Meg informó a Ellie de que estaban en una pequeña isla junto a la costa escocesa de Kintyre. Contando a las siete mujeres que había en la habitación, no le habría sorprendido que la mitad de la población femenina de solteras estuviera allí sentada alrededor del hogar de Meg. Aunque aquello de que fueran solteras tan solo era una suposición suya.

«Pues claro que os he echado de menos, amor. ¿Cómo podría olvidarme de ese pastel que me hiciste antes de partir?», le oyó decir. «Ha sido la cosa más dulce que jamás haya probado.» Ellie no necesitaba mirar para saber que sus ojos centelleaban de manera traviesa, pero igualmente lo hizo. «Bueno, tal vez la segunda cosa que jamás haya probado.» No se dirigió a nadie en particular, sino que lo dejó en el aire, como si se refiriera a todas ellas a título individual.

Ellie debía admitir que poseía un talento natural. Observarlo era como admirar el trabajo de un maestro artesano. Rebosaba carisma, brotaba de él como crema fresca. Repartía cumplidos con una sinceridad de virtuoso, mostraba una solicitud a toda prueba y trataba a cada mujer como si fuera una princesa. No era difícil comprender por qué agradaba a todos.

Entonces ¿por qué Ellie apretaba las mandíbulas hasta casi sentir que se le romperían los dientes al oír cómo las mujeres lo adulaban? Tenía a todas las hembras apiñadas alrededor de su silla y pendientes de cada una de sus palabras como si fuera un sarraceno rodeado por su harén. Apoyaba uno de sus brazos sobre el hombro de Meg de manera indiferente mientras otra de las mujeres hacía como que se sentaba en el reposabrazos de la silla para acabar prácticamente sobre su regazo. Pero tampoco permitía que fueran las mujeres las únicas acariciadas. Ellie jamás vio tantas palmadas en el trasero ni besos de bienvenida más largos en toda su vida. ¡Debía de ser la isla más hospitalaria de toda Escocia!

Al darse cuenta de que tenía cara de malas pulgas, Ellie dirigió su atención al pan con queso que le había preparado Meg como desayuno. No era asunto suyo a quién tocara, mientras no fuera a ella. Si había alguien que tuviera motivos de queja, sería Meg, y a ella no parecía importarle demasiado la competencia. Observó al grupo furtivamente desde su asiento en aquella mesa apartada a un lado del saloncito. Después de cómo se habían saludado la noche anterior, le había quedado claro que Meg era su amante. Esa preciosa pelirroja, sin duda, pegaba con él. Probablemente unos años mayor que Ellie, con una amplia y cordial sonrisa, las mejillas sonrosadas y los pechos más grandes que ella jamás había visto. Su sensualidad exuberante era todo de lo que Ellie carecía. Se sentía como una ciruela pasa en comparación con ella. Pero al observarlos, ya no estaba tan segura de la naturaleza de su relación. La trataba con el mismo tipo de humor descarado que a cualquier otra persona.

Era tan agradable que daba rabia. Pero Ellie no podía evitar pensar que usaba toda esa afabilidad como una máscara que mantenía a los demás a cierta distancia. Todas esas personas que pensaban que lo conocían muy bien probablemente no supieran nada de él. Incluso su nombre era un misterio. Incluso las mujeres se referían a él como Halcón. Lo cierto era que resultaba apropiado para él. Ese pájaro de presa libre y salvaje, que sobrevolaba el mar y cazaba mediante ataques sorpresa desde su escondrijo, era el símbolo perfecto para un pirata.

Siguió mordisqueando su comida mientras oía cómo trabajaba el maestro. Tras aquella sonrisa indolente se escondía un hombre muy observador. Preguntó acerca del nuevo corte de pelo de Maura, sobre el nuevo vestido de Deidre y cómo se recuperaba el joven hijo de Bessie de la lesión de su pierna tras caer de un árbol el año anterior. Se encargaba de hacer preguntas personales a cada una de ellas, pero cualquier intento de averiguar algo sobre él era alejado con una sonrisa y un comentario jocoso, normalmente subido de tono. Lo hacía de una manera tan astuta que Ellie se preguntaba si aquellas mujeres tan siquiera se daban cuenta de lo que hacía con ellas. Aquello excitaba su curiosidad en torno a la verdadera naturaleza de aquel hombre que se escondía tras aquella capa de pan de oro.

—¿Algo va mal, Ellie? —preguntó. Una multitud de caras curiosas miraron hacia ella, que se sorprendió incluso de que se percatara de su presencia, teniendo en cuenta lo ocupado que estaba—. Esta mañana no se os ve tan chisposa como siempre —añadió con cierta inocencia, mirándola con esos ojos endiabladamente azules que brillaban de alegría.

—Pues estoy de lo más chisposa —dijo de mala gana. «Para alguien que ha dormido dos horas tras ser secuestrada de su casa por una turba de vikingos.»

La miró como si estuviera conteniendo la risa.

—Sí, ya lo veo.

Tuvo que apretar los dientes para no fulminarlo con la mirada de nuevo cuando susurró, pero en voz alta, una disculpa al resto de las mujeres, por lo arisca que se mostraba esa mañana. Aquella provocación era tanto más dolorosa por cuanto se correspondía con la realidad. Siempre, incluso en la mejor de las circunstancias, había sido lenta para levantarse, como decía su madre indulgentemente. Y estaba claro que ese día no se daban las mejores de las circunstancias. Meg llevaba levantada desde la llegada de la aurora, cocinando, y apenas hacía unas horas que Ellie había caído abatida sobre el improvisado jergón junto al fuego, tras ayudarla a atender a Thomas y a Duncan, el hombre con la herida de flecha. Se dijo que debía sentirse agradecida cuando Erik volvió a olvidarla dirigiendo de nuevo sus atenciones hacia la caterva de adoradoras que lo rodeaba.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis esta vez? —preguntó una de las mujeres.

—Hasta que pueda soportar alejarme de la excelente comida de Meg —dijo volviéndose hacia su anfitriona—. Menuda delicia de guiso nos habéis hecho llegar esta mañana, amor. Mis hombres

agradecen mucho que os hayáis tomado la molestia... tanto como yo.

Meg se sonrojó de placer.

—No ha sido ninguna molestia. No había más que tirar un par de cosas al perol.

«Sí, al amanecer», le entraron ganas de puntualizar a Ellie de mala gana. Y una vez más el pirata había evadido la respuesta.

Erik se levantó de la silla con pereza, como si no pudiera soportar tener que apartarse de ellas. A pesar de que la habitación era de un tamaño considerable, unos seis metros de ancho por quince de largo, su altura y sus anchas espaldas no tardaron en hacerla parecer bastante más pequeña. Aquel hombre dominaba todo lo que lo rodeaba.

—Me temo que he de volver junto a mis hombres —dijo con tristeza. Entonces comenzaron las esperadas protestas, pero pronto las amedrentó—. Solamente he venido a dar las gracias a Meg por su hospitalidad y por atender a mis hombres.

Duncan y Thomas habían insistido de manera obstinada en volver a la playa y unirse al resto de los hombres a primera hora de la mañana. Ellie pensaba que a ambos los habría beneficiado descansar algo más tanto como a ella y había insistido en que permanecieran allí, pero ellos tomaron su sugerencia como un insulto. Meg, que también había intentado que se quedaran, frunció el ceño.

—No me ha gustado nada el aspecto que tenía el más joven. No lo perdáis de vista. Los hombres pueden ser tercos hasta la locura —añadió mirando a Halcón con recelo—. ¿Seguro que no queréis que le eche un vistazo a esas manos?

—Si os permito que miréis mis manos, pasarán horas antes de que vuelva con mis hombres—dijo con una sonrisa.

Meg hizo un ligero aspaviento y todos rieron excepto Ellie. ¿Acaso nunca se tomaba nada en serio? ¿Y qué le pasaba en las manos?

Se volvió para marcharse y luego dio media vuelta como si se hubiera olvidado algo, al parecer, a Ellie.

—¿Estáis segura de que no es ningún problema? —dijo refiriéndose a ella como si no estuviera sentada allí mismo.

—Me vendrá bien tener compañía —aseguró Meg negando con la cabeza.

Halcón se agachó y besó en la mejilla a la voluptuosa pelirroja.

—Os debo una, amor.

A Meg se le marcaron los hoyuelos.

—Y yo disfrutaré cuando paguéis vuestra deuda.

—Bribonzuela —contestó él con otra de sus palmadas en el trasero para después dirigir su mirada hacia Ellie—. No os metáis en problemas —dijo como si le hablara a un niño.

Ellie tuvo que luchar por retener un ridículo impulso de hacerle burlas con la lengua. Por Dios bendito, ¿qué le estaba sucediendo? En menos de veinticuatro horas en su compañía ya se comportaba como su hermana, Juana, de cinco años. Se aguantaron la mirada, tal vez durante demasiado tiempo. Erik quedó circunspecto, pero para cuando volvió a mirar a Meg, ya sonreía de nuevo.

—Ponedla a trabajar. Estoy seguro de que habrá algo que pueda hacer —añadió sin demasiado convencimiento en su voz.

Ellie sintió un ataque de ira. Le habría gustado decirle que había un montón de cosas que podía hacer, pero, por no morder el anzuelo, prefirió morderse la lengua. Saber lo que la afectaban sus palabras solo serviría para espolearlo. Y lo cierto era que tampoco sabía cómo las habilidades propias

de una cortesana podían ser de ayuda a Meg en aquella pequeña vivienda.

Ellie sabía cómo gobernar a los vasallos del castillo, supervisar la limpieza y la cocina, ocuparse del ganado y la cosecha, pero en realidad nunca había horneado el pan, ni hecho un guiso, saneado la paja, lavado la ropa blanca, ordeñado una vaca o recogido la cosecha de cebada ella misma. Percatarse de lo inútiles que eran sus habilidades fuera de un castillo resultaba una auténtica cura de humildad.

Una vez él se hubo marchado, la sala no tardó en quedar vacía. Ellie tenía presente las recientes palabras de Halcón, así que ayudó a Meg a retirar de la mesa los platos, cuencos y copas del almuerzo.

—Gracias —dijo Ellie cuando acabaron la tarea—. La comida estaba deliciosa. —A pesar de ser mucho menos elaborada de la que acostumbraba a tomar ella, aquel sencillo plato era sorprendentemente satisfactorio. Al igual que lo era su hospedaje. Aunque pequeño y rústico, el hogar de Meg era confortable y estaba limpio y organizado—. Y debería hacer extensiva mi gratitud hacia el capitán, por alojarme en tan buen lugar.

Meg tomó las manos de Ellie entre las suyas y las estrechó de un modo maternal.

—Pobrecita. Halcón os llevará a casa antes de que os hayáis dado cuenta —dijo, riendo a continuación—. Apuesto a que la próxima vez lo pensaréis mejor antes de esconderos en un barco. Pero, al menos, tendréis una aventura para contar cuando regreséis a casa.

A Ellie le dio tanta vergüenza que se acaloró y se le encendió el rostro. Le entraron ganas de protestar y contar la verdad, pero era consciente de su promesa. Al recordar los susurros de la pasada noche que habían servido para explicarle a Meg los motivos por los que la había llevado consigo, maldijo al capitán con toda su alma.

El pirata había sacudido la cabeza con gesto grave:

—La muchacha cree estar enamorada, y cuando le dije que había de partir —dijo encogiéndose de hombros sin poder evitarlo, como si aquello pasara a cada momento—, se puso medio loca de pena y se escondió bajo las velas del barco. Para cuando uno de mis hombres la encontró, ya era demasiado tarde para llevarla de vuelta. Y hasta que la devuelva a su casa, me siento responsable de ella.

Ellie no pudo hacer más que dispararle dardos con la mirada durante todo el tiempo, lo cual fue para él un entretenimiento añadido. Ese malandrín arrogante tenía mucha suerte de que no hubiera tenido dardos reales en sus manos. Y Meg, por otra parte, lo miraba como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Y eso es lo que debéis hacer —dijo para después mirar a Ellie y negar con la cabeza—. Ay, pobrecita, qué inocente.

Había aceptado tan bien a la adulterada Ellie y la abrazó con tal compasión que se le quitaron las ganas de discutir. No sabía qué era peor: la historia que había inventado o que Meg la asumiera con tanta facilidad.

Meg la estaba observando y confundió los motivos de su malestar.

—No tenéis por qué avergonzaros. Halcón es del tipo de hombres que hacen que incluso una mujer sensata pierda la cabeza.

—¿También vos? —se le escapó a Ellie, que puso cara de sorpresa al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Me refiero a que, bueno, no he podido evitar notar cómo... —Se mordió el labio, viendo que lo único que hacía era empeorarlo todo.

Pero en lugar de ofenderse, la otra mujer se echó a reír.

—Tal vez por un tiempo. Cuando perdí a mi Colin... —Detuvo sus palabras con los ojos anegados por las lágrimas. Después se recompuso y volvió a sonreír—. Halcón me ayudó a sentirme viva de nuevo, y solo por eso le profesaré amor eternamente. Pero no el tipo de amor al que vos os referís —

dijo negando con la cabeza—. Eso solo ocurre una vez en la vida, si es que tienes suerte.

A Ellie le vino a la cabeza la imagen de Ralph. «Y si no eres la hija de un conde», pensó. Tal vez ella no conociera nunca esa forma de amor, pero sí conocía la pérdida. Tomó la mano de Meg y la apretó con cariño, algo que, aunque llenó de asombro a esta última, no por ello dejó de apreciar, según advirtió Ellie.

—Ya sé que no querréis oírlo en estos momentos —dijo Meg con dulzura—. Pero Halcón no pretendía haceros daño. —Ellie no dijo palabra. ¿Qué podría haber dicho? Meg, sin duda, pensaba que estaba enamorada de él. Una pobre y patética niñera feúcha que bebía los vientos por aquel dios nórdico de dimensiones descomunales—. Le encantan las mujeres y a nosotras nos encanta él. Pero pedir más que eso solo puede meteros en problemas.

Ellie no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué?

—Le gustan demasiado las mujeres para comprometerse con ninguna —dijo Meg con una sonrisa de comprensión.

No hacía falta que Meg le contara eso. Ya se había dado cuenta desde el primer momento en que puso los ojos sobre él. Era exactamente igual que su padre: demasiado embelesado con el amor que le profesaban todas las mujeres como para atarse a una sola persona. Enamorarse de alguien como el capitán solo podía llevar a una vida miserable. Le daba pena la mujer que no tuviera esto presente.

Casi había atardecido cuando Erik ascendió por el escarpado acantilado hasta el pequeño promontorio que se escondía a su espalda. Al llegar al borde, pudo ver las suaves columnas de humo del hogar de Meg justo frente a él. Seguía enfadado consigo mismo por haber permitido que Ellie lo sacara de sus casillas. ¿Y qué le importaba a él lo que pensara ella? Pero la nodricita había expresado su desaprobación clamando tan alto y claro que habrían podido oírla a través de toda Escocia, cuanto más en el pequeño salón de Meg. Pero aun así, no debería haberla provocado. Y menos sabiendo que se encontraba tan exhausta. No era propio de él mostrarse tan poco correcto con una muchacha, pero ella no actuaba como ninguna de las que hubiera conocido antes. Sus reacciones lo confundían. Lo irritaban. Algo que no era capaz de recordar que hubiera hecho antes mujer alguna. Pero bueno, se libraría de esa pequeña arpía bien pronto. En un día o dos ya estarían dispuestos para partir. Tampoco había razón para apresurarse; debía dar tiempo a que la búsqueda se enfriara.

Domnall y él habían subido a la cima de la colina para obtener una buena visión de las vías marítimas de los alrededores, y lo que encontraron fue peor de lo esperado. Parecía que toda la flota inglesa estuviera navegando por las aguas del canal. Por lo que podía ver, los ingleses se habían situado cerca de cada intersección, cortando el paso hacia el norte para dirigirse a las islas mayores, al sur hacia la isla de Man, y al oeste en dirección a Rathlin y a Irlanda.

No tenía duda alguna de que podría pasar ante sus mismas narices en caso de necesidad, pero aparte de su ansiedad por librarse de la muchacha y reunirse junto a Bruce y el resto, tampoco había razón para arriesgarse a que los capturaran o llevar a los ingleses hasta Bruce. Por el momento intentaría pensar en alguna manera de enviarle un mensaje a Jefe, el líder de la Guardia de los Highlanders y advertirle del peligro. Bruce pronto tendría que poner rumbo a Rathlin. Pero la paciencia no era uno de los atributos por los que destacaba Erik, y tenía la sospecha de que los próximos dos días se desarrollarían a paso de tortuga. Solo de pensarlo empezaba a impacientarse.

Al llegar a la cima del acantilado, se detuvo para supervisar la bahía. Todo estaba en orden. Había varias barcas de pescadores diseminadas por el puerto, pero no quedaba rastro de su presencia. Con

anterioridad, sus hombres y él habían transportado el *birlinn* hasta la cueva para ocultarlo de la vista de cualquier patrulla que pudiera toparse con ellos. Con la multitud de islas que había entre Irlanda y Escocia era posible que los ingleses se esforzaran por buscarlos, pero precisarían ayuda si querían encontrarlos. Había demasiados sitios en los que ocultarse y estarían a salvo en tanto que la gente de la villa guardara silencio, lo cual era otra de las razones por las que habían amarrado allí. La isla de Spoon perteneció a los MacSorley hasta que los MacDougall se apropiaron de ella, pero los isleños seguían considerando a Erik como su legítimo jefe. Y así sería cuando Bruce reclamara su corona.

Erik dirigió sus pasos hacia la vieja casa de piedra en forma de nave alargada. No necesitaba estar allí, pero tampoco podía privarse de comprobar el estado de Ellie. No cesaba de decirse que ella era responsabilidad suya. Hasta que la llevara a casa o la entregara a Bruce, ella era responsabilidad suya. Alzó el brazo para saludar a Duncan, a quien había consignado tareas de custodia mientras se recuperaba, echó los hombros hacia atrás como si se dispusiera a librar una batalla, y abrió la puerta.

«Oh, demonios.»

Cualquier síntoma de irritación que pudiera quedarle de los sucesos de la mañana desapareció por completo ante la sosegada visión que tenía ante él. La pequeña niñera permanecía ante el fuego acurrucada sobre la silla, con una manta escocesa sobre los hombros y los pies escondidos bajo el trasero. Por el camisón *leine* limpio que llevaba y los rizos de cabellos morenos aún húmedos que le caían sobre el rostro supuso que hacía poco que se había bañado. Todavía permanecía en el cargado ambiente un leve perfume a lavanda. Tenía un pelo precioso, tupido y brillante, que colgaba en ondas recién peinadas sobre sus hombros como un pesado manto de marta cibelina. Sabía con solo mirarlo que rozarlo con su piel sería como tocar un velo de seda. En reposo, no parecía en absoluto el tipo de mujer que pudiera haberle causado tantos problemas. Observó aquella carita que lo había mirado con tanta indiferencia. Jamás sería una belleza, pero de todas formas había algo agradable en su rostro. El calor del fuego sonrosaba sus pálidas mejillas. Ahora que tenía esa tozuda barbilla relajada, sus siempre irritados labios un tanto separados y aquellos demasiado observadores ojos negros cerrados, sus rasgos se habían suavizado... Era más joven... y mucho más vulnerable.

Erik sintió una incómoda punzada en el pecho sospechosamente parecida a la culpa. A pesar de todos los problemas que hubiera causado, nada de lo ocurrido era culpa suya. Tampoco era de él, pero eso no evitaba que se sintiera responsable de que llegara a casa a salvo y lo antes posible.

Las largas pestañas de Ellie aletearon anunciando su despertar. Al verlo allí de pie, sus mejillas se ruborizaron.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Se apresuró a incorporarse y, al estirar sus miembros, dejó a la vista dos deliciosos pies de perfectas formas, pequeños y pálidos, con unos dedos minúsculos que hacían de ellos algo absolutamente adorable, demasiado adorables para una niñera mandona como ella. Él se excedió en el tiempo en que debía mirarlos, lo cual provocó que ella los escondiera rápidamente bajo la manta.

Erik sintió una rabia inexplicable, como la de un niño al que cogen metiendo la mano en el bote de la miel, y su rostro adoptó una expresión adusta.

—¿Dónde está Meg?

No le gustaba estar a solas con ella. Casi tuvo que reír ante la misma extrañeza que aquel pensamiento le provocaba, ya que no recordaba haberse sentido incómodo junto a una mujer.

—Ha ido a ver a una de las aldeanas. Mhairi, creo que se llama. Está a punto de dar a luz. —Erik no dijo palabra, sino que permaneció mirándola como si aquella incomodidad que sentía fuera culpa de ella—. ¿Hay algo que queráis que le diga? —se animó a preguntar, tan deseosa de librarse de él

como él de ella.

—No, ya hablaré con ella más tarde —dijo negando con la cabeza.

Giró sobre sus talones para marcharse, pero ella lo retuvo.

—¿Está bien Thomas?

Aquel tono de preocupación que notó en su voz lo dejó algo sorprendido.

—Se encuentra bien —dijo, para añadir tras una pausa—: ¿No tenéis también curiosidad por el estado de Duncan?

Ellie lo miró directamente a los ojos.

—¿Para qué iba a consultaros acerca del estado de Duncan cuando puedo abrir la puerta y preguntarle yo misma?

Al ver que estaba molesta, Erik se encogió de hombros sin intención alguna de excusarse.

—Tenía que ocuparse de algo hasta que su brazo se recuperase.

—¿Y espiarme fue lo único que se os ocurrió? Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo.

—Y lo hicimos. Duncan es mi medio para asegurarme de que no lo olvidáis.

—¿Qué os pasa en las manos? —preguntó entornando los ojos.

Aquel súbito cambio de tema lo cogió con la guardia baja.

—Nada.

Ellie se levantó y se dirigió hacia él con esa expresión de obstinación en la barbilla que tan poco le gustaba.

—Dejadme ver.

Estaba a punto de decirle que aquello no era en absoluto de su incumbencia cuando ella lo asió por el brazo. Demonios, aquellos dedos eran suaves. Y tan endiabladamente pequeños. Apenas podían abarcar la mitad de su muñeca. Su cabeza se trasladó de inmediato a otra parte de su cuerpo y pensó en aquellos dedos envolviendo algo grueso y penetrante. El fuego lo consumía por dentro, así que en lugar de apartarse permitió que le diera la vuelta a su mano y viera sus palmas ensangrentadas y destrozadas. El suspiro y la cara de estupefacción que aparecieron después le hicieron desear no haberlo permitido.

—¿Cómo os habéis hecho esto?

—Los cabos. No es nada —dijo él, quitándole importancia a su preocupación—. Me pasa muy a menudo.

Le gustaba estar en contacto con el cáñamo, así que no se preocupaba en llevar guantes.

—Tiene un aspecto horrible. ¿No os duele?

—No —respondió sin pensarlo.

Ellie entornó los ojos suspicazmente.

—Dejadme adivinar: los piratas altos y de musculatura excesiva no sienten dolor.

Erik sonrió por vez primera desde que había entrado en la casa.

—¿Musculatura excesiva? Creía que no os habíais percatado.

—No estoy ciega —dijo con desaire. Sus ojos resplandecieron ante las rutilantes llamas del fuego. En un primer momento pensó que eran castaños, pero al verlos tan cerca pudo apreciar sus vetas doradas y verdes, algo inusual y de gran belleza. Después ella tuvo que arruinar aquella impresión añadiendo—: Como también vería a un pavo real que acicala sus plumas y se enseñoera por el lugar.

Aquello lo dejó tan anonadado que no pudo decir nada. Por una vez la respuesta fácil no acudía a él. ¿Acababa de compararlo con un maldito pavo real? ¿Primero un perro y ahora un pájaro? Era uno

de los guerreros más temidos de las Highlands, guardia personal del rey, seguidor y pariente de uno de los líderes más poderosos de las islas Occidentales y jefe de un clan ancestral. La punzada de indignación siguió creciendo hasta convertirse en una auténtica puñalada.

—Ni tampoco me impresiona vuestra bravuconería de machote —dijo—. Y no intentéis distraerme.

En ese momento Erik pensó en un par de cositas que conseguirían hacerlo. Aquel calor sofocante del fuego y el leve perfume a lavanda, que se había hecho más fuerte al acercarse a ella, estaban provocando extrañas reacciones en su cuerpo. Las damiselas inocentes no eran su plato habitual. Aunque siempre le había gustado la seducción, se mostraba precavido en cuanto a quien se llevaba a la cama. Prefería muchachas con experiencia que comprendieran lo que significa el deseo y no cometieran el error de creerse enamoradas. Pero su cuerpo no parecía atender a sus razonamientos.

Ellie examinó su mano pasando la yema de uno de sus dedos por aquellas demacradas estrías. Él permaneció impassible, sin ofrecer indicación alguna de que todo ese toqueteo y perforación provocaba un dolor de mil demonios.

—Pero si todavía tenéis arena aquí metida —dijo de manera acusadora—. Y fibras de cáñamo. — Lo miró como si fuera un niño imposible de corregir y no un hombre que medía casi medio metro más que ella y que casi la doblaba en peso—. ¿No sabéis que puede infectarse?

—Ya lo miraré más tarde.

—Yo lo miraré ahora —dijo desafiándolo con la mirada—. No os iréis de aquí hasta que aplique algo a estas heridas.

Erik sacudió la cabeza. Allí estaba de nuevo, dándole órdenes una vez más. Aquello estaba convirtiéndose en una mala costumbre, una mala costumbre con la que Erik tendría que acabar. En cuanto dejara sus manos tranquilas.

—No sabía que os importara —dijo para provocarla.

Ignoró aquel comentario, algo que hacía con suma facilidad para su gusto, y lo arrastró hasta la silla.

—Sentaos —ordenó.

También tendría que trabajar en ese tonillo en que le hablaba. Sin embargo, pasados unos minutos de que le dedicara todas sus atenciones, decidió que era posible que le permitiera entremeter por algo más de tiempo. Podía llegar a acostumbrarse a eso. Por otro lado, a ella la perturbaba más su presencia de lo que le habría gustado que él percibiera. Cuando empezó a dar vueltas por la habitación en busca de las cosas que necesitaría, se percató de lo nerviosa que se ponía al ver que él la estaba observando. Un nerviosismo que fue más patente en el momento en que se detuvo ante su figura y se puso entre sus rodillas, rozándolo levemente. Se sintió como la araña de Bruce tejiendo su red. La tenía atrapada, aunque ella aún no lo supiera. Le rozaba el muslo con la pierna y podía notar su respiración. Las manos de ella temblaron al posar el cuenco de agua caliente sobre la mesa que había junto a la silla. Estaban tan cerca que podía apreciar cómo se le aceleraba el pulso en el cuello. Erik sonrió. Eso ya le gustaba más. La pequeña niñera no era del todo inmune a sus encantos. Verla así de agitada casi le recompensaba por los problemas que había causado... Pero solo casi.

Él tampoco permaneció impávido, sobre todo cuando ella se inclinó para meterle la mano en el cuenco del agua caliente y sus cabellos cayeron hacia delante, acariciando su piel como un tupido velo de seda. Acercó su cabeza un poco más y aspiró la embriagadora fragancia de flores mientras luchaba por controlar la necesidad de sepultar su cara bajo aquellos oscuros mechones y abandonarse a la increíble suavidad que le haría nadar en una espiral de nubes vaporosas. Diablos, aquella atmósfera

exuberante que había en la habitación acabaría por volverlo loco. Se incorporó nerviosamente en el asiento y ella alzó la vista con cara de preocupación.

—¿Ocurre algo? ¿Os he hecho daño?

—En absoluto —dijo él negando con la cabeza. Más bien se trataba de un trepidar insistente—. Podéis tocarme cuanto queráis.

Al ver que ella le sonreía tímidamente y asentía sin más, llegó a pensar que no había advertido la sugerente entonación de su voz. Hasta que le apretó la mano de un modo no demasiado amable.

—¡Ay! —dijo estremeciéndose de dolor. Aquella pequeña diablesa lo había hecho a propósito—. Eso duele.

Ellie alzó la vista con aquellos grandes ojos color miel veteados de verde y parpadeó mostrando una expresión inocente. Erik no se había percatado hasta ese momento de esas espesas pestañas color azabache que tenía.

—¿Ah, sí? —preguntó—. No sois tan duro como parecéis. Tendré que andarme con más cuidado.

Erik entornó los ojos dispuesto a no provocarla más hasta que hubiera terminado. Pero resultó que no era necesaria provocación alguna porque aquella cercanía ya hacía lo suficiente para angustiarse. Aunque no lo miraba, podía advertir cómo sus mejillas se abochornaban cada vez más, a medida que terminaba de limpiar la arena y la suciedad de sus heridas y secaba sus manos en un paño blanco limpio.

Ellie contraía sus facciones, haciendo ver que no la afectaba en absoluto, pero las diminutas líneas blancas que se formaban en la comisura de sus labios la delataban. Erik notaba la tensión que irradiaba y era consciente de que Ellie tenía todos sus sentidos a flor de piel. Vaya, apostararía a que tenía de punta el vello de la nuca.

Sí, aquello ya le gustaba más. Ese era el tipo de reacción que él comprendía. Volvía a pisar sobre terreno firme. Su terreno. Tuvo que contener la sonrisa cuando ella se inclinó hacia delante para coger el bote de ungüentos que había encontrado sobre las estanterías y le rozó el hombro con uno de sus pechos. Dio un respingo como si se hubiera quemado, como si aquel cuerpo prieto no hubiera entrado antes en contacto con un hombre. ¿Era eso posible? Se quedó un tanto sorprendido. Parecía un desperdicio que una muchacha de su edad, que debía de rondar los veinticinco, no conociera las caricias de un hombre. Era lo suficiente mayor como para tener ya un par de hijos propios en lugar de cuidar los de cualquier otro. ¿A qué estaba esperando?

Tenía su oscura melena postrada ante él, concentrada en aplicar salvia fresca a sus heridas y en hacer un vendaje con tiras de tela que cubriera las palmas de sus manos entre los dedos pulgar e índice, de manera que tuviera movilidad. Viéndola operar de tal forma, Erik no pudo evitar presionar sus muslos contra los de ella, obteniendo una satisfacción exagerada al comprobar que anudaba con torpeza el último nudo de la otra mano. Solo tenía que pestañear para tenerla en su regazo. Era tentador, realmente tentador. Hacía mucho tiempo que no estaba tan excitado.

En cuanto terminó su tarea, Ellie intentó apartarse de él.

—Bueno, pues ya está —dijo con exagerada alegría, como si su cuerpo no suspirara por él—. Trabajo terminado.

Erik la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí; no estaba dispuesto a dejarla marchar todavía.

—Gracias —dijo con una voz aterciopelada que la sorprendió.

—De nada —respondió sin mirarlo a los ojos.

Intentó mirar hacia otro lado, pero Erik la tomó por la barbilla y la obligó a enfrentarse a su mirada. Los labios de Ellie se entreabrieron y el pulso de su cuello revoloteó sobre sus nudillos como

las alas de una mariposa. Él mismo no sabía exactamente lo que pretendía, pero no podía evitar pensar en lo que le gustaba verla excitada. Y en que quería excitarla un poco más. Y en lo penoso que era llegar a su edad sin haber conocido las caricias de un hombre.

—Dejadme partir —consiguió decir con voz trémula.

La pobrecilla estaba tan nerviosa como una muchacha a la que no han besado nunca. Demonios, era probable que nunca antes la hubieran besado. Sus labios se fijaron en aquella boca. Cuando no la tenía contraída para expresar su desaprobación, era una boca hermosa, sonrosada, lozana, con una suave curva que la hacía sensual. Era un crimen dejar intacta una boca como aquella. Demonios, le haría ese favor. El labio superior se le levantó mostrando una curva sibilina. Llamémoslo un deber cristiano. No pasaba nada si hacía una excepción por una vez a su regla de «nunca perder el tiempo con doncellas».

Pasó su pulgar sobre aquel punto en el que su barbilla marcaba más la terquedad y lo apaciguó con una suave caricia. Su piel tenía un tacto de otro mundo, tan tersa y sedosa como la crema. Ellie puso cara de sorpresa.

—Pe-pero ¿qué, qué hacéis?

Erik sonrió dejando que la yema de su dedo se paseara por el henchido cojín de su labio inferior. La alteración de su respiración envió espasmos de calor a su entrepierna.

—Voy a besaros —dijo

Sus pupilas se dilataron. Parecía haber dejado de respirar.

—¿Por qué? —casi gritó.

Los ojos de Ellie escudriñaban su rostro con tanta atención que Erik no creía que se diera cuenta de que apretaba sus muslos contra ella y la atraía hacia su regazo. Le pasó una de sus vendadas manos por la cintura y la dejó descansar sobre el leve rompiente de su cadera.

—Nadie os ha besado antes, ¿no es cierto, Ellie?

Enmudecida, negó con la cabeza, viéndose incapaz de mentir ante su propio asombro. Erik acercó su cara aún más y volvió a recorrer su boca con el pulgar, satisfecho al ver que temblaba y que sus labios se abrían. Aquello era una invitación demasiado dulce para ser ignorada, así que rozó sus labios contra los de ella. Con cariño. Suavemente. El más delicado de los contactos. Dejando que se acostumbrara a aquella sensación.

Era algo que había hecho cientos de veces antes, pero sus sentidos estallaron al sentir el contacto. Parecía estar en otro mundo. ¿Cómo era posible tener unos labios tan suaves y de tan dulce sabor? Le entraron ganas de sumergirse dentro de ellos. De sumergirse dentro de ella.

Apartó los labios un tanto perplejo y miró sus ojos entreabiertos. Sí, así era exactamente cómo debían estar. Ojos delicados y soñadores, en una espera suplicante por sus caricias. Y no imperturbables e insensibles. Frunció el ceño al pensar en lo extraño que era que su corazón latiera de tal manera y que tuviera tantas ganas de besarla. Volvió a rozar su boca, con un poco más de pasión esta vez, demorándose sobre ella para saborearla. ¿Dulce? Diantres, aquella boca era puro caramelo disolviéndose bajo él. La besó con más fuerza, moviendo su boca sobre la de ella con avidez y olvidándose por completo del deber cristiano. Todo en lo que podía pensar era en esa aterciopelada tez, sus dulces y suaves labios, el sabor a miel y el encantador perfume de su piel. Se sentía arrastrado por una deliciosa y sensual resaca que lo ahogaba en deseo líquido. No podía creer que estuviera tan excitado por un simple beso. Maldita sea, tenía la verga tan dura como un garrote.

La arrimó más a su cuerpo y la dejó yacer completamente sobre su regazo, pensando que aquello serviría de alivio. Pero sentir el trasero de ella contra su erección, tan solo separado por una fina tela,

solo sirvió para aumentar su agonía y hacerlo suspirar por más. Mucho más.

Ellie hizo un ligero ruidito al sentir cómo toda su dureza se plegaba contra ella de manera tan íntima, un poco por sorpresa y un poco por algo más profundo, eco de una sensualidad que jamás habría podido suponer, pero que se moría por explorar.

Los vendajes de su mano no impidieron que entremetiera los dedos en su pelo para agarrarla por la nuca y atraer su boca completamente hacia la de él.

«Solo un poco», se prometió, para después presionarla con sus propios labios para que abriera los suyos. «Dios.» El primer contacto de su lengua en el interior de su boca lo hizo gemir de auténtico placer.

Ellie quedó estupefacta ante aquella inesperada invasión, pero él volvió a arremeter antes de que le diera tiempo a apartarse. Entrelazó su lengua con la de ella en una descarada y seductora caricia, repitiéndolo una y otra vez hasta que sintió cómo su cuerpo se enternecía.

A él le gustaba sentirla así, sumida en la calidez y derretida entre sus brazos. Sentir que tenía la piel ardiendo, la respiración entrecortada, que su cuerpo se preparaba para sus caricias. ¿Estaría mojada? ¿Recorría ese calor su entrepierna? ¿Se hinchaban los carnosos labios de su sexo? ¿Temblaban? ¿Se morían por que los tocara?

Pero ¿qué demonios le ocurría? Conocía el deseo, pero esto era... Era algo que iba más allá. Había algo en esa muchacha que lo hacía sentir de un modo diferente, por más que no tuviera ni idea de qué podría ser. El calor que lo atenazaba se hacía cada vez mayor. Por todo su cuerpo. Ya no solo por la entrepierna.

De repente, se sintió incomodado y empezó a separarse de ella; así lo habría hecho de no sentir cómo Ellie le metía indecisa la lengua. Su inocente respuesta obró en él de manera inusitada. Fue como si aquella pequeña acometida encendiera un fuego en su interior. En lugar de apartarse, la acercó más para abrazarla por completo. Sus pezones se apretaron contra su pecho a medida que el beso se volvía más apasionado, a medida que apretujaba su lengua contra la de ella y la hacía circular por toda su boca. Dios, aquello era increíble. Y ella respondió saliendo al encuentro de su lengua con la suya propia, primero inocentemente y después con más confianza, animada por los gemidos que él emitía. Le entraron ganas de rugir de orgullo masculino cuando sintió que Ellie le rodeaba la nuca con los brazos. Lo que le faltara en experiencia lo suplía mejor que bien con entusiasmo. Qué desperdicio dejar que una pasión como aquella permaneciera encerrada y se marchitara. Aquella muchacha tenía un don.

Su reacción provocaba en él un extraño efecto. Parecía estar perdiendo el control. Cada vez la besaba con más pasión. De manera más húmeda. Más atrevida. La besaba de tal manera que desvalijaba los tesoros de su boca como si tuviera intención de dejarla sin sentido.

Ellie tenía tanto calor que casi se derretía en sus brazos. Él parecía no cansarse de tocarla. Su mano se encontró con la pequeña curva de su pecho, nada parecido a las carnes blandas y flácidas a las que estaba acostumbrado, sino firme y flexible, con una redondez que apenas cubría la palma de su mano. Quería apretarlas y amasarlas, tomar el pequeño botón de sus pezones entre sus dedos y pellizcarlo hasta estirarlo por completo, pero el ritmo endiablado de su corazón lo obligó a tomárselo con calma. La provocó con los labios y la lengua hasta que ella olvidó el peso de la mano que tenía sobre su pecho. Entonces lo agarró con ternura y empezó a rodear el pezón con su pulgar hasta que ella gimió y dobló el cuerpo sobre su mano. Solo podía pensar en ir bajando por su cuello con la lengua, abrirle de un tirón el camisón, rodear ese pequeño y terso botón con la lengua, metérselo en la boca y lamerlo con todas sus fuerzas. Su cuerpo estaba a punto de ebullición, el corazón le latía a toda prisa y

la sangre bombeaba hasta sus orejas. Sabía que estaba a punto de cometer una locura, pero no era capaz de controlarse. Quería estar dentro de ella, sentir cómo toda ella palpitaba a su alrededor. No podía pensar en otra cosa.

Súbitamente la puerta se abrió.

Ellie saltó de su regazo como si se hubiera quemado y Erik se levantó casi tan pronto como ella, como si le echaran un cubo de agua fría encima.

¿Pero «qué diablos?» Ni él mismo sabía si se refería al beso o a la interrupción. Se había quedado alelado. ¡Anonadado!

Su mano se dirigió instantáneamente hacia el puño de la daga que llevaba a la cintura, pero la soltó al percatarse de que se trataba de Domnall y Duncan, que llevaban a un renqueante Randolph entre los dos. A pesar de tener que luchar para que la sangre que borbotaba por sus venas se enfriase, su mente consiguió aclararse.

—¿Qué ha pasado?

Domnall le dirigió una mirada llena de curiosidad, dándose cuenta obviamente de lo que sucedía. Ellie no era su tipo y ambos lo sabían. Sus amantes habituales no solían ser hembras flacuchas sin demasiado atractivo.

—Se ha desplomado. Decía estar ardiendo de fiebre.

Ellie profirió un sonido de angustia.

—Ponedlo aquí —indicó a los hombres, llevándolos hasta el camastro empotrado en la pared y volviendo a su papel de niñera eficiente con una rapidez pasmosa, como si no hubiera estado segundos antes deshaciéndose entre sus brazos.

Erik maldijo y se llevó las manos a la cabeza, sin tener la certeza de estar enojado con Randolph o consigo mismo. Ese beso había dejado trastocado a alguien, pero por todos los dioses que no parecía ser ella.

—¡Ellie!

La muchacha se estremeció al oír la voz de Halcón, que provocó un brutal estruendo, perturbando la tranquilidad de aquel soleado día de invierno y haciendo que casi se le cayera el montón de ropa blanca que sostenía en los brazos. «Señor, ¿qué habré hecho ahora?» Apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde el momento en que perdió la cabeza y permitió que él la besara, momento a partir del cual había pasado el tiempo bien ignorándola, o bien reprendiéndola por cualquier cosa que hiciera mal.

A pesar de ser él quien la animó a mostrarse de alguna utilidad, nada de lo que ella hacía le parecía adecuado. Si Ellie se ofrecía a ayudar a Meg para llevarles la comida a sus hombres, él decía que se inmiscuía en sus asuntos. Ella tan solo había sugerido que recogieran un poco las cosas que ponían en medio, porque aquella cueva parecía una leonera. Si intentaba ayudar en la costura a las mujeres del poblado, la acusaba de querer ganarse sus simpatías para que la ayudaran a escapar, una idea que, una vez sugerida por él mismo, ya no podría culparla por explorar. Incluso le había prohibido atender a Thomas cuando este se encontraba en pleno delirio por miedo a que oyera algo que no debía. ¿Quién podría imaginar que los ladrones tenían secretos tan importantes? Afortunadamente, la fiebre de Thomas remitió el día anterior y, aunque todavía se encontraba débil, el joven pirata se recuperaría.

—¡Ellie! —volvió a gritar Halcón provocándole escalofríos de nuevo.

Los músculos de su espalda se tensaron ante la expectativa de un nuevo encontronazo, al tiempo que se daba la vuelta lentamente, justo en el momento en que él aparecía por detrás del acantilado y cruzaba el prado con violentos pasos. En cuanto se percató de su vitriólica mirada, le entraron ganas de correr para salvar los diez metros que la separaban de la puerta. ¿Tal vez con Meg y Thomas en la habitación sus gritos se aplacaran? Pero lo dudaba, ya que no parecía importarle en absoluto la presencia de Duncan al otro lado del vergel.

Al parecer, el simpar excelente humor con que contaba el capitán se extendía a todos, salvo a ella. Incluso Thomas se había percatado y apuntó que jamás había visto a Halcón tan huraño con una chica. A Ellie esto la habría complacido en extremo de no ser porque aquello implicaba tener que soportar todo el impacto de su mal carácter. ¡A fe que tenía una figura imponente! Su boca formaba una línea inflexible y sus ojos eran puros haces de luz azul brillante. Aquel rubio nórdico que lucía era capaz de tornarse del color del hielo en un impetuoso abrir y cerrar de ojos. Y a pesar de que ya no temía que le hiciera daño, la experiencia de tener a un pirata furioso alzándose contra ella y rugiendo resultaba intimidante en su conjunto.

Colocó la ropa blanca, recién lavada, sobre una roca y se incorporó para mirarlo, cegada por el destello que la luz del sol hacía sobre sus armas y los pequeños remaches de metal incrustados sobre su *cotun* de cuero negro. En cualquier caso, resultaba igual de impresionante sin su armadura, algo de lo que estaba segura de que él era plenamente consciente.

Cuando Halcón se detuvo a menos de medio metro de ella, su cuerpo la traicionó: se sonrojó por tenerlo tan cerca. ¿Por qué tenía que oler tan bien? ¿Y por qué tenía que estar como un toro? ¿Cómo

iba a reaccionar cuando lo único que podía hacer era oler aquella cálida piel aderezada con el ligero aroma especiado de su jabón y todo en cuanto podía pensar era en la fuerza de sus brazos al agarrarla y la firmeza de su torso apretándose contra sus pechos?

—¿No oíais cómo os llamaba? —preguntó mostrando su cólera.

Ellie lo miró de modo desafiante. Al menos en esta ocasión ella no le volvería el rostro. Aunque el palpar de su pecho había disminuido, no acababa de desaparecer. Intentaba convencerse de que no le dolía su irritante comportamiento ni que la hubiera estado evitando tras el beso.

—Creo que toda la isla ha oído cómo me llamabais —repuso ella con indiferencia.

En sus ojos azules se vio reflejada toda la frialdad de acero del espadón que portaba a la espalda; nada podía estar más lejos de aquella cálida y subyugadora mirada que tenía cuando la besó. No quería pensar en ello, pero su mirada tropezó con sus labios y recordó mejor de lo que debía las tórridas sensaciones provocadas por aquella boca, madre de todas las perfecciones. Ni en sueños imaginaba que un beso pudiera parecerse a aquello, que el deseo pudiera ser tan fuerte, que cada uno de los rincones de su cuerpo se mostraría tan perversamente receptivo. Aquella boca era demasiado suave y cálida, cada una de las diestras caricias de sus labios y su lengua demasiado seductoras. Aquel hombre sabía a tinieblas, a whisky y a placeres inconfesables y diabólicos. La fuerza con la que Ellie había reaccionado a tales dones era algo que sorprendía a ella más que a nadie. Se pensaba inmune a los deseos de la carne. Pero jamás antes había sentido de ese modo. Era la primera vez que no se veía capaz de dominar sus propias sensaciones. El contacto había bastado para embriagarla de deseo. Se encontró a sí misma respondiendo a sus avances, devolviendo los besos, deshaciéndose ante él, queriendo estar más cerca aún, percibiendo con demasiada claridad el duro empuje de aquel sexo sobre su trasero. Y después, cuando rodeó uno de sus pechos con la mano... Sintió un escalofrío al recordar la facilidad con la que había caído en su trampa de seducción. Pero ¿en qué habría estado pensando?

Enfadada consigo misma por recordar aquello que se había prometido olvidar, como tan fácilmente hacía él, no se molestó en ocultar su impaciencia.

—¿Queríais algo? Estoy ocupada.

La manera en que Halcón entornó los ojos inspiraba terror.

—Estoy seguro de ello. ¿Hay alguna razón por la que mis hombres anden medio desnudos junto al fuego, en lugar de ejercitándose como les he ordenado que hagan?

Ellie no pudo evitar encogerse de hombros mostrando su indiferencia, a pesar de saber que aquello lo enojaría aún más.

—No lo sé. Yo les he sugerido que nadaran y que practicasen con la espada más tarde, con la esperanza de que así se asearían un poco.

Erik parecía a punto de explotar. Estaba claro que Ellie no debía regodearse tanto en lo que hacía.

—¿Ordenasteis a mis hombres que nadaran?

—Les sugerí —corrigió ella con la voz más autoritaria que pudo—. Me pareció lo más eficaz. Como vi que sus ropas estaban hechas un asco, me ofrecí para lavarlas. Me temo que con la lana no se podía hacer demasiado, salvo darle un buen cepillado.

Sus hombres portaban una amplia gama de prendas de las variadas influencias que prevalecían en las islas Occidentales, entre las que se incluían el tradicional *leine* que se abrochaba con cinturón, las telas escocesas y *cotuns* gaélicos, las calzas nórdicas y sus coloristas túnicas y vestiduras caballerescas, tales como las calzones de lino o las polainas, algunas de lana, mientras que los ropajes más finos eran de cuero. Thomas era el único que vestía una cota de malla interior y pernils de acero,

pero el *cotun* de cuero negro del capitán y sus perneras recubiertas con piezas de metal eran tanto o más elegantes que estas. Obviamente la piratería resultaba una ocupación lucrativa.

—La mitad de la ropa ya está lista —dijo Ellie señalando el montón que había dejado sobre la roca—. El resto no estará preparado hasta pasado el mediodía. —Lo miró de arriba abajo y aspiró una gran bocanada de aire, inhalando el fuerte olor de su esencia masculina. Arrugó la nariz como si el olor le resultara desagradable, algo que no podía estar más lejos de la verdad—. Si queréis añadir vuestras ropas al montón, me ocuparé de que os sean devueltas.

El rostro de Erik se tornó tan sombrío que casi se arrepintió de provocarlo. Casi. Pero después de la manera en que había dejado su cuerpo hecho agua y luego actuado como si aquel beso jamás hubiera tenido lugar, estaba dispuesta a obtener placer de donde pudiera. Aquel beso que hacía tambalear sus cimientos no significaba nada para él. Se trataba de algo que, sin duda, ya había hecho cientos de veces con un incontable número de mujeres. Incluso ahora, que su cuerpo luchaba por liberarse del visceral recuerdo de sus caricias, él permanecía ante ella impertérrito e insensible.

Aquella reacción que adoptaba, o mejor dicho, su falta total de reacción, era la mejor razón para alejarse de él. Jamás se tomaba algo en serio, y nada había que pudiera penetrar ese armazón de galantería que mostraba con todos menos con ella. Incluso pensar en él era actuar como una ingenua. La había besado porque le daba lástima. Y por si fuera poco saberse patética, se veía más humillada aún al pensar en lo rápido que había sucumbido a sus encantos. Al parecer, la resistencia que oponía a su bello rostro no se extendía a aquella talentosa boca.

Se repetía a sí misma que aquello no había significado nada. No se lo podía haber dejado más claro. Cualquier mujer que pensara otra cosa, que le diera tanta importancia a un simple beso, estaba llamando a gritos a la decepción y al desamor. No tenía intención alguna de seguir los mismos trágicos pasos de su madre. Si le entregaba su corazón a un hombre, no sería para que este lo tirara a la basura. Su padre amaba con demasiada libertad para limitar su corazón a una sola mujer, algo en nada diferente al hombre que tenía ante sí. Pero ¿por qué pensaba tan siquiera en eso? El amor no era para ella.

—¿Vos os habéis ocupado de esto, sin ayuda? —dijo Halcón mirando hacia el montón de la ropa blanca.

Ellie intentó evitar que sus mejillas se azoraran sin conseguirlo.

—Algunas mujeres de la villa se han ofrecido a ayudarme.

Al ver el trabajo que le estaba costando, se habían apiadado de ella.

—Dejadme ver vuestras manos —dijo Halcón con rostro severo, frunciendo los labios con fuerza.

—Tengo que devolver esto —respondió ella, volviendo la cabeza con ese gesto que sabía que él odiaba, en un intento por distraerlo, al tiempo que se agachaba para recoger la ropa.

Erik se había deshecho ya de los vendajes, de modo que cuando la agarró de la muñeca, Ellie se sobresaltó por el contacto. Su piel se erizó como si recibiera el impacto de una multitud de rayos pequeños.

—Mostradme las manos, Ellie —gruñó en una voz que hizo que le subiera un escalofrío por la espalda—. Ahora.

Apretó fuerte los labios. No era más que un matón enorme. Intentó poner las manos fuera de su alcance, pero él la obligó a abrirlas y emitió un grosero exabrupto al verlas.

—No es nada —dijo ella apartando la mano—. Y no deberíais usar un lenguaje tan soez. Es síntoma de mentes débiles.

Si esperaba que aquel tono disciplinario lo distrajera, estaba muy equivocada.

—Buenas heridas. ¿Qué habéis estado haciendo? Con tales ampollas y úlceras parece que las hayáis metido en escorias y luego azuzado contra las rocas.

Alzó la barbilla, demasiado avergonzada para reconocer que había calculado mal las proporciones de lejía y agua hasta que Meg la había corregido. En cualquier caso la culpa era de él.

—Fuisteis vos quien me dijo que hiciera algo útil —dijo hincando el dedo en su pecho, algo que era como intentar abollar el granito—. Así que dejad de quejaros de que lo haga.

Erik bajó la vista hasta su mano y Ellie se apresuró a apartarla de su pecho.

—No me refería a que os convirtierais en una fregona. Apuesto a que jamás antes habíais hecho la colada.

Sus mejillas se ruborizaron.

—¿Y qué importa eso? Vi algo que precisaba hacerse y lo he hecho. —Con un poco de ayuda, había de admitir.

De la parte inferior de la boca de Halcón surgió un tic que no presagiaba nada bueno. Aquel signo de mal carácter le resultó fascinante. Era como una pequeña mácula en su impasible fachada.

—Bien, pues no lo haréis de nuevo. Vuestros días como lavandera se han acabado.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene eso para vos?

Su gesto se enfureció más si cabe, como si no le gustara la pregunta. Estaba demasiado acostumbrado a que las cosas fueran de su gusto. Ellie apostaba a que podía contar con los dedos de una mano las veces que le habían dicho «no» en su vida.

—Porque soy responsable de que lleguéis a casa de una pieza y no permitiré que me acusen de obligaros a hacer trabajos forzados.

Ellie sabía que estaba jugando con fuego, pero no pudo aguantar la risa.

—Pensaba que a los vikingos les gustaba tener esclavos. —Sus ojos brillaron de ira, pero antes de que él pudiera responder añadió—: ¿Qué os importa lo que piensen los demás? Sois un pirata ¿o no?

Lo estaba retando a que se mostrara en desacuerdo con ella. Puede que tuviera aspecto de pirata, pero no actuaba como tal en absoluto, al menos respecto a la idea que ella tenía hecha de los piratas. Los piratas eran gente sin escrúpulos ni moral, corsarios sanguinarios del mar, y no pícaros de buen talante que rescataban a sus cautivos de las aguas por dos veces y les prometían devolverlos a casa, mostrándose preocupados cuando sus manos se agrietaban y ulceraban. Aquello no cuadraba. Pero si no era así, ¿qué otra cosa podía estar haciendo allí en la cueva? ¿Y por qué huía de los ingleses?

Halcón aceptó el desafío de aquella mirada fulminándola con la suya y dando un paso al frente, como si supiera cuánto inquietaba a la joven tener a un robusto guerrero de dos metros ante ella.

—¿Acaso lo dudáis, Ellie? —Lady Elyne, estuvo a punto de corregir ella. Solo su familia la llamaba Ellie y todavía no se había acostumbrado a que esa intimidad proviniera de aquella profunda y aterciopelada voz—. Creía que ya habíamos dejado sentado eso.

Ellie luchó con todas sus fuerzas por no dar un paso atrás. ¿Por qué tenía que ser tan alto? ¿Cómo se podía tener unos hombros tan anchos y brazos tan musculosos? ¿Forjados en la batalla? No lo creía. Seguramente había hecho de sí un hombre fuerte a propósito, para que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Se vio obligada a levantar la cabeza de nuevo para mirarlo.

—Lo hicimos. Lo hice —se corrigió. Aspiró una gran bocanada de aire para tranquilizarse, percatándose con horror de la facilidad con la que la alteraba—. Lo que pasa es que parecéis tener unos inusuales modales de noble para ser un pirata. Además, ¿por qué os llamó uno de los pescadores del poblado *taoiseach*? —Aquella era una palabra para referirse al jefe de un clan.

De no haber estado tan cerca, no habría podido advertir la dureza del brillo de sus ojos momentos antes de que la escondiera tras una sonrisa forzada.

—Dejadme que adivine: ¿el viejo Magnus? La mayoría de las veces no se acuerda ni de su propio nombre —explicó, para añadir tras un pausa—: Creo saber de dónde proviene este repentino cambio de actitud.

—¿Ah, sí? —dijo Ellie alzando una ceja.

—Sí —aseveró al tiempo que asentía. Halcón posó la vista sobre su boca y Ellie empezó a notar que sus poros emanaban un calor como la lava de un volcán en erupción—. Creo que os estáis preguntando cómo es posible que disfrutarais con el beso de un pirata.

—No disfruté —dijo con una cara en la que la ira hizo estragos de fuego.

Pero la forma en que él la miraba hizo que parara en seco sus protestas. No le cabía la menor duda de que, si añadía una sola palabra de él, tenía toda la intención de probar que se equivocaba. Se ruborizó aún más, mientras él continuaba hostigándola.

—Así que os habéis convencido de que debo ser otra cosa.

La vergüenza la superaba. ¿Era cierto aquello? ¿Había cegado su visión ese beso de tal forma que solo veía lo que ella quería? ¡No! Había algo más. Estaba segura. Si era cierto que él apenas tenía aspecto de pirata, mucho menos lo tenía Thomas. Había pasado la vida rodeada de caballeros, y ese joven estaba educado en el código de caballería de la cabeza a los pies.

Halcón, quién sabía cuál sería su verdadero nombre, se acercaba de tal modo con la única intención de distraerla. Y funcionaba. Estaba tan cerca que veía cómo su incipiente barba sombreaba las duras líneas de su mandíbula, aquellas finas estrías que habían salido alrededor de sus ojos de tantos días al sol y tantas sonrisas, el moreno en forma de uve que se marcaba en el cuello de pico de su *cotun* y la suave y sensual curva de esa increíble boca, a escasos centímetros de la suya, en la que su mirada había quedado detenida.

Ellie se percató de que Erik estaba completamente quieto, de que tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Sus miradas se encontraron. Ellie se estremeció, sorprendida por la cruda intensidad de sus ojos. La miraba como si... como si toda su contención pendiera de un fino hilo. Pero ¿de qué se contenía? ¿De estrangularla? No. Estaba enojado, pero había algo más que no era capaz de identificar, algo cálido e intenso, algo que hacía que se sintiera extraña, que la inquietaba, como si de repente no se sintiera cómoda en su propia piel. Volvió a sentir aquel cosquilleo en el lugar íntimo que había entre sus piernas. Se avergonzó de las reacciones de su cuerpo y bajó la mirada. Mientras tanto, él apretaba los puños, abriéndolos y cerrándolos, como si pretendiese así recuperar el control sobre sí mismo. Al parecer, tuvo el efecto deseado.

—No lavaréis más ni os encargaréis de ninguna otra cosa parecida. Se lo comunicaré a mis hombres.

Ellie volvió a alzar la mirada. ¿De qué iba todo aquello? ¿Estaba enojado porque había invadido su terreno? Solo quería ser de ayuda.

—Bien. La próxima vez vuestros hombres pueden campar por ahí con sus vestiduras sucias y putrefactas y conseguir así que los ingleses os localicen con tan solo seguir ese olor nauseabundo que despedís. ¿Qué más me da a mí? Podéis consumiros en una mazmorra inglesa junto al resto de criminales hasta el día del juicio final.

Los ojos de Erik se entornaron como si quisiera discutir, pero después lo pensó mejor y lució esa devastadora sonrisa suya, mostrando una vez más al afable pícaro al que le importaba todo un comino. Por una vez aquello no la enojó. Se sentía más segura de ese modo.

—Veis —dijo él lánguidamente con un brillo diabólico en sus azules ojos—. No es tan difícil ser razonable.

Ellie resopló de una manera impropia para una dama.

—No será por lo razonable que os mostráis vos —señaló entre dientes.

—¿Qué decís, Ellie? No he podido oírlo.

—Nada —dijo tercamente—. ¿Y qué, ruego que me digáis, se supone que debo hacer hasta el día indeterminado en que finalmente os dignéis a llevarme de vuelta a casa?

Erik se encogió de hombros y se dispuso a marcharse.

—Sois una muchacha inteligente. Estoy seguro de que pensaréis en algo. Thomas empieza a sentirse mejor. ¿Por qué no lo mangoneáis a él por un tiempo?

—Yo no mango... —repuso deteniendo sus palabras y apretando los dientes. No valía la pena protestar. Ese hombre no tenía remedio.

Ahora era ella la que apretaba los puños a medida que lo veía alejarse con paso desenfadado y para colmo silbando, el muy truhán. Algún día vería cómo esa arrogante e irresistible sonrisa se borraba de ese rostro demasiado apuesto. Puede que entonces descubriera lo que se ocultaba tras ella.

Erik continuaba silbando dos días después de ese encuentro en el vergel, mientras subía con calma el camino que llevaba hasta la vivienda de Meg, no para ver a la muchacha, según se decía, sino para comprobar el estado de Randolph. Al estar este enfermo, a Erik no le quedaba más alternativa que aguardar el momento oportuno en Spoon, en lugar de ir a Islay para reunirse con Bruce. Pero después de tantos meses huyendo no estaba acostumbrado a quedarse mucho tiempo en un sitio y empezaba a sufrir una extraña inquietud, o al menos esas eran las razones que él mismo se daba.

Le sorprendía haber tenido tan pocas noticias de los moradores de la casa. Tampoco se quejaba. No, estaba encantado de que aquella pequeña mandona hubiera entrado por fin en razón y dejara de interferir en sus hombres y de desafiarlo a cada instante. Ya estaba suficiente ocupado con lo que tenía, vigilando el galeón de soldados ingleses que había atracado el día anterior en la isla para preguntar a los lugareños si sabían algo de un barco con un halcón. Afortunadamente habían amarrado en la parte sur de la isla y se habían limitado a una inspección superficial del terreno. Abandonaron el lugar amenazando cuanto pudieron, pero la cosa no pasó a mayores.

Sí, tenía razones más que suficientes para sentirse contento. No solo los ingleses se habían marchado, estaban a salvo de ellos, y la muchacha cumplía por fin con lo prometido, sino que aún bullía en su interior el júbilo que siempre seguía al cumplimiento de una misión. Diantres, se sentía tan magnánimo que estaba dispuesto a conceder que tal vez la reacción ante el lavado de la ropa de sus hombres hubiera sido desafortada. Ciertamente era que el hedor de la cueva había mejorado. Pero le había puesto furioso regresar de una misión de reconocimiento al otro lado de la isla y encontrarse a sus hombres escondidos en la cueva abochornados y con el culo al aire. Aquella nodrícita marimandona había intimidado a algunos de los guerreros más temidos de la cristiandad, sus propios guerreros, para que le dieran sus ropas. Ya había tenido más que suficientes inferencias por su parte. Por Dios bendito, por más que no fuera la prisionera típica, se trataba de una prisionera, así que debía empezar a actuar como tal. Un poco de sumisión no estaría mal para empezar.

Pero Ellie no actuaba en el modo debido en absoluto. Ese era el problema. Tal vez si lo hiciera, podría dejar de pensar en ella. Aquello no tenía sentido. No solía perder el tiempo con mujeres del tipo niñera flacucha e insulsa, por más sangre que hubiera bombeado en sus venas aquel inocente beso suyo. Jamás consideraría siquiera casarse con alguien que no se atuviera a la riqueza y prestigio de su

clan, y las mujeres con las que solía irse a la cama no eran doncellas, y además... En fin, que eran más guapas y tenían unos pechos mucho más grandes. A pesar de que ella tuviera esa tez tan luminosa, unos ojos de color inusual, largas pestañas azabache y unos pezoncitos tentadores que caían sobre su mano de manera tan invitadora, eso no la convertía en una mujer apta para el puesto.

Pero lo cierto era que, cuando tuvo aquel pequeño montículo de carne entre sus manos..., tampoco había sentido que sí le faltara algo. En realidad la sensación había sido increíble. Pero eso no quería decir que estuviera interesado en ella. Lo cual no explicaba por qué había faltado tan poco para que la volviera a besar cuando estaban en el vergel. Parecía que con solo estar a tres metros de ella su cuerpo se pusiera en guardia. Era algo ridículo, por no mencionar la incomodidad que suponía. Pero aquello no le preocupaba en absoluto. Tras casi una semana sin haber probado mujer, era normal que mostrara los signos de la privación, un descuido que sería fácil de remediar. Quién sabía, tal vez después de comprobar el estado de Randolph se uniera al resto de sus hombres en la taberna de la villa.

Con ese feliz pensamiento añadido a los demás, cruzó la verde loma bruñida por el frío de invierno y frunció el ceño, extrañado al ver que Duncan no estaba en su puesto. Le había ordenado a su pariente que la vigilara, no tanto para evitar que se escapara, ya que no llegaría muy lejos, como para asegurarse de que nada le sucedía en caso de que lo intentara. Bajo su vigilancia, no se pondría a bajar por los acantilados. Mientras estuviera bajo su protectorado, Ellie era responsabilidad suya. Una responsabilidad que había decidido delegar en su primo tras aquel beso.

Pero pronto se olvidaría de aquella invitada problemática, así como de esos igualmente problemáticos pensamientos que lo acechaban. Aunque aún había una presencia considerable de patrullas inglesas en el área, Erik ya había sido perseguido en suficientes ocasiones por esos perros ingleses para saber que tarde o temprano se darían por vencidos. Y si no lo hacían, tampoco le preocupaba: sería capaz de pasar ante sus narices cuando fuera necesario. Todavía tenían tiempo más que suficiente hasta que se viera obligado a encontrarse con los MacQuillan para conducirlos a Rathlin.

Mientras tanto ya había encontrado una manera de enviar noticias a Bruce. La opción más obvia, por no hablar de la más rápida y directa, era el castillo de su primo Angus Og MacDonald en Dunaverty, ya que estaba a tan solo tres kilómetros de Spoon. Resultaba irónico que Dunaverty fuera el mismo castillo del que había escapado con Bruce hacía cuatro meses. A pesar de estar ocupado por los ingleses en ese momento, su primo aún contaba con hombres en su interior. Sabía que si era capaz de enviar un mensaje a Angus Og, este se encargaría de que le llegara a Bruce. Angus Og tenía una vasta red de hombres dispersos a lo largo del litoral oeste. Erik lo sabía mejor que nadie. Había servido durante casi una década bajo las órdenes de su primo, lord de Islay, y el hombre más poderoso de las islas Occidentales, hasta que Bruce lo reclutó para su Guardia de los Highlanders. Al principio, Erik se había mostrado reacio a abandonar el servicio de aquel hombre que tanto había hecho por él. Tenía solo siete años cuando su padre murió, y era demasiado joven para protegerse él solo de las manipuladoras maniobras de sus parientes los MacDougall, que con la excusa de ayudarlo querían apoderarse de sus tierras. Fue Angus Og quien los protegió a él y a su familia, enseñándole el significado de la palabra *lealtad*. Fue Angus Og quien hizo de él un hombre. Pero su primo había insistido en que debía unirse a Bruce, y le debía demasiado para no cumplir sus deseos. Y también era una forma de recuperar las tierras que los MacDougall habían usurpado a la muerte de su padre.

Las luchas de poder entre las dos ramas más poderosas de descendientes de Somerled, los MacDonald y los MacDougall, dominaban la política de las tierras de West Highland. En aquellos momentos eran los MacDougall, que se habían alineado en el bando de Eduardo, quienes eran favorecidos, pero aquello cambiaría cuando Bruce reclamara su corona. Ver sufrir a John MacDougall

de Lorn sería tan satisfactorio como ver a Eduardo volver a Inglaterra con su rabo de perro inglés entre las piernas.

Erik podía hacer que su mensaje llegara en barco, pero sería mucho más sencillo hacerlo nadando, al menos más sencillo para él. Los guardas del castillo se alertarían al ver un bote, pero jamás esperarían que alguien llegara a nado. Sonrió. Aquello sería inesperado, peligroso, extremo. Tal y como le gustaban las cosas. Y funcionó. La noche anterior había nadado los tres kilómetros y medio que separan la isla de Spoon de Dunaverty y le entregó el mensaje a uno de los hombres de su primo.

A medida que se acercaba a la puerta de la casa de Meg, oyó el alboroto ahogado de la risa de Duncan mezclado con otro mucho más suave, casi aniñado, el timbre de la voz de una mujer. No el de Meg, según reconoció al momento, sino el de Ellie. Había algo en aquel sonido que no le sentó nada bien. Llamó a la puerta por cumplir y la abrió inmediatamente después. Se quedó helado. Duncan tenía su mano alrededor de la cintura de Ellie alzándola en el aire, mientras ella alargaba el brazo para alcanzar algo que había en una de las grandes baldas de almacenaje empotradas junto a las vigas del techo. Pero Erik no veía más que los ojos de su pariente clavados en el trasero de ella, cuya sorprendentemente acentuada curva se revelaba con toda claridad a través del viejo *leine* que le habían prestado, cuyo paño estaba gastado por el uso.

Ellie y Duncan se vieron sorprendidos por la interrupción. Las manos de Duncan resbalaron de la cintura de Ellie, y esta gritó, viendo que caía al suelo. Pero Duncan se las arregló para cogerla en sus brazos antes de que eso sucediera. «De lo más oportuno», pensó Erik, con todos los nervios a punto de reventar. La cara de sorpresa de Ellie se transformó en pura diversión al encontrarse con los ojos de Duncan, y ambos volvieron a partirse de la risa de nuevo. Y a ignorar la presencia de Erik por completo.

—Creo que al final habría sido mejor coger la escalera —dijo Ellie, mostrando de inmediato cierta preocupación en la mirada—. ¿Tenéis bien el brazo?

—Mi brazo está perfectamente, muchacha, tal y como os he dicho —aseguró Duncan entre risas—. Podría levantar a una cosita como vos con un solo brazo, herido o no. Tendréis que darme otra oportunidad de probarlo o mi orgullo herido no podrá repararse. Además, esto es mucho más divertido que una escalera —añadió guiñándole un ojo.

Erik casi sintió pena por su pariente, consciente de que Ellie era impermeable a intentos de seducción mucho más avezados que esas pobres tentativas de galantería. Imaginaba ya la réplica cortante que le daría cuando se vio sorprendido al comprobar que las mejillas de ella se sonrojaban de un modo muy virginal. Puede que se hubiera quedado estupefacto, pero no por ello dejaba de pensar en arrebatarse a Ellie de los brazos de su primo y tal vez luego borrarle esa estúpida sonrisa de un buen puñetazo. Erik lo miró con los ojos entornados. Su madre decía que los primos se parecían, pero él no lo veía así. El pelo de Duncan era más oscuro, Erik medía al menos cinco centímetros más que él y superaba en veinte kilos de puro músculo a su pariente tres años menor.

Al final Ellie recordó que estaba allí y miró en su dirección brevemente para luego señalar a Duncan la presencia de Erik con la cabeza.

—¿Tal vez deberíamos comprobar qué desea vuestro capitán antes de intentarlo de nuevo?

Duncan no parecía tener prisa alguna por soltarla en el suelo, hasta que se encontró con la mirada de su primo. Sorprendido por esa mirada, puso los pies de ella sobre el suelo de mala gana. Erik sintió que su sangre se atemperaba un tanto.

—¿Queríais algo, capitán?

Erik intentó luchar contra la inexplicable ira que sentía hacia su familiar.

—¿Por qué no estáis en vuestro puesto? —preguntó.

Ellie hizo de pantalla sobre él. Erik se habría reído de no ser porque aquel gesto protector lo irritaba demasiado.

—Es culpa mía —dijo—. Meg me pidió que preparase una tintura para cuando Thomas despertara y, como no podía alcanzar el romero que cuelga del techo, le pedí a Duncan que me ayudara a traer la escalera que hay fuera.

—Y yo le dije que no necesitábamos una escalera —apuntó Duncan sonriendo a la chica con consideración.

¿Desde cuándo se había convertido aquel primo que solo pensaba en la guerra en un granuja de tal calaña?

—Duncan ha sido de gran ayuda —afirmó Ellie.

Erik notó cómo le chirriaban los dientes. «Sí, seguro que ha sido de grandísima ayuda.»

—Lo lamento muchísimo, pero necesitan a Duncan en el campamento.

Su primo enarcó una ceja de pronto, como si supiera que Erik mentía.

—¿Me necesitan? —Pero, al parecer, la mirada de Erik debió de convencerlo—. Me temo que ese romero tendrá que esperar, muchacha —se disculpó Duncan—. Pero volveré.

«Y un cuerno, vas a volver.» Si Erik no podía confiar en que su propio primo se controlara, se vería obligado a vigilar a la muchacha él mismo. Después de todo, era responsable de ella. Un beso no significaba que no supiera controlarse. Simplemente le había sorprendido mucho que una muchachita tan ordinaria pudiera ...excitarlo tanto. Estaba seguro de que la novedad ya estaba superada.

Pero en cuanto Duncan cerró la puerta tras de sí, aquella habitación le pareció muy pequeña. Ellie se trasladó junto al fuego y lo observó manteniendo la distancia, como si presintiera también aquella extraña energía en la habitación. Sin embargo, aquello no hacía sino revolucionar más la inquietud que hervía en su interior, como si pudiera ver las curvas de sus pechos y sus caderas al trasluz del fuego. Necesitaba conseguirle más ropa. Un buen paño de lana recia podría servir.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ellie.

Erik se esforzó por mantener unos rasgos imperturbables al percatarse de que la miraba con mala cara.

—No.

—¿Queríais algo?

«A ti.» Pero enfadado con aquel pensamiento indiscreto, dijo secamente:

—Quería ver cómo estaba Thomas. ¿Dónde está?

Ellie señaló en dirección al otro lado de la habitación, al lugar en el que había catres empotrados en la pared.

—Está descansando. Meg dice que es lo mejor para él en estos momentos. Anoche Mhairi tuvo por fin a su bebé y Meg ha ido a ver cómo estaba —añadió anticipándose a su pregunta—. Ha sido niño. Alastair, lo ha llamado.

—Un buen nombre —dijo Erik.

«El nombre de mi padre.» Muchos de los habitantes de las islas honraban a los jefes de los clanes poniéndoles su nombre a sus propios hijos. Aquel gesto, después de tantos años bajo el dominio de los MacDougall, lo conmovió.

Ellie se quedó mirándolo con aire pensativo.

—Estáis cambiado —dijo finalmente—. No os había visto nunca sin vuestra armadura.

La timidez era algo que Erik nunca había sentido antes, pero bajo aquella mirada atenta de ojos castaños a la que nada escapaba, empezó a experimentarlo. Se había bañado y cambiado de vestidura debido a la grasa de foca con la que había embadurnado su cuerpo para su ruta a nado, ciertamente no por nada que ella hubiera dicho.

—Ya veis. No hay oro que saquear ni doncellas que rescatar para esta noche —repuso él con una sonrisa—. Incluso los piratas se toman una noche de descanso de vez en cuando.

Ellie sonrió a medias. Mejor eso que nada, supuso Erik.

La muchacha se acercó hasta él y después, ante su asombro, tomó entre sus dedos el cuello de su vestidura de seda color granate.

—Es preciosa —dijo con admiración. Por un extraño momento, al bajar la vista y ver su carita ante el fuego, también ella parecía preciosa. Sentía una inusitada presión en el pecho, como si aquella túnica le apretara demasiado—. El bordado es exquisito.

—Me la hizo mi hermana —dijo en un tono de voz extrañamente tosco.

—¿Tenéis una hermana?

—Una hermana no, cinco.

—¿Pequeñas?

—Todas mayores que yo —dijo al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Hermanos?

—Soy el único varón.

—Ah —dijo ella asintiendo, como si comprendiera alguna cosa de repente.

A Erik no le gustó el tono que utilizó.

—¿Qué?

—Nada —repuso ella encogiéndose de hombros—. Simplemente explica algunas cosas.

Antes de que le diera tiempo a responder algo, ella volvió a asombrarlo recolocando un mechón de pelo que le caía sobre la sien. Erik contuvo la respiración, y su cuerpo, todo él, se puso en tensión ante el contacto. Volvía a olerla. Las mujeres usaban el jabón con tintura de lavanda por cientos, ¿por qué en ella olía diferente? Y aquellos cabellos largos con la suavidad de la seda... Le entraban ganas de enterrar su cara bajo ellos y de ver cómo se desparramaban sobre su pecho. Las mujeres lo tocaban a todo momento. Ni tan siquiera solía percatarse de ello. Y sin embargo, en ese momento sí lo notaba. Todo su cuerpo lo hacía. Dios, no podía ni respirar. El calor se concentraba en su entrepierna y su pulso latía a un ritmo rápido y fuerte. Estaba a solo unos segundos de pasarle el brazo alrededor de la cintura y apretarla contra él. Casi podía sentir los dardos de sus pezones cercenando su pecho.

—Tenéis algo en el pelo —dijo ella descuidadamente, sin ser consciente del daño que estaba infligiendo en sus sentidos. Ellie retiró la mano, permitiéndole pensar de nuevo, y examinó con los dedos lo que le había sacado—. Parece grasa negra de algún tipo.

—Probablemente sea tizne de la fogata —dijo sin darle importancia.

—No parece tizne —repuso ella arrugando la nariz. Lo miraba con tanta intensidad que Erik pensó por un momento que seguiría cuestionándolo acerca de la grasa, pero en lugar de eso esbozó una sonrisa y dijo—: Lleváis el pelo muy corto. Pensaba que los highlanders preferían el pelo largo y las barbas, al estilo de vuestros ancestros vikingos.

—Algunos sí —dijo riendo y acariciándose la barbilla—. A mí me molesta el picor. ¿Es que no os gusta? —preguntó sin que le diera tiempo a refrenarse.

Ellie alzó la vista al cielo sin darse cuenta de que en realidad lo había dicho en serio. Él mismo no

supo cómo explicárselo cuando se percató de que de hecho era una pregunta seria.

—Tendréis que esforzaros un poco más si esperáis sacarme un cumplido. Por lo que yo sé, habéis oído ya más de los que la mayoría tendrán en toda su vida.

Se descubrió a sí mismo sonriendo. Tenía razón, pero por algún extraño motivo sentía necesidad de saber lo que ella pensaba.

—Y vos sois demasiado cínica para una muchacha de vuestra edad. Decidme, ¿cómo llegasteis a formar parte del séquito del conde? Parecéis joven para ser niñera.

—Mi madre —dijo Ellie con la cabeza gacha y la voz tomada—. Yo la replacé cuando ella...

Cuando ella murió. Erik asintió, consciente de que así sucedía por lo general. Aunque no era una posición hereditaria, como muchas otras en el servicio de las familias nobles, era así como se cubrían las bajas de las niñeras en la práctica.

—Lo siento, muchacha. ¿Cuánto hace de eso?

A Ellie le temblaron los hombros y él sintió la necesidad apremiante de apretarla entre sus brazos y ofrecerle consuelo. Una necesidad que era mucho más inquietante que la lujuria que había sentido momentos antes. Con la mayoría de las mujeres no lo habría dudado un momento, pero tocar a Ellie tenía algo que lo ponía a la defensiva. Era como acercarse demasiado a la llama de una vela a un pergamino.

—Hará tres años en mayo. —Cuando Ellie lo miró a los ojos, Erik sintió algo que se tensaba en su interior, algo tan cercano a la vulnerabilidad que incluso afectaba a su astuta fachada de hombre de pocas palabras—. Unas fiebres.

Erik asintió, sin dar pista alguna de la batalla que libraba en su interior. Experimentó un alivio tremendo cuando ella miró hacia otro lado y pudo aclarar sus pensamientos.

—Rand... —dijo deteniéndose a tiempo. Diantres, no podía creer que hubiera estado a punto de escapársele eso—. ¿Thomas se está recuperando?

Ellie asintió.

—Todavía no come mucho, pero debería andar por su propio pie en pocos días.

—Me alegra oírlo.

Aquello eran, sin duda, buenas noticias. No le hacía ninguna gracia la idea de llegar a Rathlin con el sobrino de Bruce enfermo o con fiebre.

—Quería unirse a vos hoy, pero Meg lo amenazó con atarlo si hacía intento de levantarse.

—Esos juegos con él serían una pérdida de tiempo —repuso Erik secamente.

Le sorprendió que ella riera en lugar de reprenderlo por el chiste. Sus miradas se encontraron por un instante hasta que él apartó la vista, cohibido por la conexión y la intimidad que se desprendían de la comprensión mutua. Pisaba un terreno en el que no se sentía cómodo. No solía tener conversaciones personales de ese tipo. Él entretenía a los demás. Los hacía reír. Eso es lo que la gente quería de él. Todos menos ella.

Afortunadamente, Meg eligió aquel momento para volver, cortando en seco aquella corriente que fluía de uno a otro. Con Meg, volvía a pisar sobre tierra firme. Las conversaciones íntimas no eran para él. Durante el resto de aquella tarde Erik se dedicó a entretener a las damas, y también a Randolph cuando este despertó, con su arsenal de divertidas historias de aventuras en alta mar. Incluso Ellie parecía estar pasando un buen rato. Pero una o dos veces Erik la cogió estudiando su rostro con esa observadora mirada suya que parecía ver mucho más allá de lo que a él le habría gustado, y tuvo la impresión de que la había decepcionado en algo. Lo que no podía explicarse era por qué eso le

importaba tanto.

No llegó a aparecer por la taberna. Tras la cena, tomó el puesto que había dejado Duncan en el exterior de la casa. La muchacha era responsabilidad suya. Era su obligación. Y por el tiempo que estuviera junto a ellos sería él quien la vigilara. No era nada que pudiera írsele de las manos.

CASTILLO de Finlaggan, Islay

—Por la Santa Cruz, pero ¿dónde está? —dijo Bruce dando un manotazo sobre la mesa y esparciendo por el suelo las señales que había colocado con cuidado sobre un mapa de toscos trazos—. Ya tendríamos que tener noticias tuyas.

Aquella inusitada explosión de rabia asombró a los hombres que se reunían en la cámara del consejo, que quedaron en silencio. Conformaban el núcleo íntimo del rey, o al menos lo que quedaba de él. De aquella comitiva de caballeros extensa en otros tiempos, solo quedaban a su lado Nelly Campbell, James Douglas, Roberto Hay, James Stewart y su hermano Eduardo. De su loada Guardia de los Highlanders solo restaban Jefe, Tor MacLeod; Flecha, Gregor MacGregor, y el recientemente llegado Ariete; Boyd.

El ambiente que se respiraba en la cámara se debía precisamente a Boyd y a las funestas noticias que había traído consigo. Los ojos de Bruce ardían con un desapacible dolor incesante, prácticamente imposible de aplacar. Su querido hermano Nigel estaba muerto, como también lo estaba el mejor de sus amigos, su salvador en la batalla de Methven, sir Christopher Seton. También el leal conde de Atholl. Se trataba del primer conde que se ejecutaba en Escocia después de doscientos años.

Seton había sido traicionado por MacNab en el lago Doon, donde se había refugiado tras la batalla. Poco después de que Bruce huyera de Escocia, Nigel y el conde fueron decapitados en Berwick, tras su captura en el castillo de Kildrummy junto a Boyd, el cual pudo ingeniárselas para escapar y ser el portador de esas horribles noticias. Aquellas eran las primeras nuevas que Bruce tenía de sus amigos y familia desde que habían escapado de Dunaverty hacia el tenebroso mundo de las islas Occidentales. Una parte de él ansiaba volver a la oscuridad por miedo a lo siguiente que pudiera ocurrir. Intentaba convencerse de que su esposa y su hija estaban a salvo. Habían de estarlo.

¡Pero su hermano, por Dios bendito! De sus cuatro hermanos, Nigel, tan apuesto y burlón, siempre fue su favorito. Tenía mucho en común con su marino desaparecido: atrevido, de proporciones descomunales y siempre con una broma en los labios. El tipo de hombres alrededor de los que se agrupan las mujeres y que los hombres sueñan con ser.

—Si Halcón no está aquí, alguna razón habrá —dijo MacLeod mirándolo con firmeza—. Nos hará llegar noticias en cuanto pueda. Todavía contamos con mucho tiempo.

Pero hacía ya una semana que no sabían nada de MacSorley. El marino tendría que haberse reunido con ellos tras su encuentro con los irlandeses, y apenas quedaba una semana para el ataque a dos frentes con el que Bruce quería recuperar su reino. Sus hermanos, Thomas y Alexander, estaban preparados para marchar a Irlanda y organizar el ataque desde el sur, en Galloway. Bruce necesitaba llegar con sus hombres hasta Arran para disponer el ataque desde el norte, en Turnberry.

—¿Cómo demonios podéis estar tan tranquilo? —inquirió—. Mis hermanos han contratado a sus hombres para el ataque desde el sur. Pero ¿dónde están mis mercenarios? Se supone que tenemos que reunir al ejército en Rathlin en pocos días. —Desde allí navegarían hasta Arran—. ¿Cómo voy a librar

un ataque sin hombres?

—Los tendréis allí.

Al maldito MacLeod le corría hielo por las venas. El semblante pétreo del highlander jamás se veía traicionado por emoción alguna.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Porque conozco a Halcón. Podéis contar con él. Lo hará, aunque tenga que llevar a los mercenarios a nado él mismo.

—Lo conseguiremos —aseguró MacGregor reforzando así la confianza de su capitán—. Tengo la certeza de que estará agazapado en algún sitio, a la espera de poder enviarnos noticias. Con toda la actividad de los ingleses en el canal, probablemente intente actuar con prudencia.

—¿Halcón? —dijo Bruce con incredulidad—. Ese no tiene ni un gramo de prudencia en los huesos.

—A mí mismo no me fue fácil encontraros, señor —señaló Boyd.

—¿Y cómo lo conseguisteis? —preguntó Bruce.

Su supervivencia dependía de que solo supieran dónde se encontraba unos pocos elegidos, los hombres que se encontraban en la sala y el resto de los miembros de la Guardia de los Highlanders. Incluso su amigo Guillermo Lamberton, el obispo de Sant Andrew, se vería en apuros para encontrarlo. Otra persona que esperaba estuviera a salvo.

El corpulento guerrero lo miró a los ojos.

—Gracias a un amigo común —dijo con cara de pocos amigos.

Bruce asintió al comprender la fuente de su enfado. Aunque ningún miembro de la Guardia de los Highlanders se lo agradecería, Arthur Campbell estaba resultando ser incluso más útil de lo que Bruce pensaba. Campbell fue obligado a salir de la guardia al fracasar en una prueba, y tras esto había pasado a rendir sus servicios de caballero al bando enemigo. Al menos eso es lo que parecía. En realidad estaba haciendo labores de espionaje para Bruce. Este creía de importancia vital extender el secreto incluso a casi todos los hermanos de la Guardia de los Highlanders de Campbell. Ahora que lo veía con perspectiva, se daba cuenta de que aquello había sido un error, pero aún tenía que acostumbrarse a la fraternidad tan íntima que existía entre los miembros de la guardia.

—¿Y aún no sabemos nada de mi esposa?

—No, mi señor —dijo Boyd negando con expresión de tristeza—. Nada desde que salieron de Kildrummy huyendo de los ingleses.

Boyd y su compañero de la Guardia de los Highlanders, el joven caballero inglés Alex Setton, llamado Dragón, se habían quedado atrás para dar tiempo a Nigel y a las mujeres de huir. Boyd y Setton fueron hechos prisioneros, pero consiguieron escapar, con cierta ayuda, antes de que los ejecutaran. Pero poco después, cuando Alex tuvo noticia de que habían traicionado a su hermano en el lago Doon, se separaron.

—Están en buenas manos, mi señor —dijo Boyd.

Bruce asintió, deseando poder confiar en Víbora, Lachlan MacRuairi; y en los otros dos miembros de la Guardia de los Highlanders que acompañaban a las mujeres: William Gordon, conocido como Templario, y Magnus MacKay, al que llamaban Santo.

—Al igual que lo está vuestro sobrino —apuntó MacLeod, en referencia a Randolph, que navegaba junto a Halcón.

A Dios rogaba por ello. Todo dependía de que Halcón consiguiera llegar a tiempo con esos hombres. Ya no había espacio para más fracasos. Había agotado su dotación en cuanto a escapadas por

los pelos. Ni tan siquiera los gatos tenían tantas vidas. MacGregor, el cual era tan afamado por sus habilidades con el arco como por la belleza de su rostro, sonrió.

—Voto a Dios que Halcón estará sentado en una playa cualquiera, entreteniendo a la mitad de la población femenina del poblado o isla en que se haya refugiado.

—Pues serán tres cuartos para cuando dé señales de vida —dijo Boyd secamente.

Bruce sonrió por primera vez desde que arribara a Islay y se encontrara con que, en lugar del esperado Halcón, era Boyd quien aguardaba su llegada.

—Seguramente estéis en lo cierto.

Desde el exterior llegó un alboroto que reclamó su atención. MacLeod se apresuró a investigarlo y, cuando retornó un momento más tarde junto a un joven pescador, lo hizo con una media sonrisa en la cara, ante la que Bruce sospechó que pronto se le contagiaría también a él.

—¿De qué se trata?

El fiero jefe highland lo miró a los ojos.

—Tenemos noticias.

Hicieron pasar al pescador, que, obviamente intimidado por los hombres reunidos en aquella sala, habló con voz vacilante.

—Retraso sin importancia. Fuerzas contratadas. Procedan según lo planeado.

Condujeron al pescador hacia el exterior y Bruce ordenó que le dieran de comer y lo recompensaran por el viaje. Cuando volvieron a estar a solas, Bruce se dirigió hacia su hermano, uno de los tres que le quedaban.

—Eduardo, quiero que vayas con Ariete hasta Arran y superviséis toda la zona de Broderik, en particular el castillo de Lochranza. El resto de nosotros pondrá rumbo a Rathlin como habíamos planeado, para esperar a Halcón.

—Ya veis, señor —dijo MacGregor—. No hay nada de qué preocuparse.

Rogaba a Dios por que así fuera. No era solo él sino todo el futuro de una nación lo que dependía del afamado navegante.

*E*llie intentó sepultar su cabeza bajo la almohada todo lo que pudo para ahogar aquel horrible sonido, pero las animadas risas atravesaban con facilidad su cojín mullido con fibras de lana de cordero. Por Dios, pero ¿qué hora era? Se despegó la almohada de la cara y abrió los ojos para volverlos a cerrar inmediatamente después, al recibir los rayos de luz que se colaban a través del velo de la cama y apuñalaban su cabeza como hirientes dagas. Gruñó. Era ya de día. Tan pronto...

Inspiró con hastío y se resignó a afrontar lo inevitable. Era hora de levantarse. Hizo sus abluciones y oraciones matinales, intentando ignorar las risas y voces que llegaban desde la cocina, dispuesta al otro lado del edificio. No era probable que Duncan se mostrara tan bullicioso por la mañana. ¿Acaso podía algo ser divertido a esa hora del día tan intempestiva? Aunque sus aposentos formaban parte de la misma estancia, las dos camas del muro oeste estaban separadas por una partición de madera enclavada entre dos postes, otorgando a estas más privacidad de las frecuentes visitas que los nichos que había en la pared de enfrente, parte en la cual dormía Thomas.

Ya con la cara lavada, el pelo peinado y los dientes limpios, Ellie sintió una leve mejoría al surgir de detrás de la mampara para afrontar el día. Pero al descubrir de quién provenían aquellas risas, estuvo a punto de regresar a la cama y volver a enterrar su cabeza bajo la almohada. No se trataba de Duncan. El capitán pirata había dejado atrás la fina túnica de la noche anterior y volvía a vestir su atuendo de guerrero. Estaba sentado en una de las sillas de madera de Meg, totalmente relajado, con sus largas piernas revestidas de cuero estiradas frente a él y una amplia sonrisa que recorría su infamemente animado rostro. ¿Cómo era posible que alguien estuviera tan contento por la mañana? Ella se sentía como una bruja vieja y demacrada hasta llegado el mediodía. Halcón enarcó una ceja.

—Mirad quién despierta por fin. Pensábamos que dormiríais todo el día.

Por lo que ella sabía, el día era tan reciente que dolía. No podía haber pasado mucho tiempo desde la aurora. Aunque los días se hacían más largos, el sol de invierno no asomaba por el horizonte hasta las ocho.

—Buenos días, Ellie —dijo Meg tan animada como él—. ¿Tomaréis lo de siempre para el desayuno?

Ellie asintió con gratitud y se hundió en el banco que había junto a la mesa.

—Gracias, Meg, os lo agradeceré eternamente.

Había llegado a enamorarse de aquel sencillo plato matinal: pan recién hecho, huevos pasados por agua, lonchas de jamón o arenques ahumados y un brebaje de hierbas especial, cuya mezcla, receta secreta de Meg, Ellie se había prometido llevar consigo antes de marchar, en caso de que algún día se levantara temprano para ver cómo la preparaba.

—¿Dónde está Duncan? —preguntó mientras rompía una hogaza de pan y la comía lentamente, saboreando la deliciosa combinación de avena y centeno tostados.

La mirada del capitán se aguzó de una manera casi imperceptible.

—Ya se ha recuperado del brazo, así que puede volver a sus tareas. Me temo que estaréis conmigo durante los próximos días.

Su pulso se aceleró al momento.

—Estoy segura de que eso no será necesario —se apresuró a decir—. No necesito una niñera. Os he dado mi palabra de que...

—Poco importa cómo haya sucedido —dijo él cortando sus palabras con una mirada a Meg llena de significado—. Hasta que pueda devolveros a vuestra familia, estáis bajo mi protección.

Ellie se percató de su error: había olvidado que Meg no sabía que la retenían en contra de su voluntad. Aunque si Ellie no estaba preocupada por su familia y lo que debían de estar pensando era porque incluso ella misma lo había olvidado. Los días pasados habían sido increíbles, excitantes y, recordando el beso, lo más alejado del aburrimiento que se pudiera imaginar. Es más, vivir con Meg le hacía atisbar un mundo completamente diferente de aquella vida acomodada de privilegios y obligaciones que conocía. La ironía seguía cebándose con ella: nunca antes tuvo tanta libertad como durante ese cautiverio. Libre de responsabilidades, del deber y de lo que se esperaba de ella, de los pensamientos de futuro. Y se sentía culpable por disfrutarlo tanto.

Siendo honesta consigo misma, había de admitir que en todo aquello tenía algo de culpa el hombre que estaba sentado frente a ella. Era él quien resultaba excitante, y su corazón latía a un ritmo más rápido simplemente estando a su alrededor. Era como un ídolo de oro, no por el color y la belleza de su rostro, sino por la fuerza sin igual de su personalidad. Como las moscas a la miel, así sentía su atracción, pero sabía perfectamente que no debía acercarse demasiado.

Por supuesto, se trataba de un seductor insufrible y contaba con esa sonrisa petulante, garantía absoluta de la extremada confianza que tenía en sí mismo, el tipo de hombre que jamás tomaba nada en serio, pero había momentos en los que ella se preguntaba si no escondía algo más profundo. Tal vez no tuviera la fatuidad de su padre y fuera capaz de experimentar emociones reales. La pasada noche creyó haber visto un atisbo de esto al sentir una verdadera conexión mientras hablaban de sus familias. Se sintió horrible al mentirle, y por un momento consideró incluso contarle la verdad, pero entonces volvió Meg y él se convirtió de nuevo en aquel socarrón entretenido y provocador en torno al cual todo era diversión, pero a quien ella jamás podría tomar en serio. Podía caerle bien, pero sabía que no por ello había de confiar en él. Estaba implicado en algo, y por lo que podía inferir de cuando estuvieron en la cueva, tenía algo que ver con su padre. Era más sencillo que las cosas permanecieran como estaban.

Lo que no acababa de comprender era por qué motivo se había erigido a sí mismo en su guardaespaldas. Se acordó de lo enfadado que parecía estar con Duncan la pasada noche y confiaba en que no fuera ella la culpable. Lo cierto era que había acabado tomándole cariño a Duncan durante los últimos días. Le recordaba a su hermano John, que acababa de ser nombrado caballero y no hablaba más que de guerras y combates. Por desgracia, no era capaz de encontrar nada en el capitán que le recordara a alguno de sus hermanos, así que las cosas no serían igual de fáciles con él. ¿Qué pretendía?

—Como gustéis —dijo mirándolo con recelo y encogiéndose de hombros con indiferencia—. Espero que estéis cómodo en vuestra roca.

Por supuesto, él no permitiría que las cosas fueran así de fáciles. Se recostó en la silla y se cruzó de brazos haciendo que sus músculos resaltaran, mostrando descaradamente toda su fortaleza viril. El mundo se le cayó encima. ¡Por Dios Santo! Ellie sorbió el brebaje para humedecerse la boca, seca de repente, pero no pudo hacer nada en cuanto al revuelo que sentía en la boca del estómago.

—Voy a dar un paseo —dijo él—. Había pensado que tal vez desearíais venir conmigo. ¿Sola? ¿Con él? No, no lo creía. No quería tomar parte en ninguna de sus picardías.

—Me temo que hoy no podrá ser —dijo con fingido pesar, consciente de que Meg la observaba—. Tengo que quedarme con Thomas mientras Meg atiende a sus obligaciones.

Algo que, por lo que veía Ellie, parecía no tener fin, desde cuidar de su propia vivienda hasta servir como sanadora y partera en el poblado.

—Creí que dijisteis que Thomas necesitaba descansar —señaló.

—Y así es —concedió.

El muchacho estará bien —interpuso Meg—. Vosotros marchad y divertíos.

Ellie la miró y sonrió sin ganas, intentando poner cara de agradecimiento mientras pensaba en una forma graciosa de salir del paso.

—Hace un día espléndido —dijo el capitán azuzándola como quien ofrece un caramelo a un niño—. Pensé que tal vez os gustaría ver algo más de la isla.

Se quedó allí exhibiendo esa sonrisa nada inocente, sabiendo exactamente lo que hacía. Maldita plaga de hombre ingenioso que la tentaba. ¿Cómo podía saber que estaba ansiosa por explorar la isla? Una suposición acertada al azar, sin duda. Resultaba humillante pensar que podía ser tan transparente. La sensatez de Ellie entró en conflicto con su sentido de la aventura. Podía elegir entre quedarse allí y jugar decenas de partidas de *backgammon* con guijarros cuando Thomas despertara o aprovechar la oportunidad de ver la isla, como se moría por hacer. No había mucha batalla por dirimir.

—¿Cómo podría negarme? —dijo con fastidio.

La sonrisa de Erik siguió igual de imperturbable e incorregible.

—De ninguna manera.

—¿Cuándo partiremos?

—En cuanto os hayáis vestido —respondió Halcón.

Ellie frunció el ceño mientras bajaba la vista hacia su *leine* prestada. ¿De qué estaba hablando? Puede que fuera viejo, pero no había nada malo en aquel vestido: miles de mujeres irlandesas y escocesas los llevaban a diario.

—Halcón es muy considerado. Mirad lo que ha traído —dijo Meg señalando hacia lo que parecía ser una vestidura de lana que reposaba doblada sobre el banco junto a ella—. Pensó que tal vez tavierais frío.

Ellie enarcó las cejas, sorprendida una vez más por que mostrara tanta preocupación. No podía más que volver a preguntarse qué se traería entre manos.

—Gracias —dijo.

Meg había tenido la generosidad de prestarle aquel tradicional *leine* de lino, para que se lo pusiera sobre su arruinado camión, y unas viejas alpargatas de cuero, pero aquel acertado vestido de lana, a pesar de no ser tan fino como las prendas a las que estaba acostumbrada, se parecía más a los ropajes que solía vestir.

—¿De dónde lo conseguisteis?

Meg y él intercambiaron miradas y Halcón hizo un mohín con la boca.

—Secretos de pirata, me temo.

¿Un botín expoliado de alguno de sus saqueos? Ellie entornó los ojos intentando considerar si hablaba en serio o no. Sospechando que no quería más que provocarla, se abalanzó hacia el vestido y luego se retiró detrás de la mampara para ponérselo.

Un par de minutos después volvió a aparecer sintiéndose más ella misma de lo que lo que lo había hecho en días. El vestido le quedaba grande de pechos y cintura, algo que ya esperaba, pero de largo

casi estaba bien. Ellie estuvo a punto de dar vueltas de la emoción, pero en lugar de eso le hizo un leve gesto con la cabeza.

—¿Nos ponemos en marcha?

Se despidieron de Meg y salieron de la alargada casa para dirigirse al interior de la isla en dirección sur.

Tenía razón. Hacía un día espléndido. Lucía el sol, el cielo estaba límpido y el plácido frescor alternaba con la niebla que aún brotaba de la hierba de los brezales, creando una vaporosa bruma. El gélido aire se llenaba con una placentera y salada brisa marina. Mientras caminaban, Ellie alzaba la vista hacia el sol para saborear su suave y cálida caricia en la piel. Por un momento volvió a sentirse como una niña, vagando por la exuberante campiña irlandesa hasta que sus alpargatas se cubrían de lodo y su vestido se arrugaba y se ponía perdido de manchas de hierba. Aquello le gustaba hasta la locura. Y qué lejos parecía quedar ahora. Sintió una punzada de añoranza y pesar al saber que jamás volvería a esa isla. Aquellos días de libertad pronto tendrían que acabar.

Caminaban codo con codo a un ritmo que a ella no le costaba seguir y que sospechaba sería un paso lentísimo para él. Pero no parecía tener prisa alguna. Nunca parecía estar en un apuro.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ya lo veréis —dijo él con una enigmática sonrisa.

Empezó a abrir la boca para reclamarle una explicación, pero no lo hizo. Además de tener la certeza de que no se la daría, agradecía lo suficiente estar en el exterior para que aquello le importase. Por ahora podía seguirle el juego.

Lo miró de reojo. Hasta el sol parecía abrazarse a él, colgándose de las rubias vetas de sus cabellos y del intenso bronceado de su piel, bañándolo en un cálido resplandor dorado. Era algo prácticamente cegador.

«Siempre tengo el viento a favor», había dicho en una ocasión. Tenía razón. ¿Cómo sería eso de ser tan favorecido y caminar por la vida con una confianza tan inquebrantable? No solo había sido agraciado con un bello rostro, un cuerpo poderoso y, según podía inferir, unas extraordinarias cualidades como guerrero, sino que también era divertido, gallardo y especialmente estimable. Debía de ser una sensación maravillosa. Pero ¿no era posible que estuviera también un poco encerrado en sí mismo? Todo aquello parecía ir en una única dirección. La gente se acercaba a él por lo que él les ofrecía, ya fuera a través de palabras o del tacto. Pero ¿qué recibía él a cambio? Tal vez fuera eso lo que la hacía diferente: ella no quería nada de él.

—Me sorprende que podáis desentenderos de vuestros hombres durante tanto tiempo. ¿No tenéis nada que hacer? ¿Algo así como arremeter por ahí con ese espadón que tenéis?

—Os aseguro que nunca arremeto por ahí con mi espadón —dijo él haciendo una mueca perversa con la boca.

El rubor ascendió por las mejillas de Ellie al darse cuenta de que no se refería en absoluto a las armas, sino a algo completamente diferente.

—No me refería a... —balbució.

Halcón rió de placer, deleitándose enormemente en ponerla nerviosa.

—¿Habéis estado espiándome, Ellie?

—¡Por supuesto que no! —protestó.

Pero sus mejillas se acaloraron más si cabe, y él, perro viejo, supo que estaba mintiendo. Ese día no había tenido la intención de ir a buscarlo. Simplemente se encontraba cerca del borde del acantilado, casualmente miró hacia la playa en la que los hombres habían acampado y lo vio

practicando con la espada, el hacha y la maza de guerra. Se quedó allí hipnotizada por aquellos violentos golpes que se suponían un ejercicio, maravillada ante la potencia y fuerza que desplegaba en cada una de sus embestidas. Estaba acostumbrada a ver los combates formales entre caballeros, pero no había nada de civilizado en ese despiadado, incontrolado estilo de combate que tenían los highlanders. Era normal que tuviera curiosidad. Olvidaba a su conveniencia que aquella curiosidad atendía especialmente a un impresionante miembro en particular.

Él parecía contento de caminar en silencio, aunque a veces le señalaba alguna granja, identificando a sus dueños, el nombre de una planta o una vista bonita. Estaba cómoda. Demasiado cómoda. Como si pudiera ser feliz durante mucho tiempo caminando junto a él. Aquel pensamiento errabundo la hizo volver a la realidad de golpe. Que los cielos la ayudaran, necesitaba llegar a casa antes de perder completamente la cabeza.

—¿Cuánto tiempo planeáis quedaros aquí? —soltó sin más rodeos.

—Cuidado, pequeña —dijo con una de sus encantadoras sonrisas—. O heriréis mis tiernos sentimientos haciéndome pensar que no disfrutáis de mi compañía.

—Guardaos esa sonrisa irresistible para quien sepa apreciarla.

Sus azules ojos revolotearon de satisfacción.

—¿Irresistible? ¿De verdad pensáis eso?

Aquel hombre no tenía remedio en absoluto. Ellie no podía hacerse una idea de lo que sería de niño. Se compadecía de la que hubiera sido su niñera.

—Supongo que para la mayoría de las mujeres sí.

—Pero ¿una completa pérdida de tiempo para vos? Sois una mujer difícil de impresionar, niñera Ellie —dijo negando con la cabeza.

—Difícil no, simplemente no me afectan las tretas obvias.

—¿En serio? —preguntó con una sombra de desafío en los ojos—. La otra noche no parecíais pensar lo mismo.

Ellie se esforzó por mantener una calma en la voz que traicionaba la repentina alteración de su pulso.

—Aquello fue un error —dijo midiendo las palabras.

—¿Así es como lo llamáis? —respondió con un sarcasmo retador.

Su arrogancia era irritante. Para él no era más que una pobre niñera poco agradecida que tenía que sentirse agradecida por la momentánea atención que un hombre como él le había ofrecido. Jamás le permitiría saber hasta qué punto la había afectado aquello. Cómo incluso ahora, viendo bajo el sol su dulce boca torcida en una mueca burlona, lo único en que podía pensar era en el efecto increíble que habían tenido aquellos labios sobre los suyos. Y aquella debilidad resultaba humillante.

Él estaba seguro de sí mismo. Pues bien, también ella estaba segura de sí misma y no pensaba caer en su trampa. Hizo acopio de su expresión más indiferente y relajada.

—Ambos sabemos que aquello no fue nada, el resultado natural de la cercanía, lo avanzado de la noche y el calor que hacía en la habitación. Podríais haber sido cualquiera.

Erik se detuvo y la agarró por el brazo con una cara que no mostraba emoción alguna, salvo por la apenas perceptible tensión en los labios.

—Es un gran alivio que os toméis la situación con tal madurez.

La brusquedad con que dijo esto hizo que la sangre de Ellie bullera en su interior.

—Somos dos adultos. No tenéis que preocuparos de que me encariñe. Difícilmente podría caer

presa de un hombre como vos —añadió riendo nerviosamente.

El gesto de él se torció y su mirada la atravesó con aquellos ojos azules.

—¿Es verdad eso? —dijo con una pausa que volvía peligrosas sus palabras.

«Jamás desafíes al diablo.» Se percató al punto de su error e intentó matizarlo haciéndole saber que no intentaba desafiarlo. Solo lo había dicho por razones prácticas, pero él lo había tomado como una crítica.

—Lo único que quiero decir es que somos muy diferentes. No hay más que vernos. —Aquellas diferencias estaban a la vista—. Estoy segura de que no soy el tipo de mujer al que acostumbráis besar.

—¿Tan bien creéis conocerme?

—Conozco a los de vuestro tipo. Personas despreocupadas, encantadoras, inalterables. Las mujeres os aman y vos les devolvéis ese amor. A todas ellas. La vida es para vos una broma privada y jamás tomáis nada en serio.

—Os equivocáis —dijo en un tono sombrío—. Hay cosas que me tomo muy en serio.

El corazón empezó a latirle más rápido al ver cómo la miraba. Como si estuviera dispuesto a mostrarle lo que quería decir y no fuera a quedarse en un simple beso. Bajo esa luz, era un hombre mucho más peligroso. Intenso. Furioso. De una virilidad brutal. Su corazón se acongojó de una extraña manera mientras permanecía allí inmóvil, consciente de que debería dar un paso atrás, pero incapaz de hacer que sus pies se movieran.

—¿Sabéis qué es lo que creo, Ellie? Creo que ese beso os gustó y mucho. Creo que queríais más. Mucho más. Creo que por una vez queríais dejaros llevar y vivir la vida. Creo que habéis sido responsable durante tanto tiempo y os habéis privado tanto de cualquier tipo de sentimiento que habéis olvidado lo que es divertirse.

Ellie trago saliva viendo cuánto había acertado en su descripción. ¿Acaso era tan transparente? Sintió arder sus ojos de rabia.

—¿Así que creéis que soy una virgen reseca a la que no le vendría mal un poco de excitación y decidisteis compadeceros de mí?

Los ojos de Halcón se encendieron. Dio un paso más al frente, y el calor que emanaba su cuerpo inundó el de Ellie.

—Compasión no fue en absoluto lo que sentí.

La tierra se desmoronó a sus pies. Lujuria. A eso era a lo que se refería, y darse cuenta de ello hizo que el hormigueo que ya sentía en todas sus terminaciones nerviosas se convirtiera en un calor exasperante. Pensar que él pudiera sentir lujuria por una mujer como ella era algo inexplicable. Ese tipo de hombres no solía molestarse en mirarla dos veces. Intentó ignorar su cercanía, pero su alto y musculoso cuerpo se cernía sobre ella ante la brillante luz del sol y la envolvía con su fiera esencia masculina. Erik le puso una mano en la cintura y Ellie sintió como si la marcaran. Como si fuera suya.

Su corazón latía contra sus costillas. Dios, iba a besarla otra vez. Por un temerario momento, hasta que la prudencia y el sentido de supervivencia tomaron las riendas, quiso que lo hiciera. Pero no podía permitir que el percibiera la intensidad con que su cuerpo reaccionaba ante él. Solo serviría para que lo usara en su contra. No pensaba convertirse en su juguete. En un desafío. Una mujer más de las que caía rendida a sus pies. Una más en la larga lista de conquistas de un asaltante vikingo. A pesar de que cada uno de sus instintos le pidiera a gritos que se rindiera, se obligó a sí misma a permanecer valerosamente ante él, sin dar señal alguna de lo que la afectaba aquello, del trepidar que su presencia provocaba en su cuerpo.

—No necesito que me digáis cómo vivir mi vida. ¿Quién sois vos para juzgarme? Un hombre que enseña su sonrisa y hace que todo se vuelva una broma para evitar tener ningún compromiso verdadero con nadie.

Ahora la expresión del rastro de él era tan seria que se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

—No sabéis de lo que habláis.

Sin embargo, sí lo sabía. Había estado rodeada de perfección durante toda su vida y sabía lo destructivo que resultaba enamorarse de ella.

—Todo es fácil para vos. Le caéis bien a la gente sin necesidad de esforzaros. ¿Por qué habrías de caerles mal? Sois guapo, ingenioso, encantador, irresistiblemente apuesto. Todo os viene dado de tal forma que jamás tenéis que trabajar para llegar a algo más profundo.

—¿Y quién dice que necesite algo más profundo? Tal vez sea feliz tal como estoy.

Ellie alzó la vista para encontrarse con su mirada e hizo una mueca con la boca, la triste emulación de una sonrisa.

—A eso es exactamente a lo que me refiero.

No era el tipo de hombre que pudiera robarle el corazón. Ella necesitaba una conexión más profunda. Él no se tomaba nada en serio, en tanto que ella era todo lo contrario. Puede que se sintiera atraída por él, pero aquellas mismas cosas que la provocaban, como la excitación, su espíritu indomable y bravío, resultaban peligrosas para ella. Ese hombre le rompería el corazón en cuanto tuviera ocasión de hacerlo.

Erik era absolutamente feliz tal como estaba. No necesitaba que le diera lecciones ninguna niñera estirada de grandes ojos color avellana y boca sabelotodo, que además resultaba tener una de las bocas más lujuriosas y deseables que era capaz de recordar. ¿Acaso era culpa suya caerle bien a la gente? ¿Por qué tenía que tomárselo todo tan en serio? ¿Acaso no podía relajarse y disfrutar un poco? No se explicaba por qué estaba tan enojado. «Difícilmente podría caer presa de un hombre como vos.» Así es como había comenzado. Debería estar agradecido de que no creyera estar enamorada de él. Pero había algo en la forma en que lo dijo, como si fuera algo natural, que lo hacía sentirse vacío. Como si le hubiera medido con una vara de niñeras invisible y el resultado se hubiera quedado corto. Aquello era algo absurdo, absolutamente ridículo, de locos. Jamás se había quedado corto de nada en la vida.

¿Y por qué diablos tenía que mostrarse tan sensata en todo ello? Era a él a quien le correspondía ser razonable: «no fue nada serio», «es algo natural», aquellas frases le tocaba decirlas a él. Quien tenía que hacer que la otra persona no sufriera, hacer que la caída no fuera tan dura, no era ella, sino él.

Sus ojos miraron con astucia la forma en que latía su delicado pulso bajo el cuello. Quizá no fuera tan impasible como se esforzaba por mostrar. Tal vez no lo fuera en absoluto. Sentía la tentación de comprobarlo. Era una tentación enorme. Sentía un perverso deseo de empujar y empujar contra la resistencia que mostraba hasta que se quebrara y diera paso a la curiosa y aventurera mujer que percibía enterrada bajo aquella máscara imperiosa. De probar que ella no era diferente a las demás.

Pero no estaba seguro de querer descubrir hacia dónde conduciría, o tal vez fuera porque sabía perfectamente a dónde los llevaría. A encontrarse con ella bajo su cuerpo. O conociendo a Ellie, tal vez fuera ella sobre su cuerpo.

¡Ah, diablos! No podía parar de moverse debido al nerviosismo. Esos pequeños pechos turgentes. Sus manos rodeando esa cinturita esbelta. Esos largos cabellos negros balanceándose sobre sus hombros mientras ella cabalgaba sobre su cuerpo y quizá intentaba quitarle la iniciativa. Una vez

hecha la imagen, era difícil apartarla de su cabeza. Pero aquello jamás funcionaría. Le gustaban las mujeres que no reclamaban nada, y Ellie, con aquellos penetrantes ojos y sus inquisitivas preguntas, exigiría mucho más de lo que podría darle. Por todos los diablos, le gustaba que su vida fuera tal y como estaba.

Retiró el brazo de su cadera y retrocedió un paso.

—Nos marcharemos al final de la semana.

Estuviera Randolph recuperado o no, tendrían que encontrarse con los MacQuillan el día trece. Ellie se quedó mirándolo durante largo rato y él habría pasado un mes entero sin fornicar, o por lo menos varios días más, por saber lo que pensaba. ¿Estaría decepcionada por no haberla besado? ¿O era él quien se sentía decepcionado por ella? Tras una pausa incómoda, Ellie le preguntó:

—¿Adónde me llevaréis?

Sabía por qué se lo preguntaba, pero no estaba en disposición de poder llevarla a casa. Aún no.

—Venid —dijo conduciéndola por un sendero—. Ya no está muy lejos.

Caminaron unos quince minutos más hasta que la brisa se agudizó trayendo el olor del mar y ante ellos apareció el lugar al que se dirigían. No sabía si Ellie se habría percatado de que acababan de atravesar la pequeña isla, que apenas medía dos kilómetros de norte a sur y algo más de este a oeste.

Ellie vio la inmensa formación de rocas en forma de arco al pie del acantilado y se volvió hacia él con cierta excitación.

—¿Es allí adónde vamos?

—Sí —respondió con una sonrisa entusiasta.

Aquel arco era algo más que una magnífica vista, también proveía una visión inmejorable de las rutas marítimas al sur y al oeste, desde donde podría comprobar la posición de los ingleses. Era en un lugar cerca de ese punto donde el galeón inglés había anclado días atrás.

—¿Puedo montarme encima? —preguntó.

Tal vez Ellie le influyera de algún modo, porque solo se vio tentado a medias de contraatacar con un comentario jocoso.

—Si os creéis capaz de hacerlo... Es más peligroso de lo que parece desde aquí.

Ellie le dirigió una mirada de descrédito y salió prácticamente corriendo hacia el borde del acantilado. A Halcón el corazón estuvo a punto de parársele en varias ocasiones, pero lo cierto es que llegó hasta lo más alto con una sorprendente facilidad.

—¡Es precioso! —dijo dirigiéndose hacia él con una mirada de puro júbilo en el rostro.

Y entonces el corazón de Erik sí se detuvo.

Era ella quien estaba preciosa. Radiante. Sus rasgos no habían cambiado, pero algo en ella era diferente. Era como si la viera por primera vez. Toda ella. No solo la suma de sus rasgos o el tamaño de sus pechos, sino algo completamente diferente. Algo real. Algo importante. Puede que Ellie fuera mandona, exigente y demasiado seria, pero también era una joven muchacha generosa, inteligente y sensible que había sido apartada de su familia de una manera muy poco apropiada. Una persona que había resistido las difíciles circunstancias con una flexibilidad prodigiosa. Una persona que no había llorado ni se había quejado, sino que aceptaba su situación con una resolución y determinación sosegadas. Y alguien que parecía no tener problema alguno en enmendarle la plana como si se tratara de un colegial travieso. Diablos, la admiraba tanto como lo exasperaba.

—¿Debo suponer que habéis hecho esto más de una vez? —dijo alejándose de la incómoda dirección que tomaban sus pensamientos.

—Hace mucho tiempo —respondió ella con una sonrisa.

Apostaba a que no sería tanto. Aún podía reconocer a la niña que fue en sus sonrosadas mejillas y en el brillo de sus ojos. Lo miró de soslayo.

—Os reiréis de mí, pero de niña mi única ambición era recorrer todas las islas que hubiera entre Irlanda y Noruega.

—No me parece algo digno de risa —dijo tras tomarse su tiempo para admirarla.

Comprendía aquel ímpetu perfectamente. Demasiado. Eran más parecidos de lo que quería reconocer. Ella tenía un espíritu aventurero. También él sentía la excitación de conocer nuevos lugares, de ver nuevas cosas, de ensanchar el estrecho mundo en el que vivía. De subir a una roca y permanecer así, como si estuviera en los confines del mundo, y preguntarse por las personas que habían estado allí antes que él. Tuvo que mirar hacia otro lado. No le gustaban las extrañas sensaciones que llenaban su estómago.

Poco después estaban ambos en lo más alto del arco natural, contemplando el inmenso espacio azul que se extendía ante ellos.

—Qué tranquilo está todo —susurró Ellie.

Una ráfaga de viento tiraba de un mechón de su pelo y hacía que se le pegara a la cara, hasta que ella se lo escondió detrás de la oreja.

Tenía toda la razón. Las rutas estaban sorprendentemente despejadas salvo por varios botes de pesca. Erik se preguntó si los ingleses se habrían dado ya por vencidos.

Un momento después apareció por el sur un punto blanco de una vela en la distancia que contestaba a su pregunta. Y no estaban en posición de reposo como se hallaban normalmente, sino acechando de manera activa. Al parecer, los había enojado más de lo que creía. Ellie no se percató porque tenía la mirada fija en el oeste. Señaló hacia la lejanía.

—¿Es aquello...?

Erik percibió cómo el tono de su voz cambiaba con la emoción. La miró y asintió con la cabeza.

—Sí, es la costa de Antrim.

Irlanda. Su casa.

—Tan cerca —dijo con nostalgia.

No debió mirarla. Su angelical carita se vio bañada con una tristeza tan intensa que le entraron ganas de tomarla en sus brazos de inmediato y hacer lo que fuera necesario para que se borrara.

—¿Echáis de menos a vuestra familia? —se sorprendió a sí mismo preguntando.

—Creen que he muerto —dijo con la barbilla trémula. Halcón sintió tal congoja que el pecho le ardía—. Ya han sufrido demasiado últimamente.

—¿Vuestra madre?

Asintió, intentando reprimir las lágrimas.

—Y mi hermano mayor.

Maldita sea, Ellie no se había percatado de eso.

Erik tomó una decisión. No podía hacer nada por cambiar las circunstancias, al menos hasta que se librara el ataque, pero podía aliviar algo su tristeza y preocupación. De todos modos tendría que volver a Dunaverty esa misma noche. No pasaría nada.

—¿Qué os parece si me encargo de enviarles un mensaje diciendo que estáis a salvo?

Ellie sorbió sus lágrimas y lo miró incrédula con sus ojos grandes y escrutadores.

—¿Habláis en serio?

Halcón asintió de manera solemne.

—Con una condición.

La mirada de Ellie se llenó de preocupación y él se preguntó que estaría pasando por su cabeza.

—¿Qué condición?

—Que intentéis disfrutar durante el tiempo que os quede en la isla.

—No podría —dijo ella aterrorizada. Erik puso una cara escéptica por toda respuesta. Ellie juntó sus cejas hasta convertirlas en una delicada uve—. ¿Y por qué habría de importaros? —preguntó.

No lo sabía. Simplemente era así. Quería verla sonreír. Quería verla feliz.

—Es por vuestro propio bien, no por el mío. Así que, ¿trato hecho?

Ellie ladeó la cabeza. Lo observaba con tal intensidad que parecía querer mirar a través de él. Tuvo que resistir la inexplicable necesidad que sentía de revolverse. No estaba acostumbrado a que lo miraran de esa forma, más allá de la superficie. Pero debió de gustarle lo que vio en él porque una ancha sonrisa iluminó su rostro.

—¿Cuándo podréis enviarlo?

—¿Bastará con hacerlo esta noche? —dijo devolviéndole la sonrisa.

Aquello debió de superar las expectativas que se había hecho porque de repente lo rodeó con sus brazos.

—Gracias —susurró contra la piel de su *cotun*.

Erik habría jurado que podía sentir el suave contacto de su respiración en su propia piel, expandiéndose a través de todo su ser con un cálido resplandor. Al mirar a aquella diminuta mujer que se arrebujaba contra él, esa cabeza satinada que brillaba como la caoba a la luz del sol, el largo batir de sus oscuras pestañas acariciando las aterciopeladas mejillas que se apretaban contra su pecho, algo se removió en su interior. Una tremenda ola de protección fue creciendo dentro de él.

—No hay de qué —dijo mientras pasaba sus brazos por su esbelto talle con un sentimiento que solo podía ser descrito como contención.

Era algo extraño, pero por más mujeres que había abrazado de esa misma forma a lo largo de su vida, con ninguna de ellas se había sentido igual.

LA primera sacudida siempre era la peor. La aguda explosión de frío lo obligaba a contraer los pulmones involuntariamente y hacía que su cuerpo se viera privado de cualquier sensación. Entonces el frío penetraba en sus huesos de manera sobrecogedora y tras esto sentía un letargo que nublaba su mente y con el que parecía que todos sus órganos funcionaran a cámara lenta.

Aquellos primeros segundos posteriores a la zambullida en el mar de invierno eran algo a lo que Erik jamás pudo acostumbrarse. No había modo de preparación ni cantidad de grasa de foca alguna que pudiera remediar eso. Pero una vez que la conmoción se amortiguaba y empezaba a nadar, su cabeza se ponía al mando y olvidaba por completo la temperatura. Se centraba en la brazada, en mantener una respiración constante y en la misión que tenía que cumplir. No había muchas personas dispuestas a nadar en mar abierto a través de las traicioneras corrientes en lo más crudo de la noche a temperaturas que dejarían a la mayoría de los hombres inconscientes en menos de una hora. Pero afortunadamente para Bruce, Erik no formaba parte de esa mayoría.

Fueron sus habilidades, tanto navegando por los mares como buceando a través de ellos, las que habían llamado la atención de Bruce desde el principio. La Guardia de los Highlanders había sido organizada precisamente para ese tipo de acciones bajo condiciones extremas que parecían imposibles de llevar a cabo. Bruce había elegido él mismo a los mejores guerreros de cada disciplina individual y los había unido para que formaran una sola fuerza de combate de élite, una idea que parecía simple a primera vista, pero que en realidad era revolucionaria. Nunca antes miembros de diferentes clanes habían sido reunidos en una sola guardia, no unidos por lazos de sangre, sino por un propósito común: liberar a Escocia de la tiranía de los ingleses y restaurar la corona de Bruce, un hombre digno de portar el título de rey.

La guardia le había dado a Erik un propósito en la vida, una razón de ser, que jamás antes se le había revelado. Sabía que lo que hacían era de una importancia capital: sería recordado a lo largo de los años. Siempre que su empresa resultara exitosa. Erik no se engañaba a sí mismo. La situación de Bruce era funesta. Eduardo de Inglaterra quería sangre. Que Bruce recuperara su reino no era solo una cuestión de planificación seria y guerreros fieros, sino de suerte. Algo que a Erik jamás le había faltado.

En cuanto abandonó el refugio de la bahía y entró en aguas abiertas, la corriente se intensificó y las olas se hicieron más grandes, con lo que necesitaba más energía y concentración. Se guiaba por la luz de la luna que rielaba sobre el oscuro mar, agradecido de que los cielos estuvieran relativamente despejados. Pero sabía que en invierno aquello era una variable que podía cambiar en cualquier momento. Uno de los dichos preferidos de la gente de las islas era: «Si no te gusta el tiempo, espera un minuto y verás». Por fortuna para él, los días anteriores no había llovido, y ese día todo parecía indicar que seguiría igual.

Dios, le encantaba nadar en la oscuridad. Qué paz. Qué soledad. Qué desafío enfrentarse a la naturaleza en toda su omnipotente majestad. Aquello de arriesgarse hasta el límite y después sentir la euforia que recorría sus venas cuando conseguía su propósito era algo sin igual.

Una hora más tarde, Erik contemplaba ya la amenazante sombra del inmenso castillo de Dunaverty. Apostado sobre una roca, con un parecido significativo respecto al de Dunluce, situado en un promontorio en la punta sur de Kintyre, aquel castillo estratégicamente ubicado había sido el emplazamiento de antiguos fuertes desde tiempos inmemoriales. En su día plaza fuerte de sus ancestros noruegos, el castillo había pasado a manos de su primo Angus Og de manos de su tatarabuelo Somerled, el poderoso rey de las islas, que obsequiaba al clan de Erik con su propio nombre: MacSorley, los hijos de Somerled. Seguramente la pequeña niñera encontraría apropiado que Somerled significara «viajero del estío», una referencia implícita a «hacer de vikingo».

El largo periplo a nado y el agua fría habían acabado con sus fuerzas, pero, a medida que Erik se acercaba, su sangre bullía con nuevos arrebatos de energía. El verdadero peligro estaba aún por llegar. Se encontraba ya ante las rejas que comunicaban el castillo con el mar. Al igual que la última vez, iba cubierto con grasa de foca de la cabeza a los pies. No solo lo ayudaba a aislarse del frío, sino que servía para camuflarse en la noche, así que del mismo modo que lo hizo la vez anterior, debería servirle para pasar bajo las rejas sin ser visto. Aquella verja había sido concebida para que no entraran barcos, pero no preveía la entrada de un hombre a nado. Los ingleses habían necesitado meses de asedio para atravesar los muros del castillo. Él necesitaría menos de un minuto. Inspiró profundamente y se sumergió en la oscuridad sepulcral. La profundidad del agua apenas rebasaba los diez pies en ese punto, así que bastaron unos segundos para que llegara hasta el fondo rocoso. Usando este como guía, se deslizó por el lecho marino hasta que supo que había atravesado las barras. Entonces salió a la superficie, cuidándose de no emitir ruido alguno. Al abrir los ojos, se encontró ante la luz de las antorchas de una cámara de piedra con apariencia cavernosa en los mismos entresijos del castillo de Dunaverty. Estaba dentro.

Pero no solo.

Erik se quedó completamente quieto y dejó de respirar al advertir al solitario guarda que hacía la ronda junto a la verja. Pero la suerte seguía de su lado. El inglés apenas miró a la superficie del agua. ¿Por qué iba a hacerlo? La verja estaba echada. A no ser que hubiera barcos capaces de sumergirse bajo el agua, el guardia no tenía nada que temer. Al menos eso fue lo que Erik pensó. Sonrió ante tan absurda ocurrencia.

Esperó a que la lumbre del guarda se desvaneciera en la distancia antes de elevar su cuerpo del agua apoyándose en la plataforma de piedra que servía como muelle.

La ráfaga de aire frío se sentía como si fueran cascotes de hielo que atravesaban su piel. Estuvo a punto de usar el «asesinato silencioso», que su primo Víbora, Lachlan MacRuairi, había perfeccionado: una daga clavada en la espalda atravesando los pulmones; solo por conseguir algo de ropa. Pero Erik sabía que era mejor que sus idas y venidas pasaran inadvertidas. Bruce quería que la Guardia de los Highlanders operase desde las sombras, no solo para que costara más detectarla, sino para que creciera el miedo que infundía en los corazones del enemigo. Así pues, desnudo a excepción de la grasa negra que bañaba su cuerpo y la daga que llevaba a la cintura, Erik subió la escalinata, atravesó el lóbrego túnel y bajó hacia las bóvedas inferiores del castillo. Se dirigió hacia las cocinas, manteniendo el cuerpo pegado a la pared, oculto entre las sombras. Al igual que en la anterior ocasión, nadie se cruzó en su camino.

El incremento gradual del calor, que su cuerpo trémulo sentía con fruición, le advertía de que estaba cerca de su destino. En cuanto pasó bajo el arco de piedra que daba entrada a las cocinas, sintió la bienvenida ola de calor de sus fogones, que permanecían encendidos día y noche. Rebuscando entre los claros y oscuros de la habitación, sintió el alivio de ver la silueta de un hombre que dormía ante el

fuego enrollado en su manta escocesa.

Seamus MacDonald era uno de los mejores cocineros de las Highlands. Angus Og se mostraba reacio a verse privado de sus habilidades, pero comprendía que sería de mejor uso como cocinero de los ingleses. Casi la totalidad de la servidumbre del castillo estaba constituida por hombres de su primo. Los ingleses llevaban consigo multitud de soldados y armas, pero hacían uso de los locales como mano de obra. Sus arrogantes caballeros, acostumbrados al feudalismo, no creían que los vasallos constituyeran un peligro, incapaces de comprender que la mayoría de las posiciones en la servidumbre de las Highlands eran un signo de prestigio.

—Seamus —susurró golpeando ligeramente al hombre con un pie.

Consciente del peligro de despertar a un highlander, se apartó, lo cual resultó ser una buena idea, cuando el viejo saltó de su asiento daga en mano como si fuera un muchacho de veinte años.

—Creí que me estaríais esperando —dijo Erik desde la oscuridad con una sonrisa en el rostro.

El cocinero cascarrabias, algo que según la experiencia de Erik iba siempre unido, lo miró con cara de desagrado.

—¿Y por qué creéis que duermo aquí en lugar de en mi cómoda cama? —Su mirada se paseó por el cuerpo y los cabellos ennegrecidos de Erik—. ¡Por los clavos de Cristo! Parece que hayáis salido de una ciénaga. Tapaos antes de que matéis a alguien con esa cosa —dijo lanzándole una manta.

Erik sonrió. Tal y como dijo antes, la vida había sido generosa con él en todos los aspectos.

—A las muchachas no parece importarles.

El viejo se echó a reír.

—¿Qué necesitáis esta vez?

Seamus nunca había sido dado a las cortesías.

—¿Tenemos noticias de nuestro amigo?

—Aún no —dijo el cocinero negando con la cabeza.

—Pero ¿pudistéis hacer llegar el mensaje?

—Mi hombre partió al día siguiente. De haber sucedido algo, ya lo sabría.

Erik asintió. Habría preferido que le confirmaran que su mensaje había llegado, pero tendría que conformarse con aquello por el momento.

—¿Tendré que dormir más noches en el suelo? —preguntó Seamus.

—Tal vez alguna más. Espero poder volver una vez más antes de que partamos.

—Tened cuidado, muchacho. Los ingleses buscan a nuestro amigo, pero también os buscan a vos. Le han puesto un precio de doscientos marcos a vuestra cabeza.

—¿Nada más? —dijo Erik con decepción fingida.

Seamus no hizo tan siquiera el gesto de reír. Era una fortuna. No tanto como los trescientos que ofrecían por Wallace, pero más de lo que habían ofrecido por cualquier hombre, a excepción de Bruce.

—No es para tomárselo a risa, muchacho. Algo malo se traen entre manos.

—Os preocupáis demasiado, viejo —dijo. Pero después, al ver la cara de preocupación de su amigo, suspiró—. Prometo que tendré cuidado. Creedme, tengo tantas ganas como vos de ver los interiores de una mazmorra inglesa. Mientras esperamos a que esto suceda, tengo otra cosa que pedir —continuó tras una breve pausa.

—¿Un mensaje?

—Sí. Pero en esta ocasión a Irlanda. ¿Tenéis a alguien allí?

Las cejas de Seamus se fruncieron tanto que parecían dos orugas grises peludas. Se mesó su larga e

hirsuta barba.

—Sí. ¿Qué necesitáis?

—Contactar con alguien del servicio de Ulster.

—¿Es de nuestro amigo?

Erik negó con la cabeza, sin sorprenderse de que Seamus pensara que se trataba de un mensaje de Bruce para alguno de los familiares de su esposa.

—Es una larga historia, pero necesito que se le diga al mayordomo del conde que Ellie, la niñera, está a salvo y será devuelta pronto a su hogar.

Erik notó que el otro hombre sentía curiosidad, pero sabía que no convenía hacer preguntas. De repente el viejo se quedó circunspecto.

—¿Qué pasa? —dijo Erik.

—¿No podría ser que la muchacha tuviera algo que ver en el inusual fervor de los ingleses en su rastreo?

Erik consideró la pregunta y lo descartó rápidamente. Incluso en el caso de que hubieran conectado a la niñera desaparecida con la mujer que había pedido ayuda desde el agua, no era probable que los ingleses se tomaran tanto interés por una muchacha irlandesa de tan poca importancia.

—No —dijo negándolo con la cabeza—. Es a mí a quien buscan.

—Casi no me puedo imaginar lo que hicisteis para irritarlos hasta tal punto.

Erik sonrió por toda respuesta.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Un día, dos a lo sumo —dijo Seamus encogiéndose de hombros.

—Bien —dijo dándole un golpecito en la espalda—. Dormid un poco, viejo. Volveré dentro de unos días si me es posible. —Desenrolló la manta que tenía sobre los hombros y se la dio—. Es mejor que os llevéis esto.

Tendría que deshacerse de ella antes de meterse en el agua. No era necesario estropear una buena manta solo por estar caliente un momento más. Seamus lo miró de arriba abajo y meneó la cabeza.

—Casi me matáis del susto cuando os he visto. Creía que el diablo había mandado a uno de sus esbirros a por mí.

—Todavía no, viejo —dijo Erik riendo—. Todavía os quedan unos cuantos años que expiar por vuestros últimos sesenta años de calavera.

—¿Sesenta? —dijo Seamus resoplando—. Todavía tengo cuarenta y nueve, capullo.

Erik rió con ganas y se marchó de allí. Estaba a medio camino del túnel cuando sintió la primera comezón de intranquilidad, la primera sensación de que algo iba mal. Sabía que se acercaba alguien incluso antes de oír el sonido. Sacó la daga de su cinto, se detuvo junto a la pared y puso el oído. Un momento después, los murmullos de las lejanas voces le confirmaron lo que ya le habían advertido sus instintos. Pero en lugar de un solo guardia como esperaba, se encontró con al menos una decena de hombres que venían de la puerta marina. Probablemente había llegado un galeón. No podían ser más inoportunos.

Normalmente Erik no se pensaría dos veces abordar a una decena de hombres con una sola mano. Su adiestramiento era bueno. Estar desnudo y tener tan solo una daga por arma simplemente les daría alguna oportunidad de oponer resistencia. Pero, maldita sea, no podía hacerlo. A pesar de que cada centímetro de su piel se rebelara en contra de rehuir un desafío, no quería alertar a los ingleses de su presencia dejando una montaña de cuerpos esparcidos para constatarla. No, si podía evitarlo. Aquello

no solo cortarían los lazos de comunicación con Dunaverty, sino que también llamaría la atención indiscretamente sobre un área que estaba demasiado cerca de Arran a una semana del ataque planeado.

Consciente de que no podría pasar ante ellos en aquel angosto túnel, Erik comenzó a retroceder hacia la cocina, en cuyas bóvedas se escondería hasta que pasara el peligro. Al menos ese era el plan. No era malo, de no ser porque en cuanto se resguardó en la primera alacena, su primer barrido de la habitación no fue capaz de advertir al muchacho que debía de estar acurrucado entre los sacos y barriles de harina, cebada y avena. Estaba tan inmerso en intentar oír la conversación de los soldados que se acercaban que no percibió el movimiento tras él hasta que fue demasiado tarde.

Al dar media vuelta, vio que el chico abría la boca para gritar y arremetía contra él con un cuchillo desde la oscuridad. Erik reaccionó al momento y le puso una mano en la boca mientras lo inmovilizaba contra la pared con el antebrazo. Actuó con rapidez suficiente para ahogar el grito en su mayor parte, pero no lo suficiente para evitar que la hoja del cuchillo le rajara la barriga. Erik se estremeció al sentir aquel dolor penetrante y la humedad de la sangre que corría por su estómago, pero no hizo ningún ruido. Los ojos del chico se abrieron atemorizados al cruzarse con su mirada.

Erik no podía creerlo. Un muchacho que no tendría más de siete u ocho años, que probablemente estaba al cargo de espantar las ratas de la comida, no solo había conseguido saltar sobre él, sino que además se las había arreglado para herirlo. No quería ni pensar en lo cerca que había estado aquel cuchillo de castrarlo de por vida.

Erik agradeció como nunca que no estuvieran sus compañeros de la guardia a su lado para verlo, porque estarían riéndose de aquello de por vida. Especialmente Seton y MacGregor, que eran los que más sufrían sus pullas. Pero eso era culpa de ellos por ponérselo en bandeja. Seton por ser un maldito inglés y MacGregor por esa cara de niño bonito que tenía.

—¿Qué ha sido eso? —oyó decir a alguien tras la puerta.

Se quedó completamente inmóvil. El menor ruido provocaría el desastre. Mantuvo sus ojos en los del chico y negó con la cabeza, advirtiéndole en silencio que no hiciera ruido. Los ojos del chico se abrieron más si cabe. El pequeño estaba tan aterrorizado que no podía hacer más que mirar a Erik como si estuviera viendo a un fantasma.

«Alejaos», exhortó Erik a los soldados del túnel desde su silencio. Pero fue en vano. Un momento después oyó cómo una voz autoritaria ordenaba:

—Compruébalo, William.

Erik agarró al niño y se deslizó hasta detrás de la puerta sin hacer ruido alguno. Tenía la esperanza de que William no se lo tomara demasiado en serio.

La puerta se abrió. Contuvo la respiración y apretó al chico hasta casi asfixiarlo para evitar que hiciera ningún movimiento. Podía oír la respiración de William a través de los anchos paneles de madera de la puerta. Un momento más tarde una antorcha entraba en la sala y la llenaba con su luz. Todos sus músculos estaban en tensión y preparados para soltar al niño a la mínima y luchar. Una parte de él, aquella que no pensaba en las consecuencias de sus actos, esperaba que le dieran aquella excusa.

—Aquí no hay nada —dijo el soldado desde la puerta—. Habrá sido una rata.

La puerta se cerró poco después, pero Erik esperó a que el sonido de los pasos se extinguiera para dejar al chico en el suelo.

—Nada de gritar, muchacho —dijo en gaélico—. No quiero hacerte daño.

Apartó la mano con cuidado de la boca del chico, el cual se escabulló hasta el rincón más alejado de la habitación y se escondió tras un gran tonel.

—Os lo ruego, seré bueno. No me llevéis al infierno con vos —masculló con voz temblorosa—. Prometo atender a mi mamá.

El primer instinto de Erik fue calmar al aterrado chico. Pero luego recordó los comentarios de Seamus momentos antes y se percató de que los temores del niño podrían solucionar el problema de dejar testigos de su presencia en el lugar. Si el chico le contaba a cualquiera lo que había visto, pensarían que eran imaginaciones suyas. Tal vez muchos hombres no dudarían a la hora de matar al chico, pero Erik sabía distinguir la línea entre el asesinato de inocentes. Al igual que Ellie, aquel niño simplemente estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Sacó de su interior la voz más espeluznante que pudo para decir:

—Cierra los ojos, no te muevas y no hagas sonido alguno hasta llegue la mañana, o de lo contrario volveré. ¿Has entendido?

El chico no dijo nada, pero Erik tenía motivos para creer que asentía de manera frenética. Pensó en buscar algo para proteger su herida, pero sabía que caería cuando estuviera en el agua. Salió de la cámara, no sin antes comprobar con cautela que el camino estaba libre. Pero consciente de cómo se esparcían las historias sobre el ejército fantasma por toda la campiña, no pudo resistirse a hacerle al niño una última advertencia.

—Dile a los ingleses que dejen Escocia o pagarán un alto precio si no lo hacen. Vamos a por ellos.

Lo oyó resollar, lo cual le indicó que el chico debía de haber oído los rumores. Bruce sabía que el miedo podía ser un arma muy poderosa contra sus enemigos, de modo que había espoleado las historias acerca de un ejército fantasma de maleantes que tenía la intención de perseguir a cada uno de los ingleses que hubiera en Escocia.

Bastante seguro de que el chico no se movería de allí hasta el día siguiente, Erik no quiso arriesgar más y se apresuró a atravesar el túnel hacia el muelle, esta vez sin interrupciones. Se tapó la herida del estómago con la mano para controlar la hemorragia en lo que pudiera. Al detenerse para examinarla bajo la luz de la antorcha, sintió el alivio de comprobar que aunque sangraba bastante no parecía profunda. Sin embargo, el agua salada escocería como los infiernos. Al menos tenía la suerte de que en pocos segundos el agua fría lo dejaría tan entumecido que no podría sentirlo.

Esperaba con toda su alma que no hubiera muchos tiburones merodeando. Puede que la lucha libre con tiburones fuera uno de sus pasatiempos siendo niño, pero le había perdido el gusto después de que uno de ellos estuviera a punto de arrancarle una mano. No había nada que asustara a Erik, pero enfrentarse a un tiburón por la noche estaba muy cerca de conseguirlo.

Cuarenta minutos después, afortunadamente sin haber visto ningún tiburón, Erik salió del agua y se vio rodeado por sus hombres antes de llegar a la orilla de la playa. La larga travesía, además de la pérdida de sangre, lo habían debilitado casi hasta el punto de provocarle un desmayo. Pero lo había conseguido.

Cuando Domnall vio cómo brotaba sangre del cuerpo del capitán, se puso a alborotar como una vieja y quiso mandar a por Meg de inmediato, pero Erik no quería despertarla, a ninguna de las dos. Ellie necesitaba dormir. Se enfurruñaba como un oso furioso cuando la despertaban pronto. La herida podía esperar hasta la mañana siguiente. No obstante, estaba deseando contarle a Ellie que la misión había sido un éxito, casi total, aunque con aquel reciente descubrimiento sería demasiado arriesgado intentar volver a Dunaverty en breve. La chica necesitaba divertirse y él estaba dispuesto a enseñarle cómo.

Ellie estaba terminando su pastel, unas sobras de pan de centeno que Meg había rociado con azúcar

y metido en el horno por la noche hasta secarlo y convertirlo en un dulce delicioso y crujiente, cuando alguien llamó a la puerta. Pensando en que sería Halcón, la sorprendió encontrarse con Duncan. Le devolvió los buenos días y se volvió inmediatamente hacia Meg, que venía de llevarle la bandeja a Thomas.

—Meg, necesitamos que bajes al campamento para coser una herida cuando puedas —dijo con una sonrisa.

—Voy a por mis cosas —contestó ella devolviéndole la sonrisa.

—¿Tan temprano os hace ejercitaros el capitán? —preguntó Ellie. Ya habían llamado un par de veces a Meg para atender heridas sufridas en sus «entrenamientos».

Duncan sonrió. Como a casi todo el mundo, le encantaba provocarla con eso de que se levantara tan tarde.

—Ya es casi mediodía para la mayoría de nosotros, muchacha. Pero no, no estábamos ejercitándonos. Es el capitán.

Ellie saltó de la silla antes de darse cuenta de lo que hacía.

—¿Qué le ha pasado? —dijo con el pulso acelerado por el terror. La pasada noche dijo que le enviaría el mensaje a su familia. ¿Acaso había ocurrido algo? —¿Está herido?

Duncan la miró extrañado y entonces ella se dio cuenta de que había exagerado en su reacción. Intentó calmar su frenético pulso. «Pero ¿qué es lo que me pasa?».

—No, muchacha. Solo es un arañazo.

Ellie no podía ni imaginarse lo que significaría «solo es un arañazo» para guerreros tan duros como Halcón y sus hombres. Mientras seguía a Meg y a Duncan por el sendero que llevaba a la playa donde los hombres tenían el campamento, tenía visiones de miembros colgando y tripas saliéndose. Agradeció que ninguno hiciera comentarios acerca de que los acompañara. No estaba muy segura de poder explicarlo, salvo diciendo que quería comprobar por sí misma que estaba bien. Por lo único que le importaba era porque pudiera haberse hecho daño intentando hacerle un favor. Sin embargo, aquello no explicaba que sintiera latir su corazón como si alguien le pisara el pecho.

Había toda una muchedumbre alrededor del fuego al fondo de la cueva, pero todos se apartaron cuando vieron llegar a Meg, descubriendo al capitán, tendido en el suelo sobre una manta dispuesta encima de una roca plana.

A Ellie el mundo se le cayó encima. No porque su cara se viera tan pálida en contraste con las extensas manchas negras que cubrían su piel, ni por el enorme tajo que atravesaba su estómago en diagonal, sino porque no llevaba ni el *cotun*, ni vestidura, *leine* o cosa alguna para cubrir su torso. Aquel torso tan ancho, musculoso y desnudo. Llevó su mirada hasta la manta que lo cubría a partir de la zona baja de la cintura, y la boca se le quedó seca. O estaba muy confundida o el resto de su cuerpo también estaba desnudo.

«Dios Santo.» Las palmas de sus manos se pusieron a sudar y empezó a sentir un nudo en el estómago. Era un ejemplar magnífico. Musculoso pero delgado. El ancho escudo de su pecho estaba tan perfectamente cincelado como la pared de rocas que tenía tras de sí. Sus brazos recibían las formas redondas de los bloques de músculos. Su barriga, lisa y rajada, estaba cubierta por estrechas y rígidas líneas de acero. Si había un solo gramo de carne sobrante en ese cuerpo era imposible verlo.

Ellie debía de tener oculto ese instinto femenino primario en lo más profundo de su interior, dispuesto a activarse cuando se exhibía de manera abierta la fuerza física. No necesitaba que la protegieran, pero si alguna vez lo hacía, aquel sería el hombre que querría a su lado. Debía de ser extraordinario en el campo de batalla.

Los ojos de Erik se clavaron en los suyos. Ella le sostuvo la mirada. No la dejaban mirar a otro lado. Eran tan conscientes el uno del otro que no podría haber roto la corriente que fluía entre ambos por más que hubiera querido.

Algo ocurría, aunque no sabía de qué se trataba. Era como si por un momento todas las máscaras y pretensiones desaparecieran y se encontraran un hombre y una mujer cara a cara. No un pirata y su prisionera. No la divinidad dorada y la mujer que no era más que pasable. No el hombre que huía de la justicia y la hija del conde prometida a uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Por un momento pareció que nada de aquello importara.

Él nunca la había mirado antes con tanta intensidad. Ni con tanta seriedad. Ellie temía que pudiera adivinar sus pensamientos, su preocupación, su miedo, y su misma reacción femenina ante la desnudez de su cuerpo. Este no era un hombre al que nada importara. Se trataba de alguien con deseos profundos y fiera intensidad. Era un hombre al cual podría apreciar. Aquel pensamiento la conmovió y la aterró a un tiempo. Sintió como si tiraran de su pecho, y tuvo que obligarse a ir detrás de Meg para no ceder a la necesidad de correr hasta él y comprobar cómo estaba por ella misma.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Meg.

Erik dejó de mirarla finalmente y la máscara de afabilidad volvió a su lugar.

—Solo un problemilla con un cuchillo. No me parece que sea nada grave, pero Domnall ha insistido en que le echaras un vistazo. Yo le he dicho que a las chicas les gustan las cicatrices, pero ya sabes lo cabezota que se pone.

Domnall rezongó.

—No quiero arrastrar vuestro maldito cadáver por todas las islas. Eso es todo.

Erik rió y se volvió hacia Ellie, la cual estaba pálida.

—Que no os engañe toda esa fanfarronería, muchacha. No lo dice en serio. Estoy bien.

—¿Por qué no me dejáis que vea lo cerca que estáis de las puertas de la muerte? —dijo Meg.

Se arrodilló junto a él para examinar la herida, y Ellie se movió con ella para ponerse a su lado. El «arañazo» era un feo corte irregular de unos quince centímetros que corría por debajo de sus costillas hasta llegar a su costado derecho. Estaba cubierto de arena y de lo que parecía ser una grasa oscura. La misma grasa que había advertido en su pelo el otro día. Por las extensas manchas que tenía pensó que habría estado cubierto con ella de los pies a la cabeza, aunque se hubiera lavado o se le hubiera caído el resto. Esto le dijo que habría realizado alguna travesía a nado. Y lo había hecho antes. ¿Qué se llevaba entre manos? Una vez más le asaltó la sensación de que era algo más que un pirata.

Meg la miró de medio lado.

—Ellie, venid aquí y ayudadme con esto. —Sus ojos, movidos por el instinto de supervivencia, se abrieron de terror. Tocar su cuerpo era lo último que quería hacer. Se quedó paralizada—. ¿Ellie? —dijo de nuevo.

Se obligó a sí misma a arrodillarse junto a Meg, ya que todas las miradas estaban puestas en ella, incluida la de Halcón.

—¿Qué necesitáis que haga?

—Limpiad la herida lo mejor que podáis con este trapo, mientras yo enhebro la aguja. Y también necesitaré que agarréis la herida mientras la coso.

Ellie tragó saliva y asintió. Humedeció el trapo en el agua fría que Meg había trasladado a un pequeño cuenco desde el cántaro y se dispuso a limpiar el corte, con cuidado de no tocar su piel desnuda con los dedos mientras intentaba quitar de la herida la grasa negra y la arenilla del mar. Pero

era demasiado consciente de aquellos músculos prietos que había bajo ella y de que Erik la observaba. Era como si él también sintiera la tensión. Como si lo afectara tanto como a ella que tuviera sus manos sobre él. Desafortunadamente no podía demorar el contacto para siempre.

—Poned las manos aquí, Ellie —dijo Meg, enseñándole cómo tenía que ponerlas.

Ellie aspiró hondo y deslizó las manos a ambos lados de la herida, una descansando levemente sobre las costillas y la otra en la parte baja de la cadera. Juraría que pudo sentir cómo surgía una chispa por la corriente de calor que manaba bajo sus manos. Halcón se sobresaltó por el contacto y Ellie retiró las manos.

—Lo siento. ¿Os he hecho daño?

Empezó a negar con la cabeza, pero luego dijo:

—Sí, escuece un poco más de lo que pensaba.

Las cejas de Ellie se fruncieron un tanto.

—Intentaré tener más cuidado.

Volvió a tocarlo y, aunque esta vez no se sobresaltó, ella sabía que le estaba causando cierto dolor. Tenía la boca en tensión y todos los músculos de su cuerpo parecían agarrotados. Pero aquello daba la impresión de producir el efecto contrario en ella. Podía sentir el calor y la energía bajo las manos y se moría por cubrirle el cuerpo de caricias, por comprobar la fuerza que brotaba bajo las puntas de sus dedos, acariciar las rígidas bandas de músculos que delineaban su estómago, por meter sus dedos bajo el borde de la manta.

Halcón emitió un ruido sordo de dolor desde lo más profundo de la garganta y se retorció, sintiéndose incómodo, como si supiera lo que ella estaba pensando. Pero entonces Meg dio un fuerte tirón del hilo al sacar la aguja de la piel y Ellie comprendió que su tarea había acabado.

—Gracias, Ellie —dijo Meg tras un momento. Miraba a Halcón con una cara extraña—. Creo que a partir de aquí podré arreglármelas yo sola.

Ellie apartó las manos reprimiendo un suspiro de alivio y las colocó con rapidez sobre su regazo. El capitán también pareció relajarse.

—¿Cómo os ha ocurrido? —dijo en un intento de romper aquel incómodo silencio.

—No, muchacha. No le preguntéis eso —protestó Domnall.

Halcón lo fulminó con la mirada como reproche y procedió a contar una larga y dramática historia según la cual había salido a tomar un baño nocturno cuando se encontró con un contingente de los peores rufianes ingleses que había visto en su vida, todos con armaduras y armados hasta los dientes, por supuesto, que acosaban a un galeón lleno de monjas y huérfanos en dirección a la sagrada isla de Iona. Difícil era que él ignorara tal bellaquería, claro, pensó ella, pues, como todos sabían, los piratas eran conocidos por su adhesión a la justicia, así que saltó al abordaje para ayudarlos, derrotando a todos los rufianes solo con una daga. Pero ¡ay!, había salido al rescate de un niño que un inglés quería arrojar por la borda. Llegó a tiempo de salvar al niño, pero uno de los rufianes se las arregló para asestarle un golpe antes de que Halcón lo despachara.

Para cuando hubo acabado con la historia, Meg ya había terminado de coserlo y lo miraba con algo parecido al culto por el héroe en los ojos.

—Esa historia es extraordinaria —dijo Ellie. Huérfanos y además monjas. Tal vez demasiado, pero si había algo que a él no le faltaba eran modos de entretener—. ¿Hay algo cierto en ella?

Domnall se puso a toser para disimular su risa y Halcón lo miró con ganas de matarlo.

—La muchacha os ha pillado, capitán —dijo Domnall una vez pudo contenerse—. Jamás pensé

que llegaría el día.

—¿Y bien? —insistió Ellie. Halcón se encogió de hombros—. Ya lo imaginaba yo —dijo en un tono impertinente—. Si lo de la piratería os va mal, podríais convertirlos en bardo.

Erik rió sin atisbo alguno de arrepentimiento.

—Ha sido por los huérfanos, ¿verdad?

—Entre otras cosas. La cantidad de hombres también. No hay nadie que pueda derrotar a veinte hombres con solo una daga.

Domnall frunció el ceño.

—El capitán sí. —Ellie miró al hombre mayor esperando verlo sonreír, pero parecía hablar en serio—. Ya lo ha hecho otras veces.

—¿Es que no tienes trabajo que hacer, Domnall? —dijo Halcón con severidad—. Creía que tenías que reemplazar las jarcias.

Ellie apenas podía creerlo. El fanfarrón estaba avergonzado. Podía elaborar historias totalmente ridículas acerca de sus logros, pero cuando se contaba la verdad, se volvía súbitamente modesto. Era algo intrigante, inesperado..., encantador incluso. Mientras Ellie intentaba digerir el hecho de que fuera capaz de derrotar a veinte hombres él solo —¿cómo podía aquello ser posible?— Domnall y los demás salieron de la cueva. Meg paseó su mirada desde Erik hasta ella, con una interrogación. Incomodada por la observación de la otra mujer, Ellie dijo:

—Creo que debería volver a ver cómo sigue Thomas.

Meg negó con la cabeza.

—¿Por qué no os quedáis? Yo iré a ver cómo está Thomas. —Volvió la cara en dirección a Halcón, pero habló como si él no estuviera allí—. Aseguraos de que no se levante al menos en una hora, hasta que la salvia que acabo de poner en la sutura tenga tiempo de secarse.

Aquella sustancia pegajosa semejante al pegamento no se parecía a nada que ella hubiera visto antes, pero tal y como había comprobado con la sutura del brazo de Duncan, por lo visto, funcionaba a la perfección para cicatrizar las heridas.

—¿Una hora? —protestó—. Tengo cosas que hacer.

—Tendrán que esperar —dijo Meg con más firmeza de la que le había oído nunca antes. Tal vez no estuviera tan cegada por él como ella pensaba.

Meg se fue sin darle tiempo a pensar en ninguna razón que objetar. Al menos no estaban solos. Quedaban varios hombres merodeando por la parte trasera de la cueva. Ellie se sentó en una roca que había frente a él, en un intento de sentirse cómoda, algo que no era fácil con aquel impresionante torso dominando su campo de visión. ¿Quién habría podido suponer que los músculos eran algo tan... misterioso? Intentaba no mirarlos, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Alzó la vista para mirarle a la cara, pero sus ojos se encontraron con algo en la parte superior de su brazo. Parecía algún tipo de marca, pero con aquella grasa que lo cubría era difícil de identificar.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando esa parte del brazo.

El gesto de Halcón se torció de modo apenas perceptible.

—Nada —dijo cubriéndose los hombros con la manta—. Una vieja cicatriz.

Aquello no se parecía a ninguna cicatriz de las que ella hubiera visto en su vida. «Está ocultando algo.» Tal y como hacía ella misma, tuvo que recordarse. Pero de repente aquellos secretos se erigían como un muro. Por un momento se olvidó de que ese muro también servía para protegerla, y sintió la necesidad de derribarlo. De conocerlo realmente.

—Habrá sido un buen fuego —dijo. Erik la mir  con cara de sorpresa, pero Ellie lo desafió con la mirada para confirmarle que sabía que estaba mintiendo—. La tizne. La tenéis por todas partes. —Erik le sostuvo la mirada, pero no dijo nada. Probablemente para evitar mentir de nuevo—.  Vais a decirme lo que ha pasado en realidad? —preguntó en voz baja—.  C mo os han herido?

De nuevo no dijo nada, lo cual suponía que resultaba suficiente como respuesta. No quería confiar en ella. Esa tenue tregua a la que habían llegado era todo lo que podía esperar. No quería profundizar más. Ellie no tenía por qué sentirse tan decepcionada.

—Un niño de siete años se ha arrojado sobre mí.

—Ya —se burl  ella negando con la cabeza ante esa ridícula explicación. No era capaz de tomarse nada en serio—. Simplemente decidme:  ha sido a causa de lo que os pedí?

—No —dijo él categor icamente—. No tiene nada que ver con vos. Es un rasguño. Nada más, Ellie. Mi vida jamás ha corrido peligro.

Tenía el presentimiento de que le decía la verdad y sintió un alivio inexplicable por ello. Estaba confundida ante los extraños y divergentes sentimientos que le causaba, pero tenía clara una cosa: no quería que a Erik le pasara nada.

Su padre pondría su cabeza en una pica si conseguía atraparlo. Expuls  aquel terrible pensamiento de su mente. Jamás llegaría eso. Ella conseguiría protegerlo de algún modo.

— Est is seguro?

Erik sonrió.

—No os librar is de vuestra promesa tan fácilmente. Si no fuese por el ungüento de Meg, me encarg a de que la cumplierais ahora mismo.

El corazón le dio un vuelco.

— Significa eso que...?

—S , vuestro mensaje está en camino.

Ellie suspiró aliviada, como si se hubiera quitado una losa de encima. Su familia seguiría preocupada, pero al menos sabrían que estaba viva.

—Gracias —dijo con ojos llenos de calor.

—No me deis las gracias todavía, muchacha —repuso él con un brillo diabólico en los ojos. No era el t pico fulgor despreocupado que tan fácil le resultaba rechazar, sino algo malicioso, lleno de promesas—. Sois mía durante los próximos días.

«Mía.» Su corazón se acongoj  de una extraña manera. El modo en que dijo aquello hizo que sintiera una onda de calor y excitación recorriendo sus venas. «No significa nada», se dijo. No obstante, por primera vez en su vida, Ellie se preguntó si no habría tomado más de lo que podría gestionar.

Dios, le encantaba perturbarla. Erik echó un vistazo a sus suaves mejillas sonrosadas y sintió una ola de satisfacción plena. Era horrible de su parte disfrutar tanto incomod ndola, pero ella misma lo estaba atormentando desde hacía días, así que lo correcto parecía que no fuera el único torturado.

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero Ellie era incapaz de permanecer indiferente ante él. Había visto su cara cuando ella se apresuró a entrar en la cueva. Estaba preocupada por él y, cuando pos  su mirada sobre su pecho, sintió algo completamente diferente. Erik tenía mucha experiencia observando las miradas de las mujeres, pero no recordaba verse tan afectado físicamente por una como aquella. Tamb n había sentido entonces una profunda ola de satisfacción, pero en esta ocasión algo más abajo,

y mucho más rígida.

Pero aquella rigidez no tenía punto de comparación con la que sintió cuando ella le puso las manos encima. Erik frunció el ceño. Casi sintió cómo se salía de su propia piel. Tener las manos sobre su pecho, y después más abajo, en su barriga, con los dedos tan cerca de su verga, lo había hecho enloquecer de deseo. Se moría por cogerla y subirla encima de él. Tenía la certeza de que todos cuantos se encontraban allí, salvo Ellie, se habían percatado de su reacción. Pero también ella lo había notado. Que lo percibiera y que lanzara esas miradas de curiosidad hacia la parte baja de la manta no hacían sino aumentar su agonía. Aquel deseo que sentía por la pequeña niñera se hacía más y más difícil de ignorar y ahora que sabía que Ellie sentía lo mismo... Casi estaba llamado a reconsiderar su decisión de quedarse con ella los próximos días. Pero una vez cumplidos los ejercicios de entrenamiento de la jornada, no había mucho que hacer hasta que pudieran marcharse para reunirse con los McQuillan, y la muchacha se merecía un poco de diversión. Sería molesto, pero la lujuria no era algo imposible de controlar.

Ellie se levantó para remover las ascuas del fuego, más por hacer algo que porque fuera realmente necesario, según sospechaba él. Una vez hubo regresado a la roca frente a él en la que estaba sentada, ya había recuperado la compostura y también aquella mirada franca que rechazaba cualquier tontería a la que Erik era demasiado aficionado. Pensó que era cierto que le tenía cogido el truco. No le dejaba pasar ni una. Y aunque aquello debería molestarle, en realidad resultaba de lo más relajante tener a alguien que no esperara nada de él. Ellie no hablaba por hablar, ni intentaba seducirlo como era habitual, lo cual significaba que acababan charlando de todo tipo de cosas, de cosas personales. Si al menos no fuera tan observadora y entrometida... No podía creer que hubiera descubierto su tatuaje en el brazo. Era consciente de que sospechaba que él no era quien decía ser, pero no se hacía una idea de lo que pensaría si se percatara de que portaba el león rampante, el símbolo del reino de Escocia y la marca que llevaban tatuada en el brazo todos los miembros de la Guardia de los Highlanders. ¿Cuánto tardaría después de esto en sospechar que estaba implicado en la rebelión encabezada por Bruce? Apostaba a que no le costaría mucho.

Ellie clavó aquellos enormes ojos castaños jaspeados de verde sobre él y arqueó una ceja con delicadeza.

—¿Y siempre quisisteis ser pirata o lo de salvar monjas y huérfanos es una afición que habéis desarrollado hace poco?

Rió. Ya sabía él que no sería tan fácil disuadirla.

—Eso va en la sangre. ¿Recordáis?

—Sí, claro que lo recuerdo —dijo observando su gesto antes de volver a mirarle a los ojos—. Pero ¿por qué será que pienso que hay mucho más detrás de lo que me contáis? ¿Qué podría hacer que un hombre como vos se vuelva un proscrito?

«Un hombre como vos.» La fe que depositaba en él, independientemente de lo que le hubiera contado o no, era algo que le resultaba incómodo. Aquella mentira, que en principio carecía de importancia, ya no daba resultado. Parecía fuera de lugar. Pero era más seguro que ella ignorara sus relaciones con Bruce, no solo por la misión sino para mantenerla a salvo. La furia de Eduardo era implacable y no parecía importarle a quien aplastara en su camino. No podía decirle toda la verdad, pero supuso que no pasaría nada por contarle solo un poco.

—Las razones típicas, he de suponer. Robaron las tierras de mi clan. Hicimos lo que debíamos hacer.

Esperaba que ella discutiera aquella premisa inicial, pero lo único que hizo fue mirarlo de manera

pensativa.

—¿Cómo os las robaron?

Sabía que vadeaba tierras peligrosas, de modo que midió sus palabras.

—Mi padre murió cuando yo era joven. Uno de mis parientes pensó que podría sacarle provecho a eso. Hizo como que actuaba en mi nombre y reclamó las tierras para sí. —John de Lorn, aquella ave de rapiña bastarda de MacDougall, pensaba que podía controlar todas las islas, sin importar que las tierras fueran suyas o de otro—. Me habría matado de no ser porque otro de mis parientes me tomó a su servicio. Le debo todo a ese hombre.

Ellie lo miraba con tanta intensidad que Erik tuvo miedo de haber contado demasiado.

—Aunque os obligaran a llevar esta vida en un principio, debéis daros cuenta de que esto no puede continuar para siempre.

—¿A qué os referís?

Ellie le señaló la hendidura que tenía en el estómago.

—Me es difícil imaginar que los piratas vivan mucho tiempo. Uno de estos días vuestros perseguidores os atraparán.

Si supiera toda la verdad... Su situación era mucho más precaria todavía. Había bastantes posibilidades de que estuviera muerto en una semana. Estaban a punto de lanzar un ataque de varios cientos de hombres contra el total de las tropas del ejército más poderoso de la cristiandad. Incluso en el caso de que tuvieran éxito, no había garantía alguna de que se unieran más hombres a la bandera de Bruce; no lo habían hecho antes, cuando la posición de este era mucho más fuerte. Siguiendo cualquier tipo de estimación racional, Bruce y sus seguidores estaban condenados al fracaso. Pero Erik seguía confiando en que podían ganar. Lucharían con un estilo de combate que ni Eduardo ni ninguno de ellos habían visto jamás. Técnicas de combate highland. Técnicas de combate pirata. Eduardo no sabría desde donde lo atacaban.

—Soy muy bueno como pirata —dijo con un guiño.

Ellie emitió un sonido de exasperación, algo muy parecido a un bufido.

—No lo dudo. Pero seguramente querréis algo más en la vida que ir corriendo de isla en isla con poco más que una cueva y una o dos mujeres esperando en cada puerto.

Aquello sonaba perfecto para él, pero le daba la sensación de que estaba a punto de oír más razones por las cuales no lo era. Probablemente se arrepentiría de preguntarlo.

—¿Cómo qué?

—Matrimonio. Familia. Amor.

Esbozó una sonrisa maliciosa.

—De esto último ya tengo más que suficiente.

Ellie alzó la vista al techo.

—No es lo mismo.

Allí estaba de nuevo, pensando que ella sabía más que nadie. Por supuesto que se casaría, acabaría haciéndolo. Pero cuando lo hiciera, sería para incrementar el poder de su clan. Si su esposa le parecía atractiva y le caía bien, sería todo mucho más agradable, puede ser, pero no era algo necesario. Sus padres se habían llevado bastante bien, por lo que recordaba, y aquello estuvo muy lejos de ser, en un principio, un matrimonio por amor.

Erik arqueó una ceja.

—¿Y vos sois experta en eso? No sabía que fuerais tan romántica, Ellie. —La miró de arriba abajo,

demorándose en su corpiño—. ¿Qué más escondéis bajo esa fachada de niñera puntillosa?

—Nada que os concierna —dijo en un tono altivo. Sus mejillas se colorearon de un rojo delicioso—. Y no soy romántica. Pero al menos sé la diferencia que hay entre el deseo y el amor. Aunque no me sorprende que vos no lo hagáis.

Las facciones de Erik se contrajeron al percibir el ligero desdén de su voz, imaginándose de nuevo a la pequeña niñera con su vara de medir. Ya lo había analizado y estudiado lo suficiente. Su vida estaba bien. No era él quien estaba más reprimido y tieso que una monja de Lent.

—¿Y qué hay de vos, Ellie? ¿Qué queréis vos?

Se quedó anonadada. La pregunta parecía haberla cogido por sorpresa, como si jamás se la hubiera planteado. No obstante, una vez considerada, la respuesta no pareció hacerla demasiado feliz. La sonrisa melancólica que se dibujó en sus labios fue para él como una puñalada. Tenía la extraña necesidad de tomarla entre sus brazos y hacer que olvidara todo aquello que la entristecía. Ellie no lo miró a los ojos, sino que siguió contemplando las humeantes brasas.

—Lo que yo quiera poco importa.

—Pues claro que importa —dijo él amablemente—. Se trata de vuestra vida. Siempre hay una alternativa.

Sus palabras tuvieron el efecto contrario al deseado. En lugar de darle ánimos, provocaron que sus hombros se tensaran y que aquellos ojos castaños se encendieran hasta volverse verdes de cólera.

—Para vos es fácil decirlo. No habéis de ateneros a las reglas. Sois un forajido sin responsabilidades, lealtad, ni sentido de la responsabilidad. Hacéis lo que gustáis cuando gustáis.

No podía estar más equivocada. ¿Que no tenía responsabilidades? No solo era responsable de contratar a casi todas las fuerzas de ataque de Bruce, también era el encargado de conducirlos a través del fuertemente custodiado canal del Norte hasta Arran para lanzar desde allí el ataque. Nada era más importante que la lealtad para él. Su lealtad hacia Bruce. Lealtad hacia la guardia. La lealtad y obligaciones que tenía hacia su clan para reclamar sus tierras. Esa era la razón de que estuviera allí y de que lo persiguieran los ingleses. Era la razón por la que seguiría a Bruce hasta el campo de batalla sin que le importaran las posibilidades de éxito. Era la razón por la cual no podía fallar en su misión. No solo creía en la recuperación de la corona de Bruce. También creía en su persona. El fracaso era algo inconcebible. Bruce y sus compañeros de la guardia contaban con él y estaba decidido a morir antes que a fallarles.

Se habría enfadado de no ser por el tono de envidia que percibió en su voz. Ellie deseaba aquello que pensaba que él poseía: libertad. Obviamente no veía salida alguna para escapar de cuanto la preocupaba. Se quedó observándola, cautivado por ese aire de autoridad, su callada confianza en sí misma, la elegancia en la elevación de su barbilla y la gracia real de su porte. Todo en ella remitía a la niñera formal y severa. ¿Qué era lo que se le escapaba? Se trataba de algo que no podía identificar con certeza, pero estaba seguro de que Ellie escondía algo más que lo que se apreciaba a simple vista. ¿Qué ocultaba? ¿Y por qué diablos le daba él importancia? Cualesquiera que fueran los secretos de la pequeña niñera, no afectaban en absoluto a su misión. Tan solo debía preocuparse de que nada, incluida ella, pusiera en peligro su misión.

Erik negó con la cabeza. ¿Cómo hacía ella para que toda conversación se convirtiera en algo de suma importancia? Pensaba encargarse personalmente, como si de una misión se tratara, no solo de que sonriera en los días venideros, sino de enseñarle que no todo en la vida tenía que ser tan fastidiosamente serio.

—No hago siempre lo que quiero —dijo él seriamente, mirándola a los ojos.

Al diablo con todo. Ya estaba harto de luchar contra aquella extraña atracción que rugía entre los dos, y mucho más después del deseo que había apreciado en su rostro poco antes. Una vez que pudiera sacar toda esa lujuria de su cuerpo, su extraña fascinación por la muchacha desaparecería. El que fuera todavía una doncella no le preocupaba. Era capaz de controlarse a sí mismo.

—Si lo hiciera, no me habría detenido en un beso, y os aseguro que, por supuesto, no me habría quedado durmiendo al raso las últimas noches, yo solo.

La descarada declaración de Halcón recibió como respuesta una rápida inspiración de aire que hizo que ardiera de excitación solo de pensar en lo que podría ocurrir. Lo interpretó como una muestra de reconocimiento.

—No deberíais decir tales cosas —dijo ella ruborizándose.

—¿Por qué no? Os deseo. ¿Y sabéis qué?

Ellie lo miró con temor.

—También vos me deseáis.

—Os equivocáis —se apresuró a decir mirando hacia otro lado—. Sé que debe ser duro para esa arrogante cabezota vuestra aceptarlo, pero no todos creen que sois irresistible.

«Eso ya lo veremos.» Sonrió; estaba dispuesto a permitir que se contentara por un tiempo con aquella mentira. Sin embargo, acababa de arrojar el guante. Y se moría por ver los problemas que tendría para resistirse a recogerlo, aunque ansiaba más aún el momento en que realmente lo hiciera. Ya que Erik MacSorley no dudaba ni por un segundo que al final acabaría haciéndolo.

RALPH de Monthermer era un hombre paciente. Esta facultad se había forjado durante el mes que había pasado en la torre, esperando a que Eduardo decidiera si debía privarle de su cabeza por aquella ofensa traidora de casarse con su hija sin permiso. Al igual que en aquel momento, también ahora su paciencia se veía recompensada.

Durante días estuvo buscando a lady Elyne y al infame barco halcón —con cuidado de que no se extendiera la noticia de la desaparición, por miedo a que aquel bellaco lo aprovechara para pedir un rescate—, con la piel quemada por el viento, dolor de espalda y unos brazos agarrotados como única recompensa. Aquellos bárbaros beligerantes no hacían más que obstaculizar su búsqueda. Los hombres de las islas le daban refugio, estaba seguro de ello. Pero encontrar un barco entre los cientos de islas que poblaban la costa oeste de Escocia era como intentar encontrar un alfiler en el fondo del océano. Pero al fin, habían llegado noticias.

Esa misma mañana Finn, el mayordomo del conde, había recibido un mensaje en el que se aseguraba que «Ellie, la niñera» estaba a salvo y pronto sería devuelta a su hogar. No podía ser otra. Lady Elyne era inteligente. Se habría percatado de que era mejor mantener su identidad oculta. El mensajero desapareció antes de que pudieran interrogarlo, pero Ralph había seguido su pista todo el día. Solo era cuestión de tiempo que encontraran a lady Elyne y al forajido que la había capturado.

Ralph saltó por la borda para plantarse sobre el embarcadero y dejó que sus hombres amarraran el galeón, sin detenerse hasta pasar bajo la verja de hierro del castillo de Dunluce. Se desprendió del casco de hierro de un tirón y lo arrojó a uno de los hombres que salía corriendo a su encuentro para asistirlo. Se pasó una mano por sus alborotados cabellos y dejó que otro de los guardias lo librara de la pesada capa que llevaba sobre su tabardo y armadura de caballero. Aunque ya no era un simple caballero. El rey había vuelto a nombrarlo conde, un título del que había gozado previamente, pero al que se había visto obligado a renunciar tras la muerte de su esposa. Aún sentía de manera atroz el cruel dolor que atravesaba su corazón. Daría todo lo que poseía, sus títulos, sus riquezas, su vida, por recuperar a Juana. Pero ahora su mujer estaba muerta y lo habían nombrado conde de Atholl, condado que se hallaba libre tras la ejecución del anterior conde, que había tomado la funesta decisión de seguir a Bruce. Ralph torció el gesto al pensar en ello. No le hacía gracia la sed de sangre de Eduardo, pero el rey era implacable. Su rabia hacia Bruce, al que había tratado como a un hijo, y hacia sus seguidores, no conocía límites. Ralph no quería tan siquiera imaginar los extremos a los que el rey podría llegar para aplastar aquella rebelión, porque temía que lo que presenciaría no le gustaría en absoluto.

Las cadenas de la cota de malla tintineaban a su paso por la sala. Su llegada estaba anunciada, de modo que el conde y su familia, entre la que se incluía esa persona a la que quería evitar, lo esperaban. Aunque procuraba no mirarla, la presencia de lady Mathilda era obvia por cómo bullía la sangre en su interior. Le enfurecía sentirse atraído por aquella muchacha, en lugar de hacerlo por su hermana, a la que estaba prometido. Aquello no estaba bien. No solo porque estuviera prometido con su hermana, sino porque no hacía más que dieciséis meses que Juana lo había dejado. Las reacciones de su cuerpo

le parecían una traición a la mujer que había amado con todo su corazón. Lady Elyne era la opción correcta. No era una mujer vivaz y salvaje, sino serena y majestuosa. Jamás lo avergonzaría en la corte con cualquier pensamiento impulsivo que pudiera salir de su boca, por más encantador que este pudiera ser, y además sería una madre cariñosa con sus hijos. Y lo que era más importante: nunca le haría olvidar el amor que él había profesado a su esposa.

—¿Los habéis encontrado? —inquirió Ulster en cuanto apareció en la enorme habitación.

Ralph podía notar el peso de la mirada de lady Mathilda sobre él, pero no miró en su dirección.

—Todavía no, pero cerramos el cerco. —Todos esperaban a que se explicara—. Le seguimos la pista a un mensajero que llegó en barco a Ballycastle esta misma mañana desde Kintyre.

Habían tenido suerte. El mensajero no se había preocupado de cubrir bien sus huellas, aunque lo más probable era que no esperara que cayera sobre él toda la fuerza de dos condes por hacer llegar un mensaje acerca de una niñera. Cuando Ralph llegó con una flota repleta de soldados ingleses armados hasta los dientes, no les resultó muy difícil persuadir a las gentes para que hablaran. A Ulster aquello no pareció impresionarlo.

—Ese mensaje pudo originarse desde cualquier sitio.

—Sí —concedió Ralph asintiendo—. Pero no lo creo. Creo que están cerca. Creo que el rey tiene razón.

El rey Eduardo estaba convencido de que Bruce planeaba algo. Aquella era la razón por la que había ordenado que tanto Ralph como Ulster marcharan con sus flotas hasta la costa de Ayrshire en Escocia lo antes posible. Se pondrían en camino en cuanto amaneciera.

—¿Por qué? —preguntó Ulster—. ¿Qué habéis averiguado?

—El pesquero venía del pueblo que hay junto al castillo de Dunaverty. Cuando interrogué al oficial al cargo de la guarnición, mencionó algo interesante. Dijo que no hubo nada inusual aparte de las clásicas visiones de fantasmas.

—¿Qué tiene eso que ver con Ellie? —inquirió lady Mathilda.

Ahora ya no podía evitar mirarla por más tiempo. Procuró contenerse, pero no pudo impedir que su corazón le diera un vuelco al encontrarse con su mirada. Mathilda había intentado someter su salvaje maraña de rizos dorados en un moño sobre la cabeza, pero algunos de sus descarriados bucles seguían cayéndole alrededor de la cara y a lo largo de su ebúrneo cuello. Sus grandes ojos celestes continuaban enrojecidos por la tensión, pero ya no se veían hinchados de tanto llorar. Se trataba simplemente de una de las criaturas más hermosas que jamás había visto. Serenó su reacción y la sepultó bajo el aplastante peso de la culpa, allí donde debía permanecer, consiguiendo que en su respuesta no se percibiera más que una preocupación fraternal.

—Al principio no estaba seguro de que tuviera algo que ver con lady Elyne. Las gentes de las Highlands son muy supersticiosas y ven fantasmas y hadas por todos lados. Pero después recordé algo que había oído acerca de una banda de maleantes fantasmas a la que han visto de vez en cuando en los alrededores de Turnberry y Ayr los pasados meses.

—Y pensáis que esos fantasmas están relacionados con Bruce y sus hombres —dijo Ulster.

—Sí, creo que así podría ser. —Relató el interrogatorio al que había sometido al chico que dijo ver al supuesto fantasma—. Si ese fantasma es la fuente de nuestro mensaje, creo que debe estar cerca del castillo. Al menos es un punto de partida.

—¿Creéis que os llevará hasta Bruce? —preguntó John.

—Así lo piensa el rey —contestó Ralph. Las órdenes del rey habían sido claras: seguid la pista del barco del halcón y encontraréis a Bruce.

—Nada de eso me importa —dijo lady Mathilda—, con tal de que encontréis a Ellie.

Al oír ese dulce ruego de sus labios, supo que no le fallaría, no podía hacerlo. Mathilda contaba con él. Encontraría a lady Elyne y la devolvería a casa a salvo, costara lo que costase. Y al hacerlo, cerraría una puerta que en realidad jamás había estado abierta.

—¿Adónde iremos hoy? ¿Podré ver al fin la cueva de la que me hablasteis?

Ellie se cuidaba de no mostrar excitación o curiosidad en su voz, pero, tras dos días juntos, Halcón no era tan fácil de engañar. Podía fingir toda la indiferencia que ella quisiera, pero él sabía que se lo estaba pasando bien.

Ellie lo estaba pasando demasiado bien. El espíritu aventurero y la naturaleza atrevida de Halcón eran contagiosos. La hacía reír, la pinchaba y la provocaba hasta que no le quedaba más remedio que unirse a sus chanzas. Dado su carácter afable, era sencillo sentirse cómodo junto a él. ¿Desde cuándo no se relajaba tanto? ¿Desde cuándo no sentía tanta felicidad? Matty tenía razón. Las muertes de su madre y su hermano habían hecho que se olvidara de pasarlo bien. Se había olvidado de disfrutar, de sonreír, de relajarse. Se había olvidado de lo que era caminar descalza por la arena de la playa con el viento deslizándose entre sus cabellos. Sin embargo, tras experimentar esas sensaciones, cómo podría volver a esa confinada existencia que la aguardaba y a un matrimonio que no deseaba?

Ahí estaba. Por primera vez daba voz a un pensamiento del que su cuerpo la venía alertando desde hacía tiempo. No quería casarse con Ralph de Monthermer. Supuso que debía agradecer darse cuenta de ello a la ingrata pregunta del capitán.

Halcón estaba equivocado. No tenía elección. Era la hija del conde de Ulster. Cuando llegara el momento, se marcharía sin mirar atrás. Haría lo que debía, pero hasta que llegara ese momento aprovecharía cada instante de felicidad del que pudiera disfrutar. Así tendría algo que recordar durante los largos y solitarios días futuros en que se encontrara en los aposentos de la torre sin nada en que ocuparse salvo la costura. Sintió una punzada en el corazón y tuvo miedo de que muchos de esos recuerdos estuvieran ligados al hombre que en aquel momento tenía a su lado.

«Os deseo.» Oírsele decir en voz alta hacía que le costara aún más ignorar su propio deseo. Durante los últimos días, se habían embarcado en una delicada danza de evasivas, pero aquellas palabras persistían en el aire como una gigantesca ave marina. No era capaz de comprender por qué se sentía atraída por alguien tan claramente inapropiado para ella. Por si la experiencia del amor no correspondido y el corazón roto de su madre no fueran suficiente ejemplo, además se trataba de un forajido. Un hombre perseguido por la justicia, una nube de peligro, con los nudos de una soga o la hoja afilada de un hacha como único destino. Su cuerpo no parecía atenerse a esas razones, pero mientras su corazón lo hiciera, no había de qué preocuparse.

—No, hoy no veremos la cueva —dijo.

Ellie frunció los labios intentando no mostrar su decepción.

—Empiezo a preguntarme si realmente existe esa cueva submarina.

Halcón sonrió.

—Existe, pero hoy tengo programada una sorpresa diferente —dijo alargando el brazo y arrojando una piedra a lo lejos en el mar.

—No deberíais hacer eso —le reprendió—. Os abriréis la herida.

—La herida está bien y pensaba que dejaríais de actuar como una niñera.

—Dejaré de actuar como una niñera cuando vos dejéis de actuar como un niño testarudo —replicó con acritud—. Solo porque yo parezca ser la única mujer en esta isla que no piensa que lo hagáis todo bien...

—No solo en esta isla.

Ellie alzó la vista al cielo.

—Sois imposible. Bien, haced como gustéis. Abridla en canal. Tendréis a diez mujeres haciendo cola para atenderos de la cabeza a los pies.

Erik negó con la cabeza.

—Sabía que os había molestado. Os lo dije, yo no sabía que aparecerían por allí.

La pasada noche Meg había preparado una cesta con comida para que Ellie se la llevara al campamento a Halcón. Acababa de llegar cuando aparecieron otras tres mujeres en la cueva con la misma idea.

—No estaba molesta. Estuve encantada de poder volver a mi partida con Thomas.

«Mentirosa.» Tras aquel divertido día explorando algunas de las cuevas al sur de la bahía, donde él había mencionado aquella supuesta cueva submarina, experimentó una decepción mayúscula. Y después, algo que iba mucho más allá de eso, cuando una de las mujeres, una rubia hermosa y exuberante, le dio un intenso y largo beso como saludo. El hecho de que él no se lo devolviera no hacía que fuera diferente. Tampoco la había rechazado.

Ellie se marchó de allí tan pronto como pudo. El ardor que sentía en el pecho era un serio recordatorio de que aunque lo estuviera pasando fenomenal aquello solo era temporal. No significaba nada especial. No podía olvidarse de eso.

¿Cuántas veces había visto a su madre intentando ocultar su desazón cuando su marido ponía sus ojos en otra mujer? «No puede evitarlo —decía entonces su madre con fingido buen humor—. Mira lo hermoso que es. Las mujeres lo adoran.»

Quizá Ellie había captado la atención del capitán por ahora, pero aquello no duraría mucho. Sospechaba que aquellos avances solo estaban impulsados por la novedad que suponía el rechazo. Él era competitivo y ella suponía un reto. De haber sido más lista, habría caído rendida a sus pies como habría hecho cualquier otra mujer. Pero había una parte de ella que se preguntaba si no era posible que estuviera siendo demasiado escéptica, si no sería posible que también él sintiera esa conexión.

—Parece que el muchacho y vos tenéis mucho en común —dijo Halcón.

—Es cierto —concedió mientras se preguntaba por la expresión de dureza que adoptaba su rostro. Thomas y ella compartían muchos intereses: el ajedrez, el *backgammon*, la poesía, la cetrería. Estaba convencida de que se trataba de alguien de la nobleza. Pero Thomas rehuía sus preguntas con casi la misma maestría que demostraba el capitán—. No le gusta que lo llaméis «muchacho». Thomas ya es todo un hombre.

—¿En serio?

Había algo glacial en su voz que le provocó escalofríos. La miró de medio lado antes de arrojar otra piedra al mar. Halcón hizo un gesto de dolor y ella se volvió hacia él completamente preocupada.

—¿Qué pasa? ¿Os duele?

Él le dedicó una sonrisa incorregible.

—No, solo quería ver si os importaba.

Ellie meneó la cabeza. Era un hombre totalmente imposible. Pero ya no le molestaba. Aunque no por ello dejaría que él lo supiera.

—Volved a hacerlo y no tendréis que fingirlo.

Erik simplemente sonrió, tal vez con demasiada complacencia para su gusto.

—¿Es que no tenéis curiosidad por la sorpresa?

—¿De qué me sirve tener curiosidad si sé que no me lo diréis por más que os pregunte?

—Existen otras formas de persuadir, Ellie.

Había algo en su voz que hizo que le ardiera la piel y sus rodillas se volvieran de gelatina. Aquella extraña y crepitante tensión que había entre ambos se hacía cada vez más y más difícil de resistir. Simplemente estar allí, tan cerca de él, se convertía en una experiencia casi insoportable. La tentaba con los ojos y la seducía con su proximidad. Tocarlo era demasiado fácil. Era demasiado fácil echarse sobre él y presionar la palma de la mano contra aquel pecho de firmeza imposible, con esos contornos y líneas que tan vívidamente retenía en su memoria, y sentir el calor que irradiaba bajo las puntas de sus dedos. Quería volver a probar su boca, sentir cómo se deslizaba sobre la suya. ¿Y por qué había de resistirse? Era él quien la estaba empujando. Todas las demás lo hacían.

Pero ese era precisamente el problema. Ellie no quería ser como las demás, y con un hombre como él no podría aspirar a ser otra cosa. Aunque en ocasiones se preguntara si... Pero se contuvo. Desvelar aquel condicional era tan peligroso que no podía permitirse hacerlo. ¿Por qué pensaba en ello tan siquiera? Le gustara estarlo o no, lo cierto era que se había comprometido. Ignoró su invitación y dijo:

—¿Cuándo tenéis planeado enseñarme esa sorpresa?

—Dentro de unas horas —contestó él señalando hacia el brumoso cielo que en los últimos días se había mostrado inusualmente límpido para un mes de febrero—. Parece que hará sol todo el día.

Tenía razón. Y más tarde, cuando descubrió en qué consistía la sorpresa, agradeció que así fuera.

Allí estaba, completamente pegada a él, a pesar de sus intenciones de no tocarlo, contemplando desde la abrupta ladera cómo rompían las olas bajo unos riscos de apenas poco más de seis metros.

—Estáis de broma. ¿Esta es la sorpresa?

Erik sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—La sorpresa viene después y no es ninguna broma.

A pesar de que el día fuera relativamente cálido, Ellie tembló de frío.

—Estamos en pleno invierno.

—El agua fría no os arredró el otro día.

Ellie soltó una carcajada y contempló la balsa de color azul marino que tenía ante sí. Era difícil creer que tan solo hubieran pasado nueve días desde la Candelaria.

—Y mirad a dónde me ha llevado eso. Por no hablar de que necesité dos días para entrar en calor.

Él sonrió.

—Esta vez no os costará tanto. Os lo prometo.

Hubo algo en la forma en que lo dijo que hizo que le picara la curiosidad. Lo miró de manera inquisitiva, pero él continuó con su imperturbable mirada de complicidad.

«Irresistible», pensó Ellie. Casi.

—Vamos, Ellie. Os encanta nadar —dijo. ¿Cómo podía saberlo?—. Seguro que os encanta. Nadáis como una sirena.

Sus mejillas se acaloraron. Aquel cumplido la satisfacía demasiado. Sobre todo viniendo del mejor nadador que hubiera visto jamás.

Halcón se desprendió de sus armas, las colocó bajo una roca en la que no serían visibles desde el camino, y comenzó a despojarse de sus ropas, tirándolas al suelo descuidadamente. Ellie estaba tan

petrificada que tan siquiera sentía la necesidad de doblarlas por él.

—¿Dónde está vuestro sentido de la aventura?

No podía elaborar una respuesta. El pulso le latía demasiado rápido mientras observaba cómo se iba quitando cada una de sus capas. Aquel hombre no tenía vergüenza alguna. ¿Por qué habría de tenerla con un cuerpo que era como un arma afilada lista para la guerra? Erik se dispuso a quitarse la sencilla vestidura que llevaba bajo el *cotun*; Ellie era consciente de que lo siguiente serían sus calzones de lino.

—¡No! —gritó en un arrebató de terror de doncella, guiada también por su innato sentido de supervivencia.

Halcón esbozó una sonrisa y ella se dio cuenta de que solo la estaba probando. «Incorregible.» Pero al menos no se veía obligada a contenerse ante su pecho desnudo... y demás.

Erik soltó una carcajada, y el sonido aterciopelado de su voz reverberó entre sus huesos.

—Como gustéis —dijo encogiéndose de hombros—. Si tenéis miedo, podéis quedaros mirando.

Lo miró con enfado.

—No tengo ningún...

«¡Desgraciado!» Ya no estaba allí. Se arrojó desde el risco haciendo el salto del ángel y se sumergió en el agua con la gracia natural de alguien que lleva toda la vida tirándose de las rocas al mar, como indudablemente era el caso.

Ellie permaneció allí unos minutos dando golpecitos con los pies, mirando el mar y el cielo, distrayéndose con cualquier cosa con tal de no mirar al hombre que nadaba bajo ella. Como siempre, había un flujo continuo de barcos patrullando las rutas marinas, y un buen número de ellos parecían ser galeones ingleses. Era algo a lo que había llegado a acostumbrarse durante sus excursiones por la isla. Pero parecía haber un número mayor de lo habitual. Sintió una punzada de aprensión al preguntarse qué sería lo que estaba sucediendo. Había ocasiones en las que le costaba mucho recordar que existía un mundo más allá de los confines de aquella isla. Dirigió su mirada hacia la espada que Erik había escondido entre las rocas a sus pies. Mientras entornaba los ojos para protegerse del resplandor que desprendía, se percató de que tenía una inscripción en la empuñadura. Sacó la espada para poder leerla, sabedora de que era costumbre de los guerreros inscribir algo significativo en ellas: «*Dileas an còmhnaidh*» («Siempre fiel»). Se quedó extrañada. Aquella era una extraña leyenda para un pirata mujeriego. Había esperado algo más parecido a «decapitadora» o «sanguinaria».

Oyó un chapuzón y volvió a mirar abajo. El muy canalla parecía estar pasando el mejor momento de su vida. Ellie se contuvo unos cinco minutos como mucho.

Musitó varios de los insultos favoritos de sus hermanos, se quitó la manta que llevaba a los hombros, sus zapatos prestados, las calzas y el vestido, lo dobló todo y lo amontonó sobre una roca.

Tan solo vestida con el camisón con el que había llegado, se acercó a los riscos hasta que los dedos de sus pies alcanzaron el borde. Le entraron escalofríos y no solo por las ráfagas de viento. Su corazón revoloteaba como las alas de una mariposa. Esperaba que fuera como montar a caballo, porque hacía al menos cinco años que no se lanzaba al mar desde las rocas. Cerró los ojos, aspiró una buena bocanada de aire y se tiró. Por un momento sintió que planeaba sobre el mar. El aire sostuvo su leve cuerpo durante un largo instante antes de atravesarlo con una fuerte racha de viento mientras se zambullía hacia el agua. Arqueó la espalda, dobló las rodillas y se las pegó al pecho haciéndose un ovillo antes de inclinarse hacia delante, al tiempo que su cuerpo se estiraba para zambullirse al llegar al agua.

La conmoción del frío le caló hasta los huesos. Buceó unos cuantos pies y luego ascendió y salió a

la superficie de manera abrupta. Antes de que pudiera retomar el aliento, ya lo tenía a su lado. Sonrió con ganas por la excitación, aunque se sorprendió al ver la fiera expresión que se dibujaba en el rostro de Erik. Volvía a tener ese aterrador aspecto vikingo, pero en ese momento, con la cara chorreando de agua y los cabellos hacia atrás, se le veía algo más pálido.

—Por todos los diablos, ¿en qué estabais pensando? Se supone que teníais que saltar. ¡Podíais haberos roto el cuello, maldita sea!

Ellie se partió de la risa, algo que, al parecer, no hizo sino enfurecerlo más.

—Ha sido divertido. Hacía años que no me tiraba de cabeza. —Lo miró con desaprobación—. Y debo insistir en que dejéis de maldecir en mi presencia.

Antes de zambullirse para escapar de sus garras por muy poco, tuvo ocasión de oír la retahíla de imprecaciones que él soltó. Pero era imposible pretender nadar más rápido que él, así que su escapada duró poco. Erik le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia la superficie junto a él. Ellie se sentía como si la pegaran contra un muro de piedra enorme. Un muro de piedra con montones y montones de músculos duros como las rocas. Ni se molestó en intentar escapar; forcejear resultaba inútil. Era demasiado consciente del poder de aquel cuerpo que se pegaba al suyo de manera tan íntima. Las piernas enredadas y los pechos aplastados contra su torso... Era simplemente perfecto.

Él la miró directamente a los ojos con una fuerza que revelaba toda la potencia de un huracán. Esa era la razón por la que lo deseaban tanto las mujeres. Las hacía sentir como si fueran la persona más importante del mundo. La única persona del mundo.

—Creo que ya os habéis divertido suficiente por hoy —dijo él en voz baja y ronca.

—¿Dónde está vuestro sentido de la aventura? —no pudo reprimir devolverle.

—Allí atrás, donde ha quedado mi corazón, después de que os tiraseis de tal forma —dijo secamente.

Ella estuvo a punto de contestarle, pero lo vio tan enojado que decidió no tentar a la suerte riéndose de él de nuevo. No, estando tan cerca. No, cuando estaba tan segura de lo que desataría su provocación. La deseaba. Podía sentir la rigidez en su propio estómago y eso la hacía actuar con cautela. Su sensatez luchaba con las sacudidas no demasiado discretas que convulsionaban su cuerpo. No, no existía tal lucha. En realidad no.

Él se quedó mirándola con el gesto torcido y cara de perdonarle la vida. Ellie se sobrecogió al ver que las rudas puntas de sus dedos acariciaban su mejilla. Juraría que sus ojos estaban llenos de ternura. Él intentó recolocar uno de sus mojados mechones de pelo tras su oreja, y ella, al no saber lo que pretendía, se quedó sin respiración. Su pulgar se demoró durante un instante de agonía en el que bordeó el perfil de su barbilla. El corazón estaba a punto de salirse del pecho. Él debía sentirlo, tenía que ser consciente de lo que provocaba en ella. Por supuesto que lo sabía. Había hecho eso miles de veces. Pero por qué la miraba de manera tan intensa, tan tierna, como si se tratara de alguien especial.

No, ella no era especial, por más que él la hiciera sentir de ese modo. Eso lo hacía con todas. No significaba nada en absoluto. Pero aquella mirada...

Desear desesperadamente aquello que no debía era algo que la dejaba totalmente confundida. Los ojos de él buscaron en los de ella como si intentaran encontrar respuesta a una pregunta que había quedado en el aire. Sintió cómo su brazo se estrechaba a su alrededor al tiempo que la acercaba más hacia él. Ellie sabía que iba a besarla y no lo detuvo. Quería sentir aquellos labios sobre los suyos, comprobar si la sensación era tan increíble como recordaba. Y lo era.

Se sintió bien. Como si así debiera ser. Como si su boca hubiera sido concebida para tal fin: unirse a la de él. Sus labios eran cálidos, de la finura de la seda, y se juntaron con los suyos en una suave y

tierna caricia, quedándose allí durante un largo instante antes de volver a apartarse. Aquella brevedad era la razón misma de su devastador poder. Ellie deseaba mucho más. Probarlos no había hecho sino recordarle la pasión desatada entre ellos. Una pasión que estaba enrollada, tensa, dispuesta a salir disparada. Tras aquella repentina separación, el corazón le dio un vuelco. Su cuerpo ansiaba ese contacto. Pero ahora ya había pasado.

—¿Por qué habéis hecho eso? —farfulló.

Erik agitó la cabeza, divertido.

—¿Es que todo tiene que tener una razón?

Su respuesta fue automática:

—Sí.

Erik rió con ganas.

—¿Es que no podéis relajaros y disfrutar del momento, hacer algo simplemente porque os apetece?

¿La pasión por la pasión? ¿El deseo por el deseo? Se trataba de una idea completamente extraña para ella, un anatema para su posición y sus responsabilidades. Pues claro que no podía. ¿O sí?

—Venid —dijo—. Creo que será mejor que os muestre esa sorpresa. Veamos lo rápido que sabéis nadar. Os echo una carrera hasta la orilla.

—Eso no será una carrera —dijo ella intentando aún poner en orden sus confusos pensamientos—. He visto cómo nadáis.

Erik hizo una mueca.

—Os daré ventaja.

Aun así ganó. Ellie trepó hasta la orilla junto a él, tiritando y exhausta por el esfuerzo de la carrera. El tenue calor del sol de invierno apenas podía filtrarse por sus ateridos miembros. Se abrazó a sí misma y se frotó la piel intentando volver en sí.

—La próxima vez, en lugar de darme ventaja, tendré que insistir en que no uséis las piernas.

Erik rió y ella tuvo la sensación de que aun así lo ganaría.

—Nadáis rápido —dijo—. Para ser una...

—No lo digáis —advirtió amenazadoramente, aunque todo el efecto quedó diluido con su tiritona—. Mis hermanos aprendieron rápido a no cometer ese error. Puede que no sea más que una muchacha, pero puedo ser muy inventiva en lo que toca a la venganza.

La examinó con la mirada. Sus ojos se posaron sobre su poco guarecida silueta de tal manera que hizo que la helada sangre ella se caldeara y que su aterida piel se pusiera en tensión. Bajo su empapado camisón, sus pezones se endurecieron.

—No lo pongo en duda —dijo.

La cogió de la mano de improviso y se dirigió de nuevo a los riscos con ella.

—¿Podemos saltar otra vez? —preguntó.

—Diablos. —Tuvo que contenerse—. No. ¿No queréis ver la sorpresa?

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Justo delante de vuestras narices.

Echó un vistazo a su alrededor y, al principio, solo vio la larga extensión de arena de la playa que se adentraba hacia la verde ladera a un lado y al otro la abrupta pendiente de riscos. Entonces reparó en ella. A unos veinte metros de la orilla del mar, encajada entre la colina y los riscos, había una

pequeña construcción. A no ser por la angosta puerta de madera y la estela de humo que surgía de la parte superior era prácticamente imposible verla a primera vista. Demasiado pequeña para ser una casa, sus paredes y techo de piedra se fundían perfectamente con el paisaje.

—¿Qué es? —preguntó.

—Os prometí que no tendríais frío, ¿no es cierto? Esto es lo que mis ancestros solían hacer después de tomar un baño en invierno.

La excitación hizo que Ellie abriese los ojos de par en par.

—¿Una sauna?

Asintió, sorprendido de que lo adivinara tan fácilmente.

—¿Habíais visto una antes?

—No —dijo negando con la cabeza—. Pero siempre quise hacerlo.

Ellie se apresuró a alcanzarlo, intentando no fijarse en cómo el lino de su húmeda vestidura y sus calzones se pegaban a su portentoso cuerpo, ni en la manera en que los músculos de sus piernas se tensaban al caminar.

Halcón abrió la puerta, y la ola de calor la golpeó como el martillo de un herrero.

—Aprisa —dijo animándola a que entrara—. No dejéis que se escape el aire.

Él se resguardó bajo el marco de la puerta y Ellie siguió inmediatamente sus pasos. El calor era sobrecogedor. Sofocante. Le parecía estar dentro de una hoguera. Al principio le costaba respirar. El vapor llenaba sus pulmones de un aire denso y húmedo. Pero su piel helada se inundó al momento de un calor que la empapaba y le provocaba hormigueos. Después de la brillante luz del sol, sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. Miró alrededor de aquella pequeña habitación. Parecía una cueva redonda de barro. El techo era bajo, menos de dos metros, según imaginó, ya que Halcón tenía que agachar la cabeza, y las paredes no medían más de tres. El suelo estaba hecho con grandes piedras planas, pero el resto parecía excavado en la propia roca. Había un horno de piedra a su izquierda que se alzaba en las alturas sobre un montón de rocas. Justo frente a este, al otro lado de la puerta, había unos bancos de piedra contruidos en la pared. Uno estaba a una altura normal para sentarse y el otro un poco más arriba. Junto a la puerta, descansaban varios cubos de agua.

—¿Para qué son? —preguntó.

—Qué impaciente. Se supone que hay que esperar hasta el final, pero os lo puedo mostrar ahora si gustáis. —Ellie asintió con la cabeza—. Quedaos ahí. —La condujo hasta el centro del suelo de piedra en donde parecía haber una pequeña abertura. —Cerrad los ojos.

—¿Por qué?

—¿Queréis que os lo muestre o no?

Ellie hizo una mueca y cerró los ojos. Sentía su presencia detrás de ella y todos sus sentidos se activaron ante la alerta, preguntándose qué se disponía a hacer. Una parte de ella albergaba cierta esperanza.

—¿Preparada? —preguntó.

Pudo notar la risa que se escondía tras sus palabras y empezó a sospechar... Pero ya era demasiado tarde. Instantes después, un cubo de agua fría caía sobre su cabeza.

Se quedó allí paralizada por la conmoción, permitiendo que el agua resbalara por su cuerpo. Estaba claro que aquella pequeña abertura a sus pies era un desagüe. Oyó cómo Erik se partía de risa tras la cortina de agua.

—Lo siento —dijo—. No he podido resistirme.

Ellie se apartó el pelo de la cara, se lo echó hacia atrás y empezó a balbucear con furia, lo cual no hizo sino hacer reír a Erik con más ganas. Al darse cuenta del aspecto tan ridículo que debía tener, el gesto de su cara cambió y no pudo evitar reír con él. Ahora que la impresión se le había pasado, se daba cuenta de lo refrescante que había sido el agua. Y lo sería aún más, tuvo que suponer, tras un buen rato sentada en ese calor. Se escurrió el pelo y sacudió su camisón. Al menos ya no le daba la sensación de tener todo el pelo y el cuerpo cubiertos de sal.

Miró el otro cubo.

—¿Puedo? —preguntó.

—Todo vuestro —dijo él con una sonrisa.

Era más pesado de lo que parecía y necesitó ayuda para pasarlo por encima de su cabeza, pero instantes después una riada de agua fría chorreaba sobre el cuerpo de él como la mejor cascada en primavera. Erik sacudió la cabeza y la roció de agua para después echarse el pelo hacia atrás. La belleza de su rostro era impresionante, incluso empapado de agua.

—Ah, qué bien me ha venido. Sentaos —dijo señalando el más bajo de los dos bancos que había en la pared de barro—. En unos minutos desearéis tiraros otro cubo.

Tenía razón. Su piel estaba ya seca, aunque el pelo y el camisón aún se hallaban húmedos. Hizo lo que le había dicho y se sentó en el banco sin sorprenderse de que él se sentara junto a ella. Aquello relajaba tanto que resultaba extraño. Estar sentada allí junto a él en un silencio cómodo, disfrutando de aquel reparador calor. Cuando el ambiente empezó a estar demasiado caldeado, tiró una jarra de agua sobre las rocas y la habitación se llenó con un maravilloso vapor frío. Bajo el peso de su melena, se acumulaba la humedad. Hizo un nudo con él, se lo recolocó detrás de la cabeza y la apoyó contra el segundo banco. Podía llegar a quedarse dormida así. Suspiró de puro contento.

—Esto es el cielo. Podría quedarme aquí toda la vida.

Erik se rió.

—Las rocas se enfriarán pronto. Pero aún nos quedan unas horas.

Abrió los ojos, alarmada por el tono de su voz.

—No lo decía en serio —dijo.

Él le dirigió una mirada que la derritió por completo; una mirada que hablaba con claridad de cómo le gustaría pasar las horas siguientes.

—Yo sí.

Siguió mirándola y ella sintió un extraño estremecimiento que envió un cosquilleo por todo su cuerpo.

—¿Me habéis traído aquí para seducirme?

A él parecía divertirse su franqueza.

—¿Queréis que lo haga?

—No —dijo negando con la cabeza con más firmeza de la que sentía—. No puedo.

Aquel brillo de diversión de los ojos de él fue remplazado por algo diferente. Una determinación de hierro. Ellie tuvo la horrible sensación de que la danza de seducción de los últimos días había acabado.

Halcón no hizo movimiento alguno. Seguía recostado con la cabeza apoyada contra el banco, aparentemente del todo relajado. Entonces ¿por qué le daba la impresión de que era una serpiente replegada dispuesta para el ataque? Erik se inclinó sobre ella y le pareció que el corazón le saldría por la boca.

—¿Por qué no? ¿No sentís curiosidad, Ellie?

Ella negó con la cabeza. Tenía todo el aspecto de aquel depredador del cual recibía el nombre, y Ellie se sentía como una suculenta liebre.

Los ojos de Erik se pasearon por todo su cuerpo y se detuvieron en los pechos. Bajo el peso de esa intensa mirada, sus pezones se endurecieron. Se intuía el peligro en la oscuridad de su mirada. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, pero Ellie era incapaz incluso de respirar; no podía hacer nada salvo esperar. Erik estiró el brazo y, con el más delicado de los tactos, acarició el de ella con el dorso de la mano. En el interior de aquellos pulmones que parecían haberse olvidado de respirar sonó el silbido de un aliento. El corazón de ella latía fuertemente, y en cuanto aquel dedo trazó la curva de sus caderas y de su cintura, hasta llegar a la suave ondulación de sus pechos, se despertaron todos sus sentidos.

«Oh, Dios.» Su cuerpo al completo temblaba, anticipándose a la sensación. Liberaba su aliento en pequeños y profundos jadeos. El fino camisón de lino dejaba pasar el calor de su mano. Tan cerca. Hasta que él, finalmente, tocó el lugar que ella quería y rodeó la protuberante punta de su pezón con la rugosa yema de su dedo, haciéndola gemir y estremecerse de placer.

—Puedo daros placer, *tè bheag*. Más placer del que jamás habéis soñado.

Ya lo estaba sintiendo. Sus muslos se contraían ante el hormigueo, la humedad, la pesadez que sentía en los pechos y sus pezones erectos, ante el placer de su enorme mano. Aquel seductor tacto tan liviano era una auténtica locura. El deseo lamía su cuerpo con llamas de calor líquido. Estaba excitada. Inquieta. Lo deseaba. Cada una de sus terminaciones nerviosas clamaba al cielo por el placer que le prometía. Quería que aquellas manos invadieran todo su cuerpo, que la agarraran, la tocaran y la marcaran con su pasión. Quería ceder a la tentación.

El placer por el placer. Nada más. ¿Acaso no podía olvidarse de todo lo demás y disfrutar de la experiencia? Eso es lo que él inspiraba. Hacía que las mujeres sucumbieran al placer. Pero ella no era como las demás. Era demasiado sensata para dejarse llevar de aquel modo.

Halcón debió de intuir esa lucha interior. Rodeó su pecho con una mano y jugueteó con él, apretando levemente mientras pellizcaba el pezón entre los dedos.

—Dejadme que os lo muestre, Ellie. Permitíos disfrutar del placer que os ofrezco. Solo una pequeña muestra —dijo—. Me detendré cuando queráis que lo haga —añadió mirándola a los ojos.

No sabía por qué, pero confiaba en él. O tal vez fuera que tenía tantas ganas de aquello que le ofrecía que habría creído cualquier cosa.

Ellie tomó su decisión. Por una vez no quería tener que pensar. No había ningún peligro de que le rompieran el corazón. Era demasiado inteligente para dejar que sus emociones tomaran parte en ello. Tenía la oportunidad de probar la pasión, algo que sabía que no podría encontrar en su cama matrimonial. Tal vez estuviera mal. Un pecado a ojos de Dios. Pero juró ser virtuosa por lo que le quedaba de vida a cambio de tener ese momento. Todo aquello acabaría muy pronto. Aquellos idílicos días pronto quedarían en el olvido. Volvería a casa junto a su padre y se casaría con Ralph, tal y como era su obligación. Pero en ese momento deseaba hacer aquello. En ese momento deseaba a Halcón.

La espera se convirtió en una tortura. Esos pequeños jadeos que Ellie emitía estaban volviéndolo loco. Podía sentir cómo su pasión luchaba por salir a la superficie, dispuesta a liberarse. Santo Cristo, si estaba prácticamente tiritando bajo sus dedos. Rodeó aquel pecho con su mano con una respiración entrecortada y profunda, pellizcando su pequeño pezón hasta ponerlo completamente erecto, sintiendo la necesidad de tenerlo en la boca y rozarlo con la lengua mientras lo mordisqueaba y chupaba. Tenía una erección de caballo. Los últimos días ya habían sido lo suficiente duros estando tan cerca de ella,

tocándola, oliendo su fragancia, observándola germinar como una flor ante el sol. Pero, por Dios bendito, verla en la sauna había llevado su lujuria a lugares inimaginables. No podía pensar en nada más erótico que ella descansando sobre ese banco. Contemplándola allí, con los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas y sus mechones de pelo mojados, parecía una mujer que acabara de ser violada hasta la saciedad. No podía resistir a la tentación. Su paciencia, la cual había que reconocer que nunca había sido mucha, había llegado al punto límite. La deseaba, del mismo modo que ella lo deseaba a él. ¿Por qué se empeñaba tanto en oponer resistencia? No estaba acostumbrado a que lo rechazaran, pero Ellie lo hacía constantemente. La llama de deseo que se encendía entre uno y otro estaba fuera de control. Apenas podía pensar en otra cosa. Incluso su misión, a pesar de que solo quedarán días para el ataque, parecía haber quedado en un segundo plano. Tal vez fuera esa urgencia la que lo empujaba, la conciencia de que pronto acabaría su tiempo con ella. Erik sabía que la inusual intensidad de aquel deseo se debía a las circunstancias. No estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo con una mujer que lo atraía sin dar rienda suelta a esa atracción. No estaba acostumbrado a que le negaran lo que deseaba. Y sin embargo, le sorprendía lo bien que lo habían pasado junto a ella. No había estado tanto tiempo sin yacer con una mujer desde el entrenamiento que había recibido en Skye para la Guardia de los Highlanders. Pero entonces no fue algo voluntario, sino una mera consecuencia de la falta de oportunidades. Le asombró un tanto percatarse de que la causa de su abstinencia en esta ocasión había sido otra. Contaba con oportunidades más que suficientes para aliviar esa tensión. ¿Por qué no lo había hecho? Porque solo la quería a ella.

Rechazó aquella incómoda apreciación antes de que llegara a tomar forma. No podía ser esa la causa. Le gustaba la muchacha, incluso la admiraba, pero no era diferente a ninguna otra. Tal vez un poco más mandona. Puede que fuera más inteligente, que se mostrara menos inclinada a creer todo lo que saliera de su boca. Y decididamente le resultaba más frustrante. Pero no más especial que cualquier otra mujer que hubiera querido llevarse a la cama. En cuanto liberara algo de esa tensión, las aguas volverían a su cauce. Le mantuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad, pero tan solo fueron unos segundos. Cuando ella asintió, una ráfaga de pura satisfacción masculina surgió en su interior. Ya se disponía a tomarla entre sus brazos cuando ella lo detuvo.

—Esperad. —Se quedó paralizado. «Por favor que no cambie de opinión.»— No me quitaréis...

Le daba demasiada vergüenza continuar la frase, pero él adivinó lo que pensaba. No pudo evitar divertirse con ello. Parecía estar preocupada de que no fuera capaz de controlarse a sí mismo. La idea de que la lujuria pudiera ganarle la partida a él, y especialmente con una virgen sin experiencia, era tan ridícula que lo hizo sonreír.

—Seguiréis siendo virgen —le prometió. Su virtud quedaría intacta para el marido.

Entrecerró los ojos con suspicacia. ¿Sería esa la razón de que se resistiera? ¿Tenía a alguien en mente? Sintió un arrebato de cólera al percatarse de lo poco que sabía de ella. Tuvo la tentación de preguntarlo, pero era consciente de que aquello no era asunto suyo. Aunque eso no significaba que no fuera a poner todo su empeño en borrar a cualquier hombre de su cabeza. No podía esperar más para hacerla gemir. Que gimiera por él. Solo por él. Se inclinó sobre ella para besarla de nuevo, y cuando ella le pasó las manos por el cuello y se entregó a él, su pecho se henchió de satisfacción. Al fin.

Ellie sintió como si algo explotara en su interior cuando lo rodeó con sus brazos y notó el roce de los labios de Halcón sobre su boca. Todos aquellos sentimientos, pasión y deseo reprimidos hasta el momento salieron despedidos en una ola de calor y emoción. Toda duda quedó resuelta al momento. Deseaba hacer eso. Deseaba a Halcón. Más de lo que jamás había deseado nada en la vida. Los remordimientos podían esperar. Por el momento se sentía demasiado bien. Lo sentía a él demasiado bien.

Jamás olvidaría la suavidad de aquellos labios, el cálido aroma especiado de su aliento, la increíble firmeza de su cuerpo, el calor que desprendía su piel. Deseaba sumergirse en su interior y no dejarlo marchar. Le habría gustado pensar que aquello duraría para siempre, de que no tendría que vivir el resto de su vida con el recuerdo de ese primer beso.

Sus labios, amables pero insistentes, reclamaban con urgencia la respuesta que ella se moría por ofrecer. Respondió a su beso con todo el fervor de la pasión inocente que bullía en su interior desde que la besara por vez primera. Sin embargo, él parecía contento de poder tomarse su tiempo, de arrastrar cada uno de sus roces, cada una de sus caricias, de hacer que se volviera loca imaginando el siguiente paso. Él había prometido placer y se lo estaba dando. Pero no con la rapidez que ella quería. *Ellie* era consciente de que él había hecho eso antes, sin duda, más veces de lo que le gustaría saber. El control y la deliberación de sus actos hacían que no olvidara esa realidad, pero quería probar a qué sabía su pasión, cómo sería sentir su deseo por ella plenamente, saber que no estaba sola en aquella locura que la embargaba.

Ellie estaba recostada en el asiento con el cuerpo de Halcón inclinado sobre ella, pero aquello no era suficiente. Se moría por tener un contacto más directo. Necesitaba sentir el peso de su cuerpo grande y duro contra el de ella. Tiró de él para acercarlo más en un intento de satisfacer sus deseos de modo tácito, pero solo consiguió que él alzara la cabeza y riera.

—Paciencia, *té bheag*. Quiero que gocéis al máximo.

Pero ¿acaso era tonto o qué?

—Ya es...

—Nada de mangoneos, *Ellie* —dijo poniéndole un dedo en los labios—. ¿Queréis que me detenga o dejaréis que haga esto a mi modo?

Se le pasó por la cabeza ponerlo a prueba, al fin y al cabo no era ella la única que jadeaba, pero decidió no arriesgarse. Ahora que aquella danza diabólica había comenzado ya no quería parar hasta alcanzar el grado máximo de satisfacción, de modo que asintió.

—Buena chica —dijo él poniendo la boca en el lugar que estaba el dedo.

Aquello de torturarla con cada una de esas lentas y deliberadas caricias para que ella se muriera de ganas por que continuase solo podía hacerlo un hombre despiadado. Cuando por fin la obligó a abrir los labios y sintió la deliciosa calidez de su lengua moviéndose en el interior de su boca, gimió de alivio. Aunque ya no fuera una sorpresa, la sensación era suficientemente nueva para provocarle escalofríos. Sentía como si todo su cuerpo se partiera en dos. Pero ahora estaba preparada para

responder. Su lengua rodeó la de él y sus esfuerzos se vieron recompensados con un profundo rugido masculino que reverberó hasta las puntas de sus pies. Aquello supuso todo el ánimo que necesitaba. Al notar que Halcón perdía el control, se volcó en ese beso con todas sus energías. Y funcionó. Con cada una de sus voluptuosas caricias, los besos de él se volvían más exigentes, más provocadores, más profundos, más húmedos.

Ellie estaba muy excitada. El aire húmedo y cálido de la sauna se ensañaba con sus sentidos. Todas las sensaciones eran intensas y su cuerpo se mostraba ansioso, sensible, sofocado de calor. Sus pezones, duros y punzantes, se morían por que él los tocara, ya fuera con la mano o sintiendo la presión de su pecho. El suave montículo entre sus piernas era un mar de humedad, vibrante y palpitante de deseo. No sabía lo que cabía esperar.

Metió los dedos bajo su camisola con desesperación y advirtió cómo sus caricias provocaban que toda aquella firme extensión de músculos se tensara bajo el mojado lino. Tenía tan fresco el recuerdo de su pecho desnudo que le entraban ganas de romper la camisola para tocar su cálida piel, de moldear aquellos anchos hombros con las palmas de sus manos, pasarlas sobre los redondos músculos de sus brazos, las rocas planas de su espalda y su abdomen. ¿Sería posible que sintiera él esa ansiedad?

La lengua de Halcón descendió por su mejilla para aprovecharse del cuello y demorarse en la sensible curva de su hombro. Cuando se dispuso a despojarle de los cordones del camisón, Ellie sintió latir su corazón con tal violencia que apenas podía controlar la respiración. El tórrido aire rozó levemente su pecho desnudo antes de que la mano de él lo cubriera por completo. El contacto de aquella ruda y callosa mano, que sostenía su pecho y se afanaba laboriosamente con los dedos sobre el pezón hasta ponerlos completamente erectos, la hizo jadear de puro placer.

«Dios, sois preciosa.» Ellie lo miró con los ojos entrecerrados y sintió una vergüenza enorme al percatarse de que estaba observando sus pechos como si jamás hubiera visto nada igual, como si esos pequeños montículos de carne pudieran compararse de alguna forma a aquellos otros de proporciones mucho más generosas. «Tenéis los pezones más pequeños y rosados... —dijo rozando uno de ellos con el dedo simplemente para enfatizar su apreciación—. Creo que son los pezones más dulces que jamás he visto.»

Su piel se erizó al percibir sobre el cuerpo el cálido aliento de una boca de la que la separaban escasos centímetros. Bastó que la rozara con la lengua para que jadeara de la impresión. Cuando Halcón la miró a los ojos justo antes de cubrirla con sus besos, Ellie advirtió un matiz de oscuridad en su mirada que no supo interpretar. Su cuerpo se vio invadido por esquivas calientes de placer. Se arqueó sobre su boca intuitivamente y hundió los dedos entre la tupida suavidad de sus cabellos para cogerlo por la nuca, ansiosa por que apretara con más fuerza. Halcón se metió el pezón en la boca y lo mordió entre sus dientes con la fricción justa para hacerla gritar de placer.

Dios, aquello era increíble. Parecía que le estuviera sacando algo de las entrañas. Y por cada endiablada sensación que aquella boca provocaba en su pecho, había una respuesta en el tierno lugar que se escondía entre sus piernas: una palpitación, un calor, una urgencia.

Halcón emitió un brusco gemido desde lo más profundo de su garganta y movió el cuerpo de Ellie con delicadeza para introducir la mano por el borde del camisón que se colaba entre sus piernas. El roce de aquellos dedos en su muslo hizo que despertara de su confundida ensoñación. Se puso en tensión, apretó con fuerza los muslos y le cogió la mano.

—No. No podéis hacer eso.

Halcón levantó la cabeza y apartó la boca de su pecho con una sonrisa.

—Tranquilizaos, amor. No hay nada de lo que preocuparse —dijo mirándola a los ojos—. Solo voy

a tocarlos con los dedos. Os gustará.

Pero ¿no era aquello demasiado... íntimo?

Ellie se mordió el labio y él se acercó a ella para besarla.

—Confiad en mí —susurró junto a su boca.

Tras esto, la besó con tal fuerza e insistencia que Ellie se vio en la necesidad de dejarle hacer. Lentamente sus piernas fueron cediendo y al poco retiró la mano. Un momento después supo cuánta razón tenía. El primer roce de sus dedos la hizo temblar. El segundo instó a todo su cuerpo a que pidiera más. Y el tercero... el tercero acabó con un dedo que se introdujo hasta lo más profundo y la hizo gemir y pensar que veía las puertas del cielo. Halcón apartó su boca de la de ella y sintió su respiración entrecortada. «Dios, qué mojada y suave estáis.» Por el tono en que lo dijo, Ellie supuso que aquello sería algo bueno. Él seguía moviendo el dedo en círculos, con la palma de la mano apoyada contra su montículo. El calor se arremolinaba en su interior y sintió cómo se formaba algo duro y de contornos definidos. Entonces él empezó a mover su dedo con más rapidez, a meterlo y sacarlo, y ella no tuvo más remedio que apretarse más contra él.

Erik tenía dificultades para controlar su acelerado pulso. Si Ellie seguía mostrándose así de receptiva, acabaría con él. ¿Quién podía imaginar que tras esa apariencia puritana se escondía el corazón arrebatador de una seductora nata? Había acertado al pensar que esa mujer encerraba una pasión natural en su interior, pero lo que no esperaba era que se entregara a ella con tanto entusiasmo, como si quisiera aprovechar el tiempo perdido. Diablos, era algo que casi se le escapaba a uno de las manos. Era Ellie quien salía ganando por estar a la altura del desafío. Pero aun así, le costaba Dios y ayuda recordar que no podía hundirse dentro de ella, especialmente cuando a medida que su dedo acariciaba aquel pequeño infierno mojado, acercaba sus pequeñas caderas a la mano y aquellos pequeños pechos que le hacían la boca agua se bamboleaban tan cerca de su cara.

Los pechos de Ellie lo habían sorprendido enormemente. Empezaba a pensar que tal vez se hubiera precipitado al no ofrecer más atención a los pechos pequeños. Lo que les faltaba en tamaño y peso lo suplían mejor que bien con su forma. Esas dos colinas ebúrneas de pura crema batida eran la cosa más exquisita que jamás hubiera visto. Redondos y firmes, cabían perfectamente en su mano, y esos pequeños pezones hipnotizadores... Su entrepierna rugía de calor. Aquellas preciosidades rosadas le recordaban a dos bayas maduras, perfectas para mordisquear. Y al rozarlas con la lengua, también su sabor era igual de dulce.

Ellie gemía y se retorció en sus manos. «Precioso.» Halcón observaba cómo el placer ascendía por el rostro de ella y notaba a su vez una extraña presión en el pecho, unas ansias insoportables por algo que jamás había sentido antes. Aquella lujuria era de un tipo diferente. Era un sentimiento más importante. Significativo. No quería simplemente que se corriera, sino que la deseaba con una fiereza que atenazaba todo su cuerpo.

«Cristo.» El sudor se acumulaba sobre sus cejas mientras hacía lo que podía por tomárselo con calma. Pero estaba tan húmeda y caliente... y su piel era tan suave y aterciopelada... Entre las reacciones despiadadas de su propio cuerpo y los pequeños gritos de Ellie tenía la sensación de que pronto sufriría un ataque. No era capaz de recordar la última vez que había deseado algo con tanta desesperación. Tenía la verga tan dura y hacía tal presión contra su estómago que incluso le dolía. La sangre se acumulaba en sus orejas. Tal vez aquello de la sauna no hubiera sido tan buena idea. El calor estaba mermando sus sentidos. Daba la impresión de que le ardía la piel. Todo se sentía con más fuerza, más caliente, más intenso. Y se veía rodeado por la suave fragancia femenina de su piel.

«Relájate. Respira.»

Pero no servía de nada. Notaba una fuerte opresión en el pecho, y tenía los músculos en tensión. Pero ¿qué demonios le estaba pasando? Aquello no iba en absoluto de la manera en que él había planeado. Quería tomárselo con calma, prolongar cada uno de los momentos, cada una de las caricias, hacer que la primera vez de Ellie fuese perfecta. Y en lugar de eso, le parecía que sus manos fueran dos armatostes temblorosos. Sus movimientos eran irregulares y torpes, además de correr el peligro de manchar las calzas como un mozalbete inexperto. Su reputación de amante habilidoso y paciente estaba sufriendo un severo varapalo.

Ellie, por su parte, gemía de manera casi descontrolada, y su respiración eran puros resuellos jadeantes. «Por favor...» Aquella dulce petición de liberación despertó todo instinto masculino primario por hacerla suyo. No podía pensar más que en hacer jirones de sus ropas y unir sus cuerpos hasta que ambos resbalaran del sudor, hasta que estuviera dentro de ella embistiéndola y los gritos de placer resonaran en sus oídos. No podría soportar aquello durante mucho más tiempo.

Él sabía que a ella le faltaba poco. Tan poco que tan siquiera se resistiría a lo que estaba a punto de hacer. Poco importaba lo que él estuviera sufriendo. Se había prometido que haría de ello una experiencia que ella jamás olvidaría. Ellie emitió un sensual sonido de frustración cuando notó que él retiraba la mano. Sentía como si hubiera ido en progresión ascendente hacia cotas extraordinarias para después verse alejada en el último momento.

—No os preocupéis, amor. Esto no hará más que mejorar —dijo con voz tensa y entrecortada—. Necesito saborearos.

Los besos estaban bien, pensó Ellie. Cualquier cosa, con tal de liberar el placer que se agazapaba en su interior. Erik la hizo tumbarse con delicadeza en el banco y se puso de rodillas. Lentamente, fue subiendo el borde de su camisión por encima de sus muslos. Inclino la cabeza. Un rayo de lucidez atravesó aquella bruma.

El corazón de Ellie comenzó a batir contra su pecho. Todo su cuerpo se estremeció de la conmoción y algo que se parecía vergonzosamente a la anticipación del placer. Pero no, incluso pensar en ello era algo diabólico. No podía ser que fuera a...

Intentó cerrar las piernas por instinto, pero ya era demasiado tarde para ello. La lamió, y el placer fue tan intenso que toda objeción quedó disuelta en una piscina de puro calor líquido. Llegado este punto, moriría de vergüenza, si era preciso, antes que hacerlo parar. Jamás había imaginado que una sensación pudiera ser tan extraordinaria. Halcón tenía las manos sobre sus caderas y la agarraba firmemente.

—Abrid los ojos, Ellie. —Ella hizo lo que le pedía—. Quiero que observéis cómo os doy placer.

Se miraron fijamente. ¿Por qué ver su boca tan cerca hacía que lo deseara con más fuerza? ¿Por qué la sensación era tan erótica y descarnada? Temblaba de deseo, se moría de ganas. Jamás en su vida se había sentido tan vulnerable. Pero por algún motivo confiaba en que con él todo saldría bien.

La besó con suavidad y ella se derritió. Su boca era tan plácida y cálida. Erik introdujo la lengua en su interior y la hizo circular hasta que ella empezó a mover las caderas por sí misma, hasta que Ellie pensó que se moriría del placer. El beso se volvió más violento y su lengua llegaba más y más profundo. En círculos, arremetiendo con ella, succionando... Y también usando los dedos. Sus caderas se erguían para encontrarse con su boca. Estaba justo allí. Podía sentir cómo se concentraba.

—¡Oh, Dios! —gimió.

No podía detenerlo. La presión seguía ascendiendo.

—Eso es, amor —murmuró él—. Correos por mí.

A medida que aquella tensa bola de sensaciones explotaba en su interior, toda ella se deshacía, sin

poder parar de gritar. Pegó el cuerpo a su boca y allí se quedó hasta que el último de los espasmos de placer emergió de su cuerpo. Poco a poco su pulso fue tranquilizándose y volvió a la consciencia. Él se había separado de ella, pero seguía agarrando el lienzo de su camisón entre los dedos. Tenía la cabeza inclinada y mantenía el tipo con tal frialdad que, de no haber sido por su dificultosa respiración, habría pensado que se trataba de un espíritu.

—¿Qué sucede?

Ellie le puso una mano sobre el hombro, ante lo cual él se estremeció. Alzó la vista y la miró. Su bello rostro estaba compungido y tenso. Sus azules ojos tenían una mirada triste. Parecía estar sufriendo indeciblemente.

—Nada —dijo de modo brusco. Alzó los hombros al tiempo que respiró de manera profunda y entrecortada. Y después de modo más cariñoso añadió—: Si queréis conservar vuestra virginidad, tendréis que darme un minuto.

Cuando por fin se dio cuenta de que luchaba por contenerse, Ellie abrió los ojos, sorprendida.

—Oh —dijo sentándose y recomponiendo el camisón. Erik no había saciado su deseo de placer. ¿Funcionaría del mismo modo para él que para ella? ¿Se sentiría igual que ella cuando él había retirado la mano? Se mordió el labio—. ¿Hay algo que pueda... hacer?

Frunció el gesto y negó con la cabeza.

—Ya me ocuparé de ello más tarde.

¿Que se ocuparía de ello? ¿Cómo lo haría? De repente se hizo a la idea.

—¡No! —No quería que fuese con otra mujer—. Por favor, quiero hacerlo. Enseñadme cómo.

El corazón de Erik se detuvo. No podía creer lo que oía. Ya le había costado lo suficiente controlarse a sí mismo. Ver cómo se corría le había llevado a tales cotas de deseo que a punto estuvo de perder la conciencia. Lo había llevado hasta el mismo límite de su control, desde donde no faltaba más que un ligero empujoncito para caer al vacío. Aquella oferta era algo casi superior a lo que cualquiera podría soportar.

—No sabéis lo que ofrecéis —dijo negando con la cabeza.

¡Por Dios bendito, si todavía era virgen!

Ellie puso una mano sobre su rodilla e hizo que su sangre hirviera más si cabe y sus músculos se pusieran rígidos. El sudor le caía desde las cejas, y no era por la sauna.

—Lo que sé es que quiero daros placer. —Sus mejillas se ruborizaron de una manera adorable—. Quiero daros placer como me lo habéis dado a mí. —Se mordió el labio y lo miró con incertidumbre—. ¿Es eso posible?

¡Pardiez, que si era posible! Y de un buen número de maneras.

Erik cerró los ojos y luchó por controlarse, pero sabía que carecía de las fuerzas necesarias para discutir. La idea de que pusiera las manos sobre su miembro, porque la boca no se atrevía ni a imaginarlo, era demasiado tentadora para rechazarla.

Ella quería darle placer. Normalmente era él quien daba, ya fuera placer en los aposentos o entretenimiento alrededor de una fogata. No estaba acostumbrado a que alguien pensara en lo que él necesitaba. Pero Ellie no parecía actuar nunca de la manera usual.

—Decidme —lo provocó ella en voz baja.

La miró a los ojos y cada uno de los centímetros de su cuerpo se estiró como un arco a punto de lanzar su flecha. Tenía un gesto tan forzado en la cara que apenas podía emitir palabras.

—No puedo.

En lugar de eso lo que hizo fue mostrarle cómo. Llevó su mano hasta él sin dejar de mirarla a los ojos.

Rugió de placer, primero por el contacto, pero también por el ruidito de sorpresa tan erótico que surgió de los labios entreabiertos de ella. Ellie tragó saliva con cierto esfuerzo, pero cuando Erik vio que no apartaba la mano dio las gracias a todos los dioses en los que era capaz de pensar. Mientras ella movía su mano alrededor de su miembro, él intentó saborear la sensación tanto como pudo. Corría el peligro de irse simplemente con el primer contacto. Estaba claro que aquello no duraría mucho. Su tan ensalzada resistencia lo abandonaría en breves momentos. Ellie estaba minando su reputación. Aunque nadie podría creerlo. Demonios, ni tan siquiera él lo creía.

A Ellie la impresión se le pasó enseguida. Sin embargo, Erik casi deseó que regresara a ella cuando su pequeña niñera, llena de curiosidad, empezó a examinar sus reacciones con atención minuciosa. Lo acariciaba suavemente, como si temiera rompérsela, mientras que él se moría por coger esa manita suya con firmeza y ponerla alrededor para que se la tocara con firmeza hasta hacerle perder los sentidos. Primero Ellie comprobó el largo mediante subidas y bajadas de la mano y luego hizo un intento de rodearla para ver su grosor. Pero sus manos eran pequeñas y su verga enorme, así que apenas podía abarcar la mitad de ella. Le dio un ligero apretón y tiró de ella con cuidado. Él emitió un sonido indeterminado, a medio camino entre el dolor y el placer. Todo su ser se contrajo y empezó a palpar.

Ellie apartó la mano.

—Lo siento. ¿Os he hecho daño?

Negó con la cabeza mientras la sangre ascendía por sus orejas de manera infernal. Tenía tantas ganas de correrse que apenas podía pensar.

—No, por Dios. —La mirada se le encendió al ver su cara de preocupación—. Es perfecto.

Ellie sonrió haciendo que el calor que sentía en las orejas se expandiera por todo su pecho. Cuando volvió a tocarlo, el suspiro de alivio de Halcón llegó hasta su mano, en tanto que este se recostó y cerró los ojos, intentando no pensar en lo que ella le hacía. Pero al mismo tiempo saboreaba cada una de las oscuras sensaciones: la calidez, el indeciso roce de la punta de sus dedos en tanto que trazaba el camino desde abajo hasta lo más alto de su gruesa y sensible cabeza, y la exquisita presión que sintió cuando al fin lo rodeó con su mano.

Ellie tanteó por la cintura de sus calzones. El corazón de Erik latía con fuerza de la excitación. Contuvo el aliento y le rogó a aquellos dioses de nuevo.

Debieron escucharle.

—¿Os parece si...?

Asintió, mientras su cuerpo se veía envuelto en una tensa espera. Ellie intentó torpemente desabrocharle los cordones. ¡Por Cristo Nuestro Señor! ¿Cómo era posible que alguien de tamaña eficiencia demorara tanto?

Al fin consiguió liberarlo y su erección apareció en todo su esplendor. Los ojos de Ellie estaban atónitos. Después se atrevió a mirarlo a la cara.

—Tenéis un aspecto mucho más poderoso que otros hombres que he visto antes.

Erik se esforzó por reprimir su sonrisa sin mucho éxito. A la hora de escoger pajita nunca le había tocado la más corta.

—¿Es que tenéis una buena base de comparación?

Ellie se sonrojó de modo tan violento que Erik habría reído de no ser porque no podía soportar su propio sufrimiento.

—¡Por supuesto que no! Pero tengo hermanos y he visto a suficientes hombres hacer sus necesidades en el campo.

Estaba demasiado excitado para llevar la provocación más lejos.

—Poned vuestra mano sobre mí, Ellie.

Lo miró con precaución y alargó la mano con indecisión para tocarlo. Erik gimió al sentir el contacto con su piel y después al ver la sorpresa que expresaban sus ojos.

—Qué suave es.

Duro. Eso habría sido más exacto. Pero no tenía fuerzas para discutir acerca de semántica.

Ella continuó con sus exploraciones. Aquellos jadeos y pequeñas observaciones de doncella a punto estaban de volverlo loco. Tuvo que apretar bien los dientes ante la necesidad que sentía de acometer embestidas contra su mano y dar rienda suelta a la lujuria que incendiaba su interior.

Cuando le pasó el pulgar sobre la punta para esparcir la espesa gota que había surgido en la sensible cabeza de su verga y ella humedeció los labios de manera instintiva, ya no pudo aguantar más. El tiempo de las exploraciones había acabado. La agarró por la muñeca y la miró a los ojos.

—Me estáis matando.

El rostro de Ellie se veía demasiado complacido.

—¿En serio?

«Menuda zorra.» La dirigió con su propia mano.

—Acariciádmela, Ellie.

Le enseñó cómo había de hacer con la mano para extraer su leche, a que aplicara la presión justa y que encontrara el ritmo apropiado. Solo podía decir una cosa de ella: aprendía más rápido que el demonio. Con solo unos cuantos bombeos, ya sentía cómo se intensificaba la presión en la base de su espina dorsal. Los testículos se le contrajeron totalmente. Los músculos del abdomen se tensaron. Luchaba por reprimir la descarga. No quería que todo acabara demasiado rápido. Quería prolongar al máximo cada momento de placer. Pero ya estaba a punto.

—Ahí esta —consiguió decir entre dientes. «Cristo.»

Se puso en tensión. Estaba a punto de correrse, de liberar su lujuria como tantas otras veces antes. Entonces cometió un error. La miró a los ojos y sintió cómo se sumergía en una corriente más fuerte que ninguna de las que había tenido que afrontar en el mar. Una corriente que lo arrastraba a las profundidades. Se ahogaba en un remolino de emociones demasiado vivas para resistirlas. Sentía una conexión con ella que jamás había experimentado antes. Era algo primario. Algo intenso. Y más poderoso de lo que pensaba que fuera posible. Era demasiado. Se sentía expuesto. Como si ella hubiera dejado al descubierto una parte de él que jamás había sido antes revelada. Quería dejar de mirarla. Pero no podía. Su corazón latía con fuerza. Algo se apretaba contra su pecho. Emitió un áspero gemido y arremetió contra su mano fieramente al tiempo que la presión se expandía y los espasmos profundos y vibrantes salían de su entrepierna.

Ellie aguantó su empuje sin dejar de mirarlo a los ojos, sin permitirle marchar, exprimiendo de él hasta la última gota de placer. Cayó desplomado, exhausto y exangüe, sintiendo como si acabara de finalizar uno de los ejercicios de entrenamiento de MacLeod. Cuando su pulso y respiración volvieron a la normalidad, alzó la cabeza y se la encontró observándolo con una adorable expresión maravillada en su rostro. Tenía el aspecto de haber desentrañado un fascinante misterio.

Su pecho se hinchó de ternura. La tomó por la barbilla y miró el interior de sus luminosos ojos castaños veteados de verde para darle un suave beso en los labios.

—Gracias.

Ellie se sonrojó de satisfacción.

—Nunca pensé que...

No acabó de expresar su pensamiento, pero él sabía lo que quería decir.

«Nunca pensé que sería así.»

Y no lo era. Al menos para él. No había sentido tanta excitación desde... Cielos santos, ni tan siquiera recordaba haber estado tan excitado en la vida. Su pequeña niñera se estaba revelando como una sorpresa muy placentera. Y aún no había terminado.

—¿Puedo hacerlo otra vez? —preguntó ella con esa alegría que inundaba los ojos de un niño en las fiestas del solsticio de invierno.

Gimió de placer. ¿Acaso intentaba acabar con él?

—Los hombres necesitan algo de tiempo para descansar, muchacha.

Pero en cuanto la sostuvo en sus brazos, comenzó a besarla de nuevo, le metió la mano entre las piernas y la acarició hasta llevarla a un nuevo clímax, resultó que no necesitaba tanto tiempo como pensaba.

La sauna. Tenía que ser eso.

AL día siguiente Ellie yacía recostada sobre los brazos de Halcón, con la cabeza apoyada sobre el cálido y firme muro de su pecho revestido de cuero, perdida en el deslumbrante arrebol de la intimidad compartida. Escuchaba el fiero batir de su corazón pensando que era la cosa más hermosa que jamás hubiera oído.

Ese era exactamente el efecto que él provocaba en Ellie. Lo del día anterior no habían sido imaginaciones suyas. Que una chica como ella pudiera tener a un hombre como él, literalmente en la palma de la mano y hacerlo enloquecer de pasión suponía un descubrimiento embriagador. Saborear el poder de la sensualidad por primera vez había estado a punto de emborracharla. Lo suficiente para escabullirse a pleno día como una mujerzuela al establo con objeto de consumir otra relación ilícita. Aquello era infame. Estaba mal. Era un pecado ante Dios y una traición de la promesa que había hecho a Ralph. Era consciente de todo eso, pero cuando se le acercó por la espalda en el jardín y le susurró al oído que se encontraran en el establo, su cuerpo se vio inundado con todas aquellas sensaciones de deliciosa oscuridad. Durante treinta segundos su conciencia libró una batalla feroz contra el deseo. Ahora que lo había probado por primera vez, la tentación resultaba más fuerte incluso. Atenuaba la culpa diciéndose que no hacía ningún daño duradero, que tras años de comportamiento ejemplar y de atender las necesidades de todos salvo las de ella, merecía aquellos pocos momentos robados de felicidad egoísta. Pero sabía que intentaba justificar algo injustificable, independientemente de que disfrutara tantísimo con ello.

Y lo cierto era que disfrutaba intensamente. Al mirar sus ojos al tiempo que él la acariciaba y ella lo acariciaba a él, el momento en que se llevaban el uno al otro al culmen y se veían catapultados hacia un reino de éxtasis inimaginable, sabía que jamás volvería a sentir algo como aquello. Tal vez hubiera sido un error. Ahora tendría que vivir con el sufrimiento de saber lo que se estaba perdiendo.

Pero no podía arrepentirse de ello.

Se acurrucó junto a él cuanto pudo y suspiró con el deseo de hacer que aquel momento durara tanto como fuera posible. ¿Quién habría pensando que lady Elyne de Burgh, una de las mayores herederas de Irlanda, se sentiría feliz yacendo en un destartalado establo sobre un montón de paja, con el penetrante olor de las reses inundando su nariz, encogida en el férreo abrazo de un pirata? Y sin embargo, jamás se había sentido más animada, feliz, ni protegida.

Casi podía convencerse de que aquello significaba algo, que aquellos sentimientos que brotaban al tocarse el uno al otro eran algo más que el propio deseo, que cuando ella lo miraba a los ojos, él sentía la misma conexión intensa y sobrecogedora que ella. Casi. No importaba lo bien que se sintiera. No podía permitirse olvidar que solo era algo temporal, que se trataba de un deseo puramente físico. «La pasión por la pasión.» Pero cada vez se le hacía más difícil recordar esto último cuando sus propios sentimientos estaban sumidos en tal confusión. No sabía cómo podía haberle sucedido eso a ella. Se suponía que ella no permitía que la pasión se mezclara entre sus emociones. Era consciente de que ese tipo de hombre era completamente inadecuado para ella y de que tomarle cariño la llevaría sin remedio al desamor y a la decepción. Pero le había tomado cariño. Más del que debía.

Si se hubiera tratado solo de una cara bonita, habría sido más fácil resistirse a él. Pero se sentía atraída como jamás se había sentido atraída por nadie antes. Aquel hombre vivía al límite y lo convertía todo en una aventura. Le hacía recordar todas las cosas que echaba de menos en la vida: divertirse, las emociones, la pasión. La vida junto a él jamás sería aburrida.

Sin embargo, aquella personalidad de vida extrema y sublimación del peligro no inspiraba pensamientos de constancia y estabilidad. Le habría gustado creer que significaba algo para él, pero no estaba segura de que ese hombre fuera capaz de comprometerse ni de permitir que nadie invadiera su mundo. Aquel mismo carácter imperturbable que admiraba le decía que actuara con cautela. Nada parecía cautivarlo. No lo hacía el peligro, pero tampoco las personas. Así y todo, cuanto más tiempo pasaban juntos, más se convencía de que Halcón guardaba en su interior mucho más de lo que se veía a simple vista. Entre aquel caminar fanfarrón de pirata y su sonrisa de al diablo con todo, podía entrever destellos de algo más profundo, un hombre con mayor honor y nobleza de la que se atrevía a admitir. Era un enigma, como mirar un rompecabezas al que le faltaran piezas. Ni tan siquiera conocía su verdadero nombre. Y él tampoco conocía el de ella.

Una parte de ella quería contárselo, pero sabía que en cuanto lo hiciera todo acabaría para ellos. Ese sentido de la nobleza tan poco pirata que tenía pondría fin a aquellos momentos en el establo y a las excursiones privadas alrededor de la isla. Sus labios esbozaron una sonrisa irónica. Tal vez estuviera bien contárselo. Así la obligaría a casarse con él para conseguir su dote. Aquel pensamiento, aunque no fuera serio, la hizo recapacitar. ¿Era eso lo que quería, casarse con él? Le entraron ganas de reír ante aquella ridícula idea, pero no era capaz de verle el lado gracioso al asunto. Había llegado demasiado lejos para algo que se suponía una broma.

Halcón acariciaba distraídamente su espalda haciendo círculos con los dedos.

—¿En qué estáis pensando?

Ellie dudó, consciente de que estaba a punto de comprobar la firmeza de las tácitas barreras establecidas entre ellos.

—En que tan siquiera sé vuestro verdadero nombre.

Notó perfectamente que la pregunta lo incomodaba. Por un momento no pudo oír más que el latido de su corazón. Presintió la negativa antes de que le diera tiempo a hablar.

—No puedo decíroslo —respondió—. Hay ciertas cosas... —dijo con una voz que se apagó por un instante—. Es complicado. Creedme si os digo que es mejor que no lo sepáis.

Complicaciones, algo que entre ellos no existía. Se le encogió el corazón. «Nada especial. Nada serio.» Intentó ocultar su decepción, pero después de todo lo que habían compartido y de la confusión en que se sumían sus propios sentimientos era un golpe difícil de aceptar.

—Entiendo —susurró contra su pecho.

La tomó por la barbilla para mirarla a los ojos.

—Es todo lo que necesitáis saber, *tè bheag*. Lo que sentís es algo... natural. Pero no confundáis la pasión con algo más.

La amabilidad reflejada en sus ojos cortaba como una daga. El calor ascendió por las mejillas de Ellie. Si no la mortificara tanto, habría reconocido la ironía. ¿No había sido ella la que lo acusaba en otro momento de aquello mismo, confundir el deseo con el amor? Ante la propia confusión de sus sentimientos, aquella advertencia era como poner sal en una herida abierta. Pero el arrepentimiento que leyó en su mirada consiguió aliviar el dolor.

—No lo comprendéis —dijo Halcón—. Pero así es como debe ser por ahora.

«Por ahora.» Ellie intentó no dotar de significado aquellas palabras, pero su estúpido pecho se

henchió de todos modos. Su cabeza no cesaba de recordarle todas las razones por las que aquello era un caso perdido, pero a su corazón parecía importarle poco. Incluso obviando el asunto de su compromiso de matrimonio y de que era la hija de un duque en tanto que él un forajido, lo cual no suponían barreras baladíes, también estaba el problema de los sentimientos que él albergaba hacia ella. Para él, Ellie no era más que un pasatiempo placentero.

Sin embargo, no lo sentía de aquella manera.

—¿Qué tal si os permito que me llaméis de otra forma? —El brillo en los ojos de él le dijo que de su boca no saldría nada bueno— ¿Qué os parece Dios? Da la impresión de que os gusta mucho llamarme así cuando estáis a punto de...

—Vos —espetó— sois terrible. —Era consciente de que debería enfadarle que volviera a las andadas y arremetiera contra ella, pero tal vez fuera un buen recordatorio de que no podía permitir que aquello se le fuera de las manos. Le dirigió esa mirada de niñera condescendiente—. Y además ponéis en peligro vuestra inmortal alma al pronunciar esas blasfemias.

—Mi inmortal alma la puse en peligro hace ya tiempo haciendo cosas mucho peores que esta —dijo moviendo los ojos de un lugar a otro.

—Me lo puedo imaginar.

Erik suspiró profundamente y dejó de abrazarla de modo que ambos pudieran sentarse.

—Me temo que debo volver junto a mis hombres, y será mejor que vos volváis a la casa antes de que vuestro perro guardián venga a buscaros.

Ellie se ruborizó. Thomas, que se había recuperado completamente, no ocultaba su desaprobación acerca de que saliera a solas con Halcón durante esos últimos días.

—No es mi perro guardián.

Halcón le dirigió una mirada que significaba que no se dignaría a responder.

Se levantaron y ajustaron bien los vestidos, sacudiéndolos del polvo y de paja. Si pudieran verla en esos momentos Catherine y Edmond... ¿Cuántas veces había echado a su hermano y su hermana del establo y los había castigado por ensuciar sus ropas? Ellie tenía todo el aspecto de alguien que había estado rodando sobre polvo y heno, lo cual suponía que sería cierto.

Para añadir más ilegitimidad al asunto, estaban completamente vestidos. No podían arriesgarse a que alguien entrara, y Halcón tampoco contaba con mucho tiempo. Ese día no habían podido hacer ninguna exploración. Sospechaba que sabía cuál era la razón. Su paraíso de locura pronto llegaría a término.

Echó la funda de la espada hacia atrás y alargó el brazo para coger su hacha, espada y escudo, que descansaban sobre uno de los compartimientos del establo, de las ovejas, dedujo, por el olor que desprendía.

—¿Cuánto nos queda para partir? —preguntó Ellie.

—Ay, muchacha. No os preocupa mucho minar la confianza de un hombre ¿verdad? —dijo con una mueca—. ¿Ya estáis aburrida?

Sonrió, pero aquella provocación no conseguiría distraerla.

—Vuestra confianza sigue intacta. ¿Cuándo?

Suspiró.

—Mañana de madrugada.

Casi le dio un ataque al corazón de la impresión. Por Dios santo, ni tan siquiera les quedaban dos días completos. Se percató del influjo que había tenido aquel hechizo sobre ella cuando recibió el

mazazo de la verdad: no quería marchar a casa, sino quedarse con él. Se mordió el labio y lo miró de nuevo en busca de algo que le indicara lo que él sentía, pero su expresión era inescrutable.

—¿Tan pronto?

Se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa perversa.

—Siempre podría decidir quedarme con vos.

El corazón le dio un vuelco, aunque, por supuesto, él no hablaba en serio. Se las ingenió para esbozar una sonrisa que ocultara el profundo dolor que sentía en su interior.

—No creo que a mi familia le agradara la idea.

Creyó intuir algo en su mirada, pero se desvaneció antes de que pudiera reconocerlo.

—Podría forzaros a permanecer aquí —dijo con socarronería, pero con un extraño tono en la voz.

Ellie no creía ni por un segundo que lo dijera en serio. Era demasiado honrado para cometer una felonía de tal magnitud. Ahora podía asegurarlo.

—No me engaños con vuestras pretensiones de pirata.

—¿Ah, no? —se sorprendió él arqueando una ceja.

Ellie negó con la cabeza.

—¿Sabéis qué es lo que pienso?

—No me atrevería a adivinarlo.

El sarcasmo de su voz no la amilanó.

—Creo que esta isla era parte de las tierras que robaron a vuestro clan. —Esa era la razón de que las conociera tan bien. Deambulaba por la isla del mismo modo que lo había hecho durante años. Las cuevas. La sauna. Y a pesar de que hubiera intentado alejarla de los isleños en sus expediciones, aquellos con los que se cruzaron lo trataban con deferencia extrema, casi como si fuera el mismo rey —. Creo que cuando el viejo del poblado os llamó *taoiseach*, no se trataba de ningún error.

Lo observó detenidamente con el objeto de encontrar alguna reacción que sugiriera que había dado en el clavo, pero su expresión no le decía nada en absoluto.

—Volvéis a la carga con eso, ¿eh? —Meneó la cabeza fingiendo estar decepcionado—. Creo que deberíais dejar que siga siendo yo el que cuente las historias. Soy mejor que vos haciéndolo. Por más sueños que podáis tener en la cabeza, pequeña, soy un forajido. No lo olvidéis nunca.

Percibió el tono de advertencia de su voz, pero no por ello pudo evitar pensar que escondía mucho más de lo que quería que supiese. Pero no tenía intención alguna de contárselo. Jamás llegaría a saber si tenía importancia o no.

Erik no podía creerlo. ¿Cómo demonios había sido capaz de adivinar la verdad? Jamás debió hablarle sobre las tierras usurpadas a su clan. Tan solo lo hizo porque no le gustaba verla sufrir. Del mismo modo que la veía sufrir ahora. Debería haber sabido que ella no sería capaz de tomarlo a la ligera. Era el tipo de muchacha que lo tomaba todo en serio. Erik sentía el peligro. Era consciente de que Ellie se estaba implicando demasiado, pero tampoco era capaz de alejarse de ella. Haber probado su cuerpo una vez no había bastado en absoluto. Solo había servido para que su hambre creciera más y más. Mucho más.

Era evidente que la sauna no había tenido nada que ver, pues al día siguiente Erik demostró la misma falta de control. No sabía qué tenía esa muchacha que le hacía perder la cabeza. Debería estar con sus hombres, preparándolos para la batalla más importante de sus vidas y planeando el viaje de vuelta a Irlanda en el que habían de atravesar el fuerte cerco de las patrullas, en lugar de escabullirse

para robar unos momentos de placer, como si fuera un mancebo con su primera chica. Pero que lo asparan si no había merecido la pena. Había obtenido más placer de aquella mano del que había experimentado en mucho tiempo. Pero aquel placer empezaba a resultar peligroso.

Deseaba con todas sus fuerzas poder desalentar los pensamientos románticos de la muchacha. Fuera pirata o no, él era un hombre perseguido por los ingleses y no estaba en posición de ofrecer nada más, incluso en el caso de que hubiera querido hacerlo, lo cual no deseaba. Bromeaba cuando le dijo que podía quedarse con ella. Aquella quemazón que había sentido ante su rápida negativa era orgullo, solo eso.

La observó mientras se recolocaba la ropa. El que mirara hacia otro lado podía considerarse una indicación; de modo que había captado la advertencia. Se dispusieron a salir del establo y, ya en la puerta, Erik sintió de nuevo esa extraña presión en su pecho. Aquella necesidad apremiante y enloquecedora de hacerla feliz. Ellie asió el mango de la puerta. «Déjala marchar. Es mejor así.»

—¡Esperad! —soltó de repente.

Ellie se volvió despacio, con su pequeño rostro levemente inclinado en actitud inquisitiva.

El corazón le latía a un ritmo discontinuo. No sabía qué decir. Pero aquello no podía ser. Jamás le faltaban las palabras. Ella lo miraba con expectación. Le entraron ganas de pasarse las manos por los cabellos y mover los pies de la inquietud. Al final se ahorró posteriores incomodidades mediante algo que captaron sus ojos. Alargó el brazo, le sacó una hebra de paja de entre los cabellos y la sostuvo en alto para examinarla.

—Tal vez tengáis problemas para explicar esto.

Las mejillas de ella ardieron de rubor y Erik pensó que jamás había visto a nadie que se ruborizara de manera tan adorable.

—Gracias —dijo ella.

Se quedaron mirando por un momento interminable hasta que él rompió el hechizo.

—Deberíais salir vos antes.

Ellie asintió y se dispuso a hacerlo, pero después dio media vuelta inesperadamente.

—¿Os veré esta noche?

Sabía que su deber era alejarse de ella, que eso haría que la partida fuera más fácil, pero se sorprendió a sí mismo asintiendo.

La calidez de la sonrisa con que respondió Ellie lo envolvió en un suave abrazo. Era algo de locos. Prácticamente podía sentir las emociones de ella como propias. Como si la felicidad de la muchacha fuera más importante que la suya misma.

Observó cómo atravesaba el vergel y esperó a que desapareciera en el interior de la casa para salir del establo. Estaba casi al borde del acantilado, en lo más alto del camino que llevaba a la playa, cuando oyó un ruido a su espalda. Lo reconoció por la furia de sus pisadas incluso antes de que se diera la vuelta. Halcón miró al caballero de rubicundo rostro, que se había vestido con la armadura completa por primera vez desde que cayera enfermo. Al parecer, la cota de malla de Randolph había resistido las inclemencias del agua mucho mejor que él mismo. Se la veía tan pulida y resplandeciente como a una pieza de plata completamente nueva. Por otra parte, Randolph había perdido peso, e incluso aquel pequeño ejercicio de caminar precipitadamente parecía haberlo cansado. Respiraba con dificultad y el sudor se acumulaba sobre sus cejas.

—Me alegra veros de pie, vivo y coleando, Randolph.

Que no le sacara de sus estribos la falta de respeto en el trato lo decía todo sobre el humor de Randolph.

—¡Por la Santa Cruz! —exclamó el joven caballero, apropiándose de la blasfemia favorita de su tío—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Volviendo al campamento. ¿Me acompañáis?

A pesar de su juventud, había algo formidable en Randolph. La complexión cuadrada de sus hombros, la dureza de su mirada y la línea terca que se marcaba en su mentón le daban a Erik una somera idea del hombre que algún día sería. Si fuera capaz de perder toda esa arrogancia de mojigato, era posible que se convirtiera en un guerrero impresionante, para alguien de las tierras bajas de Escocia, claro está.

—Sabéis perfectamente que no es a eso a lo que me refiero. ¿Qué estáis haciendo con Ellie?

El rostro de Erik adoptó una dureza peligrosa. Sintió un extraño acceso de cólera. Que Randolph se erigiera a sí mismo en protector de Ellie y entrara en escena cual caballero andante lo sacaba de quicio. Ellie era suya. Es decir, era su responsabilidad, se apresuró a corregirse.

—Eso no es asunto vuestro.

—Lo es si la estáis deshonrando. La he visto salir del establo. ¿En qué estáis pensando? La hemos raptado de su propia casa. Puede que no hubiera otra elección, pero lo mínimo que podemos hacer es conseguir que regrese a salvo.

—Lo haré —dijo Erik reprimiendo la furia que crecía en su interior.

—Pero sin deshonrarla. Lo que hacéis no está bien y no será parte de ello.

Erik entrecerró los ojos. No le gustaba que le llamara al orden un joven pomposo y estirado que apenas había tenido tiempo de pulir el brillo de sus espuelas.

—¿Y por qué esa repentina bravata caballerosa? He estado con mujeres en otras ocasiones y nunca pareció molestaros.

—Ellie no es del tipo de mujeres con las que normalmente vais. Ella es diferente. Es una dama.

Erik se estremeció y repelió aquellas palabras con cada uno de sus sentidos. Ella no era diferente. Esa no era la realidad. Le gustaba pasar el tiempo con ella porque se entretenía provocándola. Eran las circunstancias las que hacían que su deseo hacia ella resultara tan intenso. Estaba disfrutando con aquello, tan solo eso.

—Es una niñera de veinticuatro años sin ataduras que puede decidir por sí misma.

¡Diablos, si le estaba haciendo un favor!

—Es una doncella inocente y os estáis aprovechando de ella —replicó Randolph—. Nadie esperaría eso de vos, Halcón.

Erik apretó los puños con fuerza. Le entraron ganas de liarse a golpes con Randolph para obligarlo a reconocer lo que él mismo intentaba ignorar. Hizo grandes esfuerzos por bajarse los humos y lucir su despreocupada sonrisa.

—Estáis haciendo un mundo de esto, Tommy. Solo estoy divirtiéndome un poco. No se trata de nada serio. La muchacha será devuelta en el mismo estado en que vino.

Más o menos.

Randolph lo observó como si no supiera si debía creerlo o no.

—Entonces ¿es cierto que tenéis pensado devolverla?

—Por supuesto. No creeréis que pensaba retenerla, ¿verdad? —dijo haciendo que aquello sonara como la cosa más ridícula del mundo.

—No estaba seguro—admitió Randolph con incomodidad—. Jamás os vi tan volcado con una muchacha.

Erik se esforzó por reír, ignorando la presión que reconcomía su pecho. Aquello era ridículo. No estaba volcado en ella. Demonios, le gustaba su vida tal y como era. Que jamás hubiera podido hablar con nadie de la manera en que lo hacía con Ellie, que no pudiera dejar de pensar en ella, que tuviera la piel más suave que jamás había tocado y los labios más dulces que hubiera probado, que esa leve fragancia a lavanda de su piel fuera la cosa más increíble que hubiera olido, ni que su sonrisa lo hiciera sentirse como si acabara de derrotar un millar de dragones, carecía de importancia. Le gustaba, pero no era la mujer que le correspondía. Incluso aunque el matrimonio entrara en sus planes, que no era el caso, necesitaría a alguien que pudiera engrandecer el poder y prestigio de su clan. Una niñera no era apta para el puesto. Y tan siquiera estaba en posición de poder desposarse, no cuando su cabeza tenía un precio más bien sustancioso.

—El momento y la circunstancia, Tommy. Sinceramente, ¿acaso me imagináis atado a una sola mujer?

Al final consiguió arrancarle una sonrisa.

—No, supongo que estáis en lo cierto. —Erik esperaba que ahora lo dejaría pasar, pero, al parecer, todavía no había terminado—. ¿Cuándo la devolveréis a casa?

Se encogió de hombros, como si aquello careciera de importancia, como si no le importara que en menos de cuarenta y ocho horas probablemente no la volviera a ver. No le importaba, en absoluto.

—Cuando nos pongamos en camino para encontrarnos con los irlandeses.

—¿No pensáis que pueda haber oído algo?

Erik negó con la cabeza.

—No, pero aunque lo haya hecho, para ese momento será ya demasiado tarde.

—Entonces ¿la dejaréis en paz hasta que nos marchemos, pues? —siguió presionando Randolph.

Que lo llevaran los diablos si pensaba dejar que le llamara al orden el primer sir Galahad exaltado que llegara con la intención de salvar a doncellas que no necesitaban ser salvadas.

—No tenéis de qué preocuparos, pequeño Tommy. Sé lo que me hago.

Siempre sabía lo que se hacía.

Cuando Erik y Domnall volvieron al campamento tras su expedición del lado sur de la isla, ya había oscurecido. Con el momento de la partida en el punto de mira, Erik quiso ver de cerca la actividad de las patrullas a fin de observar sus modos de operación. Esperaba que el número de patrullas disminuyera con el paso de los días, pero en lugar de eso había aumentado. El cocinero tenía razón: se cocía algo inusual. Aunque afortunadamente los ingleses no habían vuelto a inspeccionar la isla, tal vez no fuera nada malo que partieran en breve. Aunque significara tener que despedirse de Ellie.

—¿Algo va mal, capitán?

Erik se percató entonces de que estaba circunspecto, y negó con la cabeza.

—No, solo estaba pensando que está bien que nos marchemos pronto.

Domnall asintió.

—No es normal que los perros ingleses sean tan perseverantes —dijo, tras lo cual fijó la mirada sobre él—. Creí que estabais pensando en la muchacha.

—Siempre estoy pensando en muchachas.

Aquello no engañó a Domnall.

—Os gusta.

¿Primero Randolph y ahora Domnall?

—Bueno, tampoco es tan sorprendente. Me gustan casi todas las mujeres.

Pero su secuaz lo conocía desde hacía mucho tiempo para desistir tan fácilmente.

—Pero no tanto como esta. —Domnall continuó como si hablara para sí—: Al principio creía que era por la novedad de que no cayera rendida a vuestros pies, pero después empecé a pensar que había algo más. Esa muchacha os conviene. No se traga ninguna de vuestras tonterías.

Erik apartó una rama del camino y dejó que fuera a dar en su segundo de a bordo.

—Asumiendo que yo tuviera tonterías, eso jamás podría ser un punto a su favor.

Domnall lo ignoró y se mesó la barbilla.

—He visto el modo en que la miráis. Desde que os conozco, jamás habéis mirado a una mujer de ese modo.

—¿Con irritación?

Domnall resopló.

—Llamadlo como queráis. Pero ¿qué pensáis hacer acerca de eso?

—Devolverla a su familia, tal y como prometí —dijo con el gesto torcido.

—¿Así que dejaréis que se marche y ya está?

A Erik no le gustaban esos interrogatorios, sobre todo cuando las respuestas hacían que se enfadara tanto.

—¿Y qué otra cosa queréis que haga? Aparté a la muchacha de su hogar y de su familia. Tengo que llevarla de vuelta. Además, no creo que esté en posición de ofrecerle mucho más ahora mismo.

—Podrías dejar que eligiera ella. Podrías decirle que os importa. Tal vez que os espere.

—¿Para qué? —repuso Erik, irritado por el giro que tomaba la conversación—. ¿Para ser mi amorcito? No pensaréis seriamente que me casaría con una niñera, ¿verdad?

—¿Por qué no? —lo desafió su viejo amigo—. Siempre hacéis lo que queréis en todo lo demás. Vuestra madre y vuestra hermana jamás se opondrían. No, si ven que sois feliz.

Ya era feliz, diantres. Tenía perfectamente claro que no necesitaba una esposa para conseguirlo.

—Esto es ridículo. No tengo intención de casarme. Conozco a esa muchacha desde hace diez días y en diez más ya la habré olvidado completamente.

Estaba seguro de ello.

Domnall lo miró de forma condescendiente, lo cual Erik se apresuró a ignorar, ya que se aproximaban al campamento. Todos estaban haciendo un mundo de aquello.

Silbó sin hacer demasiado ruido para que los hombres que estaban de guardia supieran que se acercaban, y oyó el silbido de réplica. Cuando llegaron, rodearon el cabo y la bahía apareció ante sus ojos. Erik se detuvo al ver un pequeño pesquero proveniente del este que se dirigía hacia el embarcadero. No era nada inusual, ya que la pesca era la ocupación principal de la gente de las islas y la bahía era uno de los dos fondeaderos que tenía Spoon, pero no reconocía el bote. Le hizo señas a Domnall para que esperara y confió en que los guardias que vigilaban la bahía vieran a tiempo el bote para alertar a los hombres de la cueva.

La barca tardó unos minutos en llegar hasta la orilla. La luna llena reflejaba suficiente luz para distinguir cinco personas a bordo. Una particularidad de uno de los hombres hizo que se le erizaran los vellos del cogote: su talla. Era un hombre demasiado grande y fornido para ser pescador. Erik podía contar con los dedos de una mano a los guerreros que conocía con un físico tan poderoso. Al sospechar que no se trataba de un pescador, se puso en tensión. Pero no podía creer que los ingleses fueran tan

inteligentes para intentar esas tácticas furtivas, y esos cobardes tampoco se atreverían a viajar en un grupo tan reducido, sin un ejército para protegerlos.

Minutos después, dos de las siluetas saltaron por la borda, entre ellos el más corpulento, y caminaron hasta la orilla con el agua por las rodillas. Aunque iba vestido con una sencilla capa de lana y una recia manta marrón sobre los hombros, como si se tratara de un pescador pobre, su musculosa complexión no dejaba lugar a dudas de que se trataba del hombre más fuerte de toda Escocia.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Erik.

—Vaya, que me aspen.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Al parecer, tenemos visita.

Erik salió de entre las sombras de la orilla y caminó playa abajo.

—Mirad lo que ha arrastrado la marea hasta aquí —gritó.

El grandullón se volvió al oír su voz. A pesar de que hacía meses que no se veían, su rostro duro como el granito no mostró emoción alguna.

—Por lo que veo aún no os han matado.

—No es necesario que lo digáis con ese tono de desilusión —dijo Erik riendo. Lo saludó dándole una palmada en la espalda que casi dolía—. No será porque no lo intenten. ¿Qué demonios hacéis aquí, Ariete? —Erik dirigió la vista hacia el hombre que lo acompañaba, esperando encontrarse con su compañero Dragón, Alex Setton, pero en lugar de eso se llevó la sorpresa de ver al hermano del rey. En cierto modo su alegría se diluyó. Eduardo Bruce era un patán arrogante y volátil, quien, al contrario que su hermano, el rey, parecía representar todas las cualidades negativas de la nobleza. De los cuatro hermanos de Bruce, este era el que menos le gustaba. Lo saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Milord —dijo para después volver la vista hacia Boyd—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Es una larga historia. De las que se cuentan mejor alrededor del fuego.

Boyd dio órdenes a los pescadores para que los recogieran antes del amanecer.

Erik le señaló la dirección en que estaba la cueva.

—Estoy deseando oírlo.

—Y yo estoy deseando oír por qué tenéis a la mitad de la flota inglesa husmeándoos el trasero —dijo con cara de pocos amigos.

*H*ORAS más tarde, los hombres estaban sentados alrededor del fuego después de disfrutar hasta la extenuación con una de las deliciosas comidas de Meg y más si cabe con la deliciosa cerveza del poblado. Eduardo Bruce conversaba con Randolph, de modo que era la primera oportunidad que Erik tenía para hablar a solas con Boyd.

Por más que se alegrara de ver a su compañero de la guardia, las noticias que traía no eran buenas. Nigel Bruce, Christopher Seton y el conde de Atholl habían sido ejecutados y no se sabía nada de Víbora, de Santo ni de Templario desde que habían huido al norte con las mujeres. Tampoco se sabía nada de Dragón, que había salido en busca de su hermano.

—Y entonces, ¿cómo me habéis encontrado? —preguntó Erik.

—Suerte. El rey nos ordenó inspeccionar Arran para el ataque, pero en el camino de vuelta nos encontramos con una barrera de galeones ingleses que nos cortaba el paso. Nos refugiamos en el pueblo que hay junto al castillo de Dunaverty para esperar a que se despejaran las rutas marinas, y allí hablamos con nuestro amigo. Cuando me contó cómo habíais llegado, imaginé que no estaríais muy lejos. Eduardo mencionó que había vigilado las rutas desde esta isla cuando escapasteis de Dunaverty la otra vez, así que probé suerte. ¿Qué diablos habéis hecho para enfadar tanto a De Monthermer? —dijo mirándolo con dureza.

Erik ya le había relatado las circunstancias de su encuentro con los MacQuillan, incluida la parte en la que se vio obligado a llevar a Ellie consigo, y la posterior confrontación con los barcos ingleses.

—Lo herí en su orgullo, eso es todo.

—No creo que sea eso —dijo negando con la cabeza—. Nuestro amigo del castillo dijo que De Monthermer estuvo por allí hace pocos días, furioso como un loco, cuestionando a los sirvientes sobre cierto fantasma.

Erik quedó circunspecto y relató su inesperado encuentro con el chico en el granero, dejando aparte, por supuesto, el incidente del cuchillo. Si De Monthermer había estado en Dunaverty, se había acercado bastante. ¿Cómo diablos habría hecho la conexión? Erik tuvo un mal presentimiento. Tal vez fuera bueno que estuvieran a punto de partir.

—¿Tuvisteis algún problema en Arran? —preguntó Erik.

—No. Los ingleses registraron la isla la semana pasada, pero no fueron demasiado exhaustivos en su búsqueda. —Erik pensó que probablemente aquello había ocurrido mientras estaban en Spoon—. Pero están apostados en todas las vías marítimas. Nos vimos obligados a pasar por tierra firme y tomar un bote en Dunaverty. Os costará bastante hacer pasar un barco por ahí, y no hablemos de una flota entera.

Eso no lo preocupaba. Ya pensaría en algo. Bruce llegaría hasta Arran aunque tuviera que apartar él mismo a los ingleses del camino.

Hablaron largo y tendido y llegaron a la conclusión de que Eduardo y Boyd debían volver a Arran y preparar la llegada del ejército en lugar de arriesgarse a caer en las fauces de los ingleses. Ya que Erik marcharía a la noche siguiente para encontrarse con los irlandeses y llevarlos a Rathlin, él mismo

se ocuparía de hacer llegar las noticias a Bruce y transmitirle lo que habían averiguado Boyd y Eduardo.

—Os estáis arriesgando demasiado llevando a los irlandeses a Rathlin en el último momento, ¿no creéis? —dijo Boyd.

—El rey pensó que sería más arriesgado intentar esconder a cientos de hombres en una isla pequeña. Y además sabe que no le fallaré —añadió con una sonrisa.

—¿Y qué pasará si no sois capaz de cruzar el cerco?

—Lo cruzaré —respondió Erik entre risas— Viajaremos de noche. Ni se enterarán de que estamos allí. Además, no son más que ingleses.

Boyd sonrió. De todos los miembros de la Guardia de los Highlanders, Boyd era quien tenía más razones para odiar a los ingleses. Provenía de la zona fronteriza, en la que se había sufrido la injusticia de los ingleses durante largos años.

—Ya veo que nada ha minado vuestra confianza. Seguíis siendo un gallito engreído.

—Y vos todavía me guardáis rencor por lo de la muchacha de Scone. No podéis culparla de que eligiera la belleza y el encanto sobre la fuerza bruta.

Boyd negó con la cabeza. Erik sabía perfectamente que aquella bonita tabernera le importaba un pimiento.

—Al infierno, Halcón. Solo se fue con vos porque no estaba Flecha por allí.

Erik sonrió. Probablemente tenía razón. Cuando Gregor MacGregor entraba en la sala, las muchachas tendían a olvidarse de todos los demás. Pero el afamado arquero odiaba llamar la atención. Un absoluto desperdicio, en su opinión.

—He oído que habéis estado muy ocupado estos días —intervino Eduardo Bruce, que se acercaba junto a Randolph—. Solo vos, Halcón, podíais ingeniáros las para perderos en una isla desierta con vuestra propia prisionera.

Erik fulminó a Randolph con la mirada, preguntándose qué cuentos le habría soltado a Eduardo Bruce. El muchacho no duraría mucho si no aprendía a mantener el pico cerrado. Las hermanas de Erik también solían ser chivatas de pequeñas, pero al menos consiguieron crecer lo suficiente para superarlo a la edad de diez años.

—No es mi prisionera —repuso con cierto tono de advertencia en la voz. No quería hablar acerca de Ellie.

Eduardo no se dio por enterado.

—Randolph me ha contado que le habéis tomado gusto a la muchacha. Debe de ser una belleza, ¿eh?

Erik sintió cómo empezaban a agarrotársele los músculos del cuello y de la espalda.

Eduardo siguió a lo suyo, sin percatarse de las reacciones que provocaba en él.

—¿Dulce y jugosita, con unas tetas enormes? —dijo haciendo un gesto de ordeñar con las manos—. Tal vez cuando dejéis de tirarosla me la podríais...

El mundo de Erik quedó a oscuras. Estaba inundado por una cegadora rabia negra que no se parecía a nada a cuanto hubiera sentido antes. Su mano había agarrado el cuello de Eduardo y lo había aplastado contra la pared antes de que este pudiera terminar la frase. La sangre se acumulaba en sus oídos. Su corazón latía tan fuerte que no quería más que apretar con fuerza.

—No lo digáis —le advirtió con voz sombría.

Eduardo se aferró a la mano de Erik y comenzó a resollar, pero su brazo permaneció tan firme y

rígido como el acero.

—Soltadme, bárbaro del demonio —consiguió decir entrecortadamente.

Erik apretó un poco más fuerte. Los ojos de Eduardo parecían estar a punto de salir de sus órbitas.

—Soltadlo, Halcón.

La sosegada voz de Boyd se hizo paso a través de su brumosa mente. Poco a poco, esta se fue aclarando, y al percatarse de que estaba a punto de estrangular al hermano del rey, soltó el cuello de Eduardo. Este se tronchó sobre sus rodillas y se llevó las manos a la garganta mientras intentaba recobrar el aliento.

—¿Qué diablos estabais pensando? —dijo escupiendo su rabia acusadoramente con la cara enrojecida—. ¿Cómo os atrevéis a ponerme la mano encima? Mi hermano tendrá noticias de esto.

Ese era exactamente el problema de Eduardo Bruce. Nunca había aprendido a vivir bajo la sombra de su hermano mucho más digno que él. Era un cabrón arrogante y ordinario, para quien pertenecer a la nobleza era una excusa para hacer y decir lo que le viniera en gana. Normalmente Erik lo ignoraba. Pero cuando mencionó a Ellie... No podía pensar en otra cosa salvo en matarlo. Que Eduardo hubiera sido capaz de provocar tal reacción resultaba un tanto desconcertante. No había dicho nada que el propio Erik no hubiera dicho antes, si bien era cierto que de modo menos grosero. De hecho, no hacía mucho tiempo que le había hecho una broma similar a MacLeod acerca de su nueva esposa y a punto estuvo de que su nada divertido amigo le arrancara la cabeza. Era la primera vez que Erik se percataba de lo enamorado que MacLeod estaba de su mujer, pero la situación en ese momento en nada tenía que ver con aquella.

Miró a Eduardo por encima del hombro.

—Haced lo que debáis, Número Dos.

Los ojos de Eduardo enrojecieron más de la ira si cabe al oír el nombre que el mismo Erik le había asignado meses atrás, una referencia clara a su posición en la familia, pero también un reflejo de cómo él siempre iba por detrás de su muy admirado hermano. Eduardo salió de la cueva hecho una furia y Erik volvió a sentarse en el asiento que con tanta celeridad había abandonado antes.

Se sintió escrutado por la mirada de Boyd. Para tratarse de un bestia despiadado, resultaba tener una perspicacia desesperante.

—¿Así que ese es el aspecto que tenéis cuando os enfadáis? Jefe me lo había dicho, pero he de admitir que no lo creía.

Erik le dio un largo trago a la cerveza mientras se preguntaba por qué diantres se sentía como si fuera un bicho bajo una maldita roca. Boyd emitió un silbido suave.

—Debe de ser una mujer de las buenas, porque acabáis de crearos un enemigo de los más poderosos.

—Esto no tiene nada que ver con ella. Eduardo es un cretino. Esto viene de hace ya mucho tiempo.

Aquello era cierto, pero no explicaba en absoluto la reacción de Erik. Boyd se quedó observándolo un poco más y, tras esto, por suerte, cambió de tema.

Ellie, mientras tanto, miraba hacia la oscuridad a través de aquella ventanita, y el frío viento de la noche adormecía sus mejillas. No alcanzaba a ver mucho más allá de los círculos iluminados por las antorchas que flanqueaban la entrada a la casa de Meg.

¿Dónde se habría metido? Halcón le aseguró que la vería esa noche, pero en lugar de eso mandó un mensaje diciendo que Thomas se reuniera con él en cuanto fuera posible y que comería en el

campamento con sus hombres. Ellie había visto discutir a ambos hombres poco antes y temía que su ausencia estuviera relacionada con ella. Se mordió el labio al percatarse de que tal vez Thomas la hubiera visto salir del establo. ¿Qué habría pensado? Sintió una punzada en el corazón. Exactamente lo que merecía: que era una desvergonzada. Siguió mordiendo el labio con más ansiedad aún, mientras observaba cualquier atisbo de la presencia de su físico alto y musculoso, pero no podía quitarse de la cabeza la sensación de que algo iba mal.

—¿Buscáis a alguien?

Ellie cerró rápidamente el postigo y se volvió para encontrarse con el vivaracho rostro de Meg. Negó con la cabeza.

—Solo admiraba la luna llena.

Meg esbozó una sonrisa. Era demasiado amable para poner en duda su sinceridad.

—Yo no me preocuparía demasiado. Estoy segura de que sencillamente habrá perdido la noción del tiempo. Si Halcón os dijo que vendría, lo hará. A pesar de que se esfuerza en dar la impresión de que todo le importa un pimiento, es una de las personas más dignas de confianza que conozco. Podéis confiar en él.

Era algo curioso, pero cierto. Ellie se ruborizó.

—No se trata de eso.

—Yo creo que se trata exactamente de eso —dijo Meg con una sonrisa. Sus ojos se llenaron de brillo—. No hace tanto que yo estaba ahí mismo esperando que mi Colin volviera —añadió con un suspiro—. ¡Ay, la primavera del amor!

Ellie se quedó sorprendida.

—Yo no estoy enamorada —protestó, olvidando esa estúpida historia que Halcón había inventado. De todos modos, ya conocía demasiado bien a Meg para saber que en realidad nunca se la había creído.

No podía estar enamorada. Se vio invadida por el horror. De repente el aire era pesado y asfixiante. No podía ser tan estúpida para haber entregado su corazón a un hombre con el que no había posibilidad alguna de futuro. Alguien que lo único que haría sería rompérselo en pedazos. Meg actuó como si no hubiera dicho nada. Meneó la cabeza en un gesto lleno de nostalgia.

—Jamás pensé que llegaría el día en que a Halcón le cortaran las alas.

El corazón de Ellie se detuvo en seco para después volver a ponerse en marcha con vitalidad renovada.

—¿A qué os referís?

—Aún no es consciente de ello, pero ese hombre está enamorado de vos.

Su corazón le latía tan fuerte que le hacía daño. Meg se equivocaba. Tenía que estar equivocada.

—¿No me advertíais hace nada que le gustaban demasiado las mujeres para darle su corazón a una sola?

Meg se encogió de hombros, como si aquellas palabras carecieran ya de importancia.

—He visto a Halcón con muchas mujeres y a ninguna de ellas la miraba como os mira a vos.

La cabeza de Ellie estaba pasando un mal rato intentando controlar los anhelos casi desesperados de su propio corazón. Tal vez no hubieran sido todas imaginaciones suyas. ¿Era posible que Meg tuviera razón? Ellie se esforzó por mostrarse racional.

—Eso poco importa. Aunque fuera cierto, tiene intención de devolverme junto a mi familia en cuanto marchemos de aquí.

Meg tomó su mano y la apretó entre las suyas.

—Dadle tiempo, muchacha. Las cosas son ahora muy complicadas, y Halcón no es del tipo de hombres que acepta sus sentimientos por su propio gusto. Puede que necesite un pequeño empujoncito, pero al final llegará allí.

La vorágine de emociones que se revolvía en el interior de Ellie desde hacía días amenazaba con liberarse. Las lágrimas resquemaban su garganta y las cuencas de sus ojos. Ellie alzó la vista para encontrarse con la mirada amable de aquella mujer que se había convertido en amiga. La necesidad de confiar en alguien podía más que ella.

—No tengo tiempo —susurró.

Meg arqueó las cejas.

—¿Estáis casada?

Ellie negó con la cabeza.

—Aún no. Pero estoy prometida.

Una amplia sonrisa borró la preocupación del rostro de Meg.

—Entonces todavía tenéis tiempo. Solo que deberéis poner un poco más de empeño.

Meg hacía que sonara todo muy sencillo, pero no lo era en absoluto. Incluso si estuviera convencida de los sentimientos de Halcón, lo cual no era el caso, también había que considerar el contrato de compromiso. ¿Cómo reaccionaría su padre en el supuesto de que ella quisiera romper el contrato? Para una mujer de su rango y posición, los sentimientos personales estaban fuera de lugar. Se esperaba de ella que cumpliera con su obligación. Y como no se había dado el caso de que pudiera contarle sus sentimientos a su padre, no sabía cómo este podía reaccionar. Por otro lado, había que considerar las reacciones de Ralph y del rey Eduardo. A pesar de que Ralph no parecía albergar sentimientos respecto a ella, podría ponerse furioso. Pero, dadas las circunstancias de su primer matrimonio, tal vez pudiera comprenderlo. La reacción del rey Eduardo era imposible de prever.

Su padre la quería, y algo le decía que no la obligaría a contraer un matrimonio que no deseaba, aunque eso tampoco significaba que le alegrara tener a un pirata como yerno. No obstante, era consciente de que existía otra alternativa. Siempre podría huir con él y arriesgarse a que la desheredaran. Pero para una chica que siempre había intentado hacer lo correcto, que creía en las obligaciones y la responsabilidad, que amaba a su familia con todo su corazón, aquello era algo prácticamente inconcebible. Era algo que podría hacer Mary, pero ella nunca. Ella no era impetuosa. Era una persona seria y...

«Aburrida.» Sentenciada a vivir una vida que no deseaba con un hombre al que no quería.

—¿Sabe Halcón algo acerca de ese compromiso? —preguntó Meg.

Ellie negó con la cabeza.

—No pensé que fuera importante para él. Siempre ha dejado claro que nuestra, ejem, relación, es temporal.

Meg se aclaró la garganta teatralmente.

—Hay una gran diferencia entre lo que los hombres dicen y lo que sienten. Jamás sabréis cómo puede reaccionar a menos que se lo contéis. —Meg debió de adivinar su indecisión—. Si es que estáis segura de querer hacerlo.

Ellie no estaba segura de nada. Pero si había alguna posibilidad de que Meg estuviera en lo cierto, tenía que averiguarlo. Y no disponía de mucho tiempo para hacerlo. Meg le dirigió una extraña sonrisa.

—Estaba a punto de ir ahora mismo al campamento a recoger los cacharros de cocina que he mandado antes.

Ellie se quedó circunspecta sin entender lo que quería decir con ello.

—¿No dijo Duncan que no nos molestásemos, que él mismo los traería?

Meg puso los brazos en jarras.

—Bueno, pues como parece que Duncan no se ha dado mucha prisa, tengo intención de recogerlos yo misma.

Ellie sonrió.

—¿No necesitaréis ayuda?

—Vaya, qué considerado por vuestra parte —dijo Meg como si no hubiera caído en la cuenta—. Me vendría muy bien.

Ambas mujeres compartieron una sonrisa de complicidad y fueron a por sus abrigo.

Se había levantado viento, y la antorcha titilaba en la oscuridad a medida que caminaban con cuidado por la escarpada senda hacia la playa. A Ellie le dio la sensación de que la observaban y se percató de que Halcón probablemente tenía a sus guardias apostados en las inmediaciones de la cueva. Pero no fue hasta que se aproximaron a la entrada que las detuvo un joven guardia.

—Me temo que el capitán se encuentra ocupado en estos momentos —dijo moviéndose nerviosamente, como si los ropajes le vinieran pequeños.

Ellie podía oír los ruidos alegres que provenían del interior de la cueva. ¿Ocupado con qué? ¿Con una celebración? El mundo se le vino encima al pensar en la mujer de la otra noche. Intentó mirar por encima del hombro del guarda, pero el muchacho era alto y su pecho bloqueaba una buena parte de la entrada de la cueva. Meg también parecía sorprendida.

—Solo he venido a recoger los cacharros de la cocina.

—Haré que Rhuairi os los entregue.

Le hizo una señal a un guarda que había cerca de allí, que le echó una mirada furtiva y cumplió con su cometido de inmediato.

Algo extraño estaba sucediendo. Jamás antes les habían negado la entrada a la cueva y era evidente que el joven guardia estaba ansioso por librarse de ellas. ¿Acaso había algo allí que no querían que ellas vieran? Meg debió de darse cuenta también de ello. La tomó por el brazo y dijo:

—No pasa nada. Haced que Duncan los traiga más tarde.

Meg se la llevó de allí para volver hacia la casa, pero con sus prisas había hecho que Ellie tropezara con un hombre que venía por detrás de ellas.

—Mis disculpas —dijo ella de manera automática.

Ellie echó un vistazo a aquel hombre y se quedó helada. Se puso pálida como la muerte. Parpadeó en la penumbra sin creer lo que veían sus ojos. Iba vestido con los ropajes recios de un pescador, pero reconoció al apuesto hombre de cabellos morenos que tenía ante sí: Eduardo Bruce, el hermano mayor de Robert y su propio hermano político por matrimonio.

¿Por qué...?

¡Por supuesto! De pronto, en ese preciso instante todo cobró sentido. La última pieza del rompecabezas entró en su debido lugar. «Halcón está con Bruce.» No era un pirata, sino un rebelde escocés que luchaba en el bando de Robert contra el rey Eduardo. Y contra su padre. De repente, aquel deseo de evitar pronunciar el nombre de su padre en la cueva cobraba sentido.

Aquello era a lo que Meg se refería cuando afirmaba que el asunto era complicado. Pero su amiga

no podría haber imaginado jamás lo complicado que realmente era. Y entonces se percató de una segunda cosa: Halcón descubriría quién era ella realmente. Todo acabaría para ellos. Una vez que descubriera su identidad, ya no habría más encuentros privados ni besos ni placer. Jamás tendría posibilidad de averiguar cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia ella.

Al principio, temía revelar su identidad porque eso podría empujarlo a casarse con ella solo por su riqueza y su posición. Pero además existía otro escollo en su relación: era la hermana de su rey y señor. Eso le hacía sospechar que la nobleza innata de la que adolecía lo haría ofrecerse a ella en matrimonio. Pero ella no quería conseguirlo de ese modo. La posibilidad de un futuro como el de su madre resultaba una cura ante tales pensamientos. No había nada romántico en un amor no correspondido. Para eso mejor estaría con Ralph. Contuvo la respiración, esperando al momento de la revelación, esperando a que la voz de Eduardo clamara y preguntara qué hacía ante él lady Elyne de Burgh vestida de campesina. Pero Eduardo no dijo palabra. Sus negros y fríos ojos pasaron delante de ella sin mostrar el menor atisbo de interés, justamente del mismo modo que la primera vez que se encontraron en la boda de Robert e Isabel. Si adornada con sus joyas y ataviada con ricos paños de terciopelo no había sido lo suficiente bella para que él le prestara atención, mucho menos lo era en ese preciso momento.

¡Dios mío, no la había reconocido! Sabía que debía sentirse humillada, pero en lugar de eso no podía creer que tuviera tanta suerte. Dio media vuelta sin querer ofrecerle una segunda oportunidad para que la reconociera. Pero antes de que pudiera tomar a Meg por el brazo y se apresurara a marcharse, la detuvo una voz dolorosamente familiar.

Halcón la agarró por el codo y la hizo volverse.

—¿Ellie? ¿Qué demonios estáis haciendo aquí?

La mirada de Eduardo Bruce se agudizó y la observó con mucha más atención de la que ella habría querido.

—¿Esta es vuestra prisionera?

A Ellie le dio la impresión de que no respondía en absoluto a las expectativas que se había formado de ella.

—No soy su prisionera.

—No es mi prisionera —dijo Halcón al mismo tiempo.

Eduardo la escrutaba con una intensidad que la incomodó. Por un momento temió que la hubiera reconocido. El gesto se le torció en una sonrisa burlona. Al final decidió apartar su vista de ella.

—No es como las que os suelen gustar normalmente, Halcón.

Erik tenía serios problemas para recordar que aquel hombre era el hermano del rey y que atravesar aquella sonrisa vil con su puño probablemente no fuera la mejor de las ideas. Pero, diantres, se habría quedado en la gloria.

Primero, ese imbécil de Eduardo se había dejado ver ante las dos mujeres y, aunque fueran poco probable, siempre cabía la posibilidad de que alguna de ellas lo reconociese. Y después de esto había insultado a Ellie al compararla con otras mujeres.

¿Y por qué no podía atraerle Ellie? ¿Y qué si no tenía los pechos enormes ni parecía que acabara de descender del monte Olimpo? Cualquiera idiota podía ver la belleza que había en esos ojos castaños jaspeados de verde, su pequeña nariz y esa boquita llena de inteligencia que tenía.

Si ese bastardo había herido sus sentimientos, sus conexiones con la realeza no bastarían para salvarlo. Miró en dirección a Ellie. Por cómo ella había alzado la barbilla y por el color acusado de sus

mejillas estaba claro que se había percatado de las implicaciones que aquello conllevaba, y según parecía estaba a punto de darle a Eduardo un buen rapapolvo. Era de esperar. Ellie no basaba su propia valía ni la de nadie en la belleza física. Esa era una de las cosas que admiraba en ella y la razón de que le importara su buen juicio. Pero tampoco quería que permaneciera junto a Eduardo Bruce más tiempo del necesario.

—Tenéis razón —dijo Erik interponiéndose entre ambos—. Ellie es demasiado especial para ser comparada con ninguna otra persona.

Se quedó sorprendido al percatarse él mismo de que lo decía en serio.

Ellie lo observaba con esa mirada tan penetrante que lo ponía nervioso. Para evitar que sus palabras la confundieran y llegara a conclusiones erróneas, pasó al ataque.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Es culpa mía —intervino Meg—. No sabía que estabais ocupado. Hemos venido a recoger los cacharros de la cocina.

Erik se alegró de ver que Eduardo se percató, si bien tarde, de que no debía ser visto por nadie y había decidido volver a la cueva. Ellie observó cómo se marchaba y hubo algo en la expresión de sus ojos que hizo desconfiar a Erik.

—Haré que los lleven alguno de mis hombres —dijo. Advirtió que Meg se sentía culpable por haberlos interrumpido. No era culpa suya. Habría tenido que ser más explícito en cuanto a sus órdenes. Se preguntaba qué las habría llevado hasta allí, ya que no creía que hubieran ido realmente a recoger los cacharros de cocina—. Es tarde —dijo—. Os acompañaré a casa.

Ambas se negaron, pero Erik no quería oír hablar más del asunto. Tal vez Meg estuviera acostumbrada a caminar por el acantilado de noche, pero Ellie no. Solo de pensar en lo fácil que habría sido que resbalara o tropezara en la oscuridad se ponía furioso de nuevo. La acompañó en la ascensión del sendero y agarró firmemente a Ellie del brazo para asegurarse de que aquello no pasara. Puede que Ellie fuera delgada, pero eso no evitaba que sus cuerpos se acoplaran a la perfección.

Las mujeres se mostraban más calladas de lo habitual. En cuanto cruzaron el umbral de la puerta, Meg bostezó de modo exagerado y se excusó para irse a la cama. A Erik le dio la sensación de que quería dejarlos a solas. Pero a Ellie se la veía demasiado nerviosa. Se pasó un tiempo incalculable quitándose el abrigo y después deambuló por la habitación hasta que al final decidió calentarse las manos ante el fuego.

—¿Querías algo, muchacha?

—No —dijo. Pero se corrigió de inmediato—: Sí. —Cruzó las manos sobre sus faldas y se volvió hacia él para mirarlo—. Vuestros invitados. ¿Era esa la razón de que no vinierais esta noche?

Maldita sea. Lo había olvidado. Aunque tal vez no fuera esa la verdadera causa. Las palabras de Randolph pesaban más de lo que quería admitir.

—Sí. Lo siento —dijo con una sonrisa—, pero los negocios están antes que el placer.

No obstante, aquel intento de mostrarse despreocupado fue fulminado por completo por sus siguientes palabras.

—No sois ningún pirata. Estáis con Bruce. Por eso os persiguen los ingleses.

Rió como si aquello fuera una broma, aunque en su interior estaba furioso. Probablemente había reconocido a Eduardo Bruce.

—¿Todavía seguís inventando nobles actividades en mi honor, Ellie? Creí que dejaríais los cuentos para mí.

—No —dijo en voz baja—. No bromeéis con algo como esto —prosiguió con los ojos clavados en él—. No me mintáis.

Debería. Debería dar media vuelta y marcharse. Ya era lo suficiente complicado. Pero no podía hacer que sus pies se movieran. No quería engañarla.

—Es más seguro para vos que no hagáis preguntas.

—No me importa si es seguro o no. Quiero saber la verdad. ¿Qué iba a hacer aquí si no el hermano del rey?

—¡Maldita sea, Ellie! ¡A mí sí me importa! —Pasó los dedos entre sus cortos cabellos, intentando controlar la crispación de sus emociones. ¿Acaso no se percataba de que intentaba protegerla?—. ¿Os dais cuenta de lo que harían de vos si supieran que sabéis algo? El rey Eduardo no se detendrá ante nada para encontrar a Bruce. No dejéis que el hecho de ser mujer os lleve al engaño de pensar que estáis a salvo.

La vehemencia de su reacción no pareció tener efecto alguno en ella.

—La reina. —Avanzó hacia él con ansiedad—. ¿Qué noticias tenéis de la reina Isabel?

Se sorprendió ante la extraña intensidad de su pregunta, hasta que recordó el cargo que tenía en la casa de Ulster.

—Ninguna desde que se vio obligada a separarse del rey meses atrás.

—Oí rumores de que había marchado a Noruega. A refugiarse junto a la hermana de Bruce, la reina.

—No lo sé —dijo negando con la cabeza a un tiempo.

Advirtió su decepción y se preguntó si, a pesar de su posición en la casa de Ulster, no simpatizaría con la causa de Bruce. Aquello no lo sorprendería, dadas las conexiones que Bruce tenía con Irlanda. Pero poco importaba. Simpatizara con su causa o no, habían puesto precio a la cabeza de Erik y cualquier conexión con él sería demasiado peligrosa.

—¿Por qué estabais en la cueva que hay bajo Dunluce? —preguntó ella.

—Ellie... —la advirtió.

Pero ella hizo caso omiso.

—Aquellos hombres con los que os reunisteis. Los irlandeses. Son guerreros para Bruce. —Alzó la vista para mirarlo—. Estáis planeando algo.

Erik cruzó toda la habitación y la tomó por los hombros.

—Deteneos —dijo presa del miedo. ¿Por qué diablos tenía que ser tan inteligente?—. ¡No hagáis más preguntas! Olvidad todo lo que habéis oído. ¡Olvidaos de mí!

Lo dijo a gritos, gritando de veras.

Se quedó sobresaltada. A Erik le pareció que finalmente su ira había conseguido afectarla.

—¿Es eso lo que queréis de mí?

Él no dudó un instante.

—Sí.

Ellie alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos. Erik sintió el fuego que los conectaba. Lo miraba a los ojos y lo desafiaba a negarlo.

—No puedo hacerlo.

«Que el diablo se la llevara.» Era la mujer más irritante y díscola que jamás hubiera conocido. Erik sintió que todo se le escapaba de las manos. Quería tomarla entre sus brazos y besarla hasta que atendiera a sus palabras. Quería echársela al hombro y transportarla tan lejos como fuera posible. A

algún lugar seguro. Pero cualquier lugar seguro significaba un lugar alejado de él.

La dejó sola. Del mismo modo que él podría olvidarla, ella también podría hacerlo. Sintió como si le clavaran un cuchillo afilado en el pecho.

—Descansad. Partiremos mañana por la noche.

A ella se le cambió la cara.

—Pero... —Por cómo se apagó su voz, pareció darse cuenta de que era inútil protestar. Alzó la vista de nuevo para mirarlo a los ojos—. ¿Os veré mañana?

En otras condiciones ni lo habría dudado. Cuando las alternativas eran elegir entre esperar junto a sus hombres a que cayera la noche o disfrutar de una relación amorosa, no había mucho que decidir. Pero incluso en ese momento tuvo que luchar para controlarse. Su suave y femenino aroma se elevó para cautivarlo. El deseo que sentía por ella no seguía su curso natural, sino que crecía más a cada paso. Quería desnudarla completamente, envolverla con su cuerpo y colarse en su interior hasta lo más profundo. Tenía tantas ganas de hacerlo que podía ver cómo sería, y aquellas imágenes lo volvían loco. Sabía que no era una buena idea. Se estaba complicando demasiado. Su control estaba llegando al límite de su capacidad. Mañana marcharían cada uno por su lado. Sería mejor romper por lo sano. Sin embargo, le resultaba muy difícil resistirse a la tentación de pasar un último día con ella, de tocarla, de observar cómo se ruborizaba su cara de placer mientras él la llevaba a otro mundo con sus caricias.

—No lo sé —vaciló—. Habrá mucho que hacer.

Sí, cosas como sentarse a esperar.

—Ah —dijo ella sin ocultar su decepción—. Creía que habría algo de tiempo para mostrarme esa cueva cuando terminarais con vuestros hombres por la mañana. Si es que realmente existe.

Erik sonrió. Aquella sutil mofa demostró ser de lo más persuasiva. Estaba siendo ridículo. Hacía una montaña de todo ello. Solo era un día más.

—Sí, claro que existe. Había prometido mostrárosla, ¿no?

Ellie asintió con un esbozo de sonrisa en la comisura de los labios. Sabía que se había salido con la suya, aunque tampoco había tenido que luchar demasiado para conseguirlo.

—Tendremos que ir cuando la marea esté baja. ¿Estaréis preparada por la mañana? Me refiero a lo que el resto de nosotros llama mañana.

Ellie hizo una mueca.

—Muy gracioso. Decidme simplemente a qué hora.

Dado que Eduardo Bruce y Boyd se marchaban varias horas antes del amanecer, él tendría que estar despierto casi toda la noche de todas formas.

—¿Al amanecer? —Rió ante su cara de horror—. Bueno, si no queréis ir...

—Estaré lista al amanecer —gruñó.

No pudo resistirse y la besó suavemente en los labios antes de marchar.

—Merecerá la pena —prometió.

—Más os vale, a una hora tan intempestiva.

Ellie miró en derredor de aquel palacio de rocas subterráneo que brillaba como ébano pulido en la turbia oscuridad.

—Es magnífico —dijo casi susurrando.

—Me alegro de que deis vuestra aprobación —dijo Halcón con unos ojos azules que brillaban de malicia—. ¿Debo entender que el baño mereció la pena?

—Truhán —repuso ella haciendo una mueca de fastidio y salpicándole agua en la cara—. Muy inteligente de vuestra parte olvidaros de comentarlo antes.

Se sacudió el agua de su densa y ondulada cabellera y le dirigió una de sus incorregibles sonrisas.

—No lo preguntasteis.

Ellie se lo había pensado dos veces cuando se percató de que tendrían que nadar hasta la cueva, aunque en realidad, recordando lo mucho que le había costado levantarse antes del amanecer, esa había sido realmente la tercera vez. No se trataba de un día de invierno cálido y soleado, al contrario que la última ocasión en la que él la había convencido para darse un baño.

Habían partido poco después del amanecer, en una vieja barca destartada que habían tomado prestada de un pescador local en la que apenas cabían los dos. A pesar de que Halcón se lo asegurara, *Ellie* se sorprendió de que aquel amasijo de tabloncillos desvencijados y gastados pudiera flotar. Erik cortaba la densa bruma de la mañana con los remos, y tras hacer virar la embarcación apenas unas paladas sobre la punta norte de la isla, vieron aparecer un saliente de rocas oscuras que ocultaba una pequeña cueva. Acercó el bote hasta la rocosa playa para mantenerlo oculto y le dijo a *Ellie* que dejara sus ropas en él. Eso de volver a meterse en las heladas aguas la echaba para atrás, pero no quería dar pie a que la llevara de vuelta. Tal vez fuera la última oportunidad para estar a solas con él. Si realmente deseaba averiguar si Meg tenía razón, habría de hacerlo en ese momento.

Así que una vez más se lo quitó todo menos el camisón y siguió a Erik hasta lo que parecía una pared de rocas puntiagudas que ocultaba la entrada a una cueva. Nadar hacia lo desconocido fue un tanto aterrador, pero él la cogió de la mano y se sumergió junto a ella en el oscuro y helado mar, llevándola consigo unos cinco pies hasta llegar a una estrecha hendidura en la roca. Al salir al otro lado, *Ellie* se encontró en una piscina poco profunda, maravillándose con el oasis de rocas que tenía a su alrededor. Había la luz justa para adivinar la tosca forma oblonga de la oscura gruta.

Cuando Halcón la puso en pie, *Ellie* se sorprendió de que el agua apenas le llegara por el pecho.

—Solo se puede entrar cuando hay marea baja —explicó él—. Por la tarde, el agua llega hasta el techo.

La cueva mediría algo más de tres metros de altura, ya que el techo se alzaba alrededor de un metro sobre la cabeza de Halcón. Era asombroso pensar que el agua llegaría tan arriba en unas pocas horas. Le dieron escalofríos.

—No me gustaría quedarme atrapada aquí dentro.

La llevó hasta un saliente de la roca que servía como banco natural. Le puso las manos sobre la

cintura y la alzó para que se sentase; después se aupó a sí mismo. Era la primera vez que la tocaba en todo el día, de modo que el cuerpo de Ellie se sobresaltó ante el contacto. Para un hombre que se comunicaba tanto con las manos como con las palabras, parecía hacer grandes esfuerzos por dejarlas quietas.

Ellie se escurrió el agua del pelo como pudo y refugió los pies bajo el borde de su húmedo camisón mientras él se pasaba los dedos entre los cabellos y se secaba el agua de la cara.

—¿Tenéis frío?

Ellie tenía la piel de gallina, pero le asombró comprobar que no sentía frío. El ambiente no era tan cálido como en la sauna, pero había cuanto menos veinte grados más que en el exterior. Negó con la cabeza.

—Hace mucho menos frío aquí que dentro del agua.

—Sucede así durante casi todo el año, aunque desconozco la razón.

Se percató del débil eco que seguía a su voz y permaneció atenta a cualquier otro sonido en el interior de la cueva, el viento o el agua golpeando contra las rocas, pero a excepción del goteo del agua que caía desde el techo, el silencio era espectral.

—¡Qué silencio!

—Sí, parece que uno esté en otro mundo, ¿verdad?

—¿Cómo encontrasteis este lugar?

—No lo encontré. Los locales lo conocen desde hace mucho tiempo.

—Es un lugar fantástico para esconderse. ¿Veníais mucho por aquí cuando erais joven?

La miró de reojo con suspicacia, pero no respondió. Ellie no se dio por aludida.

—¿Fue esa la razón de que os unierais al bando de Bruce, para reclamar vuestras tierras?

Erik negó con la cabeza.

—¿Es que nunca os dais por vencida?

Se quedó pensando en ello.

—No.

Halcón suspiró. Ella pensó que no tendría intención de responderle, pero tras un momento él dijo:

—Eso tuvo algo que ver, pero la razón principal fue que me lo pidió el jefe de mi clan. —Ellie lo miraba intensamente—. No preguntéis. No puedo contaros más.

Se mordió el labio y bajó los ojos para mirar a la oscuridad de la laguna. No quería que hubiera más secretos entre ellos. Tenía que contarle la verdad acerca de su identidad, pero antes necesitaba saber cuáles eran sus sentimientos hacia ella.

—¿No podéis o no lo haréis?

—Ni lo uno ni lo otro.

Erik alargó el brazo y le cogió la barbilla. Aquella suave caricia hizo que su cuerpo se inundara de escalofríos. La obligación se había convertido en una razón poco apetecible para el matrimonio, especialmente si era con él.

—Es demasiado peligroso para vos. Intento protegeros —dijo Erik.

Tenía razón. Era algo demasiado peligroso. Por ello, su asociación con Bruce era tan aterradora.

—¿Y qué hay del peligro que supone para vos? —preguntó Ellie, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos. A pesar de la lealtad de su padre al rey Eduardo, Ellie simpatizaba con la causa de su cuñado, al que siempre había admirado. Pero por más que simpatizara con su lucha, sabía que aquella causa estaba perdida de antemano. El intento de Bruce de tomar la corona había fracasado. Los

días de Bruce y sus seguidores estaban contados. Le helaba la sangre imaginar lo que el rey haría con ellos cuando los atrapara, y no cabía duda de que así sería—. ¿Durante cuánto tiempo pensáis que ganaréis la carrera a la flota inglesa?

Halcón retiró la mano de su barbilla y endureció la expresión hasta hacerla desafiante.

—Tanto como sea necesario.

—¿Y qué pasará después? ¿Moriréis en algún campo de batalla? O peor aún, ¿colgado de una soga o bajo el hacha de un verdugo?

—Puede que sí—dijo encogiéndose de hombros—, o tal vez no.

Ellie se indignó por la frustración. Nada lo afectaba. Nada era serio para él. Parecía ajeno al peligro.

—¿Es que no os preocupa la muerte?

—La muerte es parte del combate, Ellie. Combatir es a lo que me dedico. —Sonrió—. Y por lo general, suelo ganar el combate.

No lo ponía en duda. Lo había visto blandir la espada. Con ese tamaño y fuerza, había de ser brutal en el campo de batalla.

—Pero esta vez no podréis ganar. Eduardo es demasiado poderoso. ¿Cuántos tenéis, varios cientos de hombres?

—Esto todavía no se ha acabado.

Al parecer, poseía una vertiente testaruda de la que hasta ese momento no se había percatado.

—¿Creéis que Bruce tiene alguna posibilidad?

—Más que alguna posibilidad.

Ellie percibió en su voz algo que no había oído nunca antes. Era algo profundo, irreverente e inquebrantable. Tardó un momento en reconocer de qué se trataba: lealtad. De repente vinieron a ella las palabras inscritas en la espada: «Siempre fiel».

—Pero lo seguiríais de todas formas —dijo casi para sí.

Aunque significara su propia muerte.

No era la voz de alguien incapaz de comprometerse. Si era capaz de sentir esa lealtad hacia Bruce, tal vez también fuera posible que ella le importara. Halcón no era como su padre. Solo porque fuera guapo y carismático, ella no tenía derecho a asumir que fuera incapaz de sentir emociones profundas. Todo lo ocurrido la semana anterior tomaba un cariz completamente diferente sin la influencia cegadora que suponía el sesgo del corazón partido de su madre. Erik había pasado con ella todo el tiempo libre del que disponía y había inventado excusas solo por estar con ella. Aunque su única intención fuera que ella se relajara, no había sido la única en disfrutarlo. Él se había reído y divertido tanto como ella. Le había contado cosas personales acerca de su familia, cosas que sospechaba que compartía con muy pocas personas. Y también estaba el hecho de que hubiera mandado un mensaje para tranquilizar a su familia, algo que no tenía necesidad de hacer y para lo que, sin duda, había asumido cierto riesgo. Actuaba de modo diferente con ella de lo que hacía con los demás.

Pero no era solo lo que hacía, sino la sensación, la plena certeza de que significaba algo para él. Lo veía en la manera en que ella parecía afectar a su carácter como nadie más lo hacía, la manera en que él le hablaba, el modo en que su cuerpo reaccionaba al contacto con sus dedos y aquella intensa y tierna mirada que le ofrecía cuando la tocaba. Aquello tenía que significar algo.

Incluso Meg lo había percibido.

Ellie inspiró profundamente y se volvió hacia él.

—No quiero que nos despidamos.

Halcón se quedó de piedra. El músculo inferior de su barbilla palpitaba. Pero después sonrió y ella se preguntó si no habrían sido imaginaciones suyas.

—Ellie, pronto estaréis en casa con vuestra familia y os olvidaréis de que todo esto tuvo lugar.

Ella intentó revolverse ante aquel dolor punzante.

—No me tratéis con condescendencia. Sé perfectamente lo que siento.

—Ahora os sentís de este modo, pero lo olvidaréis con presteza.

Sonaba tan seguro de sí mismo, tan confiado... Como si lo hubiera dicho antes muchas veces, demasiadas.

«Esta vez es diferente.»

Ellie examinó su rostro en busca de algún signo de debilidad, pero no encontró ninguno. Su corazón parecía luchar por latir en la estrecha caverna de su pecho.

—¿Es eso lo que vos haréis, olvidar? —le preguntó en voz baja.

Él la miró a los ojos y no vaciló en absoluto.

—Sí.

No lo creía. Si no le importaba nada, ¿por qué no la tocaba?

Era como si no se fiara de sí mismo. Y a pesar de que intentara ocultarlo, su actitud era demasiado forzada. Apoyaba la espalda en la pared de la roca y permanecía sentado sobre una de sus piernas mientras la otra descansaba sobre el agua, completamente relajado según las apariencias. Pero aquella actitud de indiferencia no la engañaba. Podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo como si fuera una yesca humeante a punto de prenderse fuego.

Meg tenía razón. No se trataba de un hombre que aceptara sus sentimientos con facilidad. Necesitaría que le dieran un empujoncito. Ellie apartó las manos de sus propias rodillas y se acercó a él. No se molestó en mostrarse seductora, porque sabía que aquello solo serviría para que se sintiera idiota. Pero sí podía mostrarse desvergonzada y directa. Debió de surtir algún efecto, porque el cuerpo de Halcón, ya tenso de por sí, adoptó una posición de rigidez absoluta. No parecía respirar siquiera.

—¿Qué estáis haciendo?

Ellie sonrió al oír el tono de alarma en su voz. Le pareció una extraña ocurrencia para un hombre que rezumaba tanta confianza.

—Pensaba que era obvio. Lo que hemos estado haciendo los dos últimos días, divertirnos un poco.

Erik entornó los ojos con suspicacia. Era consciente de que lo estaba desafiando.

—No creo que sea buena idea.

Arqueó una ceja.

—¿Por qué? No es nada serio... ¿o sí?

No contestó, pero tal vez fuera porque tenía la mandíbula tan tensa que parecía incapaz de articular movimiento alguno.

«Un empujoncito.» Pero él no se lo ponía nada fácil. Estaba allí sentado con total rigidez, con los músculos en tensión y cada centímetro de su poderoso cuerpo advirtiéndole que no se acercara.

Ellie volvió a inspirar profundamente y se inclinó sobre él, puso su boca contra la suya y después rozó la humedad salada de su áspero mentón con los labios hasta llegar a su cuello. Olía bien, incluso empapado de agua de mar. Hacía varios días que no se afeitaba y la oscura sombra de su barba daba un carácter esquivo a su apariencia de divinidad nórdica dorada. Ellie se echó hacia atrás para evaluar los efectos que tenían sus esfuerzos. Su mirada la atravesó con la intensidad y el calor de un rayo. Él

seguía con la mandíbula como encajada, los músculos del cuello agarrotados y el mentón no cesaba de palpar.

Todo en él apelaba al espíritu temible del guerrero de las Highlands, sombrío y peligroso. Pero había algo perverso en ello que la excitaba. No hacía sino darle más arroyo.

—Os olvidaréis de todo esto —lo desafió—, porque no significa nada, ¿no es cierto?

Él la observaba con la acechante mirada del depredador al cual debía su nombre. Ellie lo obsequió con una de esas sonrisas irreverentes de las que él era maestro, y se acercó para tocarlo. Los dedos resbalaron por su pecho hasta los rígidos listones de músculos que cruzaban su abdomen de lado, a lado y estos se sobresaltaron ante el contacto. Jugueteeó con él por unos instantes y comprobó los límites de su capacidad para controlarse, dibujando círculos provocadores sobre su vientre hasta que se puso todo él en tensión, cuidándose al máximo de evitar la gruesa columna de carne que se esforzaba en llamar su atención.

No dejó de mirarlo a los ojos en ningún momento y observó que estos se volvían cada vez más oscuros y ardientes.

—¿Y esto? —dijo poniendo la mano sobre su corazón a punto de explotar, mientras lo miraba a los ojos con intensidad—. No sentís nada diferente ahí, ¿verdad?

—No —dijo con una voz tan cortante y tensa que más bien pareció una imprecación.

Mentía. Ellie se daba cuenta de ello, por más que él luchara con firme determinación. Cuando rozó con su muñeca el robusto cuerpo de su virilidad, Halcón emitió un silbido. Ellie notó el calor que desprendía a través del fino paño de los calzones. Lo rodeó con sus manos.

—Estoy segura de que lo olvidaréis todo.

—Santo Cristo, Ellie —se quejó, con los músculos del cuello tan tensos como la cuerda de un arco—. No quiero haceros daño. —Por la congoja que sentía en el pecho, Ellie podía arriesgarse a decir que ya era demasiado tarde para ello. Entonces la agarró por la muñeca, pero ella no estaba dispuesta a soltarlo—. No puedo ofreceros en este momento lo que queréis.

La esperanza que le daba arrestos se disipó. Lo soltó y apartó la mano. «No me quiere. No le importo.» El dolor se aferró a su pecho. No esperaba que aquello doliera tanto. Pero había algo en su interior que no le permitía darse por vencida. Si era eso todo lo que él pensaba ofrecerle, tomaría tanto como fuera posible.

Comenzó a trabajar sobre las ligaduras de sus calzones con determinación renovada, pero la tela estaba húmeda, de modo que tuvo que esforzarse. Una vez todo abierto y al alcance de su mano, alzó la vista para mirarlo. Su rostro permanecía duro e inquebrantable como el granito.

—¿Lo que quiero? Todo lo que quiero es esto —dijo. Y cuando vio que no obtendría respuesta puso los dedos a su alrededor y sintió cómo su propio vientre se encrespaba por la excitación. La piel, suave como el terciopelo, mostraba toda su tirantez sobre aquella turgente columna de acero—. Solo un poco más de placer por última vez.

«Maldita sea.» ¿Qué demonios creía que intentaba probar? No importaba lo mucho que se divirtieran juntos, él se marcharía esa misma noche y olvidaría todo aquello. Ambos lo harían. No importaba lo increíble que fuera la sensación de tenerla en sus brazos, que no pareciera cansarse de besarla, o que la deseara más de lo que había deseado a cualquier otra mujer en su vida. Eso solo ocurría porque sabía que no podía tenerla. La manera en que latía su corazón, esa atracción visceral, la necesidad animal de estar con ella, pronto desaparecerían. Siempre ocurría así.

Y sin embargo, jamás había sentido nada como aquello. La deseaba con tantas ganas que por primera vez en su vida no confiaba en sí mismo. ¿Por qué tenía que forzar las cosas? ¿Por qué no lo

dejaba en paz? No quería hacerle daño. Intentaba hacer las cosas bien. Pero sentir esas manos en su cuerpo, tocándolo, acariciándolo..., reducía a añicos todas sus intenciones. Todavía podía notar la impronta de aquella mano sobre su pecho, diantres. Sabía lo que se proponía con ese juegucito, pero eso no lo haría cambiar de parecer. Maldita sea, aquello no significaba nada para él. Y tenía toda la intención de probarlo. Si quería placer, eso sería exactamente lo que conseguiría. Más placer del que podría soportar. Puede que fuera ella quien había comenzado el juego, pero lo acabarían de acuerdo con sus propias condiciones.

Hundió los dedos entre sus empapados cabellos y atrajo la cara de Ellie hacia sí, cubriendo su boca con un largo y apasionado beso. El alivio se diseminó por su cuerpo en una onda cálida y pesada. La devoró con los labios a medida que la iba acariciando, engarzando su lengua con la de ella hasta lo más profundo en una necesidad frenética de consumación. Pero aquello no sirvió en absoluto para calmar el hambre que hervía en su interior.

No debería hacer eso. No, dados sus propios sentimientos, entre los que se mezclaban la rabia y una extraña agitación de frenesí que no alcanzaba a comprender. No le parecía ser dueño de sí. En su interior se formaba algo salvaje y descontrolado. Sintió la presión que se acumulaba en su pecho, una pesadez que se expandía sin poder escapar por ningún sitio. Se percataba del peligro, pero no atendía a sus advertencias.

«No es más que placer. Lujuria, eso es todo.»

Pero cada una de esas endiabladas caricias aumentaba el frenesí, y su cuerpo se veía ya minado hasta el punto de ruptura por aquellos provocadores roces.

«La última vez.»

No le cabía la menor duda de que haría que mereciera la pena. Apartó la mano de Ellie de su cuerpo antes de que todo acabara demasiado pronto, y la atrajo hacia sí para acomodarla en la piedra sobre la que él estaba apoyado. Acarició sus pechos, su trasero. La cubrió con sus manos, estrujándola, apretándola, sujetándola contra sí en un desesperado intento de paliar el hambre y las peligrosas emociones que revolucionaban su interior.

Ella se derretía entre sus manos, arqueaba su cuerpo y lo pegaba al de él. Si en algún momento puso freno a sus reacciones, aquello era agua pasada. Salía al encuentro de cada una de las caricias de su lengua y de sus manos con un abandono brutal que él jamás habría imaginado. Pero aquello era como poner aceite sobre la llama, no hacía más que servir de combustible al fuego que surgía en su interior.

Él la besaba, la acariciaba, encajaba su cuerpo sobre el de ella, caderas con caderas, pecho junto a pecho. Las duras protuberancias de sus pezones le arañaban el torso a medida que ella se rozaba contra él. Estaban cerca, pero no lo suficiente. Halcón quería sentir su cálida piel resbalando contra la de ella. Quería verla desnuda, completamente desnuda, por vez primera. Sin que hubiera camisón, vestiduras ni calzas entre ellos.

Ropas. Necesitaba desprenderse de ellas. Apartó su boca y se deshizo de la camisa. Los ojos de Ellie se abrieron con fruición y devoraron con la mirada cada centímetro de sus desnudos brazos y su pecho. No debería mirarlo de ese modo. Aquel hambre sin ambages que mostraba no hacía sino ponerlo más caliente. Lo siguiente en caer fueron sus calzones y después, antes de que pudiera objetar algo, le sacó el camisón por encima de la cabeza.

«Jesús.» Tomó aliento, sintiéndose como si lo hubiera alcanzado un rayo. Era preciosa. No flacucha, sino ligera y delicada. Sus ojos se hundieron en cada uno de los esbeltos centímetros de su sedosa piel. Pechos pequeños y respingones, cintura fina y caderas de curvas gráciles, y esas piernas...

Sus piernas eran simplemente perfectas, largas y estilizadas, con músculos de formas dóciles.

Tal vez aquello no hubiera sido tan buena idea... Pasaría mucho tiempo hasta que fuera capaz de borrar esa imagen de su cabeza. Incapaz de aguantar ni un momento más separado de ella, la arrastró hacia sí y la besó mientras se encontraban desnudos cuerpo a cuerpo por primera vez. Todo él se incendió ante el contacto, ante el crepitar de la piel entrando en contacto con la piel.

Le acarició los pechos y la cogió por el trasero. Se despidió de toda sutilidad y le metió mano entre las piernas, besándola mientras introducía su dedo en el interior de aquel suave calor líquido. Gimió. El deseo lo atravesaba en una ola cálida y pesada que lo llevaba hacia las profundidades. Tan caliente, tan húmedo... Ella jadeaba y se retorcía contra él, acercando las caderas a su mano y apretando aún más los pechos contra su cuerpo.

Introdujo otro dedo y la abrió con más holgura. Pero acariciarla con los dedos no era suficiente. Quería estar dentro de ella más de lo que jamás había querido nada en la vida. Ella gimió de nuevo, esta vez con más insistencia y pegó su montículo a la erección en busca de mayor fricción. Sentir toda aquella humedad resbalar por su palpitante verga lo llevó al borde de la locura. Estaba tan cerca.

«No.» Apretó los dientes ante la urgencia que sentía de sumergirse en su interior. Pero, Dios, cuánto lo deseaba... «Una última vez.» No podía parar de repetir esas palabras que zumbaban en sus oídos guiando todos sus actos.

—Os lo ruego, Halcón.

—Erik —suplicó. Quería, necesitaba oír cómo decía su nombre. Sus ojos se encontraron. Sintió esa punzada aguda en el pecho—. Erik —volvió a pedir.

—Erik —repitió ella en voz baja. La sonrisa que se formó en su rostro y que llenó sus ojos hizo añicos la presión que se había ido construyendo en su interior—. Por favor, quiero hacerlo.

A él, la cabeza le daba vueltas. Aquel inocente ruego estaba haciendo que se quedara sin respuestas. Sabía el placer que le procuraría, lo prieto que sería su interior, cómo su cuerpo lo envolvería. No podía pensar más que en estar dentro de ella. Era lo único que importaba. Era lo único que lo haría sentirse bien. Lo único que detendría el martilleo que sentía en el pecho y que pondría fin a la locura de su deseo.

Puso una mano sobre cada uno de sus hombros para pegarse más a ella y se colocó entre sus piernas. Sus ojos se encontraron y se miraron. Ninguno de los dos dijo una palabra. No necesitaban hacerlo. Le dio una última oportunidad. Ella leyó la pregunta en sus ojos y asintió.

No lo dudó. Su cuerpo ya no atendía a razones, sino que actuaba por cuenta propia, impulsándose hacia delante con una sola intención: hacerla suya. «Mía.» Se trataba de un instinto primario imposible de resistir. Su cuerpo se agitó de la emoción, anticipando las sensaciones a medida que empujaba lentamente hacia su interior.

Ellie sabía que debía decirle que se detuviera. A pesar de la bruma de pasión que los envolvía a ambos, sabía que debía hacerlo. Pero no quería. Le encantaba. Le encantaba Erik. Le había dicho su nombre. Le encantaba su arrogante desparpajo, su incorregible sonrisa, el innato sentido del honor y la nobleza que escondía tras esa fachada de bellaco. Le encantaban su calidez, su galantería, su aire pensativo. Le encantaba la sensación de libertad que tenía al estar junto a él, la aventura, la emoción, pero también estar sentada a su lado en una colina contemplando las rocas golpear contra el mar. Unirse a él le parecía la expresión perfecta, la única manera de expresar ese amor. Sabía que eso quería decir algo, que le importaba, que estaba llamada a hacerlo. La forma en que la había mirado cuando se metió entre sus piernas la dejó sin aliento, una mirada fiera, posesiva, intensa. Era una

reivindicación primaria que no podía ser denegada.

Ella le pertenecía y él a ella. El destino los había llevado hasta aquel lugar; estaba decidido de antemano. Él le estaba destinado a ella. Lo tomó por los hombros y sintió su sedoso vértice golpear contra los sensibles pliegues de la entrepierna. Al notar aquella increíble sensación, la inundó una nueva ola de humedad. No estaba muy segura de si aquello funcionaría muy bien. Era demasiado grande. Pero en cierto modo debía confiar en que su cuerpo se ajustara para darle cabida. Sus penetrantes ojos azules le sostenían la mirada tras el rostro más fiero que le había visto hasta el momento. Verlo apretando los dientes y notar todos los músculos en tensión bajo las puntas de sus dedos hacía que pareciera estar luchando contra un enemigo invisible.

Erik empujó y la abrió con la punta de su erección. Ellie jadeó y después un poco más cuando él la embistió de nuevo. Era una sensación extraña y maravillosa. El calor, la conexión, su cuerpo estirándose al máximo y Erik llenando todo su ser. Sintió que su cuerpo se ablandaba y se abría en torno a él con la humedad como guía hacia el interior. Tal vez funcionara después de todo

Cuando pensaba que había llegado hasta lo más profundo, la miró de nuevo a los ojos y empujó hasta el fondo.

—Lo siento —dijo entre sus apretados dientes.

Ellie sintió un agudo pinchazo y gritó. Su cuerpo se puso en tensión ante aquel inesperado dolor. Pero Erik la alivió con su propia boca, besándola hasta que sus músculos se relajaron y la pasión volvió a envolverla en su erótico abrazo.

Aquella sensación caliente y frenética volvió a dominarla, la sensación de que tenía que moverse y sentirlo sobre ella. La necesidad de contacto hizo que sus dedos se agarraran a la férrea masa de músculos de sus brazos y hombros para conducir su cuerpo y ponerlo encima. Cuando aquellos pezones enhiestos y en tensión se encontraron con la cálida y bronceada piel de su escultural pecho, Ellie gimió de placer. Tener aquel peso tan sólido sobre ella era una sensación inaudita.

Erik introdujo la lengua hasta lo más profundo de su boca y Ellie se puso a rozarse contra él, ansiosa por sentir la fricción que pudiera mitigar el incansable deseo que clamaba en su interior. Se dejaba llevar por el bramido de su corazón, que latía contra el de ella.

Comenzó a embestirla, primero lentamente, después haciendo pequeños círculos con sus caderas y más tarde, cuando las de ella empezaron a elevarse para encontrarse con su cuerpo, arremetiendo de manera más profunda, hasta que la potencia de sus palpitantes embestidas parecía reclamar todo el cuerpo de la mujer. Aquella familiar presión comenzaba a formarse de nuevo. Pero era diferente, más intensa, más significativa. La unión de ambos cuerpos en uno solo había enardecido cada una de las sensaciones. También él lo sentía. Su boca se apartaba de la de ella, como si el esfuerzo de controlarse a sí mismo lo hubiera privado de cualquier habilidad salvo de la de respirar. Aunque en realidad aguantaba tanto la respiración que incluso dudaba que fuera capaz de ello. Ahora bombeaba con más rapidez, más profundo, con mayor fuerza, pulverizándola con cada una de sus endiabladas arremetidas y llevándola hasta el mismo límite. Ella gemía con cada impulso y arqueaba su cuerpo para adecuarse a su ritmo. Las sensaciones revoloteaban en su interior, tensándose al máximo, reconcentrándose, reuniéndose todas en una bola caliente y resplandeciente hasta que...

Gritó de placer a medida que su cuerpo se comprimía y liberaba la pasión que explotaba en su interior, a medida que los agudos y cálidos espasmos de placer se dilataban a su alrededor. Él cabalgó sobre ella una vez más y gritó contrayendo todo su cuerpo en tanto que estallaba la fuerza de su propio desahogo. Se balanceó sobre ella y dejó que el flujo caliente de su semilla se mezclara con la marea alta de su propio placer en una cálida caída en cascada.

Ellie quería que aquel instante durase eternamente. Invasada por la euforia del momento más asombroso de su vida, le sorprendió que se apartara de ella de inmediato. Sin el peso de él sobre ella, sin la máxima expresión de su cuerpo en su interior, sintió un frío repentino. Una sensación de molestia se fue abriendo paso en su conciencia. Esperaba que él la tomara entre sus brazos y la acunara contra su cuerpo como siempre hacía, pero en lugar de eso yacía tumbado boca arriba mirando al techo, con su magníficamente acerado pecho alzándose y cayendo con el peso de su respiración. Lo miró veladamente sin levantar la vista. Tenía un cuerpo espléndido. Desnudo, poseía un aspecto más poderoso si cabe. ¿Por qué no decía nada? El silencio parecía interminable a pesar de que habían pasado solo unos segundos. «Di algo.»

—Lo siento. —El mundo se le vino abajo. «Pero no eso.» Su rostro era frío como la piedra. Ni tan siquiera se dignaba mirarla—. Esto jamás debió haber ocurrido.

El arrepentimiento que se percibía en su voz era como un cuchillo que le desgarraba el pecho. Si albergaba alguna secreta esperanza de oír una declaración de amor, acababa de quedarle brutalmente claro que se llevaría una decepción. El corazón le dio un vuelco. Era una estúpida. Había apostado con su inocencia y había perdido. Todo lo más que podía probar era que él la deseaba. Pero deseo no significaba amor. Puede que fuera ella la que desconocía la diferencia. Era un hombre que adoraba los desafíos, que se crecía en la competición, y ahora el desafío llegaba a su fin. Dios mío, pero ¿qué había hecho? ¿Qué demonios había hecho él? La verdad golpeó a Erik de lleno en el pecho: había perdido la cabeza, acababa de romper su promesa y le había robado la virginidad.

Jamás tuvo intención de llegar tan lejos. Se había comportado como un estúpido arrogante al pensar que podía jugar con fuego sin llegar a quemarse. ¿Qué podía hacer ahora? No podía casarse con ella. Por Dios bendito, no era más que una niñera. Como jefe de un clan, tenía la responsabilidad de casarse con alguien que incrementara el poder y prestigio de este. Además, era demasiado joven para atarse a una sola mujer. No quería decepcionar a todas aquellas muchachas. Poco importaba que no hubiera pensado en otra mujer desde que había conocido a Ellie. Confiaba en que eso cambiaría.

Aunque la reacción de Eduardo Bruce lo hubiera hecho montar en cólera, aquello no era inesperado. Erik siempre había gravitado en torno a mujeres hermosas y sensuales. Ellie era más que hermosa y le gustaba, aunque fuera tal vez demasiado estirada y mandona, pero no era el tipo de mujer que solía gustarle. Aquella salvaje atracción que sentía por ella no tenía ningún sentido.

Se volvió hacia ella al percatarse de que no decía palabra. La expresión del rostro de ella lo dejó helado. Su barbilla temblaba, tenía la piel lívida y sus ojos no estaban llenos de decepción, sino de desengaño. «Ah, diablos.» Se estaba comportando como un cretino. Tan concentrado estaba en su propia culpa que no había reparado en lo difícil que era ese momento para ella.

Para ser un hombre al que conocían por decir siempre lo apropiado, sus palabras no pudieron ser más equivocadas en el peor de los momentos. En lugar de disculparse, tendría que haberla tomado entre sus brazos y tranquilizarla, decirle lo increíble que había sido y lo preciosa que era, lo que siempre hacía. Pero jamás antes se había visto tan superado por hacer el amor con una mujer. Nunca le habían asaltado tantas emociones desconocidas.

Intentó alcanzarla, pero ella le volvió la cara y fue a coger su camisón.

—No hay nada por lo que disculparse —dijo en un tono impasible—. Ya sabía en lo que me metía. Quería hacerlo. —Se pasó el camisón sobre la cabeza y consiguió esbozar una sonrisa—. Gracias. Ha estado muy bien.

«¿Bien?», se dijo Erik, sorprendido. No había estado bien. Estaba claro que para ella todo eso era nuevo, pero había sido algo de una espectacularidad asombrosa.

Ellie le ofreció sus ropas.

—Tenemos que irnos. Seguro que tienes muchas cosas que hacer antes de partir.

Erik no podía creerlo. ¿No se suponía que había de ser él quien tuviera la urgencia de salir corriendo?

—Pueden esperar —dijo tomándola por el brazo—. Tenemos que hablar de lo que ha sucedido aquí. —Se pasó los dedos entre los cabellos. Jamás antes había estado en una situación como esa y no sabía qué decir—. Te he despojado de tu honra.

Ellie se apartó de él como si sus palabras quemaran.

—Te lo ruego. No es preciso que digas nada. No quiero nada de ti. Placer, solo eso, ¿recuerdas? Lo que acaba de suceder no cambia nada. Mi honra era mía y podía ofrecerla a quien quisiera si me apetecía. He actuado de manera libre.

Erik no podía creer lo que oía. Estaba liberándolo de cualquier carga. Sabía que debería sentirse agradecido, pero no lo estaba en absoluto. Se sentía completamente enojado. Pasó la vestidura sobre sus hombros y se puso los calzones. Al menos debería tener expectativas de que se casara con ella. ¿Acaso creía que era un hombre sin honor alguno? No era posible que ella pensara que era del tipo de hombres que tomaba la inocencia de una muchacha sin importarle nada. Según ella misma decía, no había creído toda esa cháchara de piratas y sí creía en su nobleza.

¿Y a qué se refería con eso de «Bien»? Puede que ella tuviera poca experiencia, pero él no. Jamás había sentido nada como aquello en toda la vida. Había sido la perfección en su máxima expresión.

La impaciencia de Ellie por marchar era patente, hasta el punto de que ya se había sumergido en el agua. Erik saltó tras ella y la tomó de la muñeca en un arrebato furioso de posesión, guiándola a través del túnel de rocas submarino. ¿Acaso pensaba darse por vencida sin presentar resistencia? ¿Volver a su posición como niñera y dejar encerrada toda esa pasión que había tras su fachada de puritana?

El mundo se le vino abajo y a punto estuvo de inhalar toda una bocanada de agua. ¿Y qué pasaría si no la dejaba encerrada? ¿Qué pasaría si la había hecho entrar en el mundo de la pasión solo para que ella lo compartiera con cualquier otro?

Por encima de su cadáver. Emergió de las aguas, se puso en pie y se giró hacia ella con cara de enojo. Si creía que la conversación había acabado ahí, estaba completamente equivocada.

—Ellie, vamos a hablar de esto.

Cuando le volvió la cara de la misma manera en que lo hizo en el *birlinn*, Erik montó en cólera.

—No quiero.

Ellie se detuvo. Su mirada captó algo que había tras él. El miedo hizo que abriese los ojos completamente.

—¡Erik, cuidado!

Se dio la vuelta un segundo tarde.

Cuatro hombres. Ingleses. Una lanza. Arrojada contra él. Sin darle tiempo...

Erik se tiró hacia la izquierda, pero la lanza lo alcanzó en el costado y lo mandó a las profundidades del negro abismo. El grito de Ellie fue lo último que oyó antes de que las aguas se lo tragan.

— ¡No!

Aquel grito salió desde lo más profundo de su interior, de algún lugar oscuro y primario donde se escondía un terror desgarrador inimaginable. Estaba tan concentrada en su propia desgracia y dolor que no advirtió a los cuatro soldados de la playa hasta el momento en que la lanza salió disparada a través del aire para colisionar de manera directa en la espalda de Erik. Todo pareció pasar con una lentitud extrema, pero aun así estaba inmobilizada en el tiempo, incapaz de moverse para detenerlo. Observar cómo el hombre al que amaba estaba a punto de morir sin que ella pudiera hacer nada significó el peor momento de su vida. Intentó ir tras él, pero ya era demasiado tarde. La lanza lo alcanzó y Erik emitió un rugido mientras se lo tragaba el agua. Ellie se sumergió para rescatarlo, incluso creyó tocar su mano, pero alguien la sacó del agua e inmobilizó sus brazos tras la espalda. Luchó como una loca. Hacía aspavientos de pánico sin saber hacia dónde, con una sola cosa en mente: rescatarlo. El hombre que la había agarrado gruñó cuando ella lo alcanzó con la cabeza en la mandíbula, una de las pocas partes de su cuerpo que no estaba protegida por la armadura. Había alguien gritando, un sonido de queja muy agudo que atravesaba sus oídos. Pudo distinguir una voz entre el barullo.

—Tranquilizaos, milady, estáis a salvo.

Era ella misma, sus propios gritos los que oía.

—¡Soltadme! —gritó luchando contra las garras del soldado y mirando hacia donde Erik había desaparecido, lugar en el que vio una horrible mancha de rojo oscuro que se abría paso en el agua. Sangre. El pánico se aferró a su pecho, a su garganta—. ¡Tengo que encontrarlo! ¡Está herido! —dijo entre sollozos.

Erik solo llevaba una vestidura de lino, algo que lo dejaba con la piel y los músculos como única protección contra el golpe punzante de la lanza. Pero era fuerte. El hombre más fuerte que ella conocía.

—Está muerto —dijo el hombre con frialdad—. O lo estará pronto. Tenemos que llevaros al galeón con nosotros.

—¡No! —dijo escapando de su abrazo.

La lanza. Erik cayendo hacia atrás. Lo que hubiera visto no tenía importancia. No estaba muerto y no pensaba dejarlo allí abandonado. Se sumergió en el agua palpando a ciegas en la oscuridad. Pero el soldado volvió a atraparla y fue devuelta a la superficie resollando. El hombre la arrastró hasta la orilla entre pataleos y gritos. Esta vez no pensaba correr riesgos, así que la agarró firmemente, pasándole las manos por el pecho e inmobilizando sus brazos.

—Buscadlo —ordenó a los otros tres—. Dejad de forcejear, milady. Intentamos ayudarla.

Los tres hombres no parecían tener muchas ganas de mojarse, pero obedecieron las órdenes de su jefe. La búsqueda se alargó varios minutos de agonía. El soldado hablaba con Ellie, pero ella no lo escuchaba. Las lágrimas surcaban su rostro en tanto que rezaba por que se produjera un milagro. Erik podía aguantar la respiración más que ningún otro hombre que conociera. Tal vez hubiera tenido

tiempo de volver a la gruta. El hombre que la apresaba pareció llegar a una conclusión parecida.

—¿Dónde estabais, milady? Estábamos mirando al agua, pero parecisteis salir de la nada.

Ellie pensó con rapidez.

—Nadando al otro lado de las rocas.

La miró como si no creyera lo que le decía, pero por fortuna una de los otros soldados se aproximó y dejó de hacerle preguntas.

—Nada, capitán.

Ellie no sabía si estar horrorizada o aliviada. En caso de que lo encontraran, no serviría más que para que intentaran matarlo de nuevo.

El hombre que la agarraba asintió.

—Traed a Richard y Will...—Se detuvo y buscó entre las olas—. ¿Dónde está William?

El otro soldado negó con la cabeza.

—¡Encontradlo!

Ellie tenía el corazón en un puño. No podía ser sino...

Su confianza se vio recompensada cuando, de repente, emergió del agua y clavó la lanza, que antes le habían lanzado a él, en el pecho del soldado al que llamaban Richard. Ellie volvió la vista por un corto instante. En ese escaso segundo, Erik había conseguido arrebatarse la daga del cuerpo sin vida del soldado y encaraba ya al tercero de ellos, que se acercaba a él con la espada en alto. El hombre que la apresaba maldijo y la soltó en el suelo. Alcanzó el arco que llevaba a la espalda y puso en él una flecha apuntando hacia Erik, que luchaba a un tiempo contra las olas que golpeaban su cintura y contra la larga espada del soldado, de mayor alcance que su daga. No lo pensó. Se puso en pie y golpeó la mano del soldado en cuanto este dejó salir la flecha, haciendo que esta se proyectara lejos del cuerpo de su amado. Cuando el soldado que luchaba en el agua volvió a alzar la espada, Erik aprovechó el movimiento para abalanzarse hacia él al tiempo que la espada descendía. Levantó el brazo para bloquear el golpe con fuerza suficiente para que la espada saliera volando y se hundiera poco después en el agua. Como no podía penetrar su malla con la daga, pasó el brazo alrededor del cuello del soldado y lo retorció, haciéndolo crujir despiadadamente. El que había en la arena blasfemó y gritó pidiendo ayuda. Estaba claro que habría más soldados en los alrededores.

Erik corrió hacia ellos desde el agua, con todo el aspecto de un demonio poseído. El soldado agarró a Ellie de nuevo y huyó hacia el pequeño promontorio verde sobre el que estaba la cueva. Pero el forcejeo y tener que cargar con ella lo hacían perder el paso, y antes de que salieran de la playa, Erik ya los había alcanzado.

—¡Dejadla marchar! —bramó.

Su voz sonaba diferente. Más dura, más temible, más contundente de lo que nunca antes la había oído. El soldado se detuvo y la obligó a ponerse tras él. Desenvainó la espada y se volvió hacia Erik, pero ya lo tenía encima. Este lo aporreó en la mandíbula con el puño, sin importarle la afilada hoja que se cernía sobre su cabeza, y le hizo perder el equilibrio. Ellie oyó el crujido que siguió al golpe que Erik infligió con el dorso de la mano en la muñeca del soldado, justo por la parte contraria a la articulación, obligándolo a soltar la espada. Con un rápido barrido del pie tumbó al soldado en el suelo y lo degolló con su daga.

Ellie apartó la vista con rapidez. La guerra, morir y los baños de sangre eran del todo comunes, pero jamás lo suficiente para que se acostumbrara a ello. Además, la técnica de aniquilamiento eficiente y fría de Erik era algo fuera de lo común. Había sido la demostración de poder más mortífera que jamás había visto. Acabó con ellos en un abrir y cerrar de ojos. Al verlo actuar de ese modo, ya no

ponía en duda la historia de Domnall en la que se había enfrentado a veinte guerreros. Erik la sacó de las rocas y la tomó entre sus brazos, apretándola fuerte contra su pecho. Ellie podía sentir la presión de su boca en la cabeza. La transformación de asesino despiadado en tierno amante no podía ser más dramática.

—Dios, Ellie. ¿Estás bien?

Asintió con la mejilla apoyada en la fría y empapada tela de su vestidura, calmada por el estable latir de su corazón.

—Estoy bien. —Se echó hacia atrás, preocupada—. Pero ¿y tú? —dijo mirando su costado, en el que la vestidura de color azafrán lucía ahora una extensa mancha roja—. Estás herido —gimoteó intentando cubrir la herida con sus manos.

Erik la tomó por la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No es nada. Un rasguño, nada más.

No creyó lo que decía hasta que él mismo se levantó la camisola para mostrar la poca profundidad de la hendidura que tenía en el costado y el agujero por el que la lanza había penetrado por la tela haciéndolo caer hacia atrás. Ellie cerró los ojos y pronunció una plegaria en agradecimiento. La lanza no lo había ensartado por pocos centímetros.

—Has tenido suerte —dijo. Se le quebró la voz y las lágrimas anegaron sus ojos—. Podrían haberte matado. —Tal y como obviamente era su intención.

Erik sonrió y la obsequió con un tierno beso en los labios.

—Ay, amor, harían falta más de cuatro perros ingleses para acabar conmigo. Tengo el viento a favor, ¿recuerdas?

Ellie asintió. Era cierto que la fortuna parecía acompañarlo. En cualquier otro momento habría alzado la vista al oír tal fanfarronería, pero se sentía demasiado agradecida para hacerlo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo él adoptando un súbito aire sombrío—. Esos soldados no vinieron solos. Debe de haber un barco en los alrededores.

Ellie señaló con la cabeza al soldado que yacía en el suelo.

—Ese estaba pidiendo ayuda.

—Eso significaba que están cerca. Vuelve al bote y ponte tus ropajes. Debes de estar helada.

Tenía demasiado miedo para percatarse de ello, pero lo cierto era que tiritaba sin poder remediarlo.

—¿Adónde vas tú?

Su voz delataba que era presa del pánico y que, después de lo que había ocurrido, no quería perderlo de vista. Erik señaló hacia la colina.

—A ver dónde están los demás soldados. —Se arrodilló para tomar la espada del soldado tirado en el suelo—. Apresúrate.

Hizo como le había pedido y se atavió de inmediato con el vestido de lana, las calzas y las zapatillas. Acababa de echarse el manto por encima cuando Erik vino en su busca. Por la expresión fiera de su rostro y los bruscos movimientos supo que algo iba mal. Los cimientos de su mundo se tambalearon al percatarse de que debía ser algo muy serio para penetrar aquel inquebrantable porte.

—¿Qué sucede? ¿Has visto su galeón?

Erik se vistió y tomó sus armas al tiempo que contestaba.

—Sí, está al otro lado de la colina, junto a unos diez o doce soldados.

—Pero hay algo más que te preocupa.

Acabó de abrocharse la funda que fijaba la espada a su espalda y se volvió para mirarla a los ojos. Ellie advirtió la furia que atormentaba sus ojos.

—Hay cuatro galeones controlando la bahía y se ve humo que viene desde la playa. —Cuando señaló hacia el sur, Ellie distinguió las espirales de humo grises ante un cielo de similares colores—. Los ingleses nos han encontrado.

Mientras Erik esperaba que los ingleses cesaran en su búsqueda, el tiempo pasaba a un ritmo agonizante. Pero estos se mostraban implacables y estaban poniendo toda la isla patas arriba. Había tenido que hacer acopio de todo el autocontrol con el que contaba para no salir corriendo de inmediato hacia la playa. Le habría gustado, pero no podía hacerlo. Dos cosas se interponían en su camino: tenía que proteger a Ellie, porque verla en manos del soldado inglés era algo que no olvidaría fácilmente, y tenía que pensar en la misión. En caso de que lo capturasen, Bruce no conseguiría sus mercenarios a tiempo. Ni tampoco tendría a Erik para conducir la flota hasta Arran. La misión era lo primero. Sus hombres estaban adiestrados y podían defenderse por sí mismos. Pero permanecer oculto en una cueva en lugar de unirse a la lucha iba en contra de cada uno de los músculos de su cuerpo. Horas más tarde se encontraba al borde la locura y se sentía como un león enjaulado en un reducto minúsculo. ¿Cómo demonios los habían encontrado?

Consciente de que los ingleses volverían para buscar a los soldados desaparecidos, arrastró el bote playa abajo asegurándose de dejar huellas visibles en la arena. Quería que los ingleses pensaran que habían escapado. No tenían forma de saber que aquel viejo bote no duraría ni cinco minutos en las fuertes corrientes del canal. Remó hasta trasladarlos al mayor de los islotes conocidos como isla Sheep, más allá de la punta norte de Spoon. Aunque desde allí no se viera la playa, podía apreciar casi la totalidad de la parte occidental de la isla y los barcos ingleses que vigilaban la bahía.

Había dejado a Ellie en una cueva bajo otro de esos arcos naturales mientras él observaba, rondaba arriba y abajo e intentaba calmar su ansiedad a la espera de que los ingleses cesaran en su búsqueda. Pero cada minuto pasaba con una lentitud mortificante. El tiempo era su enemigo. Los MacQuillan lo esperaban esa noche, y el corto espacio de tiempo que tenían para llegar hasta Arran y lanzar el ataque le dejaba escaso margen de error. A medida que pasaba el día, aquel viaje a Irlanda de apenas veinticinco kilómetros parecía más largo, dado que no sabía lo que encontraría al volver a la bahía. Era consciente de que no podía hacer otra cosa; lo prudente era quedarse donde estaba, pero no podía evitar que lo asaltaran los peores pensamientos.

La tensión agarrotaba todos sus músculos. Ellie se acercó por la espalda y le puso una mano en el hombro, haciendo que se sobresaltara.

—No quería inquietarte —dijo mirando a través del turbio y lloviznoso cielo en dirección a la cueva en la que casi los habían descubierto—. ¿Se han marchado ya?

Erik asintió.

—Hace poco.

Apenas momentos después de que Ellie y él huyeran en el bote, apareció un galeón ante la cueva. Partió enseguida para volver algo más tarde junto a un segundo galeón. En esta ocasión los ingleses se quedaron más tiempo. Finalmente, hacía pocos minutos, uno de los barcos había puesto rumbo al sur; y el otro, al norte de Kintyre. Erik albergaba la esperanza de que eso significara que los ingleses daban por sentado que habían huido de la isla.

—¿Volverán? —preguntó Ellie.

—Probablemente, pero no hoy. En un par de horas se hará de noche.

—¿Qué ha pasado con el resto de los barcos?

—No lo sé. Se dirigieron más allá de la boca de la bahía y les perdí la pista.

Si la flota volvía a la costa de Ayrshire, donde los ingleses estaban estacionados, navegarían hasta la parte sur de la isla, el lado opuesto de donde se encontraban Ellie y él en esos momentos.

—¿Cuándo podremos volver?

Erik podía percibir la agonía de sus propios miedos reflejados en los ojos de ella.

—Pronto.

La tomó entre sus brazos y la acunó contra su pecho, consciente de lo difícil que sería aquello para Ellie. Había sido un día turbulento para ambos, en más de un sentido. Sin embargo, ella estaba demostrando una fuerza y resistencia que le hacían sentirse orgulloso. Por no hablar de aquella flecha de la que lo había salvado. Se preguntaba si se habría dado cuenta de que lo había elegido a él por delante de los ingleses a los que pidió ayuda hacía apenas dos semanas. Ellie se pegó a él y refugió la cabeza contra su pecho. Erik acarició su pelo y se sintió en calma por vez primera desde hacía horas.

—Estás hambrienta.

Ellie negó con la cabeza.

—Ni siquiera había pensado en la comida.

Lo comprendía. Al igual que él, estaba preocupada por sus hombres y la gente del poblado.

—¿Crees que...?

No terminó de formular la pregunta, pero él sabía lo que tenía en la cabeza. La tomó por la barbilla y la besó suavemente en los labios. Sintió una punzada en el pecho.

—Estarán bien —dijo tranquilizándola con más confianza de la que sentía.

Suponía que habrían dejado en paz a la gente de la villa, pero sus hombres estaban en busca y captura y se había izado la bandera del dragón. Un arrebatado de furia surgió en su interior pero lo mantuvo a raya, ya que sabía que nada podía hacer por el momento.

—Lo siento —dijo Ellie alzando la cabeza para mirarlo. Erik advirtió cómo las lágrimas brillaban en el interior de sus grandes ojos de color castaño—. Sé que habrías corrido en su ayuda de no ser por mí.

—No —dijo con rudeza—. No lo habría hecho. —No quería que se culpara por ello. De hecho, tal vez hubiera salvado la misión al escabullirse con ella. Podría encontrarse perfectamente en las mismas circunstancias que sus hombres—. No podía arriesgarme a ello. Hay algo importante que debo hacer.

—¿Para Robert? —Al decir esto, Erik la miró de un modo extraño y Ellie se ruborizó—. Así es como se refieren a él en la familia.

No dijo nada. Aunque supiera que podía confiar en ella, tenía órdenes de mantener la misión en secreto. No obstante, ella había atado ya casi todos los cabos.

—Los soldados irlandeses —dijo con una voz que se fue apagando—. Tienes que llevarlos hasta él. ¿Cuándo?

—Esta noche

Sus ojos se llenaron de temor. Exactamente igual que los sentimientos de Erik.

—¿Qué pasará si no llegas a tiempo?

—Esa no es una opción.

Él sintió todo el peso de su mirada.

—Comprendo.

Era consciente de que Ellie advertía lo que significaba aquello: el ataque era inminente.

—No es preciso que te diga lo que está en juego.

Ellie negó con la cabeza y se quedó en un silencio contemplativo.

Erik esperó tanto como se atrevía a hacerlo. Solo quedaba una hora más de sol cuando ayudó a Ellie a subir al bote y remó de vuelta a la bahía, manteniéndose pegado a la orilla y observando con precaución antes de rodear cualquier curva sin visibilidad. El bote bordeó el istmo para adentrarse en la bahía inmerso en una calma absoluta. Las hogueras que habían encendido en la playa todavía humeaban, y el mortífero aroma del fuego teñía el penetrante aire del mar. La propia bahía estaba desierta y no se veía un solo barco de pesca. Maldijo su suerte al percatarse de cuál era la causa de aquellos fuegos. Su situación empeoraba por momentos. Los ingleses no pensaban darle ninguna oportunidad. En caso de que hubiera permanecido en la isla, se asegurarían de que siguiera siendo así mediante la quema de cualquier medio de transporte para salir de ella. Aunque todo apuntara a que sus hombres habían sido capturados, casi esperó ver salir a Domnall de la cueva. Por todos los diablos, incluso habría agradecido recibir las quejas de Randolph.

Pero nadie salió a su encuentro. La niebla espesaba el aire estancado en una nube cargada de lluvia que hacía de palio de una tranquilidad inquietante. Dejó el bote en la orilla y le ordenó a Ellie que permaneciera en él. Ella no protestó; lo cual indicaba que sabía la razón. En su ascenso por la orilla, pasó junto a los restos calcinados de varias barcas de pesca. Por el número de pisadas que se veían en la arena parecía que los ingleses habían desembarcado en gran número en la playa. Sus hombres habrían recibido aviso, pero ante tantos soldados la batalla no podía haber durado mucho. Sospechaba que habrían permanecido ocultos en la cueva, esperando para atacar cuando fuera necesario. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando tropezó con el primero de los cuerpos a la entrada de la caverna. A los pocos metros encontró un par de ellos más. La muerte no era algo nuevo para él, pero el dolor de perder a un hombre jamás disminuía. Aplacó su furia como pudo y se dio fuerzas para lo peor, esperando encontrarse con una carnicería. Pero sorprendentemente no halló más cuerpos entre las pertenencias desperdigadas de sus hombres. ¿Qué demonios habría pasado con ellos?

Volvió hacia la playa, comprendiendo en toda su amplitud la gravedad de la situación. Por más que le preocuparan sus hombres, su mayor inquietud debía ser el cumplimiento de la misión. Ellie lo miraba fijamente a medida que se aproximaba. Erik leyó la pregunta en sus ojos y le dijo lo que había encontrado.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó.

—No lo sé —dijo negando a su vez con la cabeza.

—¿Y Meg?

—Hacia allí me dirijo ahora.

—Voy contigo.

—No es una buena idea.

Nadie podía saber lo que podrían encontrar.

Ellie se irguió y adoptó la expresión de niñera testaruda que la caracterizaba.

—No necesito tu protección. —Sin duda, se percató de lo ridículo que sonaba aquello a la luz de los últimos acontecimientos, de modo que quiso arreglarlo—. Para esto. —Lo miró con cara de pena—. Por favor, Meg también es amiga mía.

Erik le sostuvo la mirada y asintió. Cuando llegaron, no había luz alguna en la casa y no le sorprendió encontrarla vacía. Esperaba que se hubieran retirado al interior de la isla con la llegada de los ingleses, de modo que sugirió continuar hasta la siguiente vivienda. Meg debió de ver cómo se aproximaban porque salió corriendo para recibirlos. Ellie la abrazó con lágrimas en los ojos, un alivio

que también Erik compartía.

—Gracias al cielo —dijo Meg—. Pensé que también os habrían encontrado.

—¿Qué ha pasado?

Meg les contó que los barcos habían llegado poco después de que ambos partieran. Juraba que habría una docena de ellos cuanto menos y que rodearon la isla.

—Es como si supieran que estabais aquí —dijo.

La misma conclusión a la que él había llegado.

Como sospechaba Erik, habían recibido aviso de su llegada, pero sin tiempo suficiente para escapar. Los ingleses habían desembarcado en gran número. Meg observó desde el acantilado cómo registraban la cueva y después sacaban a los hombres de ella.

Erik se quedó extrañado. No era normal que sus hombres se rindieran. Los highlanders luchan hasta la muerte. Meg adivinó sus pensamientos y dijo:

—Vi a Thomas hablando con el cabecilla de los ingleses.

Randolph rindiéndose, eso sí tenía sentido. Meg continuó explicando cómo los ingleses habían reunido a toda la gente del poblado para interrogarlos y registrar cada una de sus casas.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Erik.

Meg asintió.

—No nos hicieron daño a ninguno de nosotros. —Parecía un poco sorprendida de eso—. El oficial de los ingleses no era tan malo como la mayoría de ellos.

Aquello era un alivio pero no por ello dejaba de asombrarle. No era normal que los ingleses mostraran tal contención, especialmente por aquellos que daban cobijo a los fugitivos.

—¿Mi *birlinn*? —preguntó.

—Se lo han llevado.

Erik hizo una mueca de desagrado. Preferiría que lo quemaran antes de verlo capitaneado por un inglés.

—Necesito encontrar un barco inmediatamente.

Meg negó con la cabeza.

—No han dejado nada. Ni un bote de pesca. Los han quemado todos.

Les explicó que los pescadores de la isla se habían reunido en la iglesia del pueblo, consternados por la crueldad de los soldados ingleses que habían destruido su medio de vida. Erik prometió que se aseguraría de que todos esos botes fueran repuestos. Pero primero tenía que averiguar cómo salir de allí.

—Os estaban buscando —dijo Meg. Y añadió tras una pausa—: Y a la muchacha.

Erik maldijo. Miró a Ellie, que se había quedado pálida.

—¿A mí? —dijo con los ojos abiertos.

—No por el nombre —la animó Meg—. Solo comentaron que Halcón estaba con una muchacha.

A Erik se le vino el mundo encima cuando se percató de lo que aquello implicaba.

—¿Cómo se han enterado?

Meg negó con la cabeza.

—Alguno de los del poblado debió de contárselo.

Erik intentó aplacar su ira. Si los ingleses sabían lo de Ellie, era posible que la usaran como arma en su contra. Le asombró descubrir lo efectiva que podría resultar ese arma. Solo pensar en que le hicieran daño conseguía que se le helara la sangre.

—No creo que se hayan dado por vencidos en su búsqueda —dijo Meg—. Volverán.

—Para entonces espero estar muy lejos. —Su mejor opción, la única por el momento, era el viejo bote. Para hacer que fuera digno del mar, tendría que improvisar. Pero no contaba con mucho tiempo. Casi había oscurecido—. Necesitaré vuestra ayuda —comunicó a Meg.

Meg sonrió con gusto.

—Simplemente decidme qué debo hacer.

Le explicó lo que necesitaba, y Meg volvió a su parcela para reunir ayuda y víveres.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Ellie.

Cuando se volvió hacia ella, advirtió que lo miraba con una determinación especial en el rostro. Lo que tenía ganas de hacer era encerrarla en algún lugar que fuera seguro, preferiblemente una torre alta e impenetrable, hasta que todo aquello acabara. Pero tenía la sensación de que incluso en el caso de que eso fuera posible, ella se mostraría disconforme. Lucía esa cara de «tengo intención de ayudarte y será mejor que no intentes detenerme».

—Ah, supongo que no habrás visto por aquí ninguna torre alta e infranqueable, ¿verdad?

Ellie alzó la vista al cielo.

—No te librarás de mí tan fácilmente.

No le cabía la menor duda. Era eso lo que le gustaba de ella. No se la podía manejar fácilmente. ¿Cómo lo había expresado Domnall? No se tragaba sus tonterías.

—Puedes ayudar a Meg cuando vuelva. ¿Sabes encender un fuego?

Asintió.

—Eso creo.

—Bien. —Sus ropas mojadas no le preocupaban, pero quería que ella estuviera caliente y seca—. Mira si puedes encontrar algo de comida.

La expresión de sus labios se tensó como si supiera lo que él tramaba.

—No tengo hambre.

—Yo sí —dijo él—. Y tendré más a medida que vaya pasando la noche. Me harás un flaco favor si estás débil por no haber comido.

Tenían una larga noche por delante.

La llevó de nuevo hasta la casa de Meg y le dijo que volvería.

—¿Adónde vas?

—A comprobar si hay algo en la cueva que pueda sernos útil. Y después tengo un barco que construir.

Lo miró como si estuviera loco.

—No intentarás pasar el cerco de la flota inglesa en ese montón de astillas destartalado...

Sonrió.

—¿Intentar? —le dio un beso en la boca antes de que pudiera contestar—. No tardaré mucho.

Emprendió el camino pero ella lo detuvo.

—¿No pensarás marcharte sin...?

«Mí.» Erik sabía que era eso lo que quería preguntar. Pero aparte de conseguir mantenerla caliente y alimentada, no había pensado todavía en lo que haría con ella. Había prometido devolverla a casa, pero ya no tenía tiempo de hacerlo. No podía abandonarla allí ya que los ingleses podían regresar. Sabía demasiado. Confiaba en ella, pero no en los métodos de persuasión de los ingleses. Dando por

sentado que pudiera arreglar el bote para que cruzara el canal con garantías, Ellie estaría más a salvo junto a él, siempre que los ingleses no los atraparan. Pero no tenía ninguna intención de permitir que aquello sucediera. Se odiaba por haberla metido en ese lío, pero no había manera de escapar de aquella situación y no podía hacer nada para remediarlo.

—Volveré. Prepárate para partir.

Era la primera vez que la veía sonreír desde esa mañana y se percató de lo mucho que le pesaba su desdicha. Tan solo esperaba con todas sus fuerzas que estuviera haciendo lo correcto.

Ellie jamás había visto nada parecido. En apenas unas horas, trabajando con un único objetivo y mucha determinación, Erik había equipado aquel pequeño bote para la navegación, haciendo un mástil con ramas de árboles, un timón con varios tablones, y la vela con ropa de cama. El hacha que había masacrado en la batalla a más hombres de los que quería imaginar se había convertido en un instrumento de delicada precisión en las manos de un habilidoso armador. Admiraba su trabajo de artesano, de pie sobre la arena de la playa, caliente y bien alimentada, arropada con varios mantos y una gruesa capa de pieles, esperando a que se hicieran los últimos preparativos para el viaje. Aunque no fuera en absoluto tan robusto como el *birlinn* del halcón, el aspecto del bote resultaba mucho más impresionante que la última vez que lo había visto. Había reparado algunos de los tablones combados dándoles la vuelta para que se ajustaran mejor y encajaran con más fuerza. Cambió uno o dos de ellos, pero no quiso ir más allá porque la madera no estaba curada. Había pintado el casco con un material negro pegajoso que, según decía Erik, ayudaba a impermeabilizarlo. El mástil era de apariencia rústica, pero también parecía funcional, al igual que el timón colocado en la parte trasera. La vela la hicieron con un par de sábanas que Meg y ella habían cosido y que después un viejo pescador embadurnó con algún tipo de grasa de animal de olor rancio.

En cuanto Erik terminó de almacenar las provisiones, mantas de sobra, comida, agua y cerveza que Meg les había dado en un pequeño arcón atado al casco para que Ellie se sentara sobre él, se quedó de pie junto a la joven.

—Vuestro barco os aguarda, milady —dijo con una reverencia galante.

Ella negó con la cabeza y le dirigió una mirada irónica.

—¿Hay algo que no puedas hacer?

Él sonrió.

—No se me ocurre nada, pero si lo hay, estoy seguro de que serás la primera en recordármelo.

—Cuenta con ello —repuso entre risas.

Después de todo lo que habían pasado durante el día, Ellie se percató de que esa habilidad suya para estar de buen humor tenía, sin duda, sus beneficios. Era fácil comprender por qué sus hombres lo admiraban tanto. En la oscuridad de la batalla, los guerreros necesitaban alguna forma de relajar las tensiones. Y Erik elevaba la moral de las tropas de manera natural. Es más, su fuerza inquebrantable ante el peligro y la calamidad debían otorgar inspiración y confianza a los hombres que lideraba. Debía ser el individuo perfecto para tener alrededor de uno cuando las cosas salían mal, algo inevitable en la guerra.

Lo que en cualquier caso no esperaba era que contara con tanta tenacidad y determinación. Tenía un trabajo que hacer y nada se interpondría en su camino. Sospechaba que haría toda la ruta a nado si fuera necesario. Estaba claro que cuando algo le importaba, se lo tomaba muy en serio. Si ese «algo» pudiera ser ella...

Tras echarle una nueva mirada al bote destartado convertido en un bajel digno de navegación,

Ellie sacudió la cabeza y dijo:

—¿Por qué tengo la impresión de que jamás te rindes?

—No lo llevo en la sangre. Soy un highlander. *Bas roimh geill*.

Morir antes que rendirse, tradujo Ellie. Un escalofrío que nada tenía que ver con la pesada escarcha helada que se arremolinaba a su alrededor recorrió su cuerpo. Erik no se percató de esa reacción y sonrió como si algo lo divirtiera.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en una araña con la que me crucé hace poco.

Ellie hizo una mueca.

—¿Te divierten las arañas? Recuérdame que te presente algún día a mi hermano Edmond. No hay nada que le guste más que ponérselas a mi hermana pequeña en la cama.

Él sonrió.

—No es que me diviertan. Simplemente es irónico. Esa arañita inspiró a un rey.

Le relató la historia de Bruce en la cueva con la araña, cómo, cuando el rey estaba en su momento más bajo de desesperanza y desengaño, cuando estaba preparado para darse por vencido, la perseverancia de la araña y su posterior éxito en la construcción de la tela había actuado como un augurio poderoso. Un augurio que había renovado las fuerzas del lacerado rey para la larga lucha que se avecinaba.

—Es un cuento estupendo —dijo Ellie—. Si Bruce lo consigue, sospecho que será usado por generaciones enteras de niñeras para inspirar a quienes estén a su cargo. —Pero dada la fuente de la que provenía lo miró con recelo—. ¿Cuánto hay en ella de cierto?

Los ojos de Erik brillaron en la oscuridad.

—¿Acaso piensas que podría inventar algo así? —Se puso la mano en el corazón con cierto dramatismo—. Me habéis herido.

Ellie lo obsequió con una mirada severa que él decidió ignorar, prefiriendo entrelazar su brazo con el de ella y acompañarla hasta el bote. Los lugareños se habían reunido en la playa para despedirlos, y a Ellie la sorprendió verse envuelta entre los muchos abrazos de las mujeres y palmadas de espalda de los hombres. Pero no fue hasta que le llegó el turno a Meg cuando se le hizo un nudo en la garganta.

Esta abrazó primero a Erik.

—Tened cuidado de la muchacha y de vuesa merced —dijo intentando ocultar una lágrima enjugada—. Os diría que no hicierais nada imprudente, pero sé que sería malgastar saliva. Pero habéis prometido devolver esas sábanas antes del verano, así que espero que cumpláis vuestra promesa.

Erik rió y le dio un beso lleno de afecto en la mejilla.

—Tendréis vuestras sábanas nuevas, amor.

—Más os vale —dijo Meg impostando severidad—. Y traed a la muchacha con vos cuando regreséis.

Antes de que Erik pudiera contestar, Meg se volvió hacia ella y la rodeó con su cálido abrazo.

—Cuidad de él —susurró.

Ellie la apretó un poco más fuerte, sin querer dejarla marchar. Por un momento sintió como si volviera a decirle adiós a su madre. Notó que se le oprimía el pecho y una quemazón en las cuencas de los ojos.

—Gracias —dijo Ellie entre sollozos—. No sé cómo podré pagaros por vuestra amabilidad.

Meg se apartó de ella y le dio un pellizco en la mejilla. Sus ojos compartieron una mirada

inundada en lágrimas de comprensión.

—Sed feliz —dijo Meg.

Ellie asintió sin ánimo para responder. Lo intentaría. Pero después de lo que acababa de suceder ese mismo día no sabía si aquello sería posible. A pesar de lo que pudiera desprenderse de lo ocurrido después de la cueva, Erik mantenía el silencio acerca de lo sucedido. Le había ofrecido su corazón, su cuerpo; jamás había experimentado nada tan bello. Al menos para ella. Él se había arrepentido de ello al momento. ¿Y entonces?

Antes de que se diera cuenta ya estaba en la barca, navegando hacia mar abierto y observando cómo la pequeña multitud de la orilla se difuminaba entre la oscuridad y la bruma. Sintió una punzada de tristeza al percatarse de que el feliz arrullo de la isla tocaba a su fin. Quedaba en el aire la cuestión de si todo había sido una fantasía o de si aquello que se había forjado entre ellos en la pequeña idílica isla podría crecer y prosperar en el mundo real, un mundo en que la guerra era inminente.

Se acurrucó cuanto pudo en el abrigo y las mantas que llevaba sobre los hombros. Había dejado de llover, pero aquella helada bruma calaba del mismo modo. Desafortunadamente, no había mucha brisa, aunque Erik se las ingeniaba para mantener la vela hinchada a medida que el bote salía de la bahía. Cuando entraron a mar abierto, la temperatura bajó de golpe y la bruma se intensificó hasta hacerse casi impenetrable. No podía ver un metro más allá del bote. La vela comenzó a ondear, ya que la ligera brisa anterior parecía haberse evaporado, y Erik se vio obligado a coger los remos.

—¿Cuánto nos tomará cruzar el canal hasta Irlanda?

Él se encogió de hombros.

—Depende. Unas horas, tal vez algo más.

Esto la sorprendió.

—¿Sin viento?

—Ya se levantará —dijo con confianza atravesando el agua con los remos en perfecta armonía.

Erik estaba sentado en el lado opuesto, lo cual le daba una visión perfecta de sus impresionantes brazos y hombros cada vez que daba una palada. Al fin y al cabo no era tan malo que no hiciera viento.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Erik arqueó una ceja y ella puso cara de fastidio—. Ah, claro, tienes el viento a favor.

Él sonrió.

—Al final lo vas entendiendo.

Ya que aquello apenas merecía una respuesta, Ellie se recostó tranquilamente para admirar la vista, que incluso había mejorado, ya que se había despojado del abrigo. A pesar de la bruma fría y espectral, el arrullo de las olas y el empuje suave de los remos tenían un efecto sorprendentemente relajante. Sintió cómo se le cerraban los párpados a medida que el largo día y los inquietantes acontecimientos hacían mella en su cuerpo. Debió de quedarse dormida, porque lo siguiente que se encontró fue la lluvia golpeando sus mejillas y el fuerte rugido de los truenos, que la hicieron salir del sueño para llevarla a una pesadilla.

AL principio a Erik no le preocupó que el aire no se moviera. La falta de viento tenía sus ventajas: si los ingleses permanecían a la espera de sus movimientos, no podrían ver la vela. Incluso él se vería en serios aprietos para adelantar a una flota de galeones ingleses con un bote de tres metros. Se sonrió al pensar que, de no ser por su misión, estaría dispuesto a comprobarlo. Por imposible que fuera, aún estaba por llegar el desafío que no lo atrajera. Pero era más probable que los ingleses estuvieran agazapados en alguno de los castillos escoceses robados, a salvo y en sus camas calientes, y no esperando en un galeón con aquella niebla fría y espectral a que apareciera un rebelde solitario, aunque se tratara de uno que los había herido en su orgullo en repetidas ocasiones. Remó a través de aquella turbia oscuridad, usando como referencia la costa de Spoon hasta que le fue posible. Una vez que entraron en el canal del Norte, todo lo que quedó entre ellos e Irlanda era la oscuridad marina más absoluta. Sin las estrellas y la tierra para guiarlos, se vio obligado a mantener el rumbo valiéndose de su instinto y de los años de experiencia calibrando las corrientes y el viento.

Cuando zarparon, hacía unas cuatro horas que había caído el sol, poco después de las nueve de la noche, lo cual significaba que pasarían cerca de diez horas de pétreo oscuridad hasta que pudiera llegar a Irlanda y conducir a los hombres por esos escasos cinco kilómetros que los separaban de Rathlin. Tiempo más que suficiente, incluso en el caso de que tuviera que hacer a remo todo el recorrido. Pero el viento se levantaría. Estaban en las islas Occidentales. El frío, la niebla y el viento se daban por descontado. Pasó las dos primeras horas del viaje disfrutando del relajante subir y bajar de los remos en el agua, observando el tranquilo dormir de Ellie. Era una muchacha tan seria y falta de humor que se la veía ridículamente adorable cuando dormía. Le gustaba el modo en que sus largas y oscuras pestañas batían contra sus pálidas mejillas, cómo cerraba los puños junto a su cara y la manera en que sus labios se entreabrían dulcemente al respirar. Le encantaban sus cambios de expresión. Aquellos pequeños fruncidos que se tornaban sonrisas calurosas y que le hacían preguntarse qué estaría soñando. Pero lo que más le sorprendía eran las ganas que tenía de apretarla contra su pecho y quedarse dormido rodeándola con sus brazos. Entonces lo abrumó la vergüenza. Con todo lo que había sucedido, no tuvo tiempo para rectificar su innoble reacción después de que hicieran el amor. Pensar en lo magnífico que había sido su comportamiento durante las horas previas hacía que se sintiese peor incluso. Su apoyo había sido incondicional. Sin hacer preguntas ni reclamar nada, sin romper a llorar de manera histérica, ayudando cuando era preciso. Como esposa no podría encontrar a nadie mejor. «Como esposa.»

Se detuvo en sus pensamientos para permitir que la idea tomara forma y se sorprendió al no horrorizarse ni sentir deseos de saltar por la borda. «¿Por qué no?», pensó con una sonrisa. Ellie sería una esposa excelente. Le gustaba, incluso significaba algo para él. Lo hacía reír. Lo desafiaba como ninguna otra mujer lo había hecho antes y de una manera que resultaba extrañamente vigorizante. Con ella podía relajarse.

Y lo que era más importante, si se casaba con ella, la tendría en la cama siempre que quisiera. Y sospechaba que iba a querer tenerla un montón de veces. Su cuerpo se caldeó con los recuerdos.

Hacerle el amor había sido tan intenso, tan increíble, tan cercano a la perfección que dolía.

Al final su deseo por ella se desvanecería. Tenía que ser así, ¿no era eso cierto? Pero sabría ser discreto y procuraría no herir sus sentimientos cuando tomara una amante, como era la costumbre. Aunque en ese preciso momento la idea de otra mujer no le parecía nada sugerente. Ni tan siquiera un poco. Incluso resultaba un tanto preocupante.

Había otra consideración que no podía sacarse de la cabeza. Si la dejaba partir, podría estar tentada de buscar la pasión en algún otro. Pero toda esa pasión escondida durante tanto tiempo sería peligrosa en las manos equivocadas. Había muchos hombres que podrían aprovecharse de ella. Obviamente, necesitaba que alguien la protegiera. Supuso que tendría que ser él. Cuanto más lo pensaba, más le apetecía. Domnall tenía razón. A su madre y a sus hermanas no les importaría que se tratara de una niñera, y en cuanto a cualquier otro... Diantres, le importaba un pimiento lo que pensarán los demás. Siempre había sido así. Podría darle riquezas, una posición, un hogar. Hijos propios a los que mandar. Su mirada se paseó por su durmiente silueta y se detuvo en su vientre. Casi podía imaginarla saliendo a las puertas de alguno de sus castillos para darle la bienvenida tras un largo viaje, con los ojos brillando de felicidad por verlo y su barriga hinchada con un hijo. Pensar en su hijo redondeando aquel cuerpo hizo que su pecho se henchiera con una fiera emoción desconocida hasta entonces. Quería tener esa conexión con ella. Lo deseaba con una intensidad tan visceral que no salía de su asombro. Sonrió, congraciándose más y más con aquella idea. ¿Cuál sería su sorpresa cuando descubriera que su pirata era un bisnieto de Somerled y jefe de uno de los clanes más antiguos de las tierras? Probablemente se sentiría abrumada, agradecida incluso. Su pecho albergó una onda de satisfacción. Sí, estaría bien que se sintiera agradecida. Sería insólito, por lo que se refería a Ellie.

Erik remó con fuerzas renovadas a través de las crecientes corrientes y ascendentes olas. Estaba ansioso por que despertara para comunicarle su decisión. No podía esperar para ver la cara que pondría. Al principio se quedaría anonadada, sobre todo cuando comprendiera el honor que le estaba rindiendo, y después sin duda emocionada, aliviada, rebosante de alegría. Tal vez incluso derramara un par de lagrimitas.

De repente una gota de agua apareció sobre su rostro. Le asombró que sus pensamientos se materializaran de tal forma, hasta que advirtió que no se trataba de una lágrima sino de lluvia. Normalmente Erik estaba al quite de cualquier pequeño cambio en la climatología, ya que, como marino, su vida y las de sus hombres dependían de ello, pero la lluvia había aparecido sin previo aviso. Aquella pesada niebla había ocultado las señales, pero de repente el inestable tiempo de las *Innse Gall* mutó como el mercurio. «Si no te gusta el tiempo, espera cinco minutos y verás.» El dicho de las islas Occidentales hacía honor a la verdad. Al principio no le preocupó. El viento empezó a levantarse, así que pudo dar descanso a los remos para izar su improvisada vela. La barquita cogió una fuerte racha y cubrieron tanta distancia como había remado en la mitad de tiempo. Pero el leve viento y la lluvia no eran más que un presagio de lo que estaba por llegar. Tenía suficiente experiencia con borrascas repentinas para reconocer los signos. La lluvia se hizo más intensa. El viento cambió y empezó a rugir en cortas y violentas rachas. El mar comenzó a picarse. Las olas eran más altas y abruptas. Las corrientes hacían remolinos y creaban resaca. Erik cada vez pasaba más apuros para controlar la posición del bote. No había muchos sitios peores que el canal del Norte para una tormenta de invierno, y mucho menos navegando con una pequeña barca que no había sido concebida para afrontar tales retos.

El viento se hizo más denso y empezó a rugir de impaciencia. Podía percibir cómo se formaba la energía de la tormenta y sabía que no había nada que pudiera hacer para detenerla. Según sus cálculos, se acercaba la medianoche y estaban prácticamente a medio camino, pero la costa norte de Irlanda

quedaba todavía a más de diez kilómetros de distancia. La mejor opción era intentar llegar hasta la orilla y ganarle la partida a la tormenta antes de que alcanzara su fuerza máxima. Pero sabía que supondría una dura batalla. No solo llegar a tiempo a Irlanda, incluso salvar sus propias vidas lo sería. Tendría que darlo todo si quería evitar que las olas y la lluvia no inundaran el bote o los hicieran zozobrar. Si quería un desafío, todo apuntaba a que lo tendría. Pero no era de esta manera como lo quería. No con Ellie. Una extraña sensación reptó a través de su pecho. Tardó un momento en reconocerla: miedo. Percatarse de ello lo dejó de piedra. Había estado en situaciones mucho peores y jamás había sentido temor.

Era a causa de Ellie. Sus temores provenían de ella. Solo pensar que podría estar en peligro lo paralizaba, lo hacía sentir prácticamente... vulnerable. Y aquello no le gustaba en absoluto. ¡Cielo santo! Pero ¿qué había hecho? Se suponía que tenía que protegerla, no ponerla en peligro. No obstante, las recriminaciones tendrían que esperar. Ahora mismo solo podía pensar en una cosa: sacarlos de allí con vida. El rugido ensordecedor del trueno despertó a Ellie de golpe.

—¿Qué sucede? —dijo medio dormida.

—Una racha de mal tiempo, eso es todo —aseguró.

Nada en su voz ni expresión ofrecía muestras del peligro, pero poco podía hacer por ocultar las violentas sacudidas de las olas sobre el bote, los aullidos del viento, la intensa lluvia o los truenos. El tiempo era malo en ese momento, pero no pensaba decirle que sospechaba que empeoraría durante la noche. Erik percibió la preocupación en sus ojos.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Ellie.

Un síntoma de lo asustada que estaba era que no discutiera con él y decidiera seguirle el juego. Le señaló un cubo atado a la proa.

—Intenta mantener tanta agua fuera del casco como sea posible y agárrate fuerte. Podemos tener algún que otro salto.

Aquello se reveló como una subestimación prodigiosa. Cuanto más rápido navegaba, mayor peligro revestía la situación. Revisaba y ajustaba la velocidad continuamente en su intento por evitar los rompientes de las olas. Luchaba por dominar el viento cambiante con una mano, intentando mantener la posición de la proa hacia las olas, en tanto que manejaba el timón con la otra. Sabía que debía intentar navegar a vela cuanto pudiera. Aquello le daba más posibilidades de mantener la proa en la dirección adecuada. Solo le quedaba esperar que el bote y su mástil instalado apresuradamente fueran lo suficiente fuertes para aguantar la creciente fuerza de la tormenta. Sin embargo, la barquita demostró una resistencia sorprendente y su casco plano los ayudó a mantener la estabilidad a medida que el viento los transportaba por aquellas torrenciales olas. En el transcurso de los siguientes kilómetros recorridos, su improvisado mástil aguantó y navegaron hacia zona tranquila. Al menos eso esperaba, ya que había perdido virtualmente toda habilidad para calcular la dirección. Se movía por puro instinto.

Aunque lo primordial era la lucha por la supervivencia, su misión permanecía en alguna parte de su cabeza. Tenían que salir de esta. Había demasiado en juego. Llegar a tiempo para el ataque era crucial. No se podían malgastar todos esos meses de preparación. Un fracaso en una de las puntas de ataque dejaría a la otra vulnerable y perderían el elemento sorpresa. Erik era consciente de que, cada día que pasaba, el destello de esperanza para la causa de Bruce se hacía más opaco.

Cada centímetro de su cuerpo ardía por el esfuerzo de mantenerlos a flote y ocultar a Ellie que estaban apenas a una solitaria ola del desastre y la muerte.

Miró su pálida cara cubierta de lluvia y sintió una punzada en el pecho. Sabía lo asustada que

estaba, a pesar de que hacía lo imposible por ocultarlo. Jamás había admirado tanto su belleza como en ese momento. Nunca olvidaría el aspecto que tenía entonces, como una minúscula palomita empapada con el pelo pegado a la cara, calada hasta los huesos, intentando mantener el tipo entre aquellos vientos huracanados al tiempo que achicaba el agua y observaba cada uno de sus movimientos con aquellos atentos ojillos negros suyos. Pero también con algo más: una confianza y admiración que le hacían sentirse humilde. Sonrió a pesar de que lo que experimentaba nada tenía de divertido.

—Esta sí que es una pequeña tormenta de las buenas, ¿eh, *tè bheag*? —gritó sobre el bramido del viento y la lluvia.

Lo miró como si fuera un lunático.

—Y entonces ¿a qué llamas tú una gran tormenta?

Erik rió a pesar de las circunstancias.

—Esto no es nada. ¿No te he comentado aquella vez que...?

—¡Erik! —cortó ella con un grito de exasperación al tiempo que una fuerte ráfaga de viento golpeaba el casco de la pequeña nave. Ellie se agarró a la borda hasta que sus dedos se pusieron blancos. Erik había atado una cuerda que los agarraba a los dos, pero ella era tan delgada que temía que se la llevara el viento—. ¿Te importaría contarme esa historia más tarde, cuándo esta pequeña tormenta haya acabado?

Él se encogió de hombros como si no le importara nada.

—Como quieras, pero es una buena historia.

—Y probablemente mejore cada vez que la cuentas.

Él negó con la cabeza. ¡Menuda mujer! Incluso en mitad del infierno era capaz de mostrarse sarcástica. A pesar de ello, le castañeteaban los dientes, y cuando al resplandor de otro relámpago lo siguió inmediatamente el estallido de un trueno, se la vio tan aterrorizada que tuvo que controlarse para no correr a consolarla. Lo daría todo para protegerla. Pero ¿qué pasaría si todo no era suficiente? Aquel atisbo de duda lo enfureció. Será suficiente, por todos los diablos. No era posible que la suerte lo hubiera abandonado por completo. Pero cuando Erik oyó el sonoro crujido y vio el mástil escorarse hacia un lado, se preguntó si aquello no sería cierto.

Al oírlo crujir, Ellie supo al momento que algo iba muy mal.

—¡Cuidado! —gritó Erik al tiempo que la alcanzaba y la tiraba al suelo justo cuando el mástil, la vela y las jarcias pasaban sobre su cabeza.

Ellie se quedó observando, enmudecida por el terror, cómo la vela se agitaba sobre las olas por unos instantes, antes de que el peso del mástil y de las jarcias la arrastraran consigo y la hicieran desaparecer en el tumultuoso mar. «Estamos condenados.» Sin la vela, quedaban prácticamente a merced de aquel tumultuoso mar. Erik la tomó en sus brazos, la apretó fuerte contra sí y acarició su cabeza de cabellos completamente empapados. Podía notar su pulso acelerado incluso bajo las capas de lana, pieles y cuero. Ella lo miró a través de la cortina de lluvia que caía sobre sus pestañas, sorprendida de no reconocer un solo rasgo de miedo en su rostro. Permanecía impasible, incluso en la más aterradora de las circunstancias. Parecía más preocupado por el hecho de que ella hubiera estado a punto de golpearse la cabeza con el mástil que porque estuvieran completamente a merced de la tormenta. Ellie alzó la vista para mirarlo.

—¿Vamos a morir?

Sus ojos se encontraron con los de él y clamaban por una respuesta sincera. Erik la tomó por los

hombros con todo el cuerpo chorreando de lluvia y la zarandeó para enfatizar sus palabras.

—No vamos a morir.

Como si quisiera desafiar sus palabras, una enorme ola propulsó la barquita a las alturas y jugó con ellos hasta casi hacerlos volcar para después volver a soltarlos de un zarpazo en el agua. Erik tomó los remos y los usó para mantener el rumbo de la proa hacia las olas, pero era evidente que aquellos tablones de madera no podían oponerse a la corriente.

—No necesito una vela para conseguir llegar a Irlanda —fanfarroneó sobre el rugido de la tormenta—. No pensarás que estoy dispuesto a rendirme, ¿verdad?

Ellie negó con la cabeza. Jamás se rendiría. Era el mejor marino que jamás hubiera visto. Si alguien podía conseguirlo, era él. La miró a los ojos.

—Necesito que estés conmigo, Ellie. ¿Serás capaz de afrontar esto?

Ella ahuyentó la ola de pánico que la imbuía y asintió. No pensaba venirse abajo. Tenía que ser fuerte.

—¿Qué piensas hacer? No puedes remar en medio de esto.

—No voy a necesitarlo. —Sonrió y, a pesar de las desgarradoras circunstancias, resultó algo reconfortante—. Pero dado que hemos perdido la vela, me temo que tendré que pedirte el camisón. —Rió ante la cara de estupor de ella—. Necesito hacer fuerza con algo para que la barca pierda velocidad. También ayudará a que la proa siga el curso de las olas.

Con la tormenta formando remolinos a su alrededor, Ellie no podía perder más tiempo haciendo más preguntas. Les costó lo suyo, pero él la ayudó a pasar entre las capas de tela mojada hasta llegar al camisón. Erik se sobresaltó cuando sus manos desnudas contactaron con la piel, pero se las ingenió para romper el paño de lino de un modo limpio y rápido por la cintura. Hizo un nudo con un extremo de la tela y después practicó un par de agujeros junto al dobladillo al otro extremo, al cual anudó dos cabos. Ató la cuerda a la proa y, finalmente, arrojó el camisón al océano.

La oscuridad no dejaba verlo, pero supo que funcionaba cuando la barca ralentizó su marcha y pareció estabilizarse.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Erik le apartó un mechón de pelo de las pestañas y le dio un beso salado en la boca. Aquellos labios sabían a fuerza y calor y le ofrecieron un consuelo que necesitaba más que nunca.

—Ahora esperaremos y dejaremos que la corriente nos conduzca a través de la tormenta.

La tumbó en la cubierta del barco de modo que quedara extendida ante él, acurrucada sobre su costado, y puso unas mantas sobre ellos. Habían quedado completamente a merced de la tormenta. La lluvia seguía arreciando y la barquita se bamboleaba de un lado a otro envuelta en los peligrosos tubos de las descomunales olas. Pero en el acogedor y cálido círculo de su apretado abrazo y con el constante latido de su corazón tras su espalda, Ellie sintió un momento de calma.

Hasta que los golpeó la siguiente ola y el terror hizo que su pulso se acelerara y el corazón se le detuviera. Se aferraba a él y hundía los dedos en sus brazos cada vez que una ola se levantaba y rompía contra ellos, cada vez que el bote caía sobre las olas y crujía con un sonido que helaba la sangre. Pero la solidez del robusto cuerpo que tenía tras ella hacía de anclaje. Era de locos verlo mantener la calma, prácticamente inhumano. Una inmensa ola los sostuvo en alto y casi los puso de medio lado antes de devolver el esquife sobre la superficie con tal fuerza que a Ellie le temblaron los dientes y hasta los huesos.

—¿No tienes miedo? —preguntó ella con voz temblorosa.

—No —se apresuró a contestar, para después tras una pausa abrazarla un poco más fuerte y añadir

—: Puede que un poquito. —Tenía miedo por ella. Que admitiera aquello la llenó de felicidad. Tal vez no era completamente inmune a las fragilidades del ser humano, aunque no fueran por él mismo. Tal vez ella le importara realmente. Antes de que Ellie pudiera contestar, dijo—: Pero ni pienses en contárselo a nadie. Tengo una reputación que mantener.

La sonrisa de Ellie se tornó grito cuando otra de las aterradoras olas los llevó en un peligroso viaje por encima de la cresta y rompió en lo más alto lanzándolos sobre la superficie de golpe. La constante tensión entre momentos de pánico y de alivio resultaba agotadora. La percibía en el pecho. La notaba en los pulmones. No sabía cuánto tiempo más sería capaz de soportarlo. Temblando, se agarró a la piel de su *cotun* hasta que sus propios nudillos empezaron a dolerle.

—No puedo soportarlo más.

Él la consoló susurrando murmullos a su oído y acariciándole los brazos con suavidad, la cintura y también las caderas. Y después su trasero.

Ellie sintió el calor acumularse en su entrepierna. Sus miembros se relajaron. Las frenéticas revoluciones de su respiración se tornaron más suaves. Erik la acarició un poco más, pasando las manos a través de su cuerpo de modo posesivo. Y ella se derretía ante él. Su cuerpo respondía a cada roce de su piel. Sí. Era esto lo que necesitaba. Intentaba distraerla y lo había conseguido. Él le agarró el pecho, pellizcó el pezón con dos dedos, hizo que este se erizara y se pusiera duro, y ella apenas se percató del golpe de la siguiente ola. Pero sus suaves caricias ya no le bastaban, y ella había de arquearse para notar más la presión de su mano, ardiendo por tener más contacto. Buscó su cuerpo balanceando las caderas hacia atrás y se encontró con toda su dureza y grandiosidad. Sus nervios, que ya estaban casi rotos, se incendiaron. Aquel instinto primario de miedo se convirtió en algo completamente diferente: deseo.

Quería tenerlo dentro de ella. Lo deseaba con una desesperación que podía rivalizar con el miedo sentido solo momentos antes. Restregó su trasero contra él. Su cuerpo utilizaba un lenguaje propio para comunicarle lo que ansiaba. La boca de él recorrió el cuello de Ellie y aquellos murmullos al oído se convirtieron en rugidos y salvajes besos. La tormenta rugía a su alrededor y llevaba la barca de acá para allá como si fuera el juguete de un niño. Aquello era de locos.

Pero a ella no le importaba. Bajo el caparazón de mantas, la vorágine que circulaba a su alrededor parecía desaparecer. Si estaban a punto de morir, prefería sentir la vida por última vez. Y en caso de que consiguieran atravesar la tormenta, quizá no tuviera otra oportunidad de encontrar la pasión con el hombre al que amaba. Se dio la vuelta y sus miradas se encontraron en la oscuridad. Los ojos de él irradiaban fuego. «Haz que desaparezca», susurró Ellie. No se refería solo a la tormenta, sino a la inquietud que había crecido en su interior. Erik respondió a su petición con un beso que la dejó sin aliento. Un beso tan salvaje y desenfrenado como la tormenta que circulaba a su alrededor.

La tarea no debía de ser fácil con tantos movimientos en el bote. Pero él se anticipaba a ellos y usaba la fuerza de su cuerpo para adaptarlos al mar. No obstante, la besaba con tanta pasión y su cuerpo ansiaba tanto el contacto que ni siquiera reparaba en lo que hacía. Ellie estaba debajo de él con las faldas subidas hasta la cintura. Desprendió lo justo las ataduras de sus calzones para dar salida a la dura columna que formaba su erección, y después, dichosamente, entró en ella de un solo empujón.

Ellie gritó de satisfacción ante la abrupta invasión, en tanto que su gruesa y potente completud golpeó su interior una y otra vez. La sensación era increíble. En esa ocasión no hubo ni rastro de dolor. Solo placer. Quería sentirse así, tener esa conexión, para toda la vida. El bote sufrió una arremetida y el se hundió más en ella si cabe, provocando sus jadeos. Tras esto, empezaron a moverse. Las caderas de Ellie se alzaban ante sus largas y duras embestidas, que parecían seguir el ritmo de la lluvia y el

viento. Era algo salvaje y alocado. Algo crudo y bruto. Era hacer el amor de la manera más básica y elemental. Los aullidos del viento, la lluvia cayendo y las olas rompiendo a su alrededor hacían que se fundieran con la naturaleza. Erik la embestía una y otra vez, como si no pudieran bastarle rudeza ni velocidad alguna, como si su pasión por ella fuera tan incontrollable como la tormenta. Ellie jamás podría olvidar el aspecto que tenía en aquel momento: el pelo pegado a la cara, la lluvia surcando su rostro y esa expresión de fiereza y pasión.

Lo abrazó con sus piernas para atraerlo hacía sí. Quería que se lo diera todo. En cuanto las poderosas sensaciones empezaron a embargarla, lo agarró por los hombros para asirse a su fortaleza. Se sentía tan bien... Todo su cuerpo estaba en erupción, temblaba, hormigueaba. Sentía cómo se concentraban el calor y la humedad. Sentía cómo el deseo se arremolinaba y se tensaba en su interior con cada una de sus deliciosas caricias. Sus manos se pasearon por los duros músculos de sus costados, apretando fuerte y tirando de él con firmeza. Una explosión de sensaciones tenía lugar dentro de ella. Los espasmos de placer se desplegaron uno tras otro y sus gritos se perdieron entre los aullidos del viento.

Cuando todo hubo acabado, Ellie apenas tenía fuerzas para moverse. A Erik pareció afectarle de manera similar, porque cayó rendido sobre ella. Ellie pensó que la aplastaría, pero se sorprendió al comprobar cuánto ansiaba sentir la presión del peso de su cuerpo. Sin embargo, un momento después, él se apoyó sobre su costado, volvió a cubrirlos con la manta y se acopló a su espalda. Fue entonces cuando se percató de que así debía sentirse uno después de hacer el amor. Sin silencios incómodos ni recriminaciones. Sin expectativas vanas. Simplemente estando cómodos y compartiendo el regocijo.

Se quedaron en esa posición un rato, y Ellie advirtió que la barca ya no se bamboleaba tanto. Las olas no parecían tan altas como antes. Incluso el viento parecía haberse calmado un tanto.

—¿No te parece que hay más calma ahora?

Él rió sobre su oreja.

—Cualquier cosa parecería calmada después de eso. —Si lo que pretendía era hacer que se sonrojara, lo había conseguido—. Más de un marinero cree que hacer el amor y dejarse llevar, como hacemos nosotros, llama a la calma de los mares.

Ellie no sabía si estaba contándole otra de sus historias, pero en esta ocasión esperaba que fuera cierta.

—¿Crees que habrá pasado ya lo peor?

Erik dejó transcurrir un momento, como para dar tiempo a que sus sentidos consideraran la pregunta.

—Sí, creo que podría haber pasado ya lo peor.

La abrazó con más fuerza.

—Descansa un poco, Ellie. Te lo has ganado.

No podía dormir, no bajo la tormenta. Pero sus ojos pesaban y, a pesar de sus protestas, se cerraron al cabo de unos minutos.

Cuando volvió a abrirlos, todavía era de noche. Tenía frío, estaba mojada y no podía mover los brazos. Tardó un momento en recordar dónde estaba, pero después le sobrevino todo de golpe. La tormenta. A la deriva. Su pasión desenfrenada. No podía mover los brazos porque Erik seguía abrazándola con la firmeza del acero.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él al tiempo que la soltaba un poco para que pudiera estirar los brazos y las piernas, que, a pesar de tenerlos encogidos, sorprendentemente no estaban agarrotados.

—Sí —respondió ella al darse cuenta de que así era—. ¿Tú has descansado?

—Un poco.

Lo fulminó con la mirada. «Mentiroso.» Apostaba a que no había pegado ojo. De repente se percató de algo y se incorporó.

—¡Ha dejado de llover!

Lo habían conseguido. Habían sobrevivido a la tormenta. Erik tenía razón. No iban a morir. Él sonrió al ver la cara que ella ponía.

—Hace unas horas. Poco después de que te quedaras dormida. La borrasca se fue tan rápido como vino.

Ellie alzó la vista al cielo y advirtió que también la niebla se había disipado. Incluso podía ver una porción de luna asomándose entre las nubes.

—¿Qué hora es?

—Faltan un par de horas para el amanecer.

Se mordió el labio al darse cuenta de que, a pesar de que estuvieran a salvo, no había forma de que Erik pudiera completar su tarea a tiempo. Le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento.

La miró extrañado, hasta que se percató de a qué se refería.

—Todavía no ha amanecido, Ellie. Llegaremos a tiempo.

«Nunca darse por vencido.»

—Pero ni tan siquiera sabes dónde estamos. Podríamos estar a kilómetros de la costa.

—Podríamos —concedió con simpatía—, pero no lo creo. Aquello debería ser la costa de Irlanda —dijo señalando hacia el frente a la derecha del bote.

En la oscuridad era imposible asegurarlo, pero Ellie vio lo que parecía ser una mancha borrosa más oscura sobre el telón de fondo de la noche. Erik ya había tomado los remos y comenzaba a remar hacia ella.

Aquella masa se hizo cada vez más grande, y en cuanto la oscuridad fue desvaneciéndose con la aurora, supo que estaba en lo cierto: se trataba de Irlanda. La punta noreste, para ser más precisos. Podía adivinar ya los blancos acantilados por los que el cabo recibía su nombre: Fair Head.

No podía creerlo. Era posible que lo consiguieran. Si se había tratado de suerte o habilidad, no podría decirlo, pero lo cierto era que Erik lo había conseguido. Apenas estaban a cuatro kilómetros de la costa. Sin embargo, no quedaba más de una hora para el amanecer. Los primeros rayos de sol anaranjados empezaban a asomar sobre el negro velo del horizonte.

—Espero que estés preparada para conocer al rey —dijo para provocarla.

Ellie se quedó paralizada.

—¿El rey?

—Después de que me encuentre con tu amigo en Irlanda. —Ellie se estremeció al percatarse de que se refería al sanguinario irlandés que quería asesinarla—. Tendré que pensar alguna forma de explicar tu saludable aspecto. —Sus ojos brillaron traviesamente, como si guardara un divertido secreto—. Vendrás conmigo a Rathlin para reunirnos con Bruce —añadió dedicándole una sonrisa digna de la ofrenda de un magnífico regalo.

Ellie perdió el color en el rostro.

—Pero habías dicho que me llevarías a casa.

Se quedó circunspecto, como si ella arruinara así la sorpresa que tenía preparada.

—Pero, muchacha, comprenderás que no puedo hacerlo ahora. No tenemos tiempo. Además,

pensaba que no querías ir.

No quería. Sí quería. La estaba confundiendo. Pero si lo que pretendía era llevarla ante Bruce...

Ellie era consciente de que no podía aplazarlo por más tiempo. Se mordía el labio con ansiedad y retorció entre sus manos los faldones del abrigo. Tenía que contárselo. Por más que supiera que todo cambiaría una vez que lo hubiera hecho. Pero primero tendría que hablarle de lo que sentía o jamás le sería dado conocer sus verdaderos sentimientos hacia ella.

—Te quiero —dijo en voz baja.

Erik dejó de remar como única indicación de que lo había oído. Su expresión permaneció impasible. Pero después sonrió, y aquello le rompió el corazón. Jamás se le había ocurrido que un corazón pudiera ser destripado a través de la amabilidad. Pero aquello fue lo que le provocó esa afable sonrisa.

—Ah, muchacha, me alegro de ello. Aunque ya lo sospechaba después de lo ocurrido esta mañana en la cueva.

Era como si en lugar de su corazón, le hubiera ofrecido un pastel de manzana, como cualquier otra de sus admiradoras.

¿Y qué esperaba ella? ¿Una declaración de amor?

No, pero sí algo más que una amable confirmación y que lo aceptara con tanta indiferencia, alguna indicación de que había la posibilidad de que ella le importara algo, de que aquello que habían compartido fuera especial. Alguna indicación de que era capaz de corresponder su amor. La amabilidad era lo peor que podía ocurrirle. Su declaración no era diferente de las que él había oído incontables veces. Probablemente él ya sabía lo que ella sentía, tal vez incluso valorara ese sentimiento, pero jamás los correspondería.

«Nada puede afectarlo.»

Erik comenzó a remar de nuevo.

No era la primera vez que una muchacha le confesaba sus sentimientos, pero oír esas palabras en boca de Ellie significaba algo diferente. Por una sola razón: no provocaba en él esa ansiedad, esa inquietud que le hacía querer embarcarse en el próximo bote que partiera. Aunque, en realidad, no era eso lo que solía hacer, sino empezar una retirada amable y convencer a la muchacha de que lo cierto era que ella no lo amaba. Con Ellie el sentimiento no era ese en absoluto. De hecho, oír cómo le decía que lo quería había hecho que se sintiera... agradecido. Más que agradecido. Orgullosa, conmovido, honrado y feliz.

Se decía que la reacción que provocaba en él era normal, ya que una esposa debía amar a su esposo. La tormenta lo había convencido de que aquella era la decisión correcta. La fiereza de la pasión que los había embargado lo había cogido por sorpresa. No estaba preparado para dejarla marchar, de modo que pensaba quedarse con ella. El hecho de que lo amara debería hacer que Ellie se sintiera más feliz incluso.

Pero no se la veía feliz. Parecía estar a punto de romper a llorar. Eso lo inquietó. Se ajustó el *cotun*, pero aquello no aliviaba la congoja que sentía en el pecho, un angustiante dolor que empeoró cuando la miró a los ojos. Sabía lo que ella deseaba oír: que él dijera que también la amaba. Todas las mujeres querían eso. Estaba acostumbrado a ese tipo de decepciones, pero no a querer hacer algo al respecto, incluso decirle que él también la quería. Aquella idea lo dejó petrificado. Un sudor frío empezó a surcarle las cejas. Estaba claro que él no la amaba. Aquella pasión, la fiera necesidad de protegerla y hacerla suya, su extraña conexión, el miedo irracional que le sobrevinía ante el

pensamiento de perderla significaban tan solo que ella le importaba. ¿Pero amor? Esa clase de amor entre «un hombre y una mujer para toda la eternidad» jamás se le había pasado por la cabeza. Se creía inmune, incapaz de emociones de ese tipo. Le gustaban demasiado la persecución, la seducción y la danza del cortejo. ¿No era aquello cierto?

Puede que no fuera capaz de decirle que la amaba, pero sabía que podía darle algo incluso mejor que esto. Le pediría que se casara con él, y así borraría esa expresión de desolación de su rostro. Sin duda, estaba dispuesto a ver caer unas cuantas lágrimas, pero serían lágrimas de alegría. Sin embargo, no se le presentó esa oportunidad.

—Hay algo que debo contarte —dijo Ellie con una voz extrañamente distante, casi de la realeza—. No he sido del todo honesta contigo.

Erik empezó a remar con menos fuerza hasta que acabó parando por completo.

—¿Sobre qué?

Se mantenía erguida con un porte majestuoso, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Mi identidad.

Se quedó sorprendido, pero la dejó continuar. Ya sospechaba que ocultaba algo.

—No soy niñera en la casa del conde de Ulster.

—¿Ah, no?

Ellie respiró profundamente.

—Soy lady Elyne de Burgh.

ERIK se quedó de piedra unos instantes y luego se puso a reír. Estaba claro que había oído mal.

—Por un momento creí que habías dicho De Burgh.

Ellie alzó la barbilla y se quedó mirándolo a los ojos.

—Eso he dicho.

«De Burgh.» Se negaba a creer que aquello fuera tan malo como daba a entender la alarmante revolución desatada a través de sus venas.

—¿Eres familia del conde de Ulster? —preguntó lleno de temor, con la esperanza de que su relación fuera lejana.

Ellie continuó mirándolo sin pestañear.

—Es mi padre.

A Erik le pareció que le arrancaban la cabeza de cuajo. Se quedó mirándola como si la viera por primera vez. Tal vez así fuera. En realidad no había llegado a conocerla nunca. Entornó los ojos y comenzó a notar la tensión que se formaba en el cuello y los brazos.

—Me has mentido.

Ellie no se amilanó ante su mirada acusadora.

—Así es.

Erik esperaba que lo negara, que le diera evasivas e intentara explicar sus acciones, no que admitiera su falta con tanta facilidad. Pero ella jamás actuaba como se suponía que tenía que actuar. Se sentía raro, incómodo, desconcertado y dolido. Solo se había sentido así al atravesar a alguien con la espada.

—¿Por qué?

—En la cueva de la Sirena, uno de los irlandeses mencionó el nombre de mi padre. Era obvio que el apellido De Burgh solo conseguiría complicar más las cosas.

Erik no pensaba que pudiera haberlo complicado mucho más.

—¿Y cuándo salimos de la cueva?

—¿Te refieres a cuándo me percaté de que pensabas violarme y después asesinarme?

La imperiosa manera en que arqueó la ceja lo enfureció más incluso que el sarcasmo, fuera este merecido o no. Era exactamente el tipo de muestra de superioridad y nobleza que esperaba de la hija de un conde. El tipo de gestos que provenía de su posición, según se había convencido a sí mismo. Apretó los puños en un intento de calmar las extrañas emociones que ardían en su interior.

—Pero dijiste que eras niña.

—Me pareció lo más cercano a la verdad. Desde que murió mi madre, me he encargado de mis hermanos y hermanas más pequeños. Aquello fue un toque de ironía que me pareció divertido. Pero en cuanto a la razón por la que no te lo dije después era porque pensaba que eras un pirata. —Erik advirtió el tono de reproche en su voz. Ella no era la única que había guardado un secreto. Él quiso que fuera de aquel modo. Deseaba mantener la distancia entre ambos. Pero jamás habría sido capaz de

imaginar eso—. Y tampoco podía estar segura de que no quisieras obligarme a casarme contigo.

Aquello era exactamente lo que habría hecho un pirata de verdad. Pero estaba demasiado enfadado para atender a explicación racional alguna. Esa amarga ironía era como una puñalada en la espalda. Porque él quería casarse con ella. Pensaba que podría darle una posición y riquezas, que ella le estaría agradecida. Pensaba que ella lo necesitaba. Pero no lo necesitaba en absoluto. Una hija de Ulster era uno de los premios más codiciados de toda la cristiandad. Podía aspirar a algo mucho mejor que un jefe de clan perseguido, aunque su sangre azul se remontara a la memoria de los tiempos. Sabía que no tenía ningún derecho a ello, ya que no le había ofrecido razones para la confianza, pero igualmente se sentía traicionado.

—¿Y cuándo te enteraste de la verdad, Ellie? ¿O debería decir lady Elyne? ¿Por qué no lo hiciste entonces?

Lo miró bajo la luz de la luna con una cara que era una máscara de alabastro ovalado.

—Porque no quería que acabara lo nuestro.

«El placer.» Por Dios bendito. El mundo se le vino encima cuando fue consciente de todas las cosas que implicaba. Ya no era solo que hiriera su orgullo que una niñera a la que había querido honrar con su nombre resultara ser una de las herederas más ricas en la tierra, sino lo que él mismo había hecho. Había mancillado a la hija de Ulster. Y no tan solo a la hija de Ulster. La cogió por el brazo, intentando contener su ira.

—¡Eres la hermana de Bruce!

El hombre al cual debía lealtad por encima de todo lo demás. Ella tan siquiera se molestó en fingir bochorno por la magnitud de su embuste, sino que mantuvo la cabeza bien alta.

—Hermana política, sí.

—Pero Eduardo Bruce te vio la otra noche. ¿Por qué no dijo nada?

—Tan solo me encontré con él una vez, en la boda. —Rió, aunque aquel áspero sonido no era divertido en absoluto—. Al parecer, no se acordaba de mí.

Erik se quería morir. La primera vez que deshonoraba a una manceba y tenía que elegir aquella que era sacrosanta. La hermana de su rey y señor. Ciertamente Bruce había adoptado el estilo de lucha de las Highlands, pero en su corazón seguía latiendo el espíritu de la caballería. Aquel insulto no caería en el olvido. Poco importarían las circunstancias. Y no sería solo el sentido del honor de Bruce el que se sentiría ofendido. Todas las posibilidades apuntaban a que Ulster culparía a Bruce de las acciones de Erik. Aquello podría abrir una brecha entre ambos. Una brecha que podría provocar que Ulster dejara de mirar hacia otro lado ante las actividades de Bruce. Una brecha que podía poner en peligro las rutas comerciales del oeste y negarle al rey unas provisiones que le eran muy necesarias. Si no lo mataba Ulster, ya se encargaría Bruce de ello. Su misión no incluía mancillar el honor de doncellas.

Dios santo, de pronto todo parecía cobrar sentido: la razón por la que los ingleses no habían cesado en su búsqueda como normalmente hacían. Le apretó el brazo con más fuerza, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No me perseguían a mí, te buscaban a ti.

Al llevarla consigo, había hecho recaer sobre él todo el peso de la flota inglesa. Ella parecía sorprendida por la acusación, como si no hubiera caído en la cuenta hasta ese momento. Arrugó el entrecejo.

—Nunca pensé que... —Se detuvo y después negó con la cabeza—. Mi familia jamás supo lo que me había ocurrido.

En ese momento a Erik se le heló la sangre.

—Tal vez no lo hicieran al principio, pero sí cuando envié el mensaje.

Su galantería mal entendida y la necesidad apremiante de hacerla feliz habían conducido a sus enemigos directamente hacia ellos.

A Ellie le cambió la cara. ¿Era posible que, cuando capturaron y asesinaron a sus hombres, los ingleses la estuvieran buscando a ella? «Milady.» Aquella deferencia del soldado de la playa cobraba sentido de repente. Intentaban protegerla.

—Lo lamento mucho —dijo.

Él tan siquiera podía mirarla.

—Celebraremos la boda tan pronto como consiga un sacerdote.

El corazón se le paró en seco. «Boda.» Aquella palabra que tanto había esperado escuchar, pronunciada de manera fría y sin emoción alguna. Era exactamente lo que había temido, la razón por la que no le había revelado su identidad. Porque sabía que la desgraciada nobleza que albergaba en su interior podría más que su lado cruel. Ella era lady Elyne de Burgh, la hermana política de su rey y señor, hija de uno de los hombres más poderosos de la cristiandad. No le quedaba más opción que casarse con ella.

Puede que resultara incoherente, pero no pensaba casarse con el hombre al que amaba. No, si la propuesta estaba motivada por la obligación en lugar de la emoción. El amor no correspondido no le hacía ninguna ilusión. No cometería el mismo error que su madre, que pensaba que podría obligar a un hombre a que la amara solo con la fuerza de su propia voluntad. En su interior, Ellie tenía ganas de explotar, de tirarse al suelo y romper a llorar como si fuera un guiñapo. Pero su orgullo no se lo permitía. Era lady Elyne de Burgh. Erik jamás llegaría a saber el daño que aquello podía hacerle, ni tampoco lo difícil que resultaba para ella rechazarlo.

—Eso no será necesario —dijo ella con la misma emoción que él había formulado su «oferta».

Los ojos de Erik parecían meras rendijas.

—¿Es preciso que te recuerde con exactitud por qué sí es necesario?

No le dio la satisfacción de sonrojarse. No se avergonzaba de lo que habían hecho y él no la obligaría a que se sintiera de ese modo.

—Aprecio tu galante «oferta», pero no es necesario. Ya estoy prometida.

Si Ellie pensaba que ya lo había visto enfadado, se equivocaba. El cambio resultaba tan impactante que a Erik se le cortó la respiración y retrocedió por instinto. En el claroscuro del amanecer cercano, sus ojos palidecieron y se tornaron absolutamente fríos, absolutamente inmisericordes. El apuesto noruego se había transformado en el sanguinario vikingo. Hizo un movimiento en su dirección, y por un momento incluso le tuvo miedo. Creyó que se abalanzaría sobre ella, pero en realidad estaba completamente quieto. Demasiado quieto. Jamás se había percatado antes de lo amenazante que podía ser la quietud.

—¿Quién?

Aquella sencilla palabra sonaba como el hacha de un verdugo. Un helado escalofrío recorrió su espalda pero se negaba a dejar ver su miedo.

—Sir Ralph de Monthermer.

Los ojos de Erik brillaron con una intensidad peligrosa.

—Eres una caja llena de sorpresas, ¿no es cierto, lady Elyne? Había oído algo acerca de tu compromiso, pero he de admitir que nunca lo relacioné con mi niñera secuestrada y el reciente interés

del nuevo conde en un mensaje proveniente de Dunaverty.

Ellie palideció.

—¿Ha estado buscándome?

—Al parecer, con bastante vehemencia.

Ella no cayó en el error de confundir el tono descuidado de sus palabras. Estaba furioso. Si no fuera por lo ridículo del pensamiento, diría incluso que estaba sintiendo celos. Pero Erik era el último hombre al que podría imaginar sintiendo celos. Tenía demasiada confianza en sí mismo y le importaba todo demasiado poco para sufrir de tan débil fragilidad humana. Lo que lo ponía furioso era el peligro en que se veía su misión.

—¿Y qué pasará cuando se entere de que ya no eres doncella? ¿Crees que el recién nombrado conde todavía te querrá por esposa? ¿O esperabas tal vez engañarlo en ese aspecto?

Ellie se puso en guardia. ¿Cómo podía pensar que sería capaz de tal deshonor? No se ilusionaba en cuanto a los intereses que Ralph tenía sobre ella. Lo importante era la alianza.

—No es asunto tuyo. Eso quedará entre mi prometido y yo.

Aquello hizo que explotara, la tomara por el brazo y la zarandeara con violencia.

—¡Y un cuerno!

El corazón de Ellie latía como una locomotora. Jamás lo había visto perder el control. Y esa mirada que tenía... Le entraron escalofríos. No sabía qué pretendía. Tenía la cara tan cerca que pensó que la besaría hasta que se rindiera a sus pies. No, nada de besos, la violaría.

Pero lo que podría haber pasado después jamás llegaría a saberlo. Erik miró más allá del cuerpo de Ellie y se quedó helado. Toda su emoción y rabia parecieron evaporarse.

—Al parecer, pronto lo descubriremos.

—¿De qué estás hablando?

Señaló un punto a su espalda. Cuando Ellie se dio la vuelta, advirtió unas inconfundibles manchas de color, tamizadas por el suave resplandor de la aurora, sobre el horizonte que se extendía tras ellos. Velas. Al menos seis de ellas, acercándose con rapidez.

—Creo que tu prometido acaba de llegar.

Ellie se percató de lo que Erik ya sabía desde el primer momento en que las vio, y percibió en su rostro algo que pensaba que jamás llegaría a ver: derrota. Su suerte estaba echada. La escapada era imposible. La costa estaba demasiado lejos aún. Sin una vela, no tendrían posibilidad de ocultarse ni de navegar más rápido que ellos. Incluso las extraordinarias habilidades del marino escocés tenían sus límites, y uno de ellos era la imposibilidad de navegar más rápido que una flota de galeones ingleses con el viento a favor con la única propulsión de sus propias manos. Estaba a punto de fracasar y ella tendría la culpa. El fracaso sería algo que él jamás le perdonaría.

La mirada de Ellie se perdió en la costa de Irlanda. Una idea tomó forma en su interior. Tal vez todavía tuviera una oportunidad. Pero ¿la aceptaría? Hizo de tripas corazón, consciente de que no podía darle alternativa a elegir.

Erik fracasaría ante su rey. Fracasaría ante todo el grupo. Fracasaría ante todos los que contaban con él. Incluso en las horas más oscuras de la tormenta no había contemplado la opción del fracaso. Le parecía inconcebible pensar en algo que no fuera el éxito. Pero el amargo sabor de la derrota agriaba su boca. Retomó los acontecimientos una y otra vez, consciente de que había sido su propia arrogancia la que lo había conducido hasta ahí. Si se lo hubiera tomado con más seriedad, concentrándose en su

misión en lugar de en la muchacha, no habría llegado hasta ese punto. No podía creer que, estando tan cerca, fuera a presenciar cómo la victoria se esfumaba ante sus narices en el último suspiro, a tres kilómetros de la costa. La tenía prácticamente a tiro de piedra. Pero jamás en la vida podría ganarles una regata a los ingleses con esa barquita, y quedarse en el intento para conducirlos hasta los soldados irlandeses no entraba en sus planes. Estaban atrapados.

Pero, a pesar de todo, no se daba por vencido con facilidad y se estrujaba el cerebro en busca de alguna salida.

—Márchate —dijo Ellie sin expresar emoción alguna—. Antes de que te vean.

La voz de Erik se mostró tan dura como su mirada.

—A menos que puedas hacer aparecer de la nada un mástil y una vela, me temo que eso será imposible.

—Puedes nadar.

Erik se quedó pensando, pero descartó la idea al momento.

—Nos buscarán una vez que descubran que la barca está vacía. No puedo arriesgarme a eso.

—Yo no iré contigo.

Una nube roja de ira hirvió en su interior.

—Si piensas que voy a abandonarte...

Ellie no le permitió terminar la frase.

—Estoy completamente a salvo. Es a mí a quien están buscando. Les diré que te ahogaste en la tormenta. Nadie te buscará. Todavía tienes tiempo. Pero es preciso que te marches de inmediato.

Erik miró hacia la costa y supo que ella tenía razón. Podía conseguirlo. Los irlandeses esperarían hasta el amanecer y, con suerte, tal vez un poco más. Tendría que hacer el paso a Rathlin y después a Arran en una sola noche, pero podía conseguirlo. Bruce todavía estaría a tiempo de llegar para lanzar el ataque el día acordado. Podía salvar su misión. Pero eso de abandonarla a su suerte iba en contra de cada uno de sus sentidos. A pesar de que lo hubiera engañado, ella era su... ¿Qué? ¿Qué era ella para él?

Al parecer, Ellie se percató de sus dudas.

—Márchate. Nada te retiene aquí.

Pero sí había algo. Aunque no pudiera ponerle nombre a ello. Erik se debatía contra su propia indecisión, algo con lo que no estaba familiarizado. Puede que salvara la misión, pero, al hacerlo, también pondría punto y final a su relación con Ellie.

Pero ¿de qué relación hablaba? Ella estaba prometida a De Monthermer, por Dios bendito, el que fuera antes yerno de Eduardo y uno de los capitanes más importantes de la marina inglesa. Ella pertenecía a otro. Ser consciente de eso era como un ácido que corroía su pecho.

Y allí estaba ella, sentada con una tranquilidad exasperante, el gesto tan duro y quebradizo como el cristal. Había algo que no cuadraba. Demasiada compostura. Demasiada calma. Hacía apenas unos minutos le había dicho que lo amaba y allí estaba ahora, haciendo todo lo que podía por librarse de él. La tomó por el brazo y sintió ganas de borrar de su rostro esa helada expresión de irrevocabilidad.

—¿Qué quieres de mí?

Ellie lo miró a los ojos.

—Nada. ¿Es que no te das cuenta? Jamás hubo otra posibilidad. Márchate, para que pueda seguir con mi vida y olvidarme de que todo esto tuvo lugar.

Erik se estremeció como si acabaran de darle un mazazo en la cabeza. Se quedó mirándola a los

ojos con el pecho temblando de congoja y la obligó a que se atreviera a mentirle directamente a la cara.

—Dime una cosa. ¿Quieres casarte con él?

Ellie no lo dudó un segundo.

—¿Y por qué no habría de querer? Sir Ralph es uno de los caballeros más apuestos y poderosos de la cristiandad. Para cualquier mujer sería un honor desposarse con él.

Erik apretó los dientes ante aquel súbito dolor. Debería sentirse aliviado. Su misión debía ser lo primero y ahora podría marcharse con la conciencia tranquila. Se lo había pedido. Ella lo había rechazado. Había cumplido con su obligación. Su honor estaba intacto. Entonces ¿por qué le parecía tener el pecho ardiendo por dentro? ¿A qué venía toda esa furia interior? ¿Y por qué tenía ganas de asesinar a sir Ralph de Monthermer? Aquello era lo que habrían hecho los antepasados de Erik. Pero él no era un bárbaro nórdico. No tenía derecho alguno a reclamarla para sí.

Caía el amanecer. Los galeones cada vez se acercaban más. En cinco minutos habría suficiente luz para que pudieran vislumbrar sus dos siluetas. Si pensaba partir, tendría que hacerlo al momento. Miró a Ellie justo antes de zambullirse en el agua. Arropada por las mantas y pieles, se la veía pequeña e indefensa. Pero no lo estaba, jamás lo había estado. No lo necesitaba a él. Aunque luchara contra la urgencia que sentía de tomarla entre sus brazos y probar que aquello no era cierto. Su mandíbula adoptó la expresión de quien toma una resolución inquebrantable. No, era mejor que ocurriera de esa forma. Tenía una misión que cumplir. Cuando volviera junto a Bruce y el ataque estuviera en camino, tendría tanto que hacer que se olvidaría de ella por completo. El momento y las circunstancias, se recordó a sí mismo. Una vez que la aventura y la excitación quedaran sofocadas, dejaría de sentirse de ese modo.

La miró una vez más, se introdujo en el agua y comenzó a nadar. Había quedado tan insensibilizado que ni tan siquiera sintió el frío. Solo una vez volvió la vista atrás. A medio camino de la orilla se detuvo, justo a tiempo para ver cómo el primero de los galeones alcanzaba la barca. Su cuerpo se encrespó al reconocer la enseña de Ralph de Monthermer: el águila verde sobre la vela amarilla. Un momento después vio cómo recogían a Ellie del bote y era llevada en brazos por un caballero alto, vestido con la armadura que portaba ese mismo emblema en su tabardo. Erik sintió como si sus pulmones ardieran al llenarse de agua salada. Verla en brazos de otro hombre hacía aflorar sus instintos más primitivos, unos instintos cuya existencia incluso él desconocía. Pero se dijo que Ellie ya se encontraba a salvo. La había devuelto a su familia, tal y como había prometido. Había cumplido con su deber.

Volvió a zambullirse en el agua y nadó con todas sus fuerzas concentrado en un único objetivo. Su misión era todo lo que importaba.

Cuando Ralph la tomó entre sus brazos, la compostura que Ellie había mantenido con tanto esmero se derrumbó. No le importó que hubiera cuatro galeones llenos de soldados mirándola. Toda la emoción que había intentado ocultar en su interior se rompió en mil pedazos, desembocando en una oleada de lágrimas y sollozos que partían el corazón. Ralph, que atribuía la expresión de sus emociones al alivio por su rescate, no se percataba de que su corazón estaba roto, y la tranquilizaba con palabras de sosiego. Aquel mal sueño había acabado. Ya estaba a salvo. Nadie podría hacerle daño.

Era un hombre robusto y cálido, alto y fuerte. Su ancho y firme pecho olía incluso a viento y a mar. En su sonrisa se veía que su apuesto rostro era amable y su preocupación sincera. Pero Ralph de

Monthermer no era el hombre al que ella quería, y jamás podría serlo. El hombre al que ella quería era otro al que había perdido, a pesar de nunca haber sido suyo. La verdad escocía. Pero el dolor parecía darle fuerzas. Avergonzada ante aquel despliegue de emociones tan abierto, se contuvo y enjugó las lágrimas de su rostro. Ya habría tiempo suficiente para penas cuando estuviera en casa. Ahora tenía que asegurar la escapada de Erik.

—Lo siento —se disculpó.

Sabía que Ralph debía de estar ansioso por conocer los pormenores de lo sucedido y las razones de que se hubiera quedado sola, abandonada a su suerte en el pequeño bote.

—No hay nada por lo que disculparse —dijo Ralph amablemente—. Estoy tan contento de que os hayamos encontrado. La tormenta... —No terminó la frase, sino que apretó fuertemente su mano—. Es un milagro que pudierais manteneros a flote.

No era un milagro, tan solo la habilidad de un hombre único.

El rostro de Ralph se endureció.

—Pero ¿dónde está? ¿Dónde está el hombre que os secuestró?

Ellie era consciente de que tendría que hacer todo lo posible por convencer a Ralph de que Erik había sucumbido a la tormenta, pero odiaba tener que mentirle.

—No está —respondió con impasibilidad—. No sé cómo sucedió. La tormenta era terrible. Estaba oscuro y era imposible ver nada a través del viento y de la lluvia. Me ordenó que me quedara quieta tumbada sobre el casco de la barca. En un momento estaba allí y al siguiente había desaparecido.

—¿Halcón está muerto? —dijo un hombre mostrando su incredulidad.

Ellie se volvió al oír aquella voz familiar. Un hombre apareció entre la multitud de soldados que se apretujaban a su alrededor. Su cara se quedó lívida.

—¡Thomas! ¡Estáis a salvo! —Era tan profundo el alivio que sintió al verlo que dio unos pasos hacia él antes de detenerse—. Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

La cara de Thomas se ruborizó, antes de que Ralph contestara por él.

—Fue gracias a sir Thomas que os encontramos.

—¿Sir Thomas? —repitió.

Era algo que siempre había sospechado, pero escucharlo no dejó de sorprenderla. Thomas hizo una leve reverencia.

—Sir Thomas Randolph a vuestro servicio, lady Elyne.

Le llevó un momento reconocer el nombre, pero cuando lo hizo su horror no hizo sino empeorar.

—Sois el sobrino de Robert —dijo con voz entrecortada.

El joven caballero asintió. Ellie se sintió desfallecer. No podía creer que aquel a quien consideraba amigo hubiera traicionado no solo a Halcón, sino a su propio tío. ¿Qué más les habría contado? Se apartó de él bruscamente y se dirigió a Ralph.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Randolph estaba seguro de que el rebelde pondría rumbo a Irlanda.

Por Dios santo, ¿les habría revelado Thomas el plan? Sus ojos se dirigieron hacia él sin mostrar señal alguna del pánico que bullía en su interior.

—Halcón me contó que su intención era devolveros a casa —explicó Thomas.

Ellie tuvo que contener el suspiro de alivio ante aquella verdad a medias. Al parecer, Thomas no los había traicionado por completo. Se miraron a los ojos por un momento antes de que ella se volviera hacia Ralph para que continuase.

—Le tendimos una trampa anoche en el canal, pero tuvimos que retirarnos cuando se desató la tormenta. Estaba seguro de que el perseguido haría lo mismo, pero Randolph me aseguró que la tormenta no lo detendría. En cuanto esta amainó, pusimos rumbo hacia Irlanda. Ese hombre es más temerario de lo que imaginaba. —La cara de Ralph adoptó un cariz sombrío—. El muy insensato podría haber acabado con las vidas de ambos.

Ellie puso una mano sobre su hombro.

—Me salvó la vida —dijo atendiendo a la verdad—. Más de una vez. —Las lágrimas afloraron en sus ojos—. No sé lo que habrá hecho, pero ahora yo estoy aquí y él no. Lo único que quiero es volver a casa y olvidarme de todo.

Ralph se arrepintió de inmediato.

—Por supuesto que sí. Debéis estar exhausta. Podemos hablar más tarde. Vuestra familia estará muy contenta de que regreséis sana y salvo.

Ellie se quedó confundida cuando Ralph dio órdenes de cambiar el rumbo.

—¿Es que no vamos a Irlanda?

Negó con la cabeza.

—Perdonadme. Olvidaba que no lo sabéis. Vuestro padre ha sido enviado al castillo de Ayr por orden del rey.

«Escocia.» No podía creerlo. Durante todo el tiempo que había permanecido en la isla de Spoon, su padre estaba apenas al otro lado de la costa.

Ralph la sentó en un arcón junto a la proa de la embarcación, la rodeó con varias mantas más y le apretó la mano para procurarle consuelo.

—Qué bien que volváis a estar con nosotros, lady Elyne. Lady Mathilda podrá respirar tranquila. —Una extraña expresión recorrió su semblante—. Todos vuestros hermanos y hermanas podrán respirar tranquilos.

Ellie se daba cuenta de que se trataba de un hombre amable. Era algo que ya sabía, pero esa rara incomodidad que sentía al estar junto a él siempre se había interpuesto entre ellos. Se vio invadida por el sentimiento de culpa. Necesitaba contarle la verdad.

—Mi señor, hay algo... —Sus mejillas se encendieron—. Hay algo que debo contaros.

—No será necesario —dijo con firmeza. Ellie se disponía a protestar, pero él la detuvo—. No sois culpable de nada que haya ocurrido. Randolph me ha contado que habéis entrado en..., ejem, relaciones, con el hombre que os capturó.

No podía creerlo. Lo sabía, o al menos lo sospechaba y no le importaba. Aquella comprensión no hacía más que empeorarlo todo. No podía permitirle pensar que la habían forzado.

—No fue en contra de mi voluntad, mi señor.

La miró con detenimiento, más apreciativa que acusadoramente.

—Pasara lo que pasase es ya parte del pasado. Estáis a salvo. Eso es todo lo que importa.

Ralph estaba dispuesto a ponerle las cosas fáciles. Más fácil incluso de lo esperado. Más fácil de lo que ella merecía.

—Ahora descansad —dijo—. Podremos hablar más tarde. —Guardó silencio un momento, manteniendo el ceño fruncido sobre sus duros y apuestos rasgos—. Me temo que vuestro padre tendrá muchas preguntas que haceros. El rey Eduardo está más que ansioso por atrapar a ese capitán marino rebelde al que llaman Halcón. Está convencido de que Bruce planea algo.

Ellie se esforzó por mantener la compostura, a pesar de que se le helara la sangre.

—Me temo que no seré de mucha ayuda.

Ninguna, de hecho.

Él le sostuvo la mirada, tal vez entendiendo más de lo que debía, y le ofreció una breve sonrisa.

—Sea como sea, debéis estar preparada.

Ella asintió, apreciando que la advirtiera de ello. Recordó que en un tiempo Bruce y Ralph habían sido buenos amigos. ¿Acaso simpatizara más con su causa de lo que ella pensaba?

Ralph volvió junto a sus hombres y la dejó ante la cruel soledad de sus pensamientos. Su separación de Erik había sido tan rápida e inesperada que ni tan siquiera había tenido tiempo de pensar. Pero ahora, a medida que los minutos lo alejaban cada vez más de ella, la verdad caía por su propio peso. En cuanto se percató de la magnitud de su pérdida, la sensación de desesperanza fue sobrecogedora. El futuro aparecía baldío y solitario. Parecía imposible pensar que jamás volvería a verlo, que la libertad y la felicidad de las que había disfrutado tocaban a su fin. ¿Cómo podría volver a su vida anterior como si nada hubiera ocurrido? ¿Cómo cumpliría con su obligación y se casaría con Ralph cuando amaba a otro hombre? No quería creer que aquello acabara de manera tan abrupta y se encontró a sí misma más de una vez mirando hacia atrás. Sabía que él no iría en su busca. No podía, por más que hubiera querido hacerlo, que no era el caso. Pero aquella parte insensata suya que no quería aceptar la verdad se negaba a entrar en razón. Si al menos no le doliera tanto... ¿Y qué esperaba? ¿Acaso no sabía que aquella era la única manera en la que podía acabar?

Se había convencido de que significaba algo para él, de que Erik era diferente, de que era posible un futuro entre ambos. Pero él jamás le había profesado amor alguno ni había querido más que el placer que ofrecía. Le había dado una oportunidad al mostrarle sus sentimientos, y él no la había aceptado. Lo único que atemperaba su desamor era que pronto vería a su familia.

Teniendo los vientos a favor, al galeón no le costó demasiado esfuerzo cruzar aquellas aguas que apenas unas horas antes habían estado a punto de acabar con sus vidas. No tardaron mucho en avistar las verdes colinas y orillas arenosas de la costa de Ayrshire. Ellie se puso nerviosa al ver que Thomas, sir Thomas, se acercaba a ella. Cuando el caballero se sentó a su lado, ella hizo como si no se percatara de ello.

—Fue a nado hasta Fair Head, ¿no es cierto? —dijo en voz baja para que no lo oyeran los soldados de alrededor.

A Ellie se le alteró el pulso, pero permaneció impertérrita, con la vista fija en la línea costera.

—Si habláis del capitán, ya os he explicado lo que sucedió.

—No les he contado nada, Ellie, lady Elyne. Os doy mi palabra.

Ellie le dirigió una mirada aviesa.

—Salvo dónde encontrarnos.

El calor ascendió por sus mejillas; sin embargo, sacó pecho.

—La manera en que Halcón os trataba no era la correcta. Cuando descubrí quién sois, no pude permitir que su actitud persistiera.

Ellie no daba crédito a sus oídos. Toda la misión de Halcón había podido fracasar simplemente porque se habían ofendido las sensibilidades caballerescas de Randolph. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oía y le susurró:

—¿Así que decidisteis poner a los ingleses tras nosotros? ¿No sabéis lo que está en juego? ¿O es que ya no os importa?

Él se ruborizó más si cabe.

—Sé lo que está en juego, aunque no se me hayan confiado los detalles. Por una vez estoy agradecido de que mi tío no confiara en mí plenamente. No he dicho más que lo necesario para encontraros. En cuanto a Halcón, siempre se las ingenia para caer de pie, ¿o no os habéis dado aún cuenta de ello?

Parecía desesperado por que ella lo creyera, como si le importara la opinión que tenía de él, pero no podía ser absuelto tan fácilmente. Erik había escapado a la captura, pero por muy poco. Si conseguía o no acometer su empresa, era algo que ninguno de los dos sabrían por un tiempo.

—¿Y aun así os pasasteis al otro bando? —señaló ella.

Randolph desafió su mirada acusadora sin pestañear siquiera.

—No me quedaba otra opción. —Al ver que ella no respondía, añadió—: ¿O preferiríais vernos a todos muertos?

Ellie lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que no.

—Bueno, pues eso es lo que habría pasado en caso de que no presentara la rendición.

Para mayor ira de Domnall, supuso Ellie. Pero no podía culpar a Thomas por hacer lo que estaba en su mano por salvar sus vidas. Ella habría hecho lo mismo, por más que no fuera el estilo de Erik.

—¿Dónde está el resto de los hombres?

—En las mazmorras de Ayr.

—Y vos estáis aquí.

Él se puso a la defensiva, una reacción que pretendía censurar el tono de sus palabras.

—Mi tío y yo no nos hemos visto cara a cara durante algún tiempo. Soy un caballero, no un pirata, y mi deseo es luchar como tal.

Así que en cuanto le habían dado la oportunidad de cambiar de bando, la había aceptado. Por más que deseara condenarlo por ello, no podía hacerlo. Incluso si no se tenía en cuenta el código de caballería, Randolph no había hecho más que lo que incontables otros habían hecho antes que él: seguir sus intereses, no su corazón. Pragmatismo antes que principios. La mayoría de los aliados del rey Eduardo lo apoyaban porque aquello era lo más prudente, no porque creyeran en su causa. Incluso su padre podía entrar en esta categoría. Había pocos William Wallace dispuestos a morir por una causa noble.

Erik era uno de ellos. La lealtad, el honor, la responsabilidad, como quisiera llamarlo: los lazos que le unían a aquellos a los que quería eran lo más importante para él.

«Morir antes que rendirse.»

Le entró un escalofrío. Cuando él había pronunciado esas palabras, no había dudado que las decía en serio. Solo podía rezar por que no tuviera que llegar a ese punto. ¿Habría conseguido llegar a tiempo a la costa irlandesa y conducirlos a salvo hasta Bruce? ¿Tendría éxito el último esfuerzo de Bruce para recuperar su trono?

Puede que pasara algún tiempo hasta que consiguiera tener las respuestas para aquellas preguntas. Si fracasaban, quizá no las supiera nunca. Era posible que la agonía de no saber lo que había sido de él acabara volviéndola loca.

TRAS un largo día de espera, casi doce horas después de abandonar a Ellie, Erik MacSorley entraba en la bahía, navegando por la orilla oeste de Rathlin con los trescientos soldados irlandeses que había prometido conducir hasta Bruce. Con todo aquello que había sucedido anteriormente, su llegada a Fair Head minutos después del amanecer había resultado extrañamente decepcionante, y eso a pesar de que lo había conseguido por muy poco. Los MacQuillan estaban ya cargando los barcos para zarpar, pensando que habría ocurrido algo que suspendía el ataque. El jefe de los irlandeses le dijo que habrían vuelto a la noche siguiente, pero Erik no estaba convencido de ello. Habían cobrado la mitad del pago y, al haber cumplido con su parte del trato, recibirían una buena recompensa por el simple hecho de presentarse allí.

En cualquier caso, Erik los alcanzó a tiempo y, tras tomarse el cuidado de ocultar las embarcaciones para que no quedaran a la vista de las patrullas inglesas, pasaron el día esperando a que cayera la noche para partir rumbo a Rathlin. En ese momento estaba haciendo las maniobras para embarcar la primera de las naves en la bahía. Sabía que debía sentirse aliviado, orgulloso de haber cumplido lo planeado a pesar de la cantidad de obstáculos que había tenido que superar. Sin embargo, el éxito de su misión le reportaba muy poca satisfacción. La última conversación con Ellie seguía haciéndolo sufrir demasiado. Se veía obligado a contárselo al rey. Pero esa desagradable conversación tendría que esperar. Antes que nada, Erik debería conducirlos hasta Arran y, tras los retrasos imprevistos de la noche anterior, quería darse tanto tiempo como fuera posible.

Los dos grupos de hombres que había dejado apenas unas semanas atrás se encontraban reunidos en la orilla para darle la bienvenida: el rey, sus aliados más cercanos y aquel puñado de vasallos leales a Bruce que habían escapado con ellos de Dunaverty en septiembre. Pero a ese grupo se habían unido un centenar más de individuos, gracias a los hombres de las islas aportados por su primo Angus Og. Cuando vio que el agua quedaba a la altura de sus rodillas, Erik saltó por la borda del *birlinn* y recorrió el camino que lo separaba de ellos.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Bruce incluso antes de que pudiera poner pie en la rocosa playa—. Se supone que teníais que llegar ayer. Esto es arriesgar demasiado, incluso para vos, Halcón. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está vuestro barco? ¿Dónde está mi sobrino?

Erik torció el gesto.

—Los ingleses nos encontraron en la isla de Spoon horas antes de nuestra partida. Os lo contaré todo en cuanto lleguemos a Arran, pero Randolph y mis hombres fueron capturados.

Incluso para un hombre que había sufrido tantas decepciones, no supuso un golpe fácil de digerir. Bruce se estremeció.

—¿Muertos?

Erik negó con la cabeza.

—No lo creo, majestad.

Por el momento Erik prefirió no decirlo, pero se percató de que el rey estaba abatido. Sospechaba que estaría pensando lo mismo que él: que Randolph se había mostrado reacio a partir en aquella

misión. La mirada del rey se endureció y sus ojos se volvieron tan fríos y oscuros como el ébano recién pulido.

—Espero que tengáis una buena explicación para todo eso.

Erik asintió. Eso mismo esperaba él. Miró a Jefe, que estaba junto a Bruce.

—¿Están todos preparados? —preguntó Erik.

—Sí.

Por la manera en que lo miraba el capitán de la Guardia de los Highlanders, Erik sabía que también deseaba hacerle unas cuantas preguntas, pero al igual que las de Bruce tendrían que esperar.

No tardó en acordar con el rey quién lideraría los barcos irlandeses y dos de los barcos de los hombres de las islas. Ewen Lamont, llamado Cazador, y Eoin MacLean, al que conocían como Asalto, habían conducido las otras dos naves junto a los hermanos de Bruce hacia Galloway para llevar a cabo la segunda punta de ataque contra los MacDowell. Con siete barcos que comandar, cinco irlandeses y los dos de su primo, se decidió que Erik comandaría la flota en uno de los barcos irlandeses y que Jefe capitanearía otra de las naves de MacDonald, en la que iría el rey. Como los seguidores de este eran la mayoría de las tierras bajas de Escocia y tenían poca experiencia en la navegación, Erik permitió que los marinos irlandeses capitanearan el resto de sus naves, y dejó a Flecha MacGregor, el único miembro de la Guardia de los Highlanders presente, al cargo del *birlinn* que quedaba libre.

Menos de una hora después ya estaban en camino. Erik abría paso con los mercenarios, navegando a poca distancia por delante para poder dar aviso en caso de que fuera necesario. Al contrario que la noche anterior, esta era buena para la navegación. El cielo estaba relativamente despejado para tratarse de las brumosas islas Occidentales, y un viento constante los empujaba desde el norte. Su destino, la isla de Arran, al noreste de Spoon, en la confluencia de la península de Kintyre con la costa de Ayrshire, se encontraba apenas a unos sesenta kilómetros de Rathlin, pero serían unos sesenta kilómetros llenos de tensión. Erik era consciente de que el peligro se escondía detrás de cada ola. Una cosa era burlar las patrullas inglesas con un barco y otra muy diferente era hacerlo con siete. Prestaba especial atención a los cruces de vías marítimas, consciente de que a las patrullas inglesas les gustaba acechar en los puntos en que se juntaban dos o tres cuerpos de agua. Una vez pasado Rathlin, pusieron rumbo al norte y ordenó que los barcos plegaran las velas.

Y fue una decisión de lo más afortunada. Estaba seguro de haber visto el brillo de una vela al sur, donde el estrecho de Rathlin se encontraba con el canal del Norte. En cuanto se bordeaba Rathlin, ya no había más que mar abierto hasta llegar a Escocia. Mantenía los ojos bien abiertos ante cualquier señal, pero durante kilómetros no vio más que la oscuridad del cielo y el trémulo oscilar de las resplandecientes olas negras subiendo y bajando. Casi diría que estaba todo demasiado tranquilo, había demasiada calma después del tumulto de la pasada noche. Puso cerco a sus pensamientos antes de que pudieran tomar forma. Ellie se había colado en su cabeza demasiadas veces, y se había propuesto no pensar en ella. Ya lo había distraído bastante. En ese momento todos contaban con él para que los llevara hasta Arran a salvo, y esta vez nada se interpondría en su camino. Ni tan siquiera una arpía entrometida y mandona de ojos veteados de verde, barbilla tozuda y la piel más suave que jamás hubiera tocado. La olvidaría, maldita sea. La olvidaría.

Cuanto más se acercaban al promontorio de Kintyre, más mala espina le daban sus presentimientos. A pesar de que no tuviera un sentido del peligro tan desarrollado como el del vigía Campbell, cuya intuición ponía los vellos de punta, su vida dependía también de sus propios instintos. A una milla del promontorio de Kintyre, ordenó bajar las velas y dio instrucciones al resto de capitanes para que lo esperaran. Ordenó a sus hombres que remarán sin pronunciar palabra,

manteniendo todos los sentidos alerta ante cualquier movimiento en la oscuridad. Cuando algunos de los mercenarios empezaron a cuchichear entre ellos, Erik amenazó con cortar la lengua del próximo hombre que abriera la boca. Debieron de creerlo porque el barco permaneció en un silencio espectral.

El *birlinn* avanzaba poco a poco en la oscuridad. A pesar de la fría noche de invierno, el sudor se acumulaba sobre sus cejas. La sangre palpitaba en el interior de sus venas a medida que examinaba el horizonte que se extendía ante ellos. Sus instintos estaban a flor de piel y clamaban por llamar su atención, pero no se veía nada. Ni una sola vela. Entonces su mirada captó algo, una sombra de extrañas formas en la distancia. Dio la clave silenciosa que ordenaba parar a sus hombres.

«Maldición.» Eran ellos. Los muy zorros estaban agazapados, con la velas recogidas y la esperanza de atrapar cuantas moscas cayeran en su tela de araña. Tácticas de piratería. No era, desde luego, el momento más apropiado para que los ingleses decidieran prestar atención. Distinguió no menos de seis oscuras sombras, entre Spoon y la pequeña isla de Alisa Craig, que montaban guardia en la boca del fiordo de Clyde, abortando con efectividad cualquier intento de acercarse a Arran. Erik dio la orden de retirada con cuidado para evitar ser descubierto y volvió hacia donde estaban el resto de las embarcaciones. Se detuvo junto al *birlinn* de Jefe para informar al rey y a su capitán de la trampa que les habían tendido algo más adelante. Bruce maldijo y golpeó el puño contra la borda como muestra de su frustración.

—Pero ¿cómo han podido saberlo?

—No creo que lo sepan —dijo Jefe—. Si supieran que habría un ataque, tendrían muchos más de seis barcos.

Erik coincidió con él. Boyd y Bruce se habían encontrado con barreras similares al regresar a Rathlin.

—Pues vaya buena suerte que han tenido eligiendo precisamente esta noche —exclamó Erik.

—Y vaya mala suerte la nuestra —dijo el rey—. Y yo de ella ya he tenido más que suficiente. Ha de haber una alternativa, pues es la única manera de llegar a Arran. ¿Podemos entrar de uno en uno?

Erik negó con la cabeza. La noche era demasiado abierta; y el paso, muy estrecho para evitar ser detectados.

—Es demasiado arriesgado. —«Es la única manera...» Las palabras de Bruce le hicieron recordar algo. ¡Pues claro! En otras circunstancias, Erik habría lucido su famosa sonrisa, pero el buen humor parecía haberlo abandonado. Más o menos al mismo tiempo que una pequeña niña—. Pero se me ocurre otra cosa —dijo mirando a MacLeod—. Podemos hacerlo a la manera en que lo hacían nuestros ancestros: descalzos.

Bruce se quedó perplejo.

—Por todos los demonios, ¿de qué estáis hablando, Halcón?

A MacLeod le brillaron los ojos y empezó a esbozar una leve sonrisa. En un extraño cambio de papeles, era Jefe el que sonreía como el mismo demonio.

—Hace una noche perfecta para hacer el vikingo.

Sin lugar a dudas lo era. Navegar hasta Arran solo era posible desde el sur, pasando el fiordo de Clyde, pero había otra ruta, algo menos convencional, una ruta hacia el norte que sus ancestros habían usado para evitar tener que navegar rodeando el largo brazo de Kintyre. Erik, al igual que habían hecho doscientos años atrás Magnus III de Noruega, el Descalzo, condujo al ejército por la zona occidental del brazo de Kintyre. Acarrearon los barcos ellos mismos por el estrecho paso de tierra de Tarbert y así consiguieron llegar a Arran desde el norte y sortear la trampa que les habían tendido los ingleses. El mejor de los marinos de su tiempo llevó a pie la flota hasta Arran. Pero habían conseguido

tomar posiciones. En menos de veinticuatro horas Bruce lanzaría el ataque a su ancestral asentamiento del castillo de Turnberry, lo que serviría como señal de su regreso a Escocia y marcaría su apuesta final por el trono.

Castillo de Ayr, Ayrshire

Tras la emoción de la llegada y una lacrimosa reunión junto a su padre y sus hermanos mayores, John y Thomas, que lo habían acompañado a Escocia, Ellie se excusó diciendo que estaba exhausta y se retiró a la soledad de sus aposentos.

Había conseguido prorrogar el interrogatorio al que la sometería su padre por lo que restaba del día, pero a la mañana siguiente, después de tomar el almuerzo, la hicieron pasar a su cámara. Allí le aguardaba una sorpresa.

En cuanto abrió la puerta, Matty voló hacia ella y se arrojó a sus brazos. Su hermana lloraba con tanta fuerza que era imposible entender lo que decía, aunque las palabras poco importaban. El corazón de Ellie se henchió ante aquella explosión de sentimientos tan sincera. Sabía lo que sus hermanos y hermanas la querían, pero verlo reflejado de manera tan abierta era algo que no dejaba de conmoverla. Especialmente después de que su propia profesión de amor hubiera topado con tamaña frialdad por parte de Erik. Cuando las lágrimas de Matty se calmaron, esta se apartó un poco de su hermana para mirarla con ojos llorosos y la cara llena de churretes. Ellie se quedó sorprendida y frunció el ceño. Advirtió que algo en su hermana había cambiado: como si se hubieran evaporado parte de su exuberancia y alegría de vivir. Su ausencia la había afectado más de lo que pensaba. Matty parpadeó como si no pudiera creer que Ellie fuera real.

—Cuando Ralph me dijo que estabas bien, no podía creerlo.

¿Ralph? Ellie alternó su mirada de Matty a su prometido, que se había apostado al otro lado de aquella pequeña sala.

Su padre la atravesó con una mirada acusadora.

—¿Así que decidiste presentarte aquí y venir a comprobarlo?

Para sorpresa de Ellie, esta vez Matty no ofreció a su padre ninguna de sus brillantes infalibles sonrisas. En lugar de eso, bajó la vista como si se avergonzara.

—Lo siento, padre. Tenía que venir.

Aquella respuesta filial sumisa tan poco característica de Matty incomodó tanto a su padre como a Ellie. Esta se volvió hacia Ralph.

—¿Volvisteis hasta Dunluce para contarles las noticias al resto de mi familia?

Este asintió con cara de estar avergonzado.

—Sabía lo preocupados que estaban.

A Ellie se le hizo un nudo en la garganta al percatarse de lo injusta que había sido con él. Ella no era la única afectada por la alianza de ese matrimonio. Tampoco debía de ser fácil para él casarse con alguien después de la muerte de la mujer que amaba. Ralph de Monthermer era un hombre bueno, y Ellie se prometió a sí misma que correspondería a su bondad.

—Os lo agradezco —dijo.

Parecía incomodarlo su gratitud. Ellie se percató de que su mirada se posó en Matty justo antes de bajar la cabeza en señal de reconocimiento. Tenía un mal presentimiento, pero su padre comenzó el interrogatorio antes de que pudiera averiguar de dónde provenía.

Ellie se mantuvo fiel a la verdad en cuanto le fue posible, incluido cómo había presenciado, por casualidad, un encuentro secreto entre aquellos hombres en la cueva, dado que Randolph ya había contado esa parte. Les relató que esos rufianes irlandeses no la habían creído cuando les aseguró que no había oído nada de cuanto dijeron y que Halcón se la había llevado para que no la asesinaran. Explicó que había tomado a su secuestrador por un pirata, pero evitó cualquier mención a las actividades que Halcón llevaba a cabo para Bruce.

—Tan solo me percaté de la verdad cuando llegó Eduardo Bruce —finalizó.

Su padre le preguntó más cosas acerca de los detalles de la llegada de Eduardo Bruce, pero ella no tenía nada que decir al respecto. Parecía furioso por el hecho de que el hermano de su cuñado no la hubiera reconocido.

—¿Y el tal Halcón nunca os dijo su nombre? —preguntó su padre.

Ellie casi deseaba que no lo hubiera hecho.

—El único nombre por el que lo llamaban era Halcón.

Aquello era la verdad, si bien finamente hilada.

—Eso mismo dijo Randolph —añadió Ralph.

—¿Nunca os habló de sus planes? —preguntó su padre—. ¿El lugar al que iría después de devolverte a casa? ¿Si estaban planeando algo?

—No —mintió—. Lo siento.

Notó que sus ojos se anegaban de lágrimas. Mentirle a su padre era la cosa más dura que jamás había hecho. Pero intentaba convencerse de que no eran más que pequeñas mentiras en comparación con la amenaza que supondrían para el hombre al cual había ofrecido su corazón. Su padre interpretó aquellas lágrimas, en realidad provocadas por la culpa, como tristeza ante su imposibilidad de ayudar. La rodeó torpemente con un brazo y le dio un golpecito en el hombro.

—No os preocupéis, hija. Si sigue con vida, lo encontraremos. —Su rostro se endureció—. Y cuando lo hagamos, me encargaré de ponerle una soga al cuello con mis propias manos.

El miedo hizo que su pulso se acelerara.

—¡No! —gritó Ellie percibiendo todo el peso de las cinco miradas y ruborizándose por completo—. Me salvó la vida. No tenía más opción que hacer lo que hizo. No sabía quién era yo y, cuando acabé confesando mi identidad, se puso furioso. No tenía ningún deseo de enemistarse con vos, padre.

Su padre la miró con atención. Aunque normalmente no era un hombre muy perceptivo, Ellie se preguntó hasta dónde habría llegado su intuición.

—Eso poco importará —concluyó—. Si sobrevive a la tormenta, una vez que el rey Eduardo lo encuentre, deseará no haberlo hecho. Ninguno de los seguidores de Bruce puede esperar piedad alguna.

El tono de voz de su padre le llamó la atención y, al mirarlo a los ojos, se percató de que algo le preocupaba. Se levantó de su lado y caminó hasta una pequeña ventana desde la que se dominaba el fiordo.

—Recibí una carta del rey hace varios días. Me contaba en ella lo que ha sido de vuestra hermana.

La habitación quedó en un silencio absoluto. El corazón latía con fuerza en el pecho de Ellie, que se preparaba para las noticias de Isabel que tanto habían esperado. Pero si la expresión de su padre servía de indicativo, se trataba de noticias que no deseaba oír.

—¿Está en Noruega junto a la hermana de Robert? —preguntó esperanzada.

Su padre negó con la cabeza.

—Me temo que no. Isabel, las hermanas de Bruce, su hija y Bella MacDuff, la condesa de Buchan,

fueron capturadas hace meses en el norte de Escocia cuando intentaban escapar a Noruega.

La habitación quedó en un silencio espectral.

«¿Capturadas? Dios mío.»

—¿Cómo? —preguntó Matty entre sollozos.

La mirada de su padre se endureció.

—De la manera más páfida y traicionera que pueda imaginarse. Fueron traicionados por el conde de Ross después de que tomaran refugio en el santuario de la ermita de San Duthus, en Tain.

—¿Ross violó el santuario? —preguntó Ralph horrorizado.

Su padre asintió. Aquello era una ofensa atroz a los ojos de la Iglesia.

—Pero ¿siguen con vida? —preguntó Ellie en un tono lleno de esperanza en su voz.

Su padre asintió, pero era obvio que ahí no quedaba la cosa.

—Pero ¿por qué no hemos sabido esto hasta ahora? —preguntó Matty—. Habéis dicho que ocurrió hace meses.

Ellie no recordaba haber visto a su padre tan apesadumbrado.

—Sospecho que el rey no quería que lo supiera y que solo se ha decidido a decírmelo una vez que estaba en Escocia, consciente de que me enteraría de todos modos.

—¿Qué os enteraríais de qué? —preguntó su hijo John.

Los ojos de su padre se encendieron de cólera.

—De la manera vil y despreciable en que han sido tratadas. —Se aferró al antepecho de la ventana de piedra hasta que le dolieron las manos—. Eduardo ordenó que todas ellas, hasta la hija de nueve años de Bruce, fueran encerradas en jaulas y suspendidas de lo alto de la torre de un castillo.

El grito ahogado de Ellie estuvo acompañado por los del resto. Su horror era tal que ni siquiera podía pronunciar una palabra para expresar su incredulidad.

—El rey se ha vuelto loco —dijo Ralph—. Supongo que habrá rectificado.

—Lo hizo con Isabel, la hija pequeña de Bruce, Marjorie, y su hermana Cristina. Pero la condesa y su otra hermana, Mary Bruce, no fueron tan afortunadas. Llevan colgadas en jaulas de madera sobre Berwick y Roxburgh desde hace meses.

El alivio que Ellie sintió al ver que su hermana no estaba sujeta a tanta crueldad se vio atemperado al tomar conciencia de que dos mujeres a las que conocía no habían tenido la fortuna de escapar de las salvajes formas de impartir justicia de Eduardo. O tal vez fuera mejor decir de clamar venganza. No le cabía duda de que Bella MacDuff era castigada de manera tan cruel por tomar parte en la coronación de Bruce.

—¿No podéis hacer nada? —preguntó Ellie.

Su padre negó con la cabeza.

—He conseguido persuadirlo para que traslade a Isabel de la mazmorra de Roxburgh a un feudo de Burstwick, pero no quiere oír ninguna petición de clemencia respecto a los demás. El rey está decidido a aplastar la rebelión y ver a los traidores castigados de la manera más horrenda posible. Nadie está a salvo. Ni las mujeres, ni los niños, nadie.

Ellie sintió un escalofrío al recordar las palabras de advertencia de Erik. No podía imaginar cuán proféticas y cercanas a la verdad estarían.

«Mi querida Isabel.»

—El rey no aprendió nada de Wallace —murmuró Ralph.

Estaba en lo cierto. El rey Eduardo pensaba que podía ganarse el respeto de los escoceses a través

del miedo y de la intimidación, sin mostrar piedad y asesinando de forma sanguinaria, pero, al comportarse de ese modo, tan solo había conseguido levantar el país en su contra.

El miedo, mayor incluso del que había sentido antes, heló la sangre de Ellie. No quería ni pensar en lo que Eduardo tendría en mente para Robert y sus compañeros si los planes de estos fallaban.

«Protegedlo.»

Una llamada a la puerta interrumpió aquel silencio de velatorio. Entró el capitán de la guardia de su padre, seguido de un hombre al que ella solo había visto una vez en la corte hacía tiempo, pero que conocía muy bien por su reputación: sir Aymer de Valence, el jefe de las tropas del rey Eduardo en Escocia, que pronto sería conde de Pembroke, cuando muriera su madre, de la que se decía estaba muy enferma.

Fue la felonía de sir Aymer en la batalla de Methven la que había clavado una pica en el corazón de la rebelión de Bruce, cuando accedió a hacer un alto en el combate hasta el amanecer para luego atacar durante la noche. Su padre y Ralph obviamente estaban sorprendidos con su llegada. Sir Aymer no se había tomado el tiempo necesario para quitarse el casco ni el abrigo, pero lo hizo entonces y se los pasó a un escudero que venía tras él. Ni tan siquiera dio tiempo para que las damas se retiraran, sino que sonrió como si trajera la mejor de las noticias.

—Acabo de recibir nuevas. Por fin tendremos la oportunidad de acabar con esto de una vez por todas. El Rey Capucha ha vuelto. Bruce ha atacado a Percy en Turnberry.

Sir Henry Percy había recibido el condado de Carrick y el castillo de Turnberry, usurpados a Bruce.

Ellie realizó una plegaria de agradecimiento. Si Bruce había atacado, tenía que ser porque Erik había llegado a tiempo. Aquella ola de alivio duró poco. Al oír las noticias, necesitó el mayor de los esfuerzos para contenerse y no precipitarse a preguntar por el resultado de la batalla.

—¿Y? —preguntó Ralph por ella.

De Valence se quedó circunspecto.

—Percy ha pedido refuerzos. Eso es todo lo que sabemos. Pero, según el informe inicial, Bruce solo contaba con varios cientos de hombres. Percy lo atraparé.

El corazón de Ellie, inundado de temor ante el peligro que sufría Erik, dio un violento vuelco. No podía más que esperar que el afamado caballero estuviera equivocado.

Erik permanecía oculto entre la oscura cubierta de los árboles, contemplando la vieja iglesia y esperando una señal. Esperaba con toda su alma que nada fuera mal en esa ocasión. Que no ocurriera como en Turnberry. La primera incursión de Bruce en Escocia había sido un éxito, pero solo parcial. Al principio todo fue según lo planeado. En tanto que Bruce y el resto de las tropas esperaban en Arran a que se diera la señal desde Kingcross, los cuatro miembros de la Guardia de los Highlanders, MacLeod, MacGregor, Boyd y él mismo, habían zarpado rumbo a Alisa Craig, una pequeña isla a pocas millas de la costa de Carrick. Desde allí nadaron hasta Turnberry para preparar la batalla y asegurarse de que no los esperaba ninguna trampa. Ese era exactamente el tipo de misiones para el que la Guardia de los Highlanders había sido creada: entrar y salir sin ser vistos de situaciones peligrosas por medio de métodos poco convencionales, en especial aquellas que investían un gran peligro.

Una vez reconocido el terreno y dispuesta la mejor estrategia de ataque, tenían que encender un fuego en la colina que quedaba en el lado opuesto del castillo, para dar la señal de ataque al resto de las tropas de Bruce. Pero Erik apenas había dado los primeros pasos hacia la playa cuando aconteció el desastre. Jefe maldijo y señaló hacia la colina en penumbras. En la oscuridad de la noche las llamas

naranjas del fuego refulgían como una almenara o, en el presente caso, como una señal. Alguien había encendido un maldito fuego, de modo que Bruce y su ejército se pondrían en camino independientemente de que fuera seguro hacerlo o no.

Sin tiempo para el reconocimiento del terreno, Bruce no tuvo ocasión de tomar el castillo como habían planeado, pero atacar y saquear el campamento de soldados ingleses del poblado cercano les reportó una pequeña victoria. Lord Henry Percy, el usurpador del condado de Bruce y su guarnición de ingleses, se vieron obligados a encerrarse en el castillo para evitar la derrota a manos de los cuatrocientos hombres de Bruce. «Los muy cobardes.» Pero las tropas de Bruce habían tenido suerte. Mucha suerte.

Erik no celebró esa buena fortuna, ya que era un hombre que no esperaba menos de su vida. La buena fortuna ya no le interesaba. Últimamente nada le salía bien. Todo había empezado en esa cueva. Se obligó a apartar sus pensamientos de la hija de Ulster —prefería pensar en ella de esa forma—, y se concentró en la tarea que le ocupaba.

La semana siguiente a Turnberry, Bruce y sus hombres se escondieron entre los brezos, buscando refugio en las colinas y bosques de Carrick, evitando ser capturados por medio del constante cambio de posiciones. Su intención era alzarse y hostigar a los ingleses con pequeños grupos de batalla hasta que pudieran reclutar a más hombres para la causa de Bruce. Pero aquello no estaba funcionando según lo previsto. Pocos hombres se les habían unido desde lo de Turnberry. Los escoceses necesitaban algo más que una pequeña victoria moral para arriesgarse a provocar la ira de Eduardo. Y desde el mismo Turnberry habían intentado conseguir noticias de la punta de ataque sur en Galloway conducida por los dos hermanos de Bruce, pero sus constantes cambios de posición hacían que incluso sus amigos tuvieran muchas dificultades para encontrarlos. No obstante, la ayuda de un sacerdote aún estaba a punto de acabar con aquello.

En esta ocasión, la señal no era una hoguera sino el ulular de un búho. Al oírlo, Erik salió de entre las penumbras y caminó con cautela por la ladera de la colina hasta el valle que había más abajo, donde se erguía la antigua iglesia. No era más que una planta de doce metros cuadrados con un tejado, pero era utilizada como lugar de culto local desde hacía siglos.

Por detrás de una cruz de piedra de apariencia ancestral salió una silueta conocida. Un hombre que Erik no veía desde hacía un año, cuando, tras fracasar en la prueba final para convertirse en miembro de la Guardia de los Highlanders, abandonó la isla de Skye. Pero la verdad era mucho más complicada que eso.

Erik se adelantó y sintió deseos de sonreír por primera vez en semanas. Le tendió la mano y ambos fundieron sus antebrazos agarrándose con fuerza.

—Me alegro de veros, Vigía —dijo Erik usando el nombre de guerra que Bruce le había dado—. Ha pasado mucho tiempo. Espero que hayáis practicado vuestra habilidad para interceptar lanzas desde la última vez que nos vimos.

Arthur Campbell soltó una risotada ante la referencia a la prueba en la que había «fracasado». Desde aquel supuesto fracaso, Erik tuvo ocasión de enterarse de que todo había sido parte de una artimaña para situar a Campbell en campo enemigo. Era Jefe el único que tenía conocimiento de aquello. Los otros miembros de la guardia se enfurecieron mucho al saber que todo era un engaño, ya que habían pensado que el que antes fuera su amigo los había traicionado. Aquello no volvería a pasar. Jefe había tomado las medidas necesarias para ello.

Fue gracias a Campbell que obtuvieron la mayor parte de la información secreta de los últimos meses

—Que os den, MacSorl...

—Halcón —interrumpió Erik súbitamente.

Campbell asintió al comprender a lo que se refería. Se había marchado antes de que decidieran usar nombres de guerra.

—La misma porquería con diferente nombre —dijo Campbell con una sonrisa de burla. El afamado rastreador miró a su alrededor, asegurándose de que no había nadie más—. Venid —dijo—. Tengo a alguien que está deseando veros.

—Qué hay de las noticias...

—Él mismo os lo dirá —dijo Campbell en tono serio.

Erik lo siguió por el vergel en dirección a la iglesia, advirtiendo la fina cota de malla y el tabardo que llevaba Campbell bajo su abrigo negro.

—He oído que Eduardo os nombró caballero después de Methven. No puedo negar que tenéis toda la pinta de uno.

Pero bajo toda esa armadura, Campbell lucía el mismo león rampante que todos ellos.

—Por darle un montón de desinformación, aunque tampoco sirvió de mucho —dijo Campbell haciendo una mueca.

—Hicisteis lo que estuvo en vuestra mano. Estoy seguro de que no ha sido fácil.

Campbell abrió la puerta tras emitir un sonido agudo que pretendía sugerir que aun así se quedaba muy corto. Una vez en el interior, a Erik le dio la sensación de adentrarse en una cripta. Hacía frío e imperaba un silencio absoluto. Un olor a humedad y una inusual quietud impregnaban la atmósfera, como si no hubieran abierto la puerta durante mucho tiempo. Al fondo había un pequeño altar sobre una plataforma en alto; y bajo él, una hilera de viejos asientos de madera. A la derecha, una tumba, probablemente el destino final de descanso de uno de los primeros sacerdotes que allí habitaron. Tras ella, momentos después de que la puerta se cerrara, emergió una sombra. A través de la solitaria ventana se filtraba un solo rayo de luna, y a Erik le costó un tiempo acostumbrarse a la escasa luz. El hombre se desprendió de la capucha y Erik no tuvo más remedio que maldecir: se trataba de Lachlan MacRuairi, Víbora, su primo y también miembro de la Guardia de los Highlanders.

Erik avanzó hacia él y le dio un abrazo, a sabiendas de que aquello lo incomodaría, o tal vez precisamente por eso. Aunque Lachlan MacRuairi fuera un cabrón de sangre muy fría, sigiloso y mortífero, como la serpiente a la cual debía su nombre de guerra, eso no evitaba que se alegrara mucho de verlo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Erik—. Pensábamos que estaríais honrando a la corte noruega con esa disposición vuestra a la alegría.

En cuanto la cara de MacRuairi salió de la penumbra, Erik supo que algo iba mal. Aquellos ojos que normalmente no mostraban expresión alguna tenían un aspecto cercano a la locura y al pánico. El destello de humor que había experimentado Erik se esfumó de pronto.

—¿Dónde está la reina? —dijo.

Cuando se vieron obligados a separarse tras la batalla de Dal Righ, su primo quedó al cargo de velar por la reina, las hermanas de Bruce, su hija pequeña y la condesa de Buchan. En los ojos de MacRuairi se apreció el brillo de una mirada funesta. Erik supo lo que estaba a punto de decir incluso antes de oírlo.

—Capturada. El conde de Ross nos traicionó antes de que pudiéramos ponernos a salvo en Noruega.

Su primo hizo un rápido repaso a la serie de acontecimientos que llevaron a la captura de las damas y la posterior violación del santuario de Ross. MacRuairi se había librado de correr la misma suerte por algún retruécano del destino que se negó a explicar. Pero los otros dos miembros de la guardia que estaban en el mismo grupo, Templario, William Gordon; y Santo, Magnus MacKay, no habían tenido la misma fortuna. Desde entonces, MacRuairi no había cesado en su empeño por liberarlos. Gordon y Mackay estaban en una mazmorra en el castillo de Urquhart bajo la vigilancia de Alexander Comyn. La única razón para que no los ejecutaran de inmediato era que los habían tomado por guardias ordinarios. Pero las mujeres... Erik sintió náuseas cuando oyó lo que había sido de ellas.

¿Una jaula? Por todos los santos. Bruce estaría consumido por la pena. Sus pensamientos se dirigieron a Ellie, y esta vez permitió que se detuvieran en ella por un momento. Había hecho lo correcto. Era preciso apartarla cuanto pudiera de toda esa locura.

—Tenemos que hacer algo —dijo MacRuairi.

Al fin Erik pudo localizar la fuente de esa mirada de histerismo. Estaba desesperado por liberar a sus amigos y compañeros.

—Os llevaré junto al rey.

—Me temo que hay más noticias malas —dijo Campbell. Erik se preparó para lo peor, pero no fue suficiente—. El ataque del sur fracasó. Fueron traicionados. Los MacDowell estaban al tanto de su llegada y acabaron prácticamente con toda la flota. Solo sobrevivieron unos pocos hombres.

¿Unos pocos, de casi setecientos hombres y dieciocho galeones?

Una brecha de desesperanza atravesó el pecho de Erik.

—¿Y los hermanos del rey? —preguntó sin emoción alguna.

Campbell negó con la cabeza mostrando su tristeza.

—Decapitados hace unos días en Carlisle.

Tres de los hermanos de Bruce habían sido ejecutados en el mismo número de meses. ¿Acaso aquello no acabaría nunca? El pequeño atisbo de esperanza que habían tenido tras el ataque de Turnberry había sido cruelmente aniquilado. Aplastado por aquel que se denominaba a sí mismo el Martillo de los Escoceses.

—¿Cazador y Asalto?

—No lo sé —dijo Campbell. De repente sus sentidos se aguzaron y quedó con esa mirada vacía que resultaba tan inquietante.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro. —Campbell fue hacia la ventana para inspeccionar—. Caballos —dijo.

—¿Os han seguido? —preguntó Erik.

Campbell le dirigió una mirada cáustica para dejarle claro que esa pregunta estaba de más.

—Será mejor que salgáis de aquí. Yo me ocuparé de todo. —Erik se dispuso a discutir, pero entonces Campbell añadió—: No pueden verme con vosotros.

Erik asintió. Estaba en lo cierto. El subterfugio de Campbell tenía que ser protegido.

Poco después, Erik y su primo se escabullían de la iglesia y desaparecían entre las sombras.

DÍA de San Gunioc,

13 de abril de 1307

Ellie miraba por la ventana de la torre del castillo de Ayr, a la espera de un barco que nunca llegaría. Desde aquella posición privilegiada, el soleado día de primavera ofrecía una vista perfecta de los resplandecientes mares azules del fiordo de Clyde. La isla de Arran se avistaba en la lejanía y más allá una mancha minúscula en el horizonte sobre la que ella se empeñaba en dibujar los rocosos acantilados de Spoon. Sintió de nuevo aquella punzada en el pecho, una nostalgia que había tenido ya casi dos meses para desvanecerse. Ya era hora de que aceptara la verdad. Si hubiera querido ir a buscarla, lo habría hecho.

Cuando tuvo conocimiento de la victoria de Bruce en Turnberry, la embargó un pequeño atisbo de ingenua e insensata esperanza: la esperanza de que él sufría tanto como ella. La esperanza de que el tiempo y la distancia le hicieran darse cuenta de que entre ellos había algo especial. La esperanza de que decidiera súbitamente que la amaba tanto como ella a él. Pero a medida que pasaban las semanas en un largo y doloroso silencio, Ellie tenía que afrontar la realidad. Él ya sabía dónde encontrarla porque Domnall se lo habría dicho, y gracias a las regulares puestas al corriente que sir Aymer hacía a su padre, también ella sabía que Bruce se encontraba en los alrededores, acosando y derribando las rutas de aprovisionamiento de los ingleses desde las montañas de Galloway.

Era hora de que aceptara la verdad. Erik no haría ninguna gran aparición. No mandaría noticias ni iría a buscarla. No detendría su boda con Ralph. Todo había acabado y lo más probable era que no volviera a verlo.

Aquella familiar quemazón alcanzó de nuevo su pecho. Pero, a pesar del dolor, no era capaz de arrepentirse. En el poco tiempo que habían pasado juntos, Erik le había enseñado a respirar de nuevo. Tras los momentos de aventuras y emociones pasadas en Spoon, se prometió a sí misma no volver a caer en la aburrida existencia a la que había quedado relegada con anterioridad.

Volvió la espalda a la ventana de la torre y comenzó a descender la escalera con el corazón desgarrado por una resolución. No derramaría más lágrimas por un hombre que probablemente se había olvidado por completo de ella. Tenía que continuar con su vida y dejar de velar por un sueño que jamás fue realizable. Matty volvería a Dunluce al final de la semana y Ellie tenía decidido marcharse con ella. Ya había aplazado los preparativos de la boda durante tiempo suficiente. Junio se acercaba a toda prisa y no quedaba espacio para las indecisiones.

A pesar de que la incomodidad que le provocaba Ralph había desaparecido, Ellie no podía obviar el presentimiento de que algo iba mal entre ellos. Aunque tampoco podía encontrar motivo alguno para no casarse con él. Desde su vuelta había hecho un esfuerzo por conocerlo mejor, y la recompensa a esto fue percatarse de que en realidad le caía bien. Claro está que se había ganado su gratitud eterna cuando atendió a la petición de clemencia para los hombres de Erik, salvando sus vidas y trasladándolos de esa horrible mazmorra a un edificio seguro del poblado. Tal vez no le sorprendiera

demasiado cuando dos noches después una extraña explosión abrió un agujero en el muro de piedras del edificio y los hombres conseguían escapar. Sabía quién se había encargado de ello.

Había estado tan cerca de ella...

Ellie cruzó el gran salón hasta la cámara contigua con la intención de transmitirle a su padre sus deseos de regresar a Irlanda, pero el ruido de las voces la detuvo. Sir Aymer estaba allí de nuevo y, a pesar de la promesa hecha de dejar atrás a Erik y su pasado, se le alteró el pulso. Estaba claro que el oficial inglés traería noticias frescas de los rebeldes. Aunque la puerta estuviera cerrada, Matty y ella habían descubierto que, cuando se sentaban frente a la chimenea para hacer sus tareas de bordado, podían oír la mayoría de la conversación a través de la fina pared que dividía las estancias. Era consciente de que hacer eso resultaba vergonzoso, pero hacía ya semanas que sus ansias de saber lo que pasaba habían superado el sentimiento de culpa por escuchar a escondidas.

La voz de sir Aymer sonaba más alto incluso que otros días y su evidente excitación hizo que a Ellie el corazón le diera un vuelco. Oyó hablar a Ralph y después la exaltada contestación de sir Aymer.

—Estoy seguro de que esta vez los tenemos. He visto su madriguera con mis propios ojos.

A Ellie el mundo se le vino encima. ¡No podía ser! Tuvo que obligarse a recuperar la calma. Había oído a sir Aymer decir lo mismo muchas veces, pero Bruce siempre se las arreglaba para escapar. Seguramente su padre debió de pensar lo mismo.

—¿Cómo podéis estar seguro de que no se moverá antes de que vuestras tropas se posicionen? —preguntó—. Bruce no se queda nunca mucho tiempo en el mismo sitio.

—Están preparando un banquete. Al parecer, es el santo de uno de sus hombres y van a traer a algunas muchachas del poblado y un barril de cerveza. No irán a ningún sitio esta noche.

«Mujeres.» Le dio una punzada en el corazón. No solo por el miedo, sino por algo más. Conocía a Erik demasiado bien.

Pero sir Aymer estaba en lo cierto: si se preparaban para dar un banquete, no era probable que tuvieran intención de marcharse. ¿Sería esta finalmente la ocasión en que los ingleses capturaran al huidizo Rey Capucha?

—¿Cómo los habéis encontrado? —preguntó su padre.

El poderoso inglés habló con el orgullo de un muchacho que ha pescado su primer pez.

—Uno de mis hombres se puso celoso al percatarse de que una muchacha de la cervecería del pueblo que le gustaba iba y venía a horas intempestivas. Anoche decidió seguirla y casi se dio de bruces con el campamento. Tendría que haber pensado en ello antes. Sigue a las mujeres y te llevarán a los hombres.

—¿Por qué no atacasteis de inmediato? —preguntó Ralph.

—Están acampados en un valle entre dos montañas rocosas —respondió sir Aymer.

—Y no podéis pasar con vuestros caballos —añadió Ralph para finalizar su frase.

—Sí, de modo que nos esconderemos en el bosque cercano y caeremos sobre ellos sin previo aviso. Que vuestros hombres se reúnan con nosotros en el bosque que hay cerca del lago en la cañada de Glen Trool. Atacaremos al amanecer junto a los highlanders de MacDougall que vienen por el norte, los hombres de MacDowell desde el sur y las tropas adicionales inglesas del rey. Los aplastaremos de una vez por todas. —Ellie oyó un puño que golpeaba sobre la madera—. Pero quiero asegurarme por completo de que esta vez no se escapará. —Se quedó en silencio un momento—. ¿Tenéis alguna sirvienta leal a vuestro servicio?

Aquella era una extraña pregunta. Lo común era que los ejércitos vencedores usaran a los locales

como siervos, y los ingleses no suponían una excepción. Había pocos sirvientes personales que entraran en combate y los que lo hacían siempre eran hombres.

—No —comenzó a decir su padre, y luego se detuvo, al percatarse al mismo tiempo que Ellie de la razón por la que acudía a ellos: Ellie y Matty—. Sí, mi hija Matty trajo una ayuda de cámara con ella. Es de fiar. ¿Qué habéis planeado?

Ellie casi pudo oír la sonrisa de sir Aymer.

—Habrá una mujer más que se una al banquete de esta noche.

—¿Una espía? —preguntó Ralph.

—Sí, para descubrir cuántos son y con qué armas cuentan. A pesar de los rumores, Bruce no tiene ningún ejército de fantasmas. Quiero saber quiénes son sus hombres. Con la de problemas que me han causado tengo en mente algo especial para ellos.

Un frío estremecimiento recorrió la espalda de Ellie. No era la primera vez que oía hablar del ejército fantasma de Bruce, y algunas de las historias acerca de esos misteriosos guerreros de fuerza y habilidad sobrehumana de tintes espeluznantes le resultaban familiares.

—Alice es una chica respetable y no una furcia —dijo su padre sin ocultar su disgusto.

—Por supuesto que no —respondió sir Aymer arrepentido—. No se esperará de ella más que ayudar con la comida y la cerveza. Me aseguraré de que esa mujer sea muy bien recompensada por los problemas que se le causen. —Seguramente su padre no las tenía todas consigo—. No correrá peligro alguno —aseguró sir Aymer—. Mis hombres la escoltaran hasta los límites del campamento cuando el banquete esté en su apogeo. Puede decir que se perdió del resto del grupo. Para ese momento ya estarán demasiado borrachos para discutir.

—Habéis pensado en todo —dijo su padre secamente.

Ellie se apartó de allí como en trance y con el corazón latiéndole a toda prisa, mientras intentaba dotar de sentido todo aquello que había oído.

Una cosa estaba clara: los ingleses habían preparado una trampa para Bruce, y si nadie los avisaba, estarían en grave peligro. Corrió escalera arriba hacia la pequeña cámara que compartía con su hermana, sin saber aún lo que haría, pero consciente de que tenía que hacer algo. No podía permitir que lo mataran. No, cuando estaba en su mano ayudarlo. Aunque él no la correspondiera, ella seguía amándolo.

Además, se lo debía. En cuanto descubrió su identidad, tendría que haberle desvelado quién era ella. No podía arrepentirse de haber hecho el amor con él, pero sí que la inquietaban las dificultades que podría haberle causado con ello. Se había dado cuenta demasiado tarde de que sus acciones serían vistas como un acto de deslealtad hacia el rey. Y comprendía lo importante que para él era eso por cuanto había descubierto de su pasado. Tal vez fuera el momento de reparar su error. Pero ¿qué podría hacer?

Arrastrada por un impulso frenético, abrió la puerta de golpe y se sorprendió al encontrarse con su hermana mirando por la ventana en una actitud muy parecida a la que ella había tenido antes. Había algo triste y desamparado en la caída de esos hombros. Matty se volvió al oírla y sonrió, pero no le brillaron los ojos al hacerlo. Ellie estaba tan ensimismada en su propio desamor que no se había percatado de que Matty había estado ausente últimamente. Se prometió que averiguaría qué le sucedía a su hermana, pero antes tendría que encontrar la manera de advertir a Erik.

Empezaba a concebir las primeras líneas de un plan, un plan arriesgado, al tiempo que plagado de peligros.

Matty fue a su encuentro.

—¿Qué sucede?

Ellie percibió la mirada de preocupación de su hermana y sintió que caía sobre ella el peso de los dos meses pasados. No quería que su hermana tuviera que cargar con sus secretos, pero sabía que, si se decidía a hacerlo, tendría que contar con su ayuda. Respiró profundamente.

—Necesito que me ayudes.

Erik MacSorley, hombre conocido por mostrarse siempre alegre, estaba ahora de un humor de perros perpetuo. Ni tan siquiera la preciosa muchacha que tenía sobre su regazo y hacía todo lo que podía por animarlo podía curar aquello de lo que padecía. Le habían arruinado la vida. Hechizado por una chiquilla de sedoso pelo oscuro y deslumbrantes ojos castaños, jaspeados de verde, que le perseguían tanto de día como de noche, como cada uno de los condenados minutos que había vivido con ella. No la había olvidado, sino que sus recuerdos estaban más vivos que nunca y se contraponían a todo lo vivido antes y después, creando un marcado contraste que hacía que todas las demás personas parecieran ordinarias comparadas con ella. La ironía de la primera impresión que ella le había causado era que había permanecido siempre ahí.

Ella era diferente, ahora se daba cuenta. Era especial. Aunque darse cuenta no cambiaba nada. Ella no era suya y jamás lo sería. En los momentos en que se encontraba más bajo de ánimo se torturaba preguntándose si ya se habría casado con aquel maldito inglés.

La muchacha notó que sus músculos se ponían en tensión y bromeó con lo bien que le vendría relajarse. Le rozaba el cuello con la punta de la nariz y reía mientras le hacía proposiciones al oído, pero él no sentía más que una incierta molestia. Estaba cansado de sonreír y hacer gracias como un tonto ante muchachas que lo miraban como si todo lo hiciera bien. Quería una mujer que discutiera con él, que lo desafiara y se preocupara lo suficiente por escarbar bajo la superficie, que estuviera dispuesta a dar tanto como ella esperaba recibir.

«Te quiero.»

Se repetía esas palabras en su mente una y otra vez. Veía la cara de ella bajo la luz de la luna y no podía evitar la sensación de que había cometido un error, de que aquello que Ellie le ofrecía era especial y que él había estado demasiado ciego para verlo, de que tal vez esas palabras tantas veces oídas significaran algo diferente si provenían de sus labios. Pero ¿no era cierto que él le había ofrecido matrimonio? Era ella quien lo había rechazado. ¿Y cómo habría podido aceptarlo? Si no tenía nada que ofrecerle.

Apretó el pesado cáliz de latón entre sus dedos hasta que se hincó los bordes del grabado en forma de flor de lis que tenía como relieve. ¿Qué diablos le estaba pasando? Enojado consigo mismo, intentó relajarse y motivó un tanto a la muchacha. Pero aquellas provocaciones y seducción le parecían forzadas y pronto se cansó de los jugueteos. Sintió cierto alivio cuando la muchacha, todavía sobre sus rodillas, se volvió para hablar con la mujer que se había acercado a llenarle la jarra de cerveza.

Erik dio un trago largo y miró la bulliciosa multitud de hombres medio borrachos concentrada alrededor de la tienda iluminada por antorchas. Aunque no compartiera con ellos la jarana, no los culpaba por que se divirtieran. Las oportunidades para la celebración habían brillado por su ausencia últimamente, y los hombres necesitaban algo que les levantara la moral. Era la primera vez que veía sonreír a Bruce desde que llegara la fatídica noticia de la decapitación de sus hermanos y la captura de sus mujeres. Poco espacio hubo entre medio para las buenas noticias. Cazador y Asalto estuvieron entre los pocos que consiguieron escapar de la fallida segunda punta de ataque de Galloway. En una misión de dos días en el norte, los miembros restantes de la Guardia de los Highlanders, entre los que

se incluía a Dragón, Alex Seton, que dio con ellos poco después de Turnberry, consiguieron adentrarse en el pobremente defendido castillo de Urquhart y rescatar a Santo, Magnus MacKay, y a Templario, William Gordon, tras meses de cautiverio. Una semana después de aquello con la ayuda de los polvos mágicos de Gordon, liberaron a Domnall y al resto de los hombres de Erik en Ayr.

Pero esos éxitos tenían que ponerse en la balanza junto a los duros costes que se había cobrado la guerra: los tres hermanos de Bruce, Christopher Seton, el conde de Atholl, la familia cautiva, y muchos otros. Hasta entonces la vuelta a tierras escocesas no le había reportado a Bruce más que unos cientos de acres de unas montañas olvidadas de Dios en Galloway. Habían hecho pocos avances contra los ingleses desde la batalla de Turnberry. Los asaltos y pequeños ataques a las rutas de aprovisionamiento no bastaban para reclutar más hombres para la causa del rey. Andaban con el agua al cuello, manteniendo la cabeza lo suficiente alta para no ahogarse. Y al final se cansarían. Necesitaban algo decisivo para atraer a más combatientes para unirse a su lucha. Pero esta vez el rey se mostraba paciente y rechazaba enfrentarse a los ingleses a no ser que fuera según sus propias términos. Erik esperaba que las condiciones se dieran pronto. Cualquier ventaja conseguida por el impulso de Turnberry se disolvería con rapidez entre el barro y la mugre de la vida de perseguidos.

Pero esa noche casi habían vuelto a sentirse hombres civilizados. Tras meses viviendo prácticamente en la miseria resultaba agradable sentarse a una mesa de nuevo. Al contrario que los nobles ingleses, que viajaban con carros llenos de comodidades domésticas, Bruce necesitaba viajar ligero de equipaje para trasladarse en el mínimo tiempo posible. Sin embargo, para la fiesta de esa noche, una de las familiares del rey, Cristina de Carrick, lo había arreglado todo para que instalaran una tienda y llevaran mesas y bancos hasta su acuartelamiento provisional en la montaña cercana a Glen Trool.

Como invitado de honor, Erik estaba sentado en el centro de la mesa, a unos asientos de distancia del rey, su hermano Eduardo, James Douglas, Neil Campbell, MacRuairi, MacGregor y MacLeod. Por el rabillo del ojo advirtió que su primo discutía de nuevo con el rey. Si había alguien cuyo mal humor podía rivalizar con el de Erik esos días era MacRuairi. No necesitaba oírlos para saber acerca de qué discutían. El rey había rechazado aceptar las repetidas peticiones de MacRuairi para salvar a las damas de su cautiverio. Los necesitaba con vida, decía el rey. Intentar rescatar a las damas férreamente custodiadas de las fortalezas inglesas habría sido una misión suicida en ese momento. No podía arriesgarse a perderlos, no cuando su situación era tan precaria. En cuanto consiguiera afianzar su asentamiento, él mismo se encargaría de liderar la Guardia de los Highlanders. Pero a MacRuairi no le satisfacía razón alguna. Parecía que estuviera poseído en su determinación por liberar a las damas, especialmente las que estaban colgadas en jaulas.

—No parecéis disfrutar de vuestro presente —dijo MacLeod, desde su asiento a la izquierda de Erik, con toda la intención.

Erik desafió la mirada de certeza de los ojos de su jefe deslizando una mano bajo el redondo trasero de la muchacha.

—No, estoy disfrutando de lo lindo.

Intentó no salir corriendo cuando la muchacha empezó a reír y a contonearse más sobre sus piernas, rozándose con su mano juguetonamente. Pero por fortuna estaba demasiado sumida en disfrutar su cerveza y en el bonito rostro de MacGregor a su derecha para continuar con sus atenciones. Lo más deprimente era que no sentía surgir ni la más leve chispa de fuego competitivo en su interior. Casi deseaba que el afamado arquero se la quitara de las manos o, mejor dicho, de las piernas.

—Fue idea del rey —dijo McLeod mirándolo por encima del cáliz que sorbía—. Creo que es su manera de pedir disculpas.

—No tiene de que disculparse —dijo Erik—. He ofendido su honor y he puesto las cosas más difíciles si cabe entre su suegro y él. No me dio menos de lo que merecía.

—Ulster no parece haberlo tomado como algo personal —dijo MacLeod—. En cuanto al honor del rey —añadió encogiéndose de hombros—, creo que se arrepiente de algunas cosas que dijo.

—Me habría colgado de los huevos si hubiera podido.

El Jefe de la Guardia de los Highlanders no se lo discutió.

—Seguramente estáis en lo cierto. Pero sois demasiado valioso y él lo sabe. Además, necesita a cada uno de sus hombres en este momento.—MacLeod lo miró a los ojos—. Creo que la deserción de Randolph lo ha afectado mucho. Más de lo que reconoce.

Erik coincidía con él. Los había afectado a todos. Domnall les contó todos los detalles, pero en resumen había ocurrido como él sospechaba. Oportunismo, sin duda, pero no por ello suponía una traición menor. Lo tomaba como un fracaso personal. Randolph estaba bajo sus órdenes. Pensaba que había conseguido influir favorablemente en el chico. Al parecer, no había sido así.

—En cualquier caso —dijo MacLeod—, ahora que su ira se ha aplacado, creo que el rey piensa que no sois el único culpable de lo que ocurrió. Vos no sabíais quién era ella. Creo que está más enfadado con su hermano por no reconocer a la muchacha. —Esbozó una mueca que era media sonrisa—. Además, el rey tampoco ha olvidado lo que se siente cuando uno está enamorado.

Se desentendió por completo de la muchacha que estaba sobre sus rodillas y a punto estuvo de tirarla al suelo cuando se revolvió hacia el hombre que tenía a su lado. Lo fulminó con la mirada.

—¿Enamorarse? —dijo soltando una carcajada—. Por los clavos de Cristo, yo no estoy enamorado.

El fiero guerrero lo miró desafiante.

—Entonces ¿hay alguna otra razón para el mal humor de estos dos últimos meses?

A Erik se le cambió la cara.

—¿Queréis decir además de vivir en estas montañas olvidadas de Dios, perseguido por una jauría de perros ingleses? Por supuesto que la aprecio, pero jamás en la vida me ataría a una sola muchacha. —Intentó estremecerse ante la idea con todas sus ganas, al tiempo que quería obviar que eso era algo que normalmente venía de manera natural—. No cuando uno puede pasarlo tan bien todavía.

—Ya veo, ya —dijo Jefe con sarcasmo mirando hacia la escultural mujer que tenía Erik sobre su regazo—. Se ve que estáis disfrutando como nunca.

Erik se descubrió furioso y no sabía si era por el sarcasmo de MacLeod o por su maldita incapacidad para ignorarlo. Normalmente impasible, en lo que concernía a Ellie se había vuelto casi —y esta vez sí se estremeció— sensible.

—No importa —dijo en un intento de mantener el control de la conversación—. Lo crea el rey o no, yo le propuse matrimonio. —Miró a su amigo a los ojos—. La muchacha me rechazó.

—Ya era hora —murmuró MacLeod.

Erik lo miró con irritación.

—¿Qué habéis dicho?

MacLeod se encogió de hombros.

—Nada, que me gustaría conocerla.

Erik deseó que ella estuviera lejos de allí, de vuelta en Irlanda, o en Inglaterra, pensó tragando

saliva amargamente. Apretó los dientes para aplacar el instintivo arrebatado de ira, se bebió la jarra de un trago y gritó para que le trajeran otra.

¡Qué diablos! Se trataba del día de su santo y pensaba disfrutarlo. Treinta años, pensó con enojo. Y todo había ido perfectamente durante veintinueve y tres cuartos de ellos. El año anterior habría compartido el jolgorio con el resto, habría disfrutado provocando y seduciendo a la muchacha que tenía sobre su regazo, y habría deseado con locura la larga noche de placer que estaba por llegar. La muchacha posiblemente percibió que él volvía a prestarle atención, porque intentó seducirlo de nuevo. Lo besó de manera más atrevida esta vez, resuelta ya a encargarse con sus propias manos de aquel asunto, como quien dice. Erik sintió que su mano caía sobre el insensible bulto que tenía entre las piernas. «Oh, pero si eres grande por todas partes», dijo entre risas.

Ni tan siquiera pudo encontrar un comentario jocoso al respecto. Intentaba disfrutar de aquello. Intentaba concentrarse en sus manos expertas, pero tan solo le daba la desagradable sensación de tener orugas paseándose por su piel. Ellie lo había arruinado por completo. Había hecho de él un maldito eunuco.

Estaba a punto de mandar a la muchacha a que hiciera algún encargo innecesario, como traer más cerveza, whisky o lo que Dios quisiera que pudiera ocurrírsele, cuando oyó una conmoción cerca de la entrada a la tienda.

Se trataba de Boyd. Seton y él habían recibido el desafortunado encargo de montar guardia esa noche. Y, al parecer, había sido buena idea. El hombre más fuerte de Escocia agarraba a un intruso por la cintura y tiraba de él con cierta dificultad. Se trataba de una mujer, como pudo deducir Erik por las delicadas babuchas que asomaban bajo su capa. Esta le dio una patada al enorme guerrero en los *shin* e intentó huir de él.

—¡Apartaos de mí, bestia sobrehumana! —Erik se quedó de una pieza. Su corazón, su sangre, todos sus órganos se paralizaron de golpe—. ¡Robert! —dijo con esa voz autoritaria y mandona que Erik tan bien conocía—. Espero de veras que esta no sea la forma en la que tratáis a las personas que intentan ayudaros.

Erik no quería creerlo, pero al minuto sus peores temores se vieron confirmados. Ellie se echó la capucha hacia atrás, empujó a un asombrado Boyd y se subió a la mesa de un salto.

—¡Lady Elyne! —exclamó el rey, igualmente sorprendido.

Pero Erik apenas pudo oírlo. Una bruma de furia roja descendió sobre él y lo cegó hasta el punto de que no podía ver más allá del peligro al que ella se había expuesto. La muchacha parecía tener una inclinación exasperante para poner los pies en el lugar y momento equivocados.

Blasfemó. Y lo hizo en voz alta.

Ellie lo miró, y Erik advirtió en esa mirada primero sorpresa y después dolor.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

No fue hasta el momento en que lo dijo que recordó a la mujer que tenía sobre su regazo.

IRONÍAS de la vida. El hombre con el que había estado soñando durante semanas, meses y ni tan siquiera lo reconoció. Ellie había hecho ya una rápida revisión del terreno cuando aquel musculoso bruto la empujó hacia el interior de la tienda. Se percató al momento de la voluptuosa rubia en brazos del aterrador guerrero, pero no se tomó la molestia de mirar con detenimiento. No había nada en él que le resultara familiar. Ciertamente era que con la mujer que tenía encima no podía verlo demasiado bien, pero había algo diferente en la manera en que se sentaba. Ya no mostraba esa actitud de hombre completamente relajado y a gusto, sino que se le veía indiferente a todo y de mal humor, lo cual provocaba pavor y parecía advertir con ello que nadie se acercara demasiado.

No fue hasta que oyó su voz y se volvió para encontrarse con esa mirada arrebatadora de ojos azules que tan bien conocía que el corazón le dio una violenta sacudida. Estaba a salvo. Vivo. Lo observó con detenimiento, percatándose de que los cambios iban mucho más allá de la postura. Vestía de modo diferente, con una cota de malla de guerra negra y una manta de color oscuro. Llevaba el pelo largo y descuidado y no se había afeitado desde hacía al menos una semana. Su rostro, más escuálido, tenía un aspecto enjuto y famélico que casaba perfectamente con esos ojos azules polares con mirada de pocos amigos y el gesto torcido de su boca. En lugar del pirata descarado con el brillo endiablado en los ojos, tenía ante sí al hombre de aspecto más aterrador de una tienda llena de guerreros curtidos en la batalla.

El alivio de verlo sano y salvo pronto se convirtió en dolor. Una punzada en el corazón. La mujer estaba besándolo. Le comía el cuello a besos y tocaba los duros músculos de sus anchos hombros, músculos y hombros que Ellie conocía al dedillo y pensaba tontamente que le pertenecían. ¿Y qué esperaba? ¿Qué penara por ella? Tal vez un poco... Tan siquiera pudo consolarla el hecho de ver cómo la mujer, a todas luces olvidada, caía tirada al suelo.

Ellie, que creía que todos en aquella tienda estarían pensando lo mismo, hizo acopio de todo su orgullo, levantó la barbilla y con un imperioso giro de la cabeza apartó la vista con decisión del airado y aterrador vikingo.

«Todo ha terminado», pensó acongojada. Ya lo sabía. Pero ahora lo había visto con sus propios ojos.

—Robert, os lo ruego. He de hablar con vos. Es importante.

—No lo dudo —dijo su hermano político, aunque Ellie advertía lo confundido y tal vez algo receloso que estaba. Miró al enorme hombre que la había atrapado en las cercanías del campamento—. ¿Ha venido sola?

—Sí —dijo aquel bruto de rudo aspecto al tiempo que asentía—. Pero estamos comprobándolo para asegurarnos.

Robert asintió y dio la vuelta a la mesa para tomarla de la mano.

—Vamos, hermana, podéis contarme qué os ha traído hasta aquí.

Miró hacia atrás para hacer un gesto al hombre que estaba sentado junto a Erik y después a otros más. Se percató de que el primero de los guerreros iba vestido de forma parecida a Erik y que también

resultaba igual de imponente. Era alto, cincelado a base de músculos y con una belleza de rasgos duros, aunque no resultaba tan impresionante como el que estaba sentado al otro lado. El aire de autoridad que desprendía el primero de ellos le hizo preguntarse quién sería. Era obvio que su cuñado confiaba en él.

Eduardo Bruce se levantó para unirse a ellos, al igual que hicieron un guerrero algo mayor y otro mucho más joven. Se dirigió a Erik casi por añadidura: «Es posible que también tú quieras venir». No parecía muy contento con ello.

Advirtió la tensión existente entre los dos hombres y deseó con todo su ser que no fuera ella la causa. Ellie siguió a su cuñado hasta el exterior de la tienda. Cruzaron el improvisado asentamiento hasta llegar a las rocosas laderas. Mientras avanzaban, ella notaba todo el peso de la mirada del enojado hombre que seguía sus pasos.

Estaba claro que no se alegraba de verla. Tampoco podía culparlo bajo tales circunstancias, pero no esperaba que la recibiera con esa virulencia. ¿Tanto la odiaba? No era su intención engañarlo. Solo quería comprobar si podía interesarle por ella misma, sin las trampas y obligaciones a que se debía su nobleza.

Al estar bien iluminada por las antorchas, Ellie se percató de que aquella pequeña cueva había sido adaptada para hacer las veces de cámara real, provista con una silla, una mesa para escribir y un jergón humildes. Era lo más alejado a un palacio que podía poseer, pero a Robert se le veía perfectamente adaptado al ambiente rústico que lo rodeaba.

Ellie siempre había admirado al apuesto caballero que se había ganado el corazón de su hermana, pero veía con claridad los cambios operados en él durante el pasado año. Casi esperaba encontrarse con un forajido con la mirada furtiva y ansiosa del perseguido. En lugar de eso, veía a un formidable guerrero de fuerza y determinación inquebrantables que tenía más aspecto de rey vestido con sus polvorientas ropas de lucha que con el cetro y la corona reales.

Robert le hizo señas para que ocupara la silla, y los hombres se acomodaron entre las rocas planas dispuestas en el interior de la cueva. Por cuanto se refería a consejos de guerra, aquel era de lo más inusual.

Ellie sentía todo el calor de la mirada furiosa de Erik, que hacía que se desvaneciese parte de esa sensación de victoria por haber conseguido llegar hasta ellos. Se frotaba las manos con ansiedad entre las faldas. Era cierto que vagar por esos campos desolados por la guerra haciéndose pasar por una sirvienta que hacía de espía al servicio de los ingleses no era demasiado seguro, pero había sido del todo necesario. Tal vez Robert advirtió su nerviosismo, porque le dijo con amabilidad:

—Espero, hermana, que no me malinterpretéis si os digo que, aunque me alegra mucho veros, tengo gran interés en saber la razón por la que estáis aquí y cómo habéis conseguido encontrarme.

Ellie se concentró en Robert para aislarse de la furia que irradiaba aquel hombre que estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados ante su ancho pecho revestido de cuero. No era por él por quien estaba allí. Bueno, no era solo por él. Aunque no estaba muy segura de que hubiera llegado a tales extremos con el solo empuje de la simpatía hacia la causa de su cuñado. No se había escapado de su cámara desde que era una cría. Y salir a hurtadillas de ella en mitad de la noche con una pareja de soldados ingleses desconocidos que la tomaban por una sirvienta, para informar al hombre más buscado de la cristiandad de que le habían tendido una trampa...

Si su padre alguna vez tuviera conocimiento de eso, estaría horrorizado y enfurecido por su traición. Pero después de lo que Eduardo había hecho con su hermana, no pensaba sentirse culpable en absoluto. Respiró hondo y relató la conversación que había llegado a sus oídos entre sir Aymer, Ralph

y su padre. Aquello no era lo que esos hombres esperaban oír, de modo que no tardó en advertir el cambio de actitud de los ocupantes de la cueva a medida que se percataban de la gravedad de la situación.

Robert blasfemó.

—¿Saben que estamos aquí? ¿Estáis segura de ello, hermana? ¿No es posible que hayáis oído mal?

—No he oído mal —dijo negando con la cabeza—. Los ingleses saben dónde está vuestro campamento y planean atacar al amanecer. Querían que la ayuda de cámara de mi hermana viniera aquí para sacar información, pero la convencí para venir yo en su lugar.

Les explicó, dejando a un lado el papel que había jugado Matty a la hora de encubrirla, cómo varios hombres de sir Aymer la habían acompañado hasta los confines del valle. Esperaban su regreso para escoltarla de nuevo hasta el castillo. Ellie tenía intención de contarles que le habían negado la entrada al campamento, de modo que necesitaba volver cuanto antes.

Eduardo Bruce no fue tan sutil como su hermano.

—¿Cómo sabemos que nos estáis diciendo la verdad? Podría tratarse de una trampa.

Ellie lo fulminó con la mirada.

—Claro que es una trampa, pero no soy yo quien os la está tendiendo. Si no me creéis, enviad a uno de vuestros hombres a los bosques que hay al pie del lago Troon. Encontraréis cerca de mil quinientos soldados ingleses que probarán que es cierto lo que os digo. Pero hacedlo antes del amanecer. Debéis advertir a vuestros hombres y preparaos para partir de inmediato —dijo volviéndose hacia Robert.

Bruce se acariciaba la barbilla mientras pensaba al respecto.

—Me temo que no.

Ellie se quedó petrificada por la incredulidad.

—¡Pero os juro que estoy diciendo la verdad!

—Os creo —dijo con una sonrisa para después mirar al impresionante guerrero que Ellie había visto antes—. Esto era lo que estábamos esperando.

Vio cómo al otro le brillaban los ojos.

—Sí. Un punto de encuentro con el enemigo a nuestra propia elección. —El guerrero se arrodilló, cogió un palo y dibujó varias líneas en el polvo del suelo—. Si posicionamos a nuestros hombres aquí en la ladera sur —dijo señalando un punto a la izquierda—, estaremos listos para recibirlos de cara cuando salgan del abrigo de los bosques. Nos haremos con piedras para desmontar a la caballería, y Flecha y sus arqueros se encargarán del resto.

—Será una trampa —dijo Robert en un tono satisfecho—, pero no para nosotros.

Los hombres hablaron entre ellos durante varios minutos más y trazaron el plan. Cuando llegaron a un acuerdo acerca de la manera de proceder, el rey volvió a dirigirse al guerrero que vestía como Erik.

—Jefe, reúne a los hombres. Hay que hacer los preparativos. A los que estén muy borrachos tiradlos al lago. Me temo que tendremos que celebrar vuestro santo otro día —dijo volviéndose hacia Erik.

Este se encogió de hombros con indiferencia; seguía mirando a Ellie con la misma cara.

—De todos modos no parece que esté para muchas celebraciones ahora mismo.

Bruce se acercó a Ellie, se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

—No sé cómo agradeceréoslo, hermana. Contraigo una deuda con vos que no puedo soñar en pagar, al menos por el momento. Pero cuando recupere mi reino, tendréis todo lo que esté en mi mano

ofreceros.

—Tan solo deseo que mi hermana regrese a salvo —dijo ella.

Ellie apreció el brillo de rabia en los ojos de Robert en tanto que asentía.

—Sí, eso mismo quiero yo.

Se volvió para despedir a sus hombres. Erik empezó a caminar junto a ellos, pero lo detuvo.

—No, quedaos —dijo con dureza—. Esto os concierne. —Ellie jugueteó con su abrigo, adivinando que lo que estaba a punto de decir nada tenía que ver con la información que ella acababa de darles. Los miró a ambos alternamente—. Por más que aprecie que nos hayáis avisado, hermana, sospecho que vuestra visita no tenía como único objeto mi propio beneficio. —Ellie notó cómo le ardían las mejillas ante la atenta mirada de su cuñado—. Halcón me ha contado lo que sucedió —añadió—. Siento mucho lo que os habéis visto obligada a soportar. En aquellas circunstancias era inevitable que os llevara con él, pero su conducta más allá de eso es inexcusable y deshonrosa —dijo fulminando a Erik con la mirada.

Ellie lo miró y se sorprendió al ver la mueca de incomodidad en su rostro. Obviamente no tenía intención de añadir nada por sí mismo.

—No —repuso implacable ella, asiéndolo del brazo—. Os equivocáis. Se me trató con la mayor de las consideraciones. Pude y debí decirle quién era yo, pero elegí no hacerlo. Creo que disfrutaba demasiado de mi libertad para obrar de tal modo—añadió con agria sonrisa—. Soy tan responsable como Halcón de lo que pasó.

A Erik no pareció sentarle bien que rompiera una lanza en su favor.

—No necesito que me defendáis, lady Elyne. La ira del rey está completamente justificada.

Robert lo ignoró y la miró atentamente.

—¿No habéis sufrido por vuestra... pérdida? Haré que se case con vos ahora mismo si es preciso.

Ellie tuvo que reprimir el estremecimiento de horror y vergüenza que aquello le causó. Que un pariente furioso y bienintencionado la obligara a casarse era incluso menos sugerente que la diligente oferta de matrimonio de Erik. Negó con la cabeza.

—Mi prometido está al tanto de la situación. Como ya le dije a Halcón, no tengo ninguna intención de casarme con él.

Su noble sacrificio no era necesario.

Robert pareció tranquilizado por la respuesta y, cuando se volvió a dirigir a Halcón, daba la impresión de estar algo menos enojado con él. Indudablemente le resultaba de un gran alivio dar por terminada esa conversación. Sonrió.

—Me temo que habéis herido a mi marino en su orgullo. No está acostumbrado a que las mujeres lo rechacen. Pero por lo que cuenta mi Isabel, vos siempre fuisteis una muchacha cabal. —Rió al comprobar la expresión furiosa de Erik—. ¿Veis a lo que me refiero? Hace semanas que está insoportable. —Tal vez presintiendo que llevaba al guerrero al límite, lo suavizó añadiendo—: Habéis arriesgado mucho para traerme esta información. Espero que nadie descubra lo que habéis hecho.

También ella lo esperaba.

—Estaré bien, pero debo volver cuanto antes. Los soldados me estarán esperando y no quiero que hagan demasiadas preguntas.

Robert la besó de nuevo en la mejilla.

—Haré que uno de mis hombres os escolte hasta donde tenéis que ir.

—No será necesario —dijo Erik sin emoción alguna en la voz—. Yo la acompañaré.

Robert miró a Ellie pidiendo su aprobación. Ella dirigió su mirada a Erik y vio el disgusto que expresaban el gesto torcido del mentón y la boca. Tuvo la tentación de negarse, pero se daba cuenta de que él era una de las razones que la habían llevado hasta allí. Antes de decidir si seguía adelante con sus planes de boda con Ralph, tenía que saber que no existía ninguna posibilidad entre ellos. Asintió dubitativamente.

Erik hacía esfuerzos sobrehumanos por contenerse. Ellie no sabía la suerte que tenía de haber accedido a que la acompañara. Había estado a un segundo de poner las manos alrededor de su esbelta cintura, tal y como había ansiado hacer desde que había entrado en la tienda, y echársela al hombro como el bárbaro vikingo que ella había pensado que él era en un principio. Aquella muchacha exasperante parecía provocar sus instintos más primitivos, el instinto que los hombres noruegos habían aguzado durante generaciones en el arte de tomar cuanto querían. Pero, por fortuna, su dubitativa aceptación había servido para evitar dañar más la opinión que tenía el rey de él, ya perjudicada de por sí.

Tras despedirse de su cuñado, Ellie giró los talones, alzó su imperiosa barbilla y salió de la tienda como si fuera la hermana del rey y él solo un lacayo que podía contentarse con hacer que los bordes de su vestido no arrastraran por el suelo.

Erik salió tras ella como un poseso, luchando por tomar las riendas de sus fieras emociones. La rabia que sintió al verla no hizo sino empeorar tras oír las razones que la habían llevado allí. Se quedaba sin respiración al pensar en el peligro al que se había expuesto. Oír la inflexible reiteración del rechazo a su oferta de matrimonio tampoco había mejorado su humor. ¿Por qué no quería casarse con él si era cierto que lo amaba? Él no deseaba ese matrimonio, pero, aun así, maldita sea, aquello no tenía ningún sentido.

Las antorchas y fuegos del campamento se desvanecían tras ellos en un tenso silencio que Erik no se atrevía a romper por miedo a lo que pudiera decir. Llevó consigo a varios de los centinelas de Boyd que vigilaban el perímetro, pero tenía dudas incluso de que ella se percatara de su presencia. Al final, cuando llegaron al estrecho pasillo que conducía al lago Troon, Ellie debió de pensar que ya se habían alejado lo suficiente.

—¿Vas a mirarme toda la noche con esa cara o tienes algo que decir?

Tal vez fuera el tono de su voz. O quizá las manos en las caderas. Puede que se tratara simplemente del dulce olor a perfume en su piel tras meses de torturantes privaciones. Fuera lo que fuese, Erik alcanzó su punto límite de aguante. La tomó por uno de los codos y la zarandeó con fuerza contra él.

—¡Pues sí que tengo algo que decir! ¿Qué demonios pretendes implicándote en esto? ¿Qué quieres, que te maten?

Tocarla había sido un error. Al tener su cuerpo tan cerca podía percibir perfectamente la suavidad de sus curvas. El olor que desprendía, las sensaciones que su cercanía le provocaban eran tan intensos que se dio cuenta al momento de cuánto la había echado de menos.

La marea de reacciones inflamaba su interior, hacían que le hirviera la sangre y la piel, permitiéndole descubrir que, a pesar de su más reciente experiencia, él no era ningún eunuco. Cualquier mujer en su sano juicio habría palidecido de miedo ante el huracán de rabia que se avecinaba. Pero, por supuesto, Ellie, que nunca se comportaba como se esperaba de ella, apartó el brazo, lo miró directamente a los ojos y sostuvo su mirada.

—Tonta de mí, pensaba que me darías las gracias —dijo entornando los ojos y hundiendo un dedo

en su pecho para dar fuerza a sus palabras— por salvar esa ingrata guarida llena de guerreros desagradecidos que tienen más músculo y belleza de lo que les conviene.

—¿Agradecido de que pongas tu vida en peligro? —espetó con rabia. Dio un paso hacia ella, que retrocedió a su vez para compensarlo. Afortunadamente para él, un árbol frenó su retirada. Se inclinó sobre ella amenazadoramente y le puso un brazo sobre cada hombro para evitar que escapara—. Lo que tengo ganas es de estrangularte por venir aquí.

O besarla hasta que bajara la presión que latía en su pecho. Una corriente eléctrica fluía entre ambos. El impulso magnético del deseo lo obligaba a acercarse más a ella. La necesidad de besarla era casi insufrible. Tenía la boca, la mandíbula, todo el cuerpo en tensión por los esfuerzos que debía hacer para contenerse.

Los ojos de Ellie brillaron como los de una liebre que ha caído en la trampa.

—Necesitas relajarte —dijo sintiéndose inquieta—. Estás siendo ridículo. Déjame marchar.

¿Qué se relajara? ¿Él? Si siempre estaba relajado, por el amor de Dios. Se acercó más aún, como si pudiera obligarla así a percatarse de la magnitud del peligro al que se había expuesto y a que experimentara un atisbo de lo que él sentía.

—No.

Era consciente de que no merecía tal revuelo, pero maldita sea, le sentaba de maravilla tenerla ahí justo donde él quería. A su merced. Doblegándose a su voluntad. Ya debería saber que así no funcionaban las cosas.

Ellie levantó la rodilla bruscamente, causando el daño suficiente para que se retorciera de dolor, sin poner en peligro la futura descendencia de ambos, pensó. Cuando tuvo fuerzas para recuperar la compostura, se percató de ese pequeño desliz. Erik retrocedió. «Nuestra futura descendencia.»

La miró sin poder salir de su asombro, notando una presión que se abría paso en su pecho. Parecía tan claro, tan obvio, que le sorprendió mucho no haberse percatado antes de ello. Había necesitado un rodillazo en las pelotas para darse cuenta de esa verdad que durante tanto tiempo había tenido delante de sus narices. No podía imaginarse a nadie más que a ella como futura madre sus hijos.

La amaba.

¡Por Cristo Nuestro Señor, pero qué idiota había sido! Esa fusión de emociones tan intensas, la atracción animal, la necesidad apremiante de protegerla, de poseerla. La razón por la cual no podía olvidarla. La razón de que, a pesar de todo su enfado, se hubiera visto subyugado nada más verla entrar a la tienda. No quería casarse con ella por hacerle un favor, sino porque la amaba.

¿Cómo había podido permitir que aquello pasara? Aunque mejor sería preguntarse qué había hecho para que aquello no pasara. Estaban hechos el uno para el otro. Ella despertaba su lado serio y él la hacía reír. Compartían la misma pasión por la aventura. Ellie era la primera mujer que se había interesado por lo que él pensaba, la primera en escarbar bajo esa apariencia de eterno bromista y seductor para intentar conocerlo. Tal vez su descubrimiento estuviera presente desde la primera vez que ella alzó los ojos al cielo o lo miró con su cara de niñera imposible de impresionar. O pudiera ser que todo se redujera a algo tan simple como esa profunda observación de Domnall: ella no se tragaba sus tonterías.

—No intentes intimidarme con ese montón de músculos —repuso Ellie malinterpretando la fuente de aquella tensión—. No servirá de nada. ¿De verdad crees que puedo pensar que me harías daño? Y no será porque no tengas todo el aspecto de un bellaco peligroso —añadió tras observarlo detenidamente a la luz de la luna.

Erik, todavía conmocionado por su descubrimiento, se pasó los dedos por aquella descuidada

melena. ¿Tan mal aspecto tenía?

—No hemos tenido muchas oportunidades para afeitarnos últimamente.

—No digo que no me guste —se apresuró a a corregirla. A pesar de la oscuridad, Erik juraría que se había sonrojado—. Simplemente hace que parezcas más peligroso. —Se quedó circunspecto, sin saber cómo reaccionar ante ese comentario. Por la forma en que lo dijo, casi pareció que aquello no era del todo malo—. Siento haberte ofendido —añadió ella mordiéndose el labio—. Pero me ha dolido tu actitud.

—Conozco esa sensación —dijo él con el gesto torcido, para seguidamente volver a tocarse el pelo—. Por Dios, Ellie. Cuando te he visto en esa tienda y he pensado en los peligros que has corrido para llegar hasta aquí, me he asustado mucho, he estado a punto de... —Dejó en suspenso la frase y se encogió de hombros—. Supongo que he perdido la cabeza.

Ellie se aclaró la garganta exageradamente.

—Bueno, ejem. Supongo que habría preferido no venir aquí yo sola... Pero no había nadie más que pudiera hacerlo. Hice lo que pensaba que era mi deber.

Porque lo amaba. Ser consciente de que se había expuesto al peligro por él hizo que Erik se sintiera más humilde. Ellie lo miraba a los ojos, desafiándolo a mostrarse en desacuerdo con ella.

—No es que no aprecie lo que has hecho —dijo—. Dios sabe que has salvado muchas vidas viniendo aquí esta noche, puede incluso que un reino, pero no quiero que estés ni remotamente cerca de todo esto.

El rostro de Ellie se veía abatido entre la penumbra.

—No me has perdonado por lo que hice —dijo ella.

—No hay nada que perdonar. Fui yo el culpable de todo. —Ellie no parecía creerlo, de modo que Erik se explicó—: Al principio, me puso furioso que no me lo contaras, pero cuando lo pensé con calma, me di cuenta de que tenías razones más que suficientes para no hacerlo. Nunca me gané tu confianza ni me pediste que confiara en ti. Lo que pasó en aquella cueva... Te deseaba tanto que podrías haberme dicho que eras la mismísima reina de Inglaterra y no me habría importado.

Ellie sonrió sin ganas.

—Espero que eso no te haya causado muchos problemas con Robert. No he podido evitar percatarme de la tensión que había entre vosotros dos.

—No pasa nada —dijo restándole importancia.

—Claro que pasa. —Ellie sabía lo importante que era la lealtad para él—. Tenía que habértelo contado. Yo sí confiaba en ti, pero deseaba saber... —dijo con una voz que se fue apagando.

—¿Saber qué?

Ellie miró a otra parte, avergonzada. Erik pensaba que ya no contestaría, pero al final ella dijo:

—Quería saber si yo te interesaría por mí misma. No por quién soy o porque el honor te dijera que tenías que casarte conmigo.

A Erik se le encogió el corazón al entenderlo todo al fin.

—Por eso me rechazaste.

No porque no lo amara, sino porque quería que él la amase por lo que era. Eso era lo que ella le ofrecía. Eso era lo que no había sido capaz de ver. Él se lo había propuesto en virtud del honor y el deber, pero lo que ella quería era amor y emoción.

—Mi madre amaba a mi padre con toda el alma —explicó Ellie—. Intentó año tras año que él la amara, y eso fue lo que se la llevó a la tumba. La fiebre se apoderó de ella, pero en su interior llevaba

muerta ya muchos años.

Erik le apartó un mechón de pelo de la mejilla y se lo colocó tras la oreja.

—Lo siento, muchacha.

Ellie se puso a la defensiva, malinterpretando la razón de la disculpa.

—No te cuento esto para que te compadezcas de mí, ni porque quiera algo de ti. Solo pensaba que podría ayudarte a comprender por qué actué de ese modo.

—Ellie...

Ahora podía poner punto y final a todas sus agonías. Habría sido tan fácil estrecharla entre sus brazos y decirle cuánto la amaba, que no podía imaginarse el futuro si no era junto a ella. Egoístamente era eso lo que deseaba. Para un hombre tan acostumbrado a conseguir cuanto quería, a que la felicidad se rindiera a sus pies, fue un trago muy amargo. Pero no pudo hacerlo.

Hubo algo en la manera en que él la miraba que obligó a Ellie a actuar como se había prometido no volver a hacer jamás.

—Pídeme que me quede —susurró.

Por unos instantes Erik dudó. O al menos eso fue lo que se dijo ella. Quería creer que aquella súplica causaba en él algún tipo de lucha interior, porque exteriormente su rostro no expresaba nada en absoluto. Pero entonces él sonrió, y la condescendencia que se desprendía de ese gesto, como si comprendiera que estaba rompiéndole el corazón, pero tuviera la suerte de ser completamente inmune a su agonía, hizo que se diluyera cualquier atisbo de sublevación en su interior.

—Lo siento, muchacha. No puedo hacerlo.

El dolor abrasó el cuerpo de Ellie como un hierro al rojo vivo. ¿Por qué se hacía eso a sí misma? ¿Por qué salía a pecho descubierto y le mostraba su corazón desnudo para que él lo hiciera pedazos? ¿Es que se complacía en su propio placer y humillación? Sin embargo, hubo un momento en que la miraba con ojos tan tiernos que ella pensó que...

Idiota. Él no la amaba. Solo se compadecía de ella. Ahora lo veía claro. Las mujeres se tiraban a sus pies a cada momento. Y para mayor vergüenza, al parecer, ella no era diferente a las demás. Dos veces le había ofrecido su corazón y dos veces lo había rechazado. Más que suficiente.

Una vez se hubo repuesto de aquel golpe, Ellie se separó de él. Era extraño, pero después de la primera punzada de dolor ya no sintió nada. Solo una necesidad imperante de marcharse de allí en cuanto fuera posible.

—He de partir.

—Ellie —dijo Erik en voz baja mientras la agarraba del brazo—. Lo lamento.

Ellie sintió que su cuerpo se ponía en tensión y se alejó de él.

—No hay nada de lo que disculparse. He sido una estúpida. Por supuesto que no quieres que me quede contigo —dijo riendo con amargura—, si ya tienes a alguien esperando. —Erik la miró extraño como si no tuviera idea acerca de qué le estaba diciendo—. La mujer —añadió. «Sobre vuestras rodillas. Besándoos.»—. ¿En la tienda?

Le pareció que ponía una cara rara, pero al final dijo:

—Ah, sí. Por supuesto.

Ellie tenía el pulso acelerado.

—Bueno, entonces supongo que esto es un adiós.

Se aventuró a mirarlo por última vez, preguntándose cuánto tiempo tardarían los rasgos de aquel

rostro en borrarse de su memoria. El arco de las cejas. La dureza de expresión de su mandíbula. Las arrugas blancas incrustadas junto a los ojos. El incorregible gesto torcido de su boca. El mentón afilado y su excelsa nariz. Ese irresistible y bello rostro.

Ellie bajó la mirada.

—Los soldados me estarán esperando al otro lado de las colinas.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo? ¿Qué pasará si sospechan algo?

—No sospecharán. Puedo ser muy convincente.

La miró con dureza.

—No me fío. Te llevaré yo mismo a Ayr.

—No —exclamó ella con vehemencia—. Debo atenerme al plan o empezarán a sospechar. ¿Piensas que iban a creer que he sido capaz de encontrar el camino de vuelta yo sola? No puede ser de otro modo. Sé lo que me hago. Además, no soy responsabilidad tuya —dijo mirándolo a los ojos.

Así se quedaron durante un largo instante. Por un momento a Ellie le pareció advertir algo justo antes de que Erik parpadeara. Este dio un paso atrás, con todo el cuerpo en tensión. Ellie habría jurado que incluso lo estaba pasando mal.

—Muy bien —dijo—. Adiós, lady Elyne.

Casi se le cortó la respiración. Se quedó durante un largo rato simplemente ahí, saboreando el momento, porque sabía que sería el último. Pero era inevitable que se acabara.

—Adiós, Erik.

Se marchó sin mirar atrás. Una pequeña pero significativa parte de su vida había acabado para ella.

VÍSPERAS de San Juan,
23 de junio de 1307

Erik hizo lo que tenía que hacer. Ella estaría mejor sin él. Al menos eso era lo que no cesó de repetirse durante los primeros días posteriores a su marcha. Quería pedirle que se quedara, pero la amaba demasiado para hacerle eso. El amor no era garantía de finales felices. Había ocasiones en las que el amor significaba sacrificio. Había ocasiones en las que amar significaba poner la felicidad de la otra persona por encima de la de uno mismo, aunque eso implicara estar separados.

Era un forajido. Pero a la mañana siguiente tal vez no fuera sino un cadáver para ella. Incluso con la ayuda de Ellie, era consciente de que sus días estaban contados. Tal vez si ella hubiera sido la niñera que él había creído en principio, las cosas habrían sido de otro modo. Pero era la hija de uno de los hombres más poderosos de la cristiandad, estaba prometida en matrimonio a un hombre igualmente poderoso y, lo que era más importante, estaba a salvo. Ellie tenía por delante un futuro luminoso. No podía pedirle que arriesgara tantas cosas por él. No deseaba verla colgando de una jaula.

El dolor era tan mortificante como si le hubieran clavado una daga en la espalda y se la retorciera en su interior. Se sentía como si lo partieran en dos: por una parte, sus egoístas deseos y, por otra saber, lo que tenía que hacer. Pero jamás habría imaginado que hacer lo correcto pudiera ser tan doloroso...

Conocía a Ellie. Si hubiera advertido un punto de debilidad, no habría parado hasta sonsacarle la verdad. De modo que se veía obligado a dejar que creyese que no la quería. Pero la mirada de resolución de su rostro cuando se marchaba seguía persiguiéndolo. Dejarla marchar había sido la cosa más dura que había hecho en la vida. Hacía que el período de adiestramiento de dos semanas de duración de MacLeod, conocido con el nombre de «La perdición», parecieran simples juegos y diversión.

A pesar de sus objeciones, él la había seguido hasta el castillo de Ayr. Tenía la sospecha de que ella sabía que estaba ahí, pero jamás volvió la vista atrás.

Más tarde, cinco días después de que entre cuatrocientos seguidores de Bruce atraparán a mil quinientos caballeros ingleses en Glen Trool, haciendo que Aymer de Valence se retirase humillado, Ellie partía en un galeón, dejando Ayr por Irlanda. Erik tenía conocimiento de su partida porque estaba bajo la vigilancia de uno de sus hombres en el castillo. A la primera indicación de que su aventura nocturna en el campamento de Bruce había sido descubierta, Erik habría ido a rescatarla.

Pero no pudo contar con tal excusa.

Y ahora, después de la segunda victoria decisiva contra sir Aymer de Valence en las colinas de Loudon en mayo, de una escaramuza que días antes había puesto en fuga al prometido de Ellie hasta el castillo de Ayr, la derrota de sir Phillip Mowbray de la mano de sir James Douglass y Boyd, junto a las noticias de que el rey inglés estaba en el lecho de muerte, Erik temía haber cometido un error enorme. Las tornas habían cambiado. Los hombres se unían en masa a la causa de Bruce, y sus filas

habían pasado de cientos a miles de la noche a la mañana. Poco a poco el rey afianzaba su posición en el sudoeste, con la toma de puntos estratégicos incluida. Sin embargo, Bruce había aprendido algo muy importante de Wallace: destruiría los castillos antes de permitir que el enemigo los usara en su contra. Así que al día siguiente, después de una larga noche de celebración, el castillo de Ayr sería arrasado. Pensaban desprenderlo antes de cualquier objeto de valor, pero la mayoría se lo había llevado Ulster una semana atrás, antes de zarpar hacia Irlanda.

Erik permanecía sentado en un silencio prácticamente total, ajeno a las escandalosas celebraciones que se sucedían a su alrededor, uniéndose en alguna ocasión a la conversación de MacLeod y Bruce, y picando algo de la mucha comida que servían. La oscura nube que se había posado sobre él desde que había visto desaparecer a Ellie tras los muros de ese mismo castillo no hacía sino cargarse más y más. A medida que pasaban los días, sentía una molestia creciente que cada vez se parecía más al pánico. Por momentos lo envolvía tanto que apenas podía respirar.

Era esclavo de sus propias dudas, incapaz de escapar al dolor punzante que significaba no decirle a Ellie que la quería, no haberle dado la oportunidad que ella merecía. Y con cada una de las victorias, su incertidumbre iba en aumento. No podía conciliar el sueño. Apenas podía comer. Luchar era lo único que era capaz de hacer. De modo que se presentaba voluntario a cualquier misión, cuanto más peligrosa mejor. Cualquier cosa con tal de quitarse de la cabeza la pregunta acerca de si había obrado bien y si ya era demasiado tarde para preocuparse por ello.

—Me han llegado ciertas quejas.

Erik alzó la vista al percatarse de que era el rey quien hablaba con él. Se quedó circunspecto.

—¿Qué tipo de quejas?

—Sois demasiado duro con los nuevos reclutas.

Erik intercambió una mirada con MacLeod antes de contestar.

—Tienen que estar listos para la lucha. Eduardo ha previsto enviar más tropas a Carlisle en julio. No se dará por vencido tan fácilmente.

—Y estaremos listos —concedió Bruce—. Si Eduardo se recupera. Pero no podéis conseguir que esos campesinos y pescadores se conviertan en caballeros de un día para otro.

—No intento convertirlos en caballeros. Lo que quiero es convertirlos en highlanders. Eso es más complicado, así que precisa más trabajo.

—Sí. Tenéis razón. Acepto la corrección —dijo Bruce entre risas. Se quedó mirándolo detenidamente—. Tengo noticias que podrían interesaros. —A pesar de que el rey no parecía darle demasiada importancia, todos los músculos de Erik se pusieron en tensión—. Son acerca de mi cuñada —añadió Bruce para después darle un sorbo al vino y observarlo por encima del cáliz, consciente de que a Erik se le revolvían las tripas—. Mañana por la mañana se casará con De Monthermer.

A Erik le pareció que le daban un mazazo en el pecho. Al oír las palabras del rey, su cuerpo se estremeció de pies a cabeza. Todo el pánico que venía acumulando explotó de una vez. No le cabía ni la más remota duda de que tenía que hacer algo. No podía dejar que aquello sucediera.

Se percató de que había más de un par de ojos observando su reacción.

—¿Dónde? —preguntó con los dientes apretados.

—En el castillo de Dunluce —respondió Bruce mirándolo con algo en mente—. ¿Sabéis qué? He estado pensando en una cosa y creo que podría tener una misión para vos.

Erik apenas prestaba atención. «Casada.» Aquella palabra daba vueltas en su mente sin cesar. No podía pensar en otra cosa. ¿Cómo podía Ellie hacer eso? Lo amaba y, sin embargo, en pocas horas se casaría con otro. Había una parte de él que se negaba a creer que ella se hubiera resignado. Parecía que

todo ardiera en su interior. Tenía que esforzarse horrores para permanecer allí sentado tranquilamente cuando lo que quería era saltar sobre el primer barco que encontrase y volar hasta Irlanda.

—Había estado pensando —continuó el rey— que sería prudente afianzar nuestros lazos con Irlanda. Y ya que os he designado como encargado de mantener abiertas las rutas de comercio occidentales para nuestro aprovisionamiento, supongo que sois la persona indicada para ello. —Erik fue tomando conciencia vagamente de que el rey hablaba en serio. Tuvo que obligarse a escuchar sus palabras y no aquellas violentas voces de su interior que le gritaban que se largara de allí cuanto antes—. ¿Sabíais que lady Elyne es el ojito derecho de Ulster? —preguntó Bruce con intención.

Erik clavó su mirada en la del rey, empezando a sospechar a qué se refería.

—Sí —respondió con cautela—. Tengo entendido que la dama ayudó al padre a la muerte de su madre.

Bruce se inclinó sobre él.

—Apuesto a que le perdonaría cualquier cosa. —Hizo una pausa para reflexionar—. Si tiene dos hijas casadas con escoceses, es posible que ese ojo ciego suyo se convierta en dos ojos ciegos. ¿Qué os parece?

Erik estaba boquiabierto. Lo que el rey quería decir era obvio. La «misión» que sugería era establecer una alianza al casarse con Ellie, aunque de forma clandestina, algo que Bruce pensaba que Ulster acabaría perdonándole. Si esperaba el apoyo de Bruce, ya lo tenía.

Pero Erik sabía que habría ido allí incluso sin su apoyo. Las semanas de tortura tocaban a su fin. Había cometido un error. Era consciente de ello. Solamente esperaba poder llegar a tiempo antes de que ella cometiera un error peor, uno que no tuviera remedio. Cuando pensaba en todo el daño que le había hecho a Ellie... Hizo una mueca de dolor al recordar cómo la había dejado pensar que no la amaba, que su intención era volver junto a la mujer del banquete. Entonces volvió a invadirle una ola de pánico. ¿Qué pasaría si ella se negaba a hablar con él? Ellie podía ser muy testaruda. ¿Y si no lo perdonaba? El mundo se le vino encima. ¿Qué pasaría si ella no cambiaba de opinión? No podía dejar que aquello sucediera. Sonrió con ganas como no había hecho desde hacía tiempo. Tendría que asegurarse de pasar un momento con ella a solas para poder desdecirse y dar fe de sus sentimientos. Sabía el lugar perfecto para ello.

Se volvió hacia Bruce.

—Tengo que partir de inmediato.

Bruce le devolvió la sonrisa.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Se detuvo al pensar en la tozudez de Ellie.

—Puede que tarde varios días.

Bruce soltó una carcajada.

—Yo creo que tardaréis algo más. Tenéis dos semanas. Aprovechad el tiempo.

Erik sonrió.

—No pienso perder ni un minuto.

Esta era una misión en la que se aseguraría por completo de que todo fuera como la seda.

Se trataba de una mañana serena y soleada de verano. El día perfecto para una boda. Ellie observaba su imagen en el espejo mientras la ayuda de cámara finalizaba con su peinado. Sonrió, sino feliz, al menos contenta de cómo se había desarrollado su vida durante los últimos dos meses. Había

tomado la decisión correcta y seguía con su vida. Incluso había dejado ya de mirar por la ventana.

Para cuando la sirvienta daba los últimos retoques a su pelo, un intrincado arreglo de rizos fijados con una diadema de joyas, y arreglaba el fino vestido de damasco verde esmeralda que llevaría en la boda, el sol entraba con toda su fuerza por la ventana. Por detrás pasó una oscura sombra que la hizo mirar en su dirección. Al no ver nada, imaginó que sería una nube.

—¿Os puedo ayudar en algo más, milady? —preguntó la sirvienta.

Ellie negó con la cabeza mientras apreciaba el trabajo de la doncella. Sonrió con melancolía. Incluso podría pasar por una mujer bella

—No. ¿Por qué no miráis si necesita algo lady Mathilda?

La sirvienta hizo una reverencia y salió de la habitación.

Apenas acababa de cerrarse la puerta cuando Ellie notó que alguien la agarraba por detrás. Una poderosa mano tapó su boca antes de que pudiera gritar.

—¡Chist! —susurró junto a su oído, apretándola fuerte contra su pecho—. No voy a hacerte daño.

A Ellie el corazón le dio un vuelco al reconocer la voz, el familiar aroma de su cuerpo y cada una de las duras líneas de los musculosos brazos y el pecho que la sostenían. «Erik.» Pero ¿qué estaba haciendo allí? Y más importante ¿cómo había conseguido entrar? ¿Por Dios bendito! No podía haberlo hecho sino a través de la ventana de la torre, al menos a quince metros del acantilado y más de treinta sobre el agua que había abajo. «No voy a haceros daño.» Eso ya lo había oído antes.

Intentó liberarse dándole un codazo en el estómago, pero surtió poco efecto. Aquel cuerpo duro como el granito no cedió ni un centímetro.

—¿Prometes no gritar?

Cuando Ellie asintió, le quitó la mano de la boca. Solo para volver a ponérsela al ver que se pondría a gritar. Erik chistó de modo teatral.

—Sabía que te mostrarías poco razonable, pero he venido preparado para ello. —Agitó un par de cintas de seda fina ante sus ojos—. Esperaba que la próxima vez que te atara sería bajo circunstancias diferentes. —Ellie puso los ojos como platos por el ultraje, pero solo consiguió que Erik se riese—. Lo siento, muchachita, pero tenemos que hablar y no puedo arriesgarme a que no atiendas a razones. Puedes aullar todo lo que quieras una vez estemos fuera de aquí.

¿Atender a razones? ¿Cuando estaba a punto de que la secuestrara por segunda vez? Además ella no aullaba.

Con un diestro movimiento, Erik tomó la cinta de seda y ató sus manos rápidamente. Desenvolvió la manta que llevaba a los hombros, extrajo un saco de esparto de su cinto y le hizo una mueca de disculpa.

—Dado que no podemos salir del mismo modo que entré, me temo que esto será necesario.

Cuando Ellie se percató de lo que pensaba hacer, intentó retroceder, pero él la tomó de las muñecas y le puso el saco en la cabeza. Ellie se retorció y pateaba como un animal furioso, pero él se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas y se cubrió los hombros con la manta para ocultar sus piernas. Con lo que le había costado arreglarse el pelo y los vestidos... Lo peor de todo era que... Aquel comportamiento de bruto la enfurecía, pero no podía resistirse a preguntarse por qué lo hacía. Solo una respuesta tenía sentido, pero no pensaba caer de nuevo en la trampa de creer que ella le importaba.

Ellie pateaba por los pasillos y escaleras de caracol de la torre mayor de Dunluce. Con toda la emoción y ajeteo de la boda, parecía que nadie se percataba de aquel gigantón que llevaba un saco dando botes y retorciéndose sobre la espalda.

A pesar de las circunstancias, Ellie opuso toda la resistencia que pudo y llegó a alcanzarlo con un par de patadas, hasta que él le puso la mano en el trasero. Aquellas suaves caricias la excitaron tanto que hicieron que su cuerpo quedara lívido y flácido. A la siguiente vez que se retorció, la sensación fue completamente diferente, y el muy tunante, maldito fanfarrón risueño, lo sabía perfectamente.

Ellie sintió el frío de la brisa al salir de la torre. Minutos después el terreno era ya más escarpado, y supo que habían cruzado el puente y comenzado el descenso hacia la cueva. No se revolvió más por miedo a que los dos cayeran por el acantilado. Pero él, con el paso tan firme como siempre, se desenvolvía en aquel terreno como si de un gato montés se tratara. De repente el aire se hizo más húmedo y estancado, y supo que debían de estar en la cueva de la Sirena. El lugar donde todo habían empezado. Pocos minutos después oyó que Erik chapoteaba sobre el agua y sintió que la subían a un barco. Otro hombre la agarró y la hizo sentarse en un banco de madera.

—Esta vez estaré pendiente de los dientes y los codos, muchacha.

Domnall. Tendría que haberse imaginado que él estaría implicado también en aquello. Así le agradecía que lo hubiese ayudado a escapar. Eso mismo intentaba decirle. Pero él, sin duda entendiendo lo justo de esos balbuceos amordazados, no hizo más que desternillarse de la risa.

Poco después el barco fue cogiendo velocidad y le quitaron el saco de la cabeza. Entornó los ojos ante el sol para encontrarse a Erik allí, mirándola con cara inocente. El otro hombre, inteligentemente, les había dado espacio, tanto cuanto podía en aquel pequeño *birlinn*. Erik se sobrecogió al reconocer la envenenada mirada de Ellie.

—Tal vez debería esperar hasta que se calme para desatarla —le dijo a Domnall, que estaba a unos metros de él.

Este se encogió de hombros.

—Me temo que de cualquier forma lo vais a tener muy complicado, muchacho.

Erik decidió asumir el riesgo; empezó a desatarle las cintas de seda de las muñecas y la boca. Una vez liberada, Ellie se volvió hacia él con la intención de dar rienda suelta a su furia, pero un vistazo al castillo que se erguía a sus espaldas hizo que se detuviese en seco. Se le encogió el corazón al ver el enorme acantilado. Erik tenía que estar loco para subir por la torre como si nada. Se podría haber matado.

Lo miró con atención por primera vez, y su estúpido corazón dio un brinco. Estaba casi completamente afeitado, pero había dejado que una fina línea de barba le recorriera la barbilla. Era la cosa más extraña que había visto jamás, pero aquella barba de tres días le quedaba bien. También había recortado sus cabellos, aunque todavía los tenía tan largos que caían sobre sus penetrantes ojos azules. Unos penetrantes ojos azules que la miraban con tanta ternura que hizo que Ellie se estremeciese de arriba abajo. Él vestía sin más protección que una cota de cuero negra, quizá debido a su necia escalada. Se le veía tan insoportablemente bello con esos dientes reluciendo ante su piel curtida por el sol que casi dolía mirarlo.

Al fin sacó fuerzas para hablarle.

—En nombre de Dios, ¿qué crees que estás haciendo? Llévame a casa de inmediato.

—Quiero pedirte disculpas.

¿Disculpas? ¿Después de haberle partido el corazón y aplastárselo con el talón para destrozarlo por completo?

Lo miró con los ojos entornados.

—¿No te parece un poco tarde para eso?

Erik hizo una mueca de dolor mientras reparaba en el aspecto lamentable que ella mostraba. Esa expresión de arrepentimiento tan jovial le recordó a Ellie la de su hermano Edmond. Pero no se trataba de que hubiera roto un jarrón o tirado una copa de cristal bueno. Lo que había roto era algo mucho máspreciado que todo eso.

—Hace unas horas me enteré de lo de tu boda. He llegado aquí en cuanto he podido. —Enarcó las cejas con enfado—. ¿Cómo pudiste hacer eso, muchacha? ¿Cómo pudiste aceptar casarte con él? Será mejor que te expliques, porque ahora mismo no estoy seguro de que pueda perdonártelo.

¡Perdonarla a ella! Pero ¿acaso había perdido el juicio? Había sido él quien la había rechazado.

—Yo no... —empezó a decir, pero se detuvo y lo miró con suspicacia. No tenía por qué darle explicaciones. Él ya había tomado su decisión. Que pensara lo que quisiera. Ellie enarcó una ceja y alzó la barbilla en ese gesto de arrogancia que sabía que le fastidiaría—. ¿Y por qué no iba a aceptar?

Erik frunció la boca y ella supo que él estaba haciendo grandes esfuerzos por contener la calma.

—Porque me amas.

Ellie notó cómo las mejillas empezaban a arderle a medida que se enfurecía ante aquella arrogancia.

—¿Se supone entonces que debo penar por ti durante el resto de mi vida? Lo dudo mucho. —Ellie hizo un gesto con las manos abarcando sus ropajes y afeites—. Como puedes ver, he decidido seguir con mi vida. Acepto tus disculpas. Ahora devuélveme a casa. Tengo una boda a la que asistir.

Erik se quedó circunspecto. Al parecer, aquello no iba según lo planeado.

—Me temo que no puedo hacer eso. No puedo permitir que te cases con De Monthermer. Tendría que matarlo y no creo que ni tu padre ni el rey Eduardo me lo perdonaran.

A Ellie el corazón le daba saltos en el pecho; no sabía si era debido a la rabia o al miedo a lo que Erik pudiera añadir.

—Por supuesto que no lo matarás. Mi boda no es de tu incumbencia.

—Pero yo te quiero.

El corazón de Ellie se detuvo y luego prorrumpió en una aceleración inquietante. Había soñado durante tanto tiempo con esas simples palabras que ahora no se atrevía a creerlas. Le había hecho demasiado daño.

—¿Y qué se supone que debo hacer, caer de rodillas agradecida? Ya es demasiado tarde. Te di una oportunidad para que me demostraras tu amor y la rechazaste.

La brisa acarició los cabellos de ella haciendo que cayeran sobre su cara algunos de los mechones tan cuidadosamente arreglados. Erik tomó entre sus dedos uno de ellos con cariño y lo colocó tras su oreja, mirándola con tanta ternura que ella sintió un estúpido hormigueo en el pecho.

—Lo siento, amor. En aquel momento pensaba que hacía lo correcto. Quería pedirte que te quedaras, pero ¿cómo podía hacerlo cuando estábamos a un solo paso de la derrota? Intentaba protegerte.

Ellie lo miró con incredulidad.

—¿Rompiéndome el corazón? ¿Sabes lo que han sido estos meses para mí? —Su voz se hizo más aguda hasta alcanzar cotas de histerismo. No era dada a la violencia pero sentía necesidad de ella—. Y ahora que consigo retomar mi vida, vienes para decirme: «Lo siento mucho. Ha sido todo un error». Que a pesar de que todo indicara lo contrario, en realidad me amabas y solo me rompiste el corazón para mantenerme a salvo en mi propia miseria. Y ahora que parece que las cosas se ponen bien, te das cuenta de que te has equivocado y decides raptarme el día de mi boda para disculparte. ¿Es eso lo que

intentas decirme?

Erik se estremeció y miró a Domnall, que se encogió de hombros sin poder evitarlo.

—Parece que se ajusta bastante a la verdad, capitán.

Erik acarició con una mano sus cabellos azotados por el viento.

—Dicho así no suena tan romántico como yo lo había planeado. —Ellie soltó un bufido de exasperación a través de la nariz. Él la miró fijamente—. No podía correr el riesgo de que no me escucharas.

—Así que decidiste no darme la posibilidad de elegir.

Erik rió con ganas.

—Pues claro que puedes elegir. Simplemente pensé que era mejor asegurarme de que lo entendías.

Ella lo miró a los ojos sin pestañear.

—¿Y qué pasa si ya no quiero?

Los ojos de Erik se estremecieron como si hubiera recibido un golpe. Esa dolorosa incertidumbre que se dibujaba en ese rostro petulante y demasiado bello casi hacían que merecieran la pena los meses de tortura pasados. Casi.

Se arrodilló junto a ella y le tomó una mano para besarla.

—Por favor, amor, dame una oportunidad para poder resarcirte.

Ellie sintió que la emoción inflamaba su garganta y hacía que su voz se quebrara.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque sabes en lo más profundo de tu corazón que lo que digo es cierto. Yo era quien estaba tan ciego que no podía verlo. Pero juro que jamás te daré razón para que puedas dudar de mí de nuevo.

Sonaba tan sincero y parecía tan arrepentido que casi le ablandó el corazón, aunque tan solo un poco.

—Vamos, muchacha —interpuso Domnall—. Mostrad un poco de compasión por nosotros y perdonad al muchacho. Ha estado insoportable desde que marchasteis.

Ellie frunció el ceño ante el hombre mayor.

—Se suponía que no estabais escuchando.

—¿Y perderme esto? —Domnall rió a carcajadas—. Muchacha, llevo veinte años esperando para verlo rendirse a los pies de una mujer. Tengo intención de disfrutar de cada momento.

—¿Rendirme? —dijo Erik con horror—. ¿De qué demonios estáis hablando? No me estoy rindiendo.

Ellie alzó levemente una ceja con delicadeza desafiando su descripción de la situación.

Él se quedó circunspecto y fulminó a Domnall con la mirada.

—Se supone que estabais de mi parte.

—Y lo estoy, muchachito. Lo estoy —dijo riendo.

Erik decidió ignorar a su audiencia y se volvió hacia ella.

—¿Podrás perdonarme?

Ellie lo miró con dureza. Lo cierto era que estaba a punto de hacerlo, pero deseaba que sufriera cuanto pudiera. Después de todo, unas pocas horas no era nada en comparación con cuatro meses. Alzó la barbilla y le ofreció la mejor de sus miradas de niñera.

—No lo he decidido todavía. Tal vez deberías llevarme a casa y dejar que piense en ello durante un tiempo.

Erik suspiró y negó con la cabeza con arrepentimiento.

—Siento que tenga que suceder así. Ya os dije que no se mostraría razonable —dijo mirando a Domnall.

—Eso dijisteis, muchachito. Eso dijiste.

Ellie miró alternamente a uno y otro, preguntándose qué argucia habría tramado ahora. Erik tenía ese diabólico brillo en la mirada que prometía problemas.

—¿Qué intenciones tienes?

Erik se acercó a ella rozándole la oreja con la boca. Ellie tembló del calor que la estremeció espalda abajo.

—Tengo intención de llevarte a casa y hacerte entender. Una y otra vez, hasta que me creas.

Ellie tragó saliva al comprender lo que quería decir. La sensual promesa de su voz hizo que su entrepierna se inundara de un calor que hacía cosquillas.

—¿Tienes intención de violarme?

—Una y otra vez.

—Eso ya lo he oído —Intentó reprimir la sonrisa con todas sus fuerzas. Una vez vikingo, siempre vikingo. Pero ¿tendría intención de llevarla a casa?—. No creo que mi padre apruebe tus métodos.

Erik guiñó un ojo, consciente de que la tenía en sus manos.

—Afortunadamente para mí, estará muy lejos.

Ellie yacía tumbada sobre su pecho, con su suave y desnudo cuerpo sobre el suyo, en un enredo de miembros y sábanas. Inmerso en una felicidad que le devolvía la humildad, Erik no quería ni pensar en lo cerca que había estado de perderla para siempre. Jugueteaba con un sedoso mechón de pelo oscuro entre los dedos mientras pensaba que aquello era lo más cercano al cielo que podía llegar un hombre en vida.

—Así que estaba en lo cierto —dijo Ellie—. Este es tu hogar.

La había vuelto a llevar a la isla de Spoon, a aquella inmensa casa que había pertenecido a su padre. El rey le había devuelto sus tierras tal y como había prometido. Probablemente Juan de Lorn estuviera en desacuerdo con eso, pero enseguida se encargarían de él.

—Aunque tengo muchas otras, he llegado a pensar en estas tierras como mi hogar.

Ellie lo miró con una sonrisa, y el pecho de Erik se henchió. Como hombre favorecido por los vientos durante toda la vida, jamás hasta ese momento había comprendido lo afortunado que era.

—¿Por mí? —preguntó ella.

—Sí —dijo besándola en la nariz—. Cuando acabe la guerra, te construiré el castillo más bonito que hayas visto.

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho y se apretó a él con fuerza.

—Ya tengo aquí todo lo que quiero. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo podemos quedarnos?

—Una semana. Tal vez algo más. —Quería quedarse con ella tanto como pudiese. Una vez que su madre y sus hermanas le pusieran la mano encima a Ellie, ya no podría estar con ella tranquilo—. Te llevaré a Islay antes de reunirme con el rey. Allí estarás a salvo junto a mi madre y mis hermanas.

Ellie palideció, y él se estremeció al pensar que tal vez ella había cambiado de parecer.

—¿Estás ya arrepentida, mi amor? Ya sé que extrañará a tu familia. Te he pedido que abandonarás demasiadas cosas.

—Por lo que yo recuerdo no has pedido nada en absoluto —repuso ella mirándolo de reojo.

Erik sonrió y se apretó contra ella un poco más.

—No podía arriesgarme a que me rechazaras. Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero.

Ellie alzó la vista al cielo y él arqueó las cejas.

—Pasar tiempo junto a mi madre y mis hermanas será bueno para ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó arrugando la nariz

—A que te pondrán al tanto de lo irresistible que soy.

Ella le dio un empujoncito en el estómago. Erik montó sobre ella entre risas y la besó hasta que la pasión encendida entre ambos volvió a consumirlos. Le hizo el amor lentamente una vez más, aguántandole la mano contra su propio pecho y mirándola a los ojos a medida que entraba y salía de ella con largas y lánguidas embestidas. Observó cómo el extasis transformaba los rasgos de ella, llenándolos de una luz celestial, y entró en Ellie una última vez, sosteniéndola en sus brazos al tiempo que el amor que sentía se derramaba por todo su cuerpo en estruendosas y profundas olas.

Pasó algún tiempo hasta que pudo pronunciar palabra. Ellie volvió a su posición tumbada sobre su pecho y Erik advirtió una leve circunspección en su semblante. De nuevo la inquietud reconcomía su interior.

—¿Qué tienes, amor? ¿Qué te preocupa?

—¿Les gustaré? —preguntó.

Erik sonrió con más alivio del que quería traslucir.

—¿A mi madre y a mis hermanas? —dijo para darle otro beso en la nariz—. Te querrán tanto como yo. Aunque...

Ellie abrió los ojos de par en par.

—¿Qué pasa?

Erik hizo como que algo le preocupaba.

—Mi madre es más bien tradicional. No aceptará que sigas violándome de esa manera, y como yo tengo toda la intención de dejarte hacerlo, supongo que deberemos casarnos.

Ellie volvió a golpearlo con el puño.

—¡Desgraciado! Por un momento me has asustado. —Lo miró atentamente—. Supongo que podrían convencerme para que me casara contigo.

Erik sonrió y pasó la mano por la grácil curva de su trasero, pegándose a ella de manera más íntima.

—Convencer se me da bien.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —preguntó Ellie mientras negaba con la cabeza.

Erik continuó riendo sin más, a lo cual Ellie contestó alzando la vista al techo de nuevo.

—Me refería a que tendría que poner ciertas condiciones.

A Erik se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué clase de condiciones?

—La primera: ni hablar de otras mujeres. —Y antes de que pudiera responder, añadió—: Nada de seducir, tocar, besar ni esas palmaditas que das en el trasero.

Erik se llevó la mano al corazón fingiendo estar aterrado.

—¿Ni tan siquiera las palmaditas en el trasero?

Ellie frunció la boca.

—Me temo que debo insistir sobre este punto.

Sus ojos se encontraron y, a pesar de que se trataba de un juego, Erik pudo apreciar la vulnerabilidad que escondían sus palabras. Dejó todo rastro de provocación a un lado, la tomó de la barbilla y la miró directamente a los ojos.

—No he estado con nadie desde que te conocí. —No pudo culparla por la expresión de escepticismo que cruzó su semblante. Sonrió con amargura—. Créeme, para mí resulta tan sorprendente como para cualquiera. Pero después de cuatro meses, nueve días y ocho horas —añadió tras mirar el ángulo del sol a través de la ventana—, lo quisiera o no, tengo que convencerme. Te amo, Ellie. Eres todo lo que quiero y cuanto necesito en mi vida.

La sonrisa con la que se iluminaron los rasgos de Ellie le llegó a lo más profundo del corazón.

—¿En serio?

—En serio —dijo acariciándole la mejilla—. Soy leal, Ellie. Una vez otorgada mi lealtad, la tendrás hasta la muerte. —Hizo una pausa—. Tal vez debería ser yo quien pusiera las condiciones, pues no era yo quien estaba a punto de casarse con otra.

Ellie hizo una mueca, y a él le sorprendió lo mucho que seguía afectándole aquello. No tenía ningún derecho a estar celoso, pero lo estaba.

—Ah, sí. Respecto a eso —dijo Ellie mordiéndose el labio—, creo que he olvidado contarte un detallito de suma importancia acerca de la boda de hoy.

Erik frunció el ceño.

—¿Qué clase de detallito?

Ella retorció la boca como si tuviera que reprimirse la sonrisa.

—La identidad de la novia.

Si lo que pretendía era dejarlo de piedra, lo había conseguido.

—No comprendo. El rey dijo que su cuñada iba a casarse con De Monthermer.

—Así es. Mi hermana Matty debe de estar casándose con De Monthermer en este preciso momento.

—¿Tu hermana? —repitió sin poder creerlo.

Ellie asintió y le explicó que, aunque ya presentía que pasaba algo raro entre los dos, no había podido identificarlo hasta que, tras su regreso a Escocia, obligó a su hermana a que confesara cuál era la causa de toda su desgracia. Su padre había bendecido el cambio de nombres en el contrato de desposados. Erik entornó los ojos. Qué mala pécora.

—¿Y no pensabas ponerme al corriente de esto?

—Pensaba que merecías un pequeño castigo por todo lo que me has hecho pasar —dijo imitando su incorregible sonrisa.

Erik frunció la boca. Tal vez fuera cierto.

Ellie se mordió el labio, al parecer, considerando algo en lo que antes no había caído.

—Ya sé que dices haber dejado una nota, pero espero que mi desaparición no los lleve a suspender la boda.

—No creo que lo haga. Esta Matty de la que hablas ¿no será por casualidad una rubia de pelo largo rizado con los ojos azules?

Ellie asintió.

—¿La conoces?

—Nos hemos conocido esta mañana. —Ahora le tocaba a ella quedarse de una pieza—. No sabía cuál era tu ventana —dijo encogiéndose de hombros como un chiquillo—. Me he equivocado. Al

principio pensaba que gritaría, pero después ha sonreído y me ha dicho que había tardado mucho en llegar. Me preguntó si tenía intención de casarme contigo, y cuando le he respondido que así era me ha puesto en la dirección correcta.

—Muy propio de Matty —dijo Ellie entre risas.

Restregó la mejilla contra su pecho con más fuerza. Erik notó cómo recorría la marca de su brazo con los dedos y no le sorprendió que ella dijera:

—Se ve diferente. Este dibujo que te rodea el brazo no estaba aquí antes. Parece una... —Alzó la vista para mirarlo y sonrió—. ¡Es una tela de araña! ¿Es por la historia que me contaste?

—Eres demasiado observadora —dijo dándole un beso en la nariz.

Ellie volvió a acariciar el dibujo.

—Y eso parece un *birlinn* que ha caído en la red. —Sí, esa era la idea—. Tendría que haber sabido antes lo que significaban las marcas: el león rampante es el símbolo del reino de Escocia. Pero significa algo más, ¿no es cierto? Esa es la razón por la que mantienes tu identidad en secreto. Tú y aquel hombre del campamento sois parte de la banda de guerreros fantasmas de la que tanto he oído hablar.

—Ellie —dijo negando con la cabeza. Al parecer, no sería fácil guardar secretos con ella cerca—. Pones las cosas muy difíciles para que un hombre cumpla sus promesas.

Ellie sonrió.

—No me dijiste nada. Fui yo quien lo adiviné. —Se quedó mirándolo suspicazmente—. Pero si voy casarme contigo, creo que hay algo que merezco saber.

Erik arqueó una ceja.

—¿Y qué es?

—Mi nuevo nombre.

Erik rió y la besó.

—Entonces ¿significa eso que te casarás conmigo?

—Todavía lo estoy pensando.

—Mmm... ¿He mencionado ya que poseo más de una docena de islas?

Los ojos de Ellie brillaron de emoción.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Tal vez puedas convencerme para que te las enseñe. —Su expresión se volvió seria—. Cásate conmigo, Ellie. Te llevaré a donde quieras. Te mostraré el mundo. Simplemente di que te casarás conmigo.

—Sí —dijo ella en voz baja con los ojos brillantes por las lágrimas—. Me casaré contigo.

Erik la abrazó con fuerza y se vio tentado de llevarla a la iglesia de inmediato por miedo a que cambiara de opinión. Pero sabía que su madre y sus hermanas jamás se lo perdonarían. La tomó de la barbilla y la besó con ternura.

—Tu nuevo nombre es MacSorley.

Ellie dejó escapar una carcajada y sus ojos resplandecieron por lo divertido que le parecía.

—El hijo del viajero del verano. Tendría que haberlo adivinado. En realidad eres un auténtico pirata.

Erik rió, la tomó en brazos y le mostró todo lo despiadado que podía ser un pirata. Una y otra vez.

Epílogo

7 de julio de 1307

Cuando llegó el mensajero, Bruce, el rey de Escocia, estaba sentado junto a los diez miembros de la Guardia de los Highlanders en la sala de armas temporal del gran salón del castillo de Carrick. Ahora que Halcón había vuelto, solo faltaba uno de sus guerreros de élite. No faltaba, se apresuró a corregirse, sino que estaba plantado como una semilla en lo más profundo del corazón del enemigo, preparado para echar raíces cuando llegara el momento. Bruce le hizo señas al hombre para que se acercara.

—Es para vos, señor —dijo con una reverencia, al tiempo que le entregaba un trozo de pergamino—. Viene de Burghon-Sands.

Bruce se quedó circunspecto, preguntándose si serían aquellas las noticias que estaban esperando. Eduardo había reunido a sus hombres en Carlisle hacía pocos días y según decían se había levantado de nuevo de su lecho de muerte para liderar la carga sobre Bruce.

—¿Qué ocurre? —preguntó MacLeod—. Parece que hayáis visto un fantasma.

Bruce lo miró sin poder dar crédito a lo que había leído.

—Tal vez lo haya visto. Pero es un fantasma que me alegro de ver. —Miró alrededor de la sala sintiendo que su asombro era remplazado poco a poco por una creciente alegría—. Ha muerto —dijo riendo al percatarse al fin de que su viejo azote había fallecido—. ¡Que ordenen tañer las campanas de todas las iglesias a uno y otro lado de la costa. ¡El rey Eduardo se ha ido al mismísimo infierno!

Los hombres prorrumpieron en vítores triunfales. No podían sentir pena por la muerte de un hombre que tan poco se había apiadado de ellos en vida. El autodenominado Martillo de los Escoceses se había ido al infierno al que pertenecía, llevándose con él su mortífera bandera del dragón.

Bruce sabía que, con la muerte de Eduardo Plantagenet, las olas volvían a romper sobre la costa de Escocia. Sobre los enemigos internos. En lugar de a Eduardo, Bruce tendría que enfrentarse ahora a sus propios paisanos en el campo de batalla: al sur, los sanguinarios MacDowell que habían asesinado a sus hermanos, y al norte a sus viejos enemigos, los Comyn y los MacDougall. Sonrió. La semilla que había plantado estaba a punto de echar raíces.

Nota de la autora

Como mencionaba en la nota de autor de *El guerrero*, en uno de esos grandiosos y memorables momentos de la investigación para mi idea de «Grupo de Operaciones Especiales con faldas escocesas», me topé con una referencia sesgada a una banda de guerreros de las islas designados por Angus Og Macdonald para proteger a Bruce a su vuelta a Escocia, tras el regreso del refugio de las islas. El personaje de Erik MacSorley está basado en Domnall (Donald) de las Islas, uno de los hijos de Alastair Mor MacDonald y primo de Angus Og, de quien se decía era el líder del grupo.

El padre de Erik, Alastair Mor, es uno de los aclamados progenitores del clan MacAlister, aunque hay diferentes opiniones respecto a esto. Fue asesinado en 1299, algo más tarde de lo que yo he sugerido, en una batalla con los MacDougall.

Como en aquellos tiempos no se usaban siempre los nombres de los clanes, me decidí por el más genérico MacSorley, que significa hijos de Somerled, para distinguir a Erik de sus primos MacDonald. MacSorley se usa para referirse a cualquier descendiente de Somerled: los MacDonald, MacDougall, MacRuairi, etcétera.

No hay memoria escrita acerca de la mujer de Erik, pero las alianzas con Irlanda y la isla de Man estaban a la orden del día entre los jefes de clan de las islas Occidentales. Una de las cosas que más difícil me resultó asimilar fue la cercanía entre Irlanda y Escocia y la importancia de las vías marítimas. En su parte más ancha, apenas son veinte los kilómetros que separan el promontorio de Kintyre en Escocia de la costa de Antrim en Irlanda. En un día claro se puede ver una costa desde la otra. Navegar hasta Irlanda en barco desde la costa escocesa tenía que ser más fácil y rápido que cubrir la misma distancia por terreno firme. Una mirada al mapa deja claro la razón por la que Kintyre y la costa escocesa de Ayrshire, las islas Occidentales, la isla de Man y Antrim en Irlanda están tan conectados, tanto política como culturalmente.

Al intentar encontrarle una esposa merecedora a Erik, no me costó mucho concentrarme en los De Burgh, especialmente una vez hube encontrado el intercambio de prometidos entre las dos hermanas De Burgh (son cosas que una no puede inventarse) que tan bien encajaba en mi historia. Maud de Burgh estaba pedida en matrimonio en un principio para sir John de Birmingham, conde primero de Louth, pero este acabó casado con su hermana Aveline. Después Maud se casaría con el hijastro de Ralph de Monthermer, Gilbert de Clare, octavo conde de Hertford. Ellie y Matty son mis versiones ficticias de estas dos hermanas.

El contrato de desposados con Ralph de Monthermer (también conocido como Raúl) es igualmente ficticio. Pero su historia no lo es. Se casó clandestinamente con la hija de Eduardo, Juana de Acre, y sufrió una estancia en la torre por transgresión contra su ultrajado rey. Al final se le perdonó y le fueron concedidos los títulos de conde de Gloucester y de Hertford en vida de Juana, y también de Atholl temporalmente, tras la ejecución del anterior portador del título. Más tarde, lo nombrarían primer barón Monthermer. Luchaba en Escocia por aquellos tiempos y se dice de él que fue perseguido hasta el castillo de Ayr por Bruce días después de la batalla de Loudon Hill, tal y como se menciona en el libro. A pesar de la lealtad que Ralph profesaba a Eduardo, cuentan que fue él quien avisó a Bruce en 1306 del peligro que corría ante el rey, lo cual motivó la revuelta.

Aparte del destino corrido por las mujeres en las jaulas, algo que por desgracia es cierto, el desafortunado conde de Atholl, que fue ejecutado tras la batalla de Methven, nos provee con información valiosa acerca de la actitud inmisericorde del rey Eduardo hacia los rebeldes del momento. El primer conde ejecutado en más de doscientos años intentó apelar a la misericordia de Eduardo en honor a su parentesco. En respuesta, el rey mandó que lo colgaran más alto que a los otros para que quedara claro su estatus.

Tal vez una de las historias más conocidas de Bruce sea la de la araña que da comienzo a *El Halcón*. Al menos hay tres cuevas en Escocia que se proclaman como lugar de este famoso suceso, pero la isla de Rathlin en Irlanda parece llevarse la palma entre las favoritas. La historia de la araña es reseñada como el origen del dicho: «El que la sigue la consigue». Por ello, a pesar de que esté muy extendida, muchos estudiosos se preguntan si la historia tuvo alguna vez lugar y la atribuyen a sir Walter Scott, del que parecen provenir unas cuantas leyendas de ese tipo.

Hecho o ficción, lo delicado de la situación de Bruce no puede ser exagerado en modo alguno. Su recuperación de la corona ha de ser a la fuerza una de las mejores «remontadas» de todos los tiempos, acercándose incluso a la remontada que los Red Sox hicieron ante los Yankees en la temporada 2004

de la liga de fútbol americano. (Lo siento, no he podido resistirme.) Sir Herbert Maxwell resume la posición de Bruce a principios de 1307 de esta forma: «No tenía ni un acre de tierras que pudiera llamar propio; tres de sus cuatro hermanos y la mayoría de los amigos en los que podía confiar habían caído en la horca; el resto de gente que lo apoyaba, casi todos, habían cesado en sus servicios al creerlos inútiles y vuelto a las órdenes del rey Eduardo; su esposa, su hija y sus hermanas estaban en prisiones inglesas (Evan MacLeod Barron, *The Scottish war of Independence*, Barnes and Noble Books, Nueva York, 1914, p. 261).

El Baño de las Doncellas (o de las Vírgenes) es mi versión del Baño del Oso Polar, es decir nadar bajo el hielo. Cuando era pequeña, mi hermana y yo solíamos hacer algo parecido en el lago Tahoe. Corríamos por la nieve hasta saltar en una piscina helada para luego salir corriendo al jacuzzi. Es mucho más divertido de lo que parece. Las celebraciones paganas eran incorporadas con frecuencia en los ritos y fiestas cristianas. Hay una escuela de pensamiento que toma el día de la Candelaria por la cristianización de la celebración pagana gaélica de la diosa Brighid.

Aymer de Valence fue nombrado conde de Pembroke en el año 1307. Su poco caballerosa conducta en la desastrosa batalla de Methven fue tal vez la causa de que Bruce abandonara el código de caballería en busca de un estilo de combate pirata del cual sacó gran partido. Pudiera ser que Valence se tomara su venganza personal. Su tía estaba casada con lord Badenoch, un miembro de los Red Comyn, al que Bruce mató en Greyfriars, batalla que tiene lugar al final de *El guerrero*.

Sir Thomas Randolph, quien, junto a sir James Douglas, el Negro, se convertiría en uno de los compañeros más leales y famosos de Bruce, fue capturado por los ingleses poco después de Methven y se pasó al otro bando hasta el año 1309. Es célebre aquella frase en la que acusa a su tío de luchar «como un bandido, en lugar de librar una batalla equilibrada como haría un caballero» (Ronald MacNair Scott, *Robert the Bruce, King of Scots*, Barnes and Noble Books, Nueva York, 1982, p. 111). No obstante, parece ser que Ralph al final vuelve con su tío para convertirse en uno de sus «más brillantes» cabecillas.

El número de hombres con el que contaba Bruce para lanzar su ataque en Escocia es incierto. Entre trescientos y cuatrocientos en Carrick y cerca de unos setecientos en Galloway parece ajustarse a la realidad. La flota mayor, compuesta sobre todo por irlandeses y hombres de las islas, liderada por los malhadados hermanos de Bruce, fracasó estrepitosamente y cayó en manos de los MacDowell, salvándose solo dos de los barcos. No obstante, no hay evidencia de que el ataque estuviera formado por dos puntas como yo sugiero (aunque habría tenido sentido), y el desastre de Galloway fue seguramente anterior a la intentona de Bruce en Carrick. Se piensa que ambas divisiones partieron desde Rathlin, pero no pudieron estar allí durante mucho tiempo. Intentar ocultar un millar de hombres en una isla tan pequeña habría sido muy complicado teniendo a los ingleses por todas partes.

Dónde se refugió Bruce durante los cuatro o cinco meses entre su escapada de Dunaverty y el ataque de Carrick es uno de los grandes misterios de la historia. Algunos creen que en Noruega, donde reinaba su hermana, pero la mayoría de los historiadores piensa que se escondió en las islas Occidentales e Irlanda, con ayuda de Angus Og MacDonald y Cristina MacRuairi de las Islas.

Igualmente la ruta desde Rathlin hasta Arran para lanzar el ataque de Carrick no es más que una conjetura. C.W.S. Barrow, historiador especialista en Bruce, afirma en su influyente *Robert Bruce y la comunidad del Reino de Escocia* que fue desde Rathlin al promontorio de Kintyre subiendo la costa y que después volvió a Arran. Lo de cruzar Tarbert a la manera de Magnus el Descalzo es de mi propia invención, pero parece factible. Es de suponer que la flota inglesa, que había sido llamada a filas en una carta del rey Eduardo al conde de Ulster de finales de enero, estaría poniendo patas arriba el

fiordo de Clyde. Atravesar Tarbert cobró incluso más sentido para mí cuando descubrí que se decía que Bruce había acampado en el castillo de Lochranza, en la punta norte de la isla de Arran. Tendrían que haber pasado más allá del castillo de Tarbert, ocupado por los ingleses.

Militarmente, la escaramuza de Glen Trool, en la que fue repelido el intento de Aymer de Valence de tender una emboscada a Bruce y sus hombres, no fue una victoria tan decisiva como la de Loudon Hill. Pero se dice que una mujer fue enviada allí para espiar a los escoceses la noche anterior a la batalla. Sin embargo, en lugar de espiar parece ser que la mujer perdió los nervios y le habló a Bruce de la presencia de los ingleses, alertándolo, pues, del peligro y salvándoles el pellejo (véase Scott, p. 101). La historia proviene del poema *The Brus*, de John Barbour, y bien podría ser apócrifa, pero me sirvió de inmejorable inspiración para introducir a Ellie en el campamento.

La isla de Spoon, situada a tres kilómetros de la costa de Kintyre, tiene muchos nombres, pero a día de hoy se la conoce como Sanda. El «Punto de Eduardo» es un hito marcado como el lugar desde el que Eduardo Bruce vigilaba la costa mientras su hermano escapaba de Dunaverty. Sin embargo, Spoon no era parte de las tierras de los MacSorley, sino que por aquel entonces pertenecía al priorato de Withorn de Galloway.

Las fórmulas de cortesía medievales son complicadas, ya que no estaban reguladas como hoy día. A Bruce lo llamaban de muchas maneras diferentes dependiendo de quién se dirigiera a él: para sus pocos siervos leales era «mi señor» o «rey»; para los ingleses que lo habían despojado de sus dominios (donde se le llamaba «lord de Annandale» y «conde de Carrick») y lo consideraban un rebelde, era simplemente «sir Bruce»; y para otros, «lord Bruce». Citando documentos de la época, las notas de Barrow hacen referencia al «conde Juan» (p. 224) y al «conde Malise» (p. 225), formas que no serían correctas hoy en día. No obstante «sir», junto al nombre de pila, parecía usarse por defecto, así que ante la duda siempre he usado esta fórmula. Ellie probablemente se habría referido a Ralph como sir Ralph, pero me decidí por el uso de Ralph por ser más familiar y menos aparatoso.

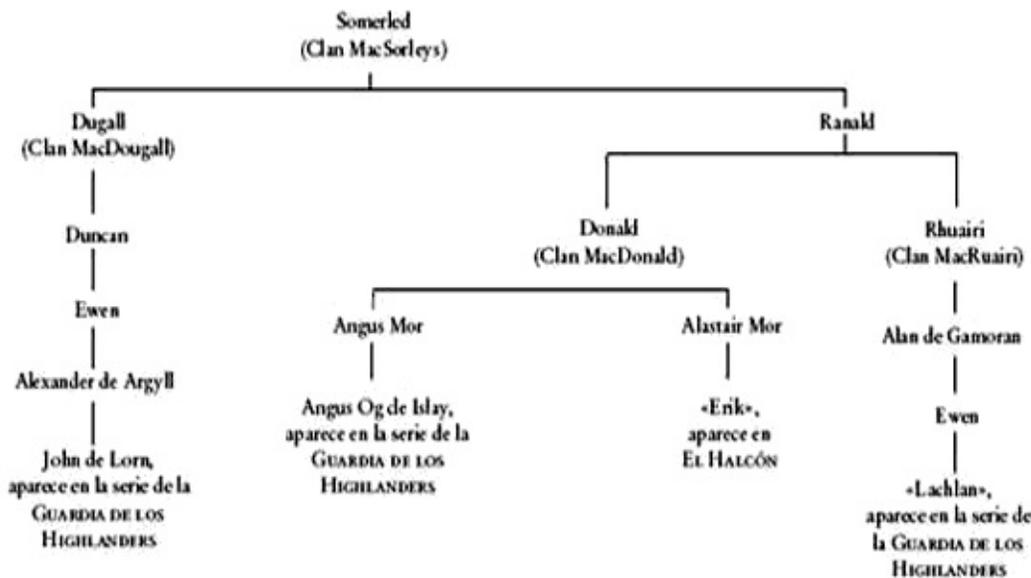
Como colofón, la fecha del 7 de julio de 1307 marca el fin de uno de los reyes ingleses más famosos y más grandes según algunos. Eduardo I, el autodenominado Martillo de los Escoceses, murió durante su marcha al norte para poner fin a la «rebelión» escocesa. Su último deseo, que pusieran sus huesos en una urna y lo llevaran al frente de su ejército hasta que derrotaran a los escoceses, fue ignorado por su hijo y heredero Eduardo II.

Si quieren leer más sobre la verdadera historia que hay detrás de este relato, no olviden revisar la Nota de Autor extendida y otras curiosidades de mi página web:

www.monicamccarty.com



Los Mac Sorleys
de la Serie la GUARDIA DE LOS HIGHLANDERS



La Guardia de los Higlanders, vol. II 2

Agradecimientos. 4

La Guardia de los Highlanders. 5

Prefacio. 6

Prólogo. 7

Capítulo 1. 16

Capítulo 2. 31

Capítulo 3. 44

Capítulo 4. 56

Capítulo 5. 68

Capítulo 6.	83
Capítulo 7.	87
Capítulo 8.	104
Capítulo 9.	121
Capítulo 10.	125
Capítulo 11.	140
Capítulo 12.	162
Capítulo 13.	166
Capítulo 14.	181
Capítulo 15.	192
Capítulo 16.	205
Capítulo 17.	220
Capítulo 18.	235
Capítulo 19.	252
Capítulo 20.	266
Capítulo 21.	281
Capítulo 22.	296
Capítulo 23.	307
Capítulo 24.	320
Epílogo.	337
Nota de la autora.	339